

# HUMORADAS EN PLOSA

POR

**Eduardo Zamacois**



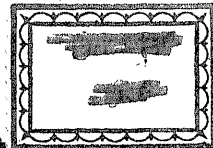
**MADRID**

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE QUINTANA

*Socio industrial, Alberto Ortega.*

TERORO, 36.





# HUMORADAS EN PÍCOSA

POR

**Eduardo Zamacois**



**MADRID**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE QUINTANA**

*Socio industrial, Alberto Ortega.*

TESORO, 36.

Al distinguido Señor

**Don Eulogio Prieto**

ofrece este libro en testimonio de sincera amistad,

**El Autor.**

---

Es propiedad:  
Queda hecho el depósito que mar-  
ca la ley.

---

## Introducción

---

*«Yo no aspiro á que ensalces mi fantasía,  
lector, á mí me basta tu simpatía;  
y en ella sin temores el alma espera,  
que no hay voz despreciada cuando es sincera.»*

BALART.

**H**UMORADAS EN PROSA es para mí lo que *Mireya* para Federico Mistral: «Es mi alma y mi corazón, la flor de mis años».

De todas las hijas de mi pluma, esta es la predilecta: la quiero como se quiere al fruto del primer amor, porque me recuerda las escenas que más impresión han dejado en mi alma, porque mi corazón dictó muchas de sus páginas, y cada una de ellas me trae á la memoria lo que fui y lo que soy, uniéndome con hilos de oro á los años que huyeron. En este libro hay artículos exclusivamente míos, personalísimos, confesiones íntimas, pedacitos de historia que no puedo menos de recordar con cariño y que he procurado trasladar al papel con la mayor fidelidad posible; los demás sólo los he intercalado con la piadosa intención de no aburrir al lector restringiéndole sucesos que sólo á mí interesan.

¡Venid, ilusiones queridas, imágenes risueñas, recuerdos gratísimos, venid á mí!... ¡Haced que vuestra mágica presencia saque mi alma del estado de supre-

ma apatía en que se encuentra, y que los sentidos despierten á la alegría y á la vida!

¡Venid á mí, ilusiones primeras, perfumadas y matizadas flores de mi juventud, lucientes soles á cuyo tibio calor tantas y tantas veces he soñado, acudid á mi llamamiento!... Quiero recordar aquellos tiempos en que llenaba la alegría conmigo y no sentía la necesidad de buscarla como joya perdida, en que mi corazón palpitaba de amor, de entusiasmo y de fe; quiero, en fin, acordarme de mis pasadas aventuras, de mis viejos amigos, de...

Para realizar esta difícil obra de reconstrucción necesito de vosotras...

Dejo un momento la pluma para recostarme sobre el diván que hay en el rincón más obscuro de mi despacho y encender un cigarro; voy á dormir y á soñar seducido por el opio que más me gusta, el opio del recuerdo... ¡Ah, qué bien se está así, con los ojos medio cerrados y la cabeza caída hacia atrás, descansando tranquilamente en brazos de una pereza infinita!...

Son las seis de la tarde: pardas nubes enlutan el triste cielo de Noviembre; la noche abulta las siluetas de los objetos, dándoles apariencias vagas, indefinibles; los cristales de las ventanas se quejan al ser azotados por el viento que silba en la calle con monótona sinfonía, la rojisa luz de los faroles recién encendidos se refleja en las húmedas baldosas del pavimento; por las paredes de mi cuarto empiezan á descender poco á poco las negras arañas del aburrimiento de que habla Teófilo Gautier, y á mi oído no llega ningún ruido profano que pueda distraerme; ¡qué felicidad!...

Mis miembros pierden insensiblemente la libertad de sus movimientos, los ojos se cierran y parecen cu-

brirse de un sutilísimo velo gris, la cabeza se entorpece y va cayendo en un estado de deliciosa somnolencia; dentro de poco empezaré á soñar.

¡Ilusiones queridas!... Tended sobre mi cerebro vuestras ténues alas de carmín y responded al llamamiento que os hace la fantasía á quien debéis el sér; que yo sienta de nuevo vuestro tibio aliento y os vea jugar entre las azuladas espirales de humo que se forman en mi derredor y se desvanecen lentamente; que yo vuelva á sentir las alegres risas, las cadenciosas músicas, los ardientes besos y los volup-tuosos perfumes de otros tiempos...

¡Fantasmas risueños, voy á dormir; venid á mí!...

Madrid, 9 Noviembre 1895.

## La caja de música

No sé qué misterioso  
espíritu sublime arrancar pudo,  
qué genio milagroso,  
tierno lenguaje al instrumento rudo,  
que allá en su fondo un alma desterrada  
parecía gemir desamparada.

(V. R. AGUILERA).

**L**UISA, déjame salir, no me irrites.  
—No, Adolfo; yo no me quedo sola esta noche; tengo mucho miedo... además, te podía suceder cualquiera desgracia; no salgas, por Dios, no salgas; ¿qué más te da?...

—¡Vaya, no empieces con sensiblerías estúpidas; sabes que me están esperando, y por tu causa voy a llegar tarde a la cita; volveré temprano, adiós!

—Sí, te vas con Juan, con ése infame que me roba tu cariño!

—Quítate de delante, mujer, y ¡basta de lágrimas!

—¡No, no te vas, no quiero, no quiero!...

Pero, él la rechazó violentamente y ella, temblando de miedo y dolor permaneció algunos instantes inmóvil, con el oído alerta, escuchando los pasos, cada vez más apagados, de Adolfo que bajaba lentamente la escalera, y cuando se extinguieron por

completo, tuvo una de esas sublimes debilidades que tanto enaltecen á las mujeres; se olvidó de las ofensas recibidas y corrió al balcón para ver el camino que tomaba aquel ingrato á quien tanto quería.

La noche era lluviosa; los transeuntes iban solos y á buen paso; Luisa vió que Adolfo cruzaba la calle, y tuvo esperanzas de que volviera la cabeza al llegar á la esquina, mas no fué así, porque el infame la dobló sin acordarse de mirar atrás; después oyó el lejano rodar de un coche... de la taberna que estaba en el piso bajo de la casa próxima salía un espantoso desconcierto de voces aguardentosas y de chocar de vasos; empezaba á llover...

Luisa seguía en el balcón, ensimismada, y á pesar del tiempo transcurrido, mezclaba en su imaginación el portazo que dió Adolfo al salir, con el ruido del coche y los juramentos de los borrachos... después vió pasar á dos mujeres disfrazadas, cogidas del brazo.

—Van al baile—pensó,—quizá al mismo baile donde él está... quizás bailen con él...

Y tras aquellas máscaras pasaron otras muchas, y todas doblaban la misma esquina en que Luisa fijaba sus miradas con incansable porfía... Por una calle próxima pasó una estudiantina, compuesta de guitarras y bandurrias; iba tocando la jota; las bandurrias callaron un momento y se oyó una voz varonil que cantaba:

A la Virgen del Pilar  
la he pedido que me quieras;  
ya que no lo haces por mí,  
hazlo por ella siquiera.

Luisa sintió en el corazón un extraño sacudimiento; aquella música tan enérgica y tan *melancó-*

*licamente alegre*, la produjo indecible bienestar; pero la estudiantina siguió su camino, sus alegres acordes se fueron extinguiendo poco á poco, y la calle volvió á quedar completamente muda. Entonces cerró el balcón y fué á meterse en su alcoba; el quinqué del gabinete estaba encendido, y sin tomarse el trabajo de apagarlo, se tendió en el lecho vestida según estaba...

¿Quién era Luisa?...

Una muchacha morena, muy guapa, que apenas contaba veinte años. Hacía poco más de tres que conoció á Adolfo; fué en el mes de Junio...; aquel día tuvo que velar hasta las diez de la noche, porque en el obrador tenían mucho trabajo; al salir, pasó un joven que la dijo un piropo; ella, al principio, no hizo caso, pero la voz del galán resonó tan mágicamente en su oído, que sin darse cuenta volvió la cabeza. Entonces él se acercó, diciendo que quería acompañarla, y ella, después de los remilgos y negativas de rúbrica... consintió. Así se conocieron: Adolfo la iba á buscar todos los días á la salida del taller; el cariño que ambos se profesaban aumentó más, mucho más... y las relaciones fueron íntimas. Pasaron algunos meses, y el horizonte empezó á nublarse: Luisa perdió á su madre, y al poco tiempo fué despedida del obrador en donde hasta entonces había ganado lo indispensable para ir viviendo; al quedar sola y sin trabajo, aceptó las proposiciones que la hizo Adolfo, y una mañana, después de malbaratar los pocos muebles que la dejaron sus padres, se fué á vivir en compañía de su amante, un modesto cuartito de la calle de \*\*\*

¡La historia de siempre!

Al principio fué dichosa: su amigo la amaba con locura; trabajaban poco, se divertían mucho y no

reñían nunca. Pero transcurrieron dos años, y él empezó á cansarse de aquella vida eminentemente casera; fingió tener graves ocupaciones, y con este pretexto pasaba fuera de casa gran parte del día; poco á poco adquirió la costumbre de retirarse tarde; algunas veces daban las cuatro de la madrugada, sin que hubiese vuelto, y ella permanecía horas enteras esperándole, presa unas veces de mortal inquietud y otras de celos horribles; una noche no fué á dormir, y al día siguiente su querida le encontró un pelo de mujer enredado en un botón de la camisa; Adolfo dijo que sería suyo; pero el pelo era rubio, y por ello comprendió que su amante pasaba sus horas de fastidio al lado de otras mujeres; aquel descubrimiento la hizo llorar amargamente, y acabaron por tener un sério disgusto, que fué el primero de los muchos que sobrevinieron después.

La noche en que les conocemos, Adolfo dijo que quería ir á un baile de máscaras de la Zarzuela, para el cual estaba invitado. Luisa se opuso con todas sus fuerzas, pero él, que gustaba pasar por hombre enérgico y despreocupado, viendo que nada conseguía con palabras, acabó por recurrir á la fuerza.

—¡Pues bueno fuera—iba murmurando mientras bajaba la escalera—que por esta romántica que he metido en casa perdiese la cita que tengo con Lola, la cantadora más *flamenca* de Madrid!.....

## II

Luisa, después de un sueño intranquilo, se despertó bajo la acción de una pena muy grande, que no sabía á qué causa atribuir.

—¡No está!—murmuró.—Y son más de las cinco...

¡Infame!... Ahora estará divirtiéndose... quizá riéndose de mí, y yo aquí sola, sufriendo por él... No, pues como venga, no le abro la puerta, eso mismo; le diré que puede pasar el día donde ha pasado la noche, y que á mí no me faltará quien me quiera...

Pero enseguida, como si su cariño sofocara aquellas enérgicas protestas del amor propio herido, agregó:

—¡Pobrecito!... ¿Qué sería de mí si no le volviese á ver?...

El monótono tic-tac del reloj que estaba sobre un velador del gabinete, unido al incesante rumor de la lluvia, formaba un murmullo adormecedor que convidaba al sueño, y Luisa, á pesar de los pensamientos que la atormentaban, se sentía desfallecer; pero sus ojos, prontos á cerrarse, se fijaron en un objeto que había sobre la cómoda: era una cajita de música, precioso juguete que Adolfo la regaló, y que reproducía con exactitud admirable algunos trozos de *La Traviata*, *La Favorita*, *Lucta* y *El Trovador*.

—¡La música me distraerá!—pensó.

Y venciendo el sueño, se levantó, dió cuerda al delicado instrumento, y se volvió á la cama.

La caja empezó á reproducir el dúo de Margarita y el padre de Armando, uno de los trozos más inspirados y más tiernos que escribió la privilegiada pluma de Verdi. Luisa, tendida boca arriba, y con las manos cruzadas sobre el pecho, escuchaba poseída de celestial arrobamiento aquellas notas sublimes que parecían estar cuajadas de lágrimas, de suspiros y de promesas, y sentía infinito consuelo al comparar inconscientemente sus propias penas con las que exhalaba la cajita en aquellos momentos. Poco á poco, las nociones de la vida real se fueron con-



fundiendo en su imaginación; cada nota desprendida de los dientes del cilindro, se la antojaba una voz que hablaba en un lenguaje misterioso y dulce cual ninguno, formando entre todas un concierto admirable; después creyó que las paredes de la habitación se alejaban unas de otras y que el techo subía hasta perderse de vista, que el lecho también volaba por los espacios infinitos, y que los acordes de la música se extinguían hasta perderse por completo... y pensando en esto se quedó profundamente dormida.....

Casi al mismo tiempo entraba Adolfo en su casa; se había divertido mucho, pero pasados los primeros momentos de locura sintió esa extraña nostalgia que sigue á las orgías del amor pagado. Al entrar llegaron confusamente á sus oídos los acordes de la cajita de música: una violenta conmoción, una especie de calofrío eléctrico le recorrió el cuerpo; obedeciendo á una secreta impulsión, se dirigió en puntillas, para no hacer ruido, al cuarto de su amada: una oleada de inexplicable poesía le invadió el corazón; la luz rojiza del quinqué, al confundirse con las claridades del nuevo día, formaba unos medios tonos llenos de misterios; las formas de los muebles apenas se distinguían, y en el fondo de la alcoba el dios del silencio, con las alas plegadas y el dedo índice sobre los labios, velaba el sueño de Luisa, que seguía tendida boca arriba, con las manos cruzadas sobre el pecho y la sonrisa en los labios...

Entre tanto la caja de música reproducía la escena más saliente, patética y conmovedora de *El Trovador*; la despedida de Manrique y Leonor. Adolfo, con el pecho palpitante, seguía todo el curso de la

melodía sin perder una nota, y no apartaba un instante los ojos de la mágica cajita; ¡eran tan dulces sus lamentos, sus notas tan tiernas, que hubiérase creído que en su interior había en vez de un cilindro y un sistema de ruedas movidas mecánicamente, una alma prisionera que aprovechaba el silencio de la noche, para llorar á solas su desgracia!

*¡A che la morta ognora  
è tarda nel venir  
à chi desia morir!*

«¡Ah! cuánto tarda la muerte en llegar para quien impaciente la espera,» murmuraba la cajita en su misterioso lenguaje; y Adolfo, como si quisiera disculparse ante aquella voz que parecía echarle en cara su ingratitud, miraba á Luisa, como implorando su perdón. Pero al llegar al *Addio, Leonora, adió, adió*, y al *Miserere*, al oír aquel sublime concierto de notas preñadas de sollozos y rebosando pasión, aquel duo entre la música religiosa, siempre tranquila, y la popular, siempre sencilla y arrebatada, sintió que algo se le desgarraba dentro del pecho, y sin ser dueño de sí mismo corrió hacia su amada exclamando:

—¡Luisa, Luisa!... ¿Me quieres?... di... ¿No me oyes?...

Ella despertó, y sin parecer muy sorprendida,

—¡Ah!—exclamó.—¿Ya estás aquí?

—Sí; te he hecho sufrir mucho, ¿no es cierto?

—Un poco.

—¿En quién pensabas?

—En ti; ¿en quién había de ser?

—¿Me perdonas?... Yo te juro que me arrepiento de...

—Ya lo sé, Adolfo mío, ya lo sé; estás perdonado.

—¡Ay!... ¡Si supieras qué recuerdos tan dulces han

despertado esas notas en mi memoria!... En un instante he reconstruido mi pasado... ¡Qué buena has sido para mí; cuánto me has querido!... ¡Te acuerdas del día en que te conocí, de las noches en que te quedabas dormida sentada sobre mis rodillas, y de las veces que hemos soñado juntos oyendo esa misma música?

—Sí, sí—repuso ella conmovida y casi llorando.— ¿Cómo me he de olvidar de esos detalles, si la historia de nuestro amor es la de toda mi vida?...

Sucedieron algunos instantes de silencio; los dos amantes, embriagados de amor, seguían confundiendo sus caricias... La cajita continuaba cantando dulcemente... La luz del quinqué, después de algunas convulsiones, se apagó; la música cesó al poco rato, sin poder terminar el *Spirto gentil* de *La Favorita*... Luisa y Adolfo se quedaron dormidos el uno en brazos del otro, con los ojos humedecidos por el llanto y las bocas juntas: la cajita de música les había reconciliado para siempre.

## Un bohemio

(MONOLOGO)

HASTÍO maldito, compañero inseparable de mi vida, déjame en paz! Yo no he nacido para habitar en un mundo tan miserable y tan chico; estoy fuera de mi centro; un hombre de mi talento no debe pasarse la vida como yo, á bofetadas con las judías y los consonantes; ¡oh! ¿Por qué tendré una cabeza tan bien configurada?... (*Se la toca.*) ¡Cualquiera diría que dentro de este cuerpo flacucho y desmedrado que todo el mundo conoce en la república de las musas por Pascual Martínez, se encierra un alma tan grande como la mía!... Pero las generaciones futuras me harán justicia, y quizá no falte algún ateneísta que al hablar de mis obras diga: «Pascual Martínez se parecía á Alfredo de Musset, como Espronceda se pareció á Byron...»

El poeta calla un momento y fija sus miradas en un pedazo de cielo que se descubre por la estrecha ventana de su bohardilla.

—¡Qué noche tan espléndida!—prosigue diciendo: —¡ay, luna querida, mi inseparable amiga, qué hermosa estás! Cuando te veo, me acuerdo de esos magníficos quesos de bola que hay en las tiendas de géneros ultramarinos; ¿por qué asociará mi ima-

ginación dos ideas tan extrañas?... ¡Ah! *Tu dixit*, Núñez de Arce:

«Nunca los hombres sabrán  
por qué en el cerebro humano,  
como en el hondo Oceano,  
las olas vienen y van.»

Pero, en fin, siquiera la luna, *la reina de la noche*, cómo dicen los escritores cursis, me trae á la memoria un objeto agradable (los quesos de bola siempre me han merecido grandes simpatías); no así las estrellas, que en cuanto las veo me acuerdo de las que ví aquella noche fatal á la salida de Fornos. Era el día 13 de Enero, ¡nunca lo olvidaré!... Arturo me había dado dos pesetas, y gracias á su generosidad cené aquella noche con relativo lujo; pero después tuve el capricho de ir al café; sólo me quedaban quince céntimos; ¿qué tomaré con un capital tan menguado?... decía yo; y pensando en esto entré en Fornos, dí tres ó cuatro vueltas por el salón con esperanzas de encontrar algún amigo, y cuando comprendí que mis repetidos paseos empezaban á llamar la atención, *tomé*... asiento.

—¿Qué va á ser?—preguntó el mozo.

—Por ahora, nada; más adelante... y efectivamente, al poco rato *tomé* parte en la conversación de algunos literatos que ocupaban una mesa próxima á la mía... y después tuve que *tomar* la puerta, porque el mozo, pensando que yo quería *tomarle el pelo*, se puso hecho un energúmeno. ¡Nunca hubiera salido! Las iras de mi perseguidor no me hubiesen lastimado tanto como el garrote de un señor gordo con quien tropecé al salir. ¡Qué palo, cielo; seguramente no se ha dado ninguno tan grande desde los tiempos homéricos hasta nuestros días!...

¡Por cuántos malos ratos, vergüenzas y sinsabo-

res pasan los que, como yo, no tienen dinero, ese irresistible metal para el que no hay empresa difícil, amistad sincera, ni virtud segura!... Es que cuando los bolsillos del chaleco están vacíos, no hay quien se atreva á decirle á una mujer *por ahí te pudras*, aunque decir semejante cosa me parece una barbaridad. Ayer tarde, paseando por la Puerta del Sol, pasó á mi lado una modistilla preciosa; el corazón me hizo ¡cataplúm! y me acerqué á ella.

—Es usted encantadora.

—Gracias.

—¿Quiere usted que la lleve en coche?

—Gracias otra vez.

—¿Me permite usted que la acompañe?

—¿Me paga usted un café con media tostada?

Aquello fué un escopetazo.

—¡Ay, señorita,—repuse—me he dejado el dinero en el otro chaleco!

—Pues vaya usted por él.

La niña era un *punto*; gracias á que yo no me apuro por nada, y la contesté enseguida:—¡Ya lo creo que iría... si el chaleco en cuestión no estuviese empeñado!...

¡Y todavía hay quien sostiene que el dinero no sirve para nada!... ¡Y vea usted quien lo dice!... Los desheredados que no conocen el oro más que de referencias, y creen que los billetes de mil pesetas se han hecho para uso exclusivo de los personajes que figuran en las novelas de Alejandro Dumas... ¡Bobería!

«¡Voces que hacen correr cuatro poetas  
que en invierno se embozan con la lira!

¡Ladridos de los perros á la luna!»

como dijo aquel desdichado que en vida se llamó Gustavo Adolfo Becquer...

¡Pues señor, cuidado que estoy despabilado esta noche... (*bostezando*); dicen que no hay como acostarse con el estómago ligero para tener el cerebro en perpétuo estado de actividad, y yo, que me he metido en la cama sin probar bocado, dispongo en estos momentos de una potencia imaginativa de doscientos cabállos!...

La verdad es que esto no puede seguir así, y que hay que tomar alguna resolución decisiva, porque creer que los consonantes dan para comer, es el más solemne de los disparates... Algunos amigos me han aconsejado casarme, ¡claro!... como si fuese fácil encontrar lo que yo quiero; hace más de veinte días que le dí á don Valentín Espinilla, director de *El Papanatas*, un soneto á cambio del siguiente anuncio: «Un poeta con veinticinco años y algunas deudas, desea casarse con viuda ó soltera, que tenga dinero; no mira familia, belleza ni edad. Escribir, calle del Bonetillo, etc.» Me parece que no podía exigir menos: un hombre joven como yo, que podía explotar su figura, amante entusiasta de todo lo bello, decir á la faz del mundo que estaba dispuesto á apechugar con la primera mujer que se presentase aunque fuese un dechado de fealdad y un monumento histórico, es el mayor de los sacrificios: todo lo soportaba con tal que mi esposa tuviese lo suficiente para asegurarme el cocido el resto de mis días. ¿Y quién creerá que sólo se presentó una vieja espeluznante, diciendo con la poca vergüenza que dan los muchos años, que, aunque era pobre, era todavía lo bastante aceptable para hacerse querer por sus particulares prendas?... Afortunadamente, aquel día mi miseria era tan grande que me estaba cayendo de debilidad; si no hago el disparate de cogerla por los piés aún á riesgo de verla las

pantorrillas, y tirarla por la ventana... (*Se oye cantar á un gallo*). ¡Caracoles! Ya empiezan á cantar los gallos, se conoce que está amaneciendo; hoy, sábado, me convidó á almorzar en casa de González; á las tres tengo que ir á la cita que me dió ayer Arturo, el más espléndido de mis amigos... procuraré comprometerle para que me compre un trajecillo de entretiempo... y unas botas, porque las que tengo están abiertas en canal por dos ó tres partes; pero ¿y la americana que ahora llevo, que está más rota y deslucida que capa de estudiante?... ¿Y de dónde saco las cincuenta y siete pesetas que debo al animal del casero?

«Preguntitas son estas, caracoles,  
á que he de contestar poquito á poco,  
porque tienen tres pares de bemoles».

(*Bostezando*); pero claro; como yo soy quien lo pregunta y quien tiene que contestar, no doy con la repuesta... y por eso, ni ellos cobran, ni yo salgo de apuros. (*Vuelve á bostezar*.)

Pasan algunos instantes y empiezan á oírse los sonoros ronquidos de Martínez.

Han transcurrido más de cuatro horas: las sombras de la noche ceden su puesto á las alegres claridades del día; el sol ilumina los tejados y las cúpulas de las iglesias, engendrando multitud de caprichosos reflejos, y de la calle empiezan á subir esos ruidos confusos que caracterizan el despertar de las grandes ciudades. Ahora que hay luz, podemos examinar la habitación de nuestro poeta: es una bohardilla compuesta de dos habitaciones, que lo mismo pueden servir de alcobas, que de comedor ó cocina, y reciben aire y luz por una sola ventanita; los muebles son pocos y en extremo modestos; un baúl viejo sin cerraduras; dos sillas tan an-

tiguas como el baúl, encima de las cuales hay una palangana, unas babuchas morunas, dos peines y un cepillo; las paredes están adornadas por buen número de periódicos ilustrados, clavados con alfileres, y por un estantito lleno de libros mugrientos y cubiertos de polvo; una guitarra sin cuerdas y un catre de tijera con las patas pintadas de verde, sobre el cual dormitaba un hombre á medio vestir, completan el mobiliario.

Dieron las nueve y Pascual despertó sobresaltado; había creído sentir pasos en la escalera que daba acceso á las bohardillas; y en efecto, casi al mismo tiempo llamaron á la puerta.

—¿Quién es?—preguntó.

—¿Vive aquí Pascual Martínez?

—No, señor.

—¿Cómo que no?

—Se ha mudado.

—¿Quiere usted decirme á dónde?

—A la calle de... ¡al infierno, no sé, déjeme usted en paz!... ¿Que yo soy Pascual Martínez?... ¡No sea usted bárbaro!... Bueno, dé usted parte, ¡jumento! haga lo que quiera, yo no le pago porque no me da la gana... ¡Indecente! Si no fuera porque el Sr. González me está esperando para almorzar, abría la puerta y le tiraba por las escaleras... ¡Vaya usted al diablo!... Pues hombre, el día se presenta bueno; aún no han dado las nueve, y ya viene el maldito panadero á cobrar las treinta y dos libretas que le debo; ¡cobrar!... ese hombre no anda bien de la cabeza, pues por experiencia antigua sabe que cobrarle á mí es tan difícil como encerrar los rayos del sol en una botella. ¿Eh? ¿Quién anda ahí!... Buenos días, vecino... ¿una carta?... ¡Hombre, la traje ron anoche!... hágame el favor de echarla por de-

bajo de la puerta... muchas gracias. ¡Qué sorpresa! (Lee.)

«Caballero: He leído el anuncio que insertó usted en *El Papanatas* del día... y aunque me da mucha vergüenza confesárselo, creo que soy la mujer que á usted le conviene; si su corazón está libre todavía, sírvase venir á esta su casa, calle... s. s. s. doña Timotea H.» ¡Oh, felicidad! ya encontré lo que deseaba; bien dice el refrán que Dios aprieta pero no ahoga. Hoy mismo me presento; lo que deploro es el estado de mi traje; pero, en fin, lo cepillaré para que parezca otra cosa. (Coge un peine y empieza á peinarse.) ¡Maldita raya!... tengo el pelo tan indómito, que... ¡ya salió! No, pues yo la pido á esa señora doscientas pesetas adelantadas, ¿qué menos?... (Cepillándose). Hombre, ahora veo que esta ropa, una vez limpia, no está tan mal como yo pensaba; el pantalón es de rigorosa moda, y la americana... ¡también el cuerpo hace mucho!... ¡Cáscaras! ¿Cómo será esa mujer que el cielo me envía para sacarme de apuros? debe ser joven, lo conozco en que su carta está escrita con un pulso muy seguro; debe tener pocos años... y muy poca vergüenza. Ea, ya estoy; creo que nada se me olvida...

(Dirigiéndose á las paredes con ademán dramático.)

—¡Ah, miserable bohardilla, testigo de mis ilusiones y de mis ayunos, creo que nos vamos á despedir muy pronto; el mundo me llama, la gloria me espera, las musas coronarán mi frente de inmarcesibles laureles, mi nombre se grabará en piedras y bronce, mis poesías correrán de boca en boca, mi fama no reconocerá límites...

(Dando una sapateta en el aire.)

—¡Olé ya, olé ya!...

¡Jesús qué chillado estoy!... ¿pues no me había puesto el sombrero al revés?...

(Sale cantando alegremente.)

*¡Yo soy Barba Azul  
elápel..*

## La oportunidad

(CUENTO CELESTIAL)

«¡Mira qué bonita eral...  
¡Se parecía á la Virgen  
de Consolación de Utrera!»

I

Aún no habían dado las nueve de la mañana, y la casa de Soledad estaba llena de gente que acudía ansiosa de saber el estado en que se hallaba la hermosa enferma. Hombres y mujeres, viejos y jóvenes, todos se interesaban igualmente por la salud de aquella muchacha, que una traidora enfermedad quería arrebatár á los placeres de la vida.

—¿Cómo la encuentra usted, doctor?—preguntó una señora bastante entrada en años á un joven que salía del cuarto de la enferma.

—Mal, muy mal; no tengo esperanzas de salvarla. En vano he empleado los medios puestos á mi alcance; tiene una pulmonía doble, contra la cual se ostrellan las medicinas recomendadas por la ciencia en semejantes casos.

Al oír estas palabras, todos los curiosos que se habían agrupado alrededor del facultativo exclamaron:—¡Pobre Soledad!

—Creo, señores—agregó el médico:—que deben

preguntar á la enferma si quiere recibir los auxilios espirituales; mi misi3n ha terminado y ahora empieza la del cura.

## II

¡Cosa rara!...

La predicci3n del facultativo se cumpli3 desgraciadamente en todos sus puntos. El mismo d1a á las tres de la tarde y despu3s de recibir la visita de un ministro del Se1or, la pobre Soledad expir3, rodeada de sus padres y des us buenos amigos.

¡Soledad ha muerto!...

Esta noticia vol3 por toda Sevilla con la rapidez de la chispa el3ctrica, arrancando muchos suspiros á las personas que tuvieron la suerte de tratarla.

¡Era tan hermosa, tan discreta, ten1a tant1sima gracia para hablar, era tan buena para con todos!... ¡Qui3n no recordaba haberla vista en las reuniones que por Pascua de Navidad sol1a dar el marqu3s de R..., haciendo las delicias de todos los concurrentes? ¡Qui3n no la hab1a aplaudido vi3ndola bailar sevillanas con aquella *sal* inimitable que la era propia, 3 tocando la guitarra, 3 cantando malague1as con un sentimiento que hac1a llorar? ¡D3nde se encontraba una mujer m1s á prop3sito que ella para animar un baile 3 celebrar un d1a de campo? Donde hubiera un indicio de diversi3n all1 estaba Soledad, la reina de la fiesta, luciendo su esbelto talle ¡que se cimbreaba al andar bajo el vistoso mant3n de Manila con que sol1a cubrirse los hombros, y sus menudos pi3s siempre prisioneros en diminutos zapatitos pe raso blanco, y alegr1ndolo todo con su franca risa y el apasionado mirar de sus rasgados ojos negros. Por eso todos lo quer1an, y cuando supieron su muerte se apresuraron á concurrir al entierro

deseando dar esta 3ltima prueba de cari1o á la amiga sincera, que aun momentos antes de empezar la agonia les hac1a reir, diciendo con aire malicioso:

—«Se1ores, por la Virgen del C1rmen, hac3d que cante el *ce1or* cura que quiero sudar el catarro».

## III

Mientras en la casa mortuoria se iban haciendo los preparativos para el entierro, Soledad ya muerta y completamente desligada de la envoltura material en que hab1a estado prisionera por espacio de veintidos a1os, despu3s de ver con satisfacci3n la buena amistad que todo el mundo la profesaba y cu1n grande era la desesperaci3n de su prometido, recorri3, con esa rapidez propia de los esp1ritus, los sitios en que mejores horas hab1a pasado y en que rayaron á mayor altura su ingenio y su belleza; visit3 los lugares que a1n no conoc1a, y despu3s de hacer muchas diabluras, tales como tocar las campanas de la catedral, con gran terror de los campaneros, que las ¡velan moverse sin saber qui3n las pon1a en movimiento, cambiar la hora de los ¡relojes p3blicos y otras calaveradas que tuvieron en alarma á Sevilla entera por espacio de unos cuantos d1as, dej3 el mundo en donde tanto gozara, y aprovechando la frescura de una de las primeras ma1anas del mes de Julio, desplegó al viento sus irisadas alas y comenz3 á remontarse en direcci3n al cielo.

Y aqu1 es donde empieza la parte verdaderamente celestial del cuento.

## IV

Las distintas perspectivas que sucesivamente se

ofrecían ante los admirados ojos de Soledad, eran maravillosas.

Al poco tiempo de comenzar su la ascensión, la tierra desapareció por completo bajo una espesa capa de niebla que los rayos del sol naciente no habían podido desvanecer aún: poco á poco esta neblina se fué disipando, y por entre los giros que el viento formaba al llevarla de un lado para otro, Soledad pudo distinguir allá en los últimos confines del firmamento y rodando con rapidez vertiginosa por los insondables abismos del vacío, un punto negro, un cuerpo pequeño y oscuro que disminuía paulatinamente conforme se alejaba; era la Tierra. Soledad la reconoció y sin querer pasaron por su frente los gratos recuerdos de su juventud malograda, y suspiró con angustia al acordarse de sus padres y de su amante, con quien pensaba unirse muy pronto, y al que dejaba abandonado en medio de aquella miserable bola de barro que á ella le había parecido tan hermosa; y pensando en el bien perdido, la joven andaluza dejó caer dos lágrimas que al rodar por los espacios siderales llamaron la atención de nuestros astrónomos y fueron clasificadas por el Observatorio astronómico de París en el número de las estrellas errantes.

Poco después, estas dolorosas reminiscencias de la vida pasada se disiparon, y Soledad experimentó un indecible sentimiento de gozo al ver el fantástico espectáculo que se ofrecía ante sus miradas. A sus pies rodaban inmensas masas de nubes teñidas de rosa, morado y oro, que parecían saltar unas sobre otras, cambiando á cada instante y adoptando las formas más caprichosas; por todas partes reinaba una quietud completa, y aquel inmenso mundo fantástico se movía sin ruido y con

facilidad y prontitud admirables; en lo alto estaba tendido un arco iris, que abarcaba todo el horizonte, y de vez en cuando y arrebatados en alas de una brisa cargada de suavísimos perfumes, llegaban á los oídos de Soledad los ecos de las músicas celestiales que los coros angélicos entonan, allá en las regiones del empyreo, en honor del Sumo Hacedor.

## V

Entre tanto San Pedro, sofocado por el calor que, según todas las apariencias, es fruta que se da en verano *así en la tierra como en el cielo*, salió de su portería á respirar la fresca brisa de la tarde; y seguro de que nadie le llamaría de dentro, comenzó á pasear á largos pasos por delante de la puerta del Paraíso, resoplando con fuerza y secándose con una esquina del manto el sudor que le corría por la frente.

En esto, un atrevido cefirillo que pasaba jugando montado en una nubecilla de carmin, sopló, y las altísimas puertas del cielo se cerraron dejando á San Pedro, como si dijéramos, en la calle, al mismo tiempo que una carcajada infantil contestaba al terrible juramento que el santo portero dejó escapar al verse víctima de tan pesada broma. Y la verdad era que no tenía las llaves y que no podía entrar. ¿Qué hacer? ¿Cómo salir de aquel compromiso?... ¿Y si en aquellas circunstancias llegaba el alma de algún difunto, ¿qué idea se formaría del Paraíso al notar el poco orden que hay en él? ¿Empezaría á dar voces ó á pegar aldabazos, aun á trueque de excitar la hilaridad de sus compañeros y amigos los demás santos?

En estas dudas se hallaba San Pedro, cuando por



entre dos nubes que se acababan de abrir apareció Soledad, sonriente, hermosísima, deslumbradora

## VI

La joven saludó con desenvoltura, y preguntó:

—¿Es usted San Pedro?

—Servidor de usted.

—Voy bien *pa er* cielo?

—Sí, señora; pero es el caso que ni usted ni yo podemos entrar ahora, porque me han cerrado la puerta y no tengo aquí las llaves.

—Eso no le *hase*—repuso Soledad;—á bien que el tiempo es bueno y que podemos pasar la noche juntos.

—¡Qué atrocidad!

—Pero hombre, no diga usted tonterías, cuando yo le aseguro que á mi *vera* nadie se aburre...;sí yo estoy bien aquí!...lo que siento es no tener una guitarra y una poca de *manzaníya*.

San Pedro se persignó.

—¿Por qué se pergina usted?—preguntó la joven.

—¡Ay!—repuso el Santo;—porque he conocido que es usted andaluza, y como las andaluzas han dado ya tantos disgustos á Nuestro Señor...

Y volvió á persignarse devotamente.

Al oír aquello, Soledad no pudo menos de sonreír, y acercándose á su interlocutor, le dijo dándole una palmadita en el hombro:

—¡Venga conmigo, que usted y yo nos vamos á entender!

San Pedro quiso rehuir la invitación, pero su lengua permaneció inmóvil y sin poder sustraerse á la magnética mirada de aquella seductora mujer, se dejó llevar.

¡Estaba visto! Soledad había nacido para ser el

encanto de los hombres y la perdición de los santos.

Cerca de allí se veía un banco, y en él se sentaron el venerable portero y la bella pecadora. Nadie sabe cuál fué el tema de su conversación; pero lo cierto es que San Pedro, que al principio se mostraba retraído y timorato, hubo de irse animando hasta el punto de atreverse á coger una de las manos de la hermosa muchacha.

Como el hombre, aunque sea santo, siempre es hombre, y por consiguiente estopa, y las mujeres, y más si son andaluzas, son fuego, no tardó la conversación en adquirir una vivacidad increíble; los dos charlaban sin descanso, y sobre este confuso murmullo de palabras se percibían frases de amor y risotadas comprimidas. Insensiblemente, y sin comprender el peligro, San Pedro se animaba; aquella mujer le seducía; ya no se contentaba con hablar, quería abrazarla y demostrarla su cariño por medio del leguaje mímico. Soledad se reía y le rechazaba suavemente, diciéndole:

—¡Cuidado, padre, con entusiasmarse, que esto es pura *coba*!...

Pero San Pedro, sin sentir la carcajada de infernal alegría que Satanás lanzó al comprender su victoria se acababa de arrodillar delante de la joven cuando las puertas del cielo se abrieron y apareció San Pablo, quien, al saber por el travieso cefrillo lo que le había sucedido á Pedro, venía á favorecerle.

## VII

San Pablo, al ver á Soledad sentada y á su amigo de rodillas delante de ella, no pudo reprimir la risa, y el inflamable portero, al verse sorprendido en uno de los arrebatos amorosos más grandes de su vida, bajó la cara lleno de confusión; en cuanto á Soledad,

se puso de pié, y después de arreglarse el manto, entró en el cielo sin que nadie se lo estorbara, con la sonrisa en los labios y la alegría en los ojos.

Un murmullo de admiración se levantó por todo el empíreo al ver entrar á la bella pecadora; ¡tenía razón el cantar!

¡Se parecía á la Virgen  
de Consolación de Utrera!...

Y es fama que, apesar de ser espíritus puros todos los que moran en el Paraiso, la arrogante andaluza despertó la envidia de las once mil vírgenes y los apagados deseos de todos los santos.

Entre tanto, San Pedro se acercó á Pablo, y estrechándole la mano.

—¡Gracias, amigo,—dijo,—qué oportuno has estado; si tardas un instante más, me pierdo! ¡Ay, chico, qué andaluza más propósito para condenarse!...

Desde entonces, los bienaventurados miran al pobre Pedro como á un santo enamorado y levantisco, y en el Paraiso se canta á media voz este terceto inventado por el cefirillo revoltoso, causa de esta extraña aventura cómico-celestial:

«La diosa *Oportunidad*,  
libró á nuestro buen San Pedro  
del amor de Soledad.»

## Humo

(HOJAS DE UNA CARTERA)

Cada hombre lleva grabado en el corazón un poema tan conmovedor, por lo menos, como *La Eneida* de Virgilio ó la *Trilogía* del Dante; poema de amor, de esperanzas no realizadas, de ambiciones no satisfechas, de placeres efímeros y de sufrimientos, cuyo canto final, el más doloroso y trágico de todos, termina irremisiblemente con el último suspiro del protagonista.

Yo también tengo mi poema, mi historia, porque he vivido; historia que será más ó menos vulgar, más alegre ó más aburrida que otra cualquiera, pero historia al fin.

En ese pasado lleno de episodios casi borrados de mi memoria, encuentro detalles que, dada la pequeñez humana, pueden considerarse de primera magnitud, en los cuales me jugué el corazón y me expuse á salir con la cabeza rota; que me costaron entonces muchos insomnios y sobresaltos y que ahora recuerdo, sin embargo, con tranquilidad perfecta y hasta me río de lo á *pechos* que tomaba aquellas cosas.

Muchas veces me pregunto: de mis locas alegrías de adolescente, de mis aventurillas galantes, de los

furibundos artículos en que negaba á Dios y me negaba á mí mismo, de los ensueños de gloria, de los afectos de entonces, de todo aquel mundo que ya no veo, ¿qué queda?...

Un recuerdo que me hace sonreír con esa triste sonrisa de los enfermos incurables, y que en ocasiones... ¡me hace hostezar!

¿Y qué es un recuerdo?...

No se sabe: *algo* que guarda la memoria, pero un algo indefinible que no ocupa lugar, que no pesa, que se esconde en las circunvoluciones del cerebro sin dejar señales de su paso en ninguna, que viene y se va sin que sepamos nunca por donde entra ni por donde sale; es un *no ser* misterioso, impalpable, incoercible, imponderable, incognoscible, un disparate, una pesadilla; es un sueño sin nombre y sin fecha, es humo que se disipa por el espacio sin mancharle, es menos aún...

A eso se reduce la vida con todos sus dramáticos detalles, á recuerdos; es decir, á humo.....

Yo tengo mucho humo en la cabeza, y algunas veces siento la imperiosa necesidad de darle salida para que no me atonte...

Los cuadros que conservo en la memoria de mi primera niñez son pocos y confusos: me acuerdo algo del cortijo en que nací, de *León*, un perrazo de Terranova tranquilo y que se dejaba pegar y montar por mí sin enfadarse, y de sus *ilustres* hijos: *Priamo* y *Nelson*; pero ni con el rey troyano ni con el almirante inglés, hermanos por raros caprichos de la suerte del mismo padre, me dejaban jugar, temiendo sin duda algún desafuero. También me acuerdo aunque sin rencor de los gansos, mis mortales enemigos, que viéndome tan

chiquitín se atrevían á perseguirme por toda la huerta amenazándome con sus picos abiertos y aturdiéndome los oídos con sus insolentes graznidos: yo algunas veces huía como alma que el demonio se lleva, pero otras me sublevaba contra mis odiados rivales, muchos de los cuales, dicho sea de paso y en honor mío, eran más altos que yo, y me defendía heroicamente arrojándoles piedras hasta que la victoria más completa coronaba mis esfuerzos: me acuerdo de los cohetes que todos los años se quemaban el día de mi santo y de los lagrimones como puños que vertía al ver apagarse en el aire el último de la caja; de las veces que mi padre me llevó de paseo en su caballo montado en el arzón delantero de la silla, de algunos cuentos de brujas y muertos resucitados que oí referir en noches de invierno y de un cantar soñoliento con que mi madre me dormía acunándome sobre sus rodillas:

«Duerme, niño chiquito,  
duerme hijo mío, duérmete tu,  
rum-rum, rum-rum,  
duerme mi amor»...

Y yo me embelesaba poco á poco soñando con los cohetes, con *León*, con el cochecito nuevo que me habían comprado, con mi espada de madera forrada de papel de chocolate y con que á la mañana siguiente les daría á los gansos una batalla decisiva... y me quedaba profundamente dormido, con los ojos y los puñitos muy apretados, arrullado por el *rum-rum* de la canción maternal.

Muchos años después, cuando ya empezaba á apuntarme el bozo, fui al teatro de la Zarzuela á ver *El Sargento Federico*, una de las buenas obras del repertorio antiguo, y renunció á pintar el efecto que en mí causaría oír que, al levantarse el telón la or-

questa empezó á tocar la misma melodía con que á mi me durmieron de niño; la impresión fué tan inesperada y tan viva y despertó en mi alma sentimientos tan extraños, que tuve que reprimirme mucho para no llorar.

Después de aquellas primeras escenas infantiles, hay grandes vacíos en mi memoria, llenos de sombras indefinibles, de largos viajes, de escenas y figuras á medio terminar, semejantes á las que trazan por divertirse los pintores en las paredes de sus estudios, todo lo cual forma una especie de neblina que me desfigura ante mi propia conciencia.

Me acuerdo vagamente de mis excursiones por el bosque de la Kambra, en Bruselas, de cuando pasaba por los *boulevares* de París corriendo detrás de mi aro, de las grandes fiestas del *catorce de Julio*, con que el pueblo francés celebra anualmente la toma de la Bastilla, de una visita á Nuestra Señora y otra al famoso cementerio del Padre Lachaise, y de las veces que di la vuelta al Jardín de Plantas montado sobre un elefante, ó metido entre las dos jorobas de un dromedario, ó en un cochecito tirado por un avestruz.

En esta época de mi vida, encuentro algunos episodios á los que no puedo menos de consagrar algunas líneas.

Mi padre, no queriendo que yo asistiese á las escuelas de primera enseñanza en donde, por regla general, se aprende más lo malo que lo bueno, resolvió enseñarme él mismo los conocimientos rudimentarios de mi futura ilustración. Al efecto se armó de paciencia y de algunos libros y emprendió la difícil tarea de hacerme aprender las primeras nociones de gramática y de aritmética, un poquito de geografía y algo también de historia natural.

Hay que advertir que mi padre no es un hombre, sino un santo, y así sólo se comprende que no consistiera de su noble empresa: todas las mañanas se encerraba conmigo en su despacho y se ponía delante de la mesa á leerme una vez y otra las lecciones del día; yo me sentaba en el suelo, á sus pies, y mientras él se cansaba inútilmente repitiendo las formas en que cristalizan los minerales y las propiedades físicas de los cuerpos, ó enumerando los huesos del cuerpo humano, yo disponía mis escuadrones de soldaditos de plomo ó construía barcos de madera que inmediatamente echaba á navegar en un barreño lleno de agua: de vez en cuando levantaba la cabeza fingiendo prestar mucha atención á lo que leía, y su bondad era tanta que con solo estas tardías señales de aplicación le dejaba satisfecho.

La clase de geografía era la que más me gustaba, y ahora se verá por qué.

Como no teníamos esfera armilar, mi padre se valía para explicarme la dirección de los círculos celestes de una naranja, alrededor de la cual trazaba líneas imaginarias con el dedo.

—Mira,—me decía,—estos son los paralelos de latitud; los círculos máximos que pasan por los polos se llaman meridianos, y reciben este nombre porque en el momento en que el sol pasa sobre ellos es mediodía para todos los pueblos que tienen debajo; los españoles nos guiamos por el meridiano de San Fernando, los franceses por el de París, etc: esta línea representa el ecuador, que divide á la tierra en dos hemisferios, Norte y Sur; este es el trópico de Cáncer y este el de Capricornio, aquí tienes la eclíptica, círculo máximo de la bóveda celeste que corta oblicuamente al ecuador, formando con él un ángulo de veintitrés grados y medio.

Fíjate bien en esto: nuestro planeta tiene tres clases de movimientos; de rotación sobre su eje, de traslación y de balanceo... ¡á ver cómo lo dices!...

Estas ideas, á pesar de ser oscuras para la mayor parte de los niños, me las aprendía fácilmente, y cuando comprendía que mi padre estaba satisfecho de mis respuestas, me abrazaba á su cuello gritando como un loco:

—¡Papá, papá, basta de geografía, vamos á comer el mundo!...

Y, en efecto, maestro y discípulo acababan por comerse la naranja que sirvió para la explicación. Sin embargo, estas ideas que aprendí jugando y sin darme cuenta, son las que más profundamente se han grabado en mi cerebro.

Por las noches leíamos obras de Julio Verne: aquellos libros despertaron en mí una afición desmedida por los viajes, los naufragios y las aventuras maravillosas; y tan grande fue mi manía, que en los ratos de ocio que me dejaban la construcción de mis barcos, las muñecas y las lecciones de piano que era lo único que estudiaba con alguna formalidad, me dediqué á escribir novelas; en poco tiempo agoté todo el papel blanco que pude allegar, é hice innumerables cuadernos que guardaba confiado en la palabra que mi familia, por seguirme el humor y tenerme ocupado en aquel inofensivo y silencioso entretenimiento, me dió de publicarlos tan pronto como yo los juzgara terminados. ¡Qué más!... Hasta llegué á construir en el fondo del parque situado á espaldas del hotelito en que vivíamos, y arrimada contra la pared de un cuarto que servía de conejera, una *chosa* de tablas y cartones dentro de la cual me pasaba horas enteras fantaseando como un loco acerca de los mil desatinos que había leído, escri-

biendo las impresiones de mis supuestos viajes, é imaginándome que el jardín era una isla desierta que no estaba en ninguna carta geográfica, y los tímidos conejos, fieras terribles que acechaban un momento oportuno para arrojarse sobre mí y devorarme, y yo un Robinsón de pies á cabeza. Otras veces creía que mi casa era un barco á punto de naufragar; entonces sí que mis apuros eran mayúsculos! Era preciso cerrar las escotillas, torcer á barlovento, cortar el palo mesana, aferrar velas, subir al castillo de proa para darle á la marinería las órdenes oportunas, achicar el agua de las bodegas, tener preparados los botes de salvamento... y para realizar aquellas maniobras subía al piso primero y luego á las bohardillas, agarrándome con todas mis fuerzas á los pasamanos de la escalera como si realmente se tratase de escalas de cuerda, saltando por encima de los muebles, dando gritos y armando el mayor ruido posible; después bajaba al sótano tambaleándome, porque mi ilusión era tan grande que en ocasiones me parecía estar en un verdadero buque, y allí continuaba con el mismo tragín, hasta que rendido de fatiga me quedaba dormido sobre una silla ó en un peldaño de la escalera.

Por aquella época mi madre cayó gravemente enferma, y como mi padre estaba consagrado exclusivamente á cuidarla, la administración de la casa corría á cargo de una criada, coja por más señas, más borracha que Noé y más ladrona que José María: los abusos que cometió fueron tantos y tan graves, que mi familia llegó á enterarse; era preciso despedirla, en cuyo caso nos exponíamos á caer en manos de otra peor, ó ejercer sobre ella una vigilancia que pusiera coto á sus rapiñas: pero si lo pri-

mero era peligroso, lo segundo se hacía imposible, dado el poco tacto que los hombres tienen para el manejo de una casa, la diferencia de idiomas y la delicada salud de mi madre. El único desocupado que allí había era yo y el que mejor podía inspeccionar cuantos gastos se hiciesen: mi padre así lo comprendió y un día me propuso el cargo de *mayordomo*; la idea me encantó, porque recordada que en todas las novelas de viajes hay un mayordomo que es el ángel tutelar de los personajes del libro, el que les aplaca la sed y les llena el estómago. ¡Desempeñar yo un cargo tan importantísimo como aquel, tener derecho á enterarme de lo que sucediese cocinas adentro y á reñir á la criada, inspeccionar los alimentos que después iban á ser servidos á la mesa, saber el precio de cada uno de ellos, tomarla las cuentas en cuanto volvía de la plaza, llevar en la cintura las llaves de la despensa y ser dueño absoluto de lo que dentro hubiera, era el colmo, la meta, el *non plus ultra* de mis aspiraciones!

Empecé desempeñando mi cargo á las mil maravillas: en cuanto venía la mujer del mercado me encerraba con ella en la cocina, la asediaba á preguntas, la regateaba el céntimo, la aburría: aquellos tomates eran muy caros, aquella carne no se podía comer, las patatas estaban heladas... ¿pero en qué diablos pensaba para gastarse el dinero comprando porquerías?... ¿Y la vuelta, qué había hecho de las pesetas que faltaban?...

Siempre acabábamos por reñir; yo la injuriaba en castellano y ella me respondía en francés, y de este modo nos desahogábamos á nuestro gusto sin ofendernos. Al fin se convenció de que por las malas nunca sacaría partido de mí, y procuró sorbor-

narme regalándome dulces y frutas: pero yo era un mayordomo incorruptible, y aunque aceptaba sus obsequios, en llegando el momento de las cuentas no tenía piedad. Algunas tardes, cuando yo estaba solo en el comedor jugando al trompo, venía á pedirme con mucha humildad un poco de aceite, un pedacito de queso ó una cucharada de manteca.

—¡Aceite, queso, manteca!... ¿Para qué quiere usted eso?...

—Para la sopa... para la carne,—balbuceaba la mujer.

—No hay nada, váyase usted,—decía yo en un francés *macarrónico* que ella entendía perfectamente.

Entonces procuraba quitarme las llaves de la despensa á viva fuerza, yo me resistía y más de una vez nos obsequiamos mutuamente en estas contiendas con sendos mojicones: sin embargo, aunque yo siempre quedaba triunfante, ella encontró al fin el secreto de vencerme y rendirme. A pesar de no comprender yo por mi poca edad las relaciones que median entre sexos distintos, sentía al manosearla una extraña sensación que me impelía sencillamente á tenderla en el suelo, pero sin lastimarla: la pícara debió apercibirse de lo que por mí pasaba, y como no había gran peligro en ser un poquito más condescendiente de lo justo con un muchacho de ocho años, empezó á explotar en beneficio suyo aquel sentimiento indefinido que me había inspirado á despecho de su fealdad y de su cojera; y en efecto, el mayordomo incorruptible que no se rindió á los halagos del paladar, fue vencido por la irresistible y misteriosa atracción de aquellas primeras sensaciones de placer en las cuales el niño de hoy presentía al hombre del mañana. Fué cosa conveni-

da: cada una de mis criminales condescendencias la costaba una lucha á *brazo partido*; ella condescendió inmediatamente, maravillada de tenerme de su lado á tan poca costa, y yo olvidé mi deber y mis llaves sin importarme un ardite burlar la ciega confianza que todos tenían en *el mayordomo*. Las cuentas que yo fingía examinar todas las mañanas, las horas que pasaba en la cocina, aquel continuo entrar y salir en los sitios que antes me estaban vedados, eran otros tantos pretextos que tenía para darla un par de azotes ó echar una lucha: en pocos días, ¡oh poder de las faldas! consiguió seducirme por completo, y cuando en la despensa faltaba algún artículo de primera necesidad, yo era el encargado de decírselo inmediatamente á mi madre.

—¡Cómo!—respondían,—¿ya se ha acabado? pues el mes anterior duró mucho más...

Pero yo me encogía de hombros con la tranquilidad y la indiferencia del hombre que ha cumplido hasta lo último con su deber.

El desenlace de esta odiosa trama no se hizo esperar mucho, supuesto que no hacíamos nada por ocultar nuestras buenas relaciones.

Una tarde en que rodábamos los dos por el suelo, yo dando gritos de júbilo y ella riéndose como si la hiciesen cosquillas y no tuviera fuerzas para defenderse, se abrió de golpe la puerta del comedor y apareció mi padre: su entrada fué tan brusca que no hubo fingimiento ni disímulo posible; yo me puse más colorado que una remolacha, y ella acudió á bajarse las faldas que en el ardor de la lucha se habían levantado más de lo prudente, dejando ver dos piernas secas envueltas en medias blancas á medio estirar...: la despensa estaba abierta, el tarro de la manteca sobre la mesa, el queso partido, ¡todo me

acusaba! ...Al principio ví que el entrecejo de mi padre se fruncía, sin duda creyó que ella era la promovedora de aquel escándalo y por motivos bien ajenos á la *stía*; pero cuando comprendió de lo que se trataba, hubo de reprimirse mucho, según después he sabido, para no echarse á reír. Sus labios sólo se abrieron para exclamar:

—¡Valiente mayordomo!...

En cuya frase adiviné mi destitución, y en efecto, á los dos ó tres días mi Maritornes fué despachada, y yo perdí con las llaves de la despensa el derecho de entrar en la cocina y de entenderme con la nueva sirviente, á la que dieron respecto al modo con que debia tratarme, severas instrucciones.

A esto próximamente se reducen los recuerdos que conservo de mi niñez; parece que aquel continuo viajar impidió que las escenas se grabasen en mi memoria, y el tiempo se encargó después de borrar las pocas impresiones fuertes que conservaba.

Así pasó aquella época y cuando mi padre calculó que yo era ya un hombrecito capaz de atreverme con la segunda enseñanza, levantó el campo y nos trasladamos á Sevilla, ansiosos, después tantos años de destierro, de oír la lengua, de ver el sol y de respirar los aires purísimos de la patria.

A partir de esta fecha, mis recuerdos son claros y terminantes.

## II

La entrada en la famosa ciudad andaluza produjo en nosotros una extraña impresión. Acostumbrados al bullicio ensordecedor de París, á aquellos paseos inacabables llenos de una multitud abigarrada y activa compuesta de agentes de comercio que corren el género, escritores, bolsistas, *grisetas*, des-

ocupados, viajeros que se divierten, obreros, burgueses y *caballeros de industria*, población flotante que cambia continuamente y se renueva con los trenes que entran y salen, al ruido de coches y tranvías que circulan de un lado á otro en número incalculable, y á esa vida febril y *espirituosa*, como la llama Goncourt, cuyo extraordinario poder se revela en la prosperidad del comercio, en la continua instalación de fábricas de todas clases, en el crecido número de teatros, circos y cafés cantantes que siempre tiene llenos aquel pueblo rico y alegre, en el sin fin de periódicos y revistas que diariamente se publican y hasta en los detalles más nimios, Sevilla nos pareció una ciudad dormida ó desierta, abrasada por los rayos de un sol africano: las calles, estrechas y tortuosas como los pasadizos y callejones de las ciudades moriscas, estaban solas; las matas de claveles, nardos y miramelindos que adornaban los balcones y los pretiles de las azoteas, cabeceaban perezosamente mecidos por la brisa abrasadora de la tarde; del cielo, de un azul purísimo, descendían oleadas de luz y de fuego que producían en los miembros un enervamiento invencible «y el silencio,— como dice Teófilo Gautier,— era tan profundo, que se hubiera dicho que el mundo se había vuelto mudo, ó que el aire había perdido la facultad de conducir el sonido». Era una ciudad oriental que descansaba bajo una capa de polvo.

Al cruzar por la Plaza Nueva vimos una triple fila de bancos de piedra entre los cuales crecían naranjos raquíuticos y tristes palmeras; apenas si habría en toda la plaza, que es la principal de Sevilla, dos docenas de personas, unas durmiendo en las aceras y otras *tomando la sombra* junto al hotel de *Las Cuatro Naciones*: el viejo reloj del Ayuntamiento

to marcaba las doce, la hora en que dicen los sevillanos que no se puede andar porque los zapatos se quedan pegados á las aceras, y como era imposible ir á ninguna parte y además estábamos rendidos del viaje, ordenamos al cochero que nos llevase á la posada mas próxima, y continuamos rodando otros diez minutos más hasta dar con el equipaje y nuestras molidas hosamentas en una casa de la calle Tarifa, frente al famoso *Café Burrero*, flor y nata de todos los cafés cantantes del mundo, universidad en que brillaron las mas esclarecidas lumbreras del arte, la que proclamó al *Canario*, muerto algunos años mas tarde en el puente de Triana de una puñalada, como el rey de los *cantaos*, y á *Paco el Niño de Lucena*, como el príncipe de los guitarristas; la que tuvo, en fin, entre otros discípulos ilustres, á Juan Breva y á Chacón.

Después de algunos días invertidos en visitar los principales monumentos y paseos de la población y en buscar un alojamiento más cómodo y más tranquilo, pues hay que advertir que nuestros oídos, acostumbrados á los *baudevilles* franceses, no acertaban á comprender las bellezas del *cante jondo*, conque todas las noches nos obsequiaban nuestros vecinos, quedamos definitivamente instalados en una casa de huéspedes de la calle Amor de Dios número 19.

Nunca he conocido una hospedería como aquella.

Al principio, cuando nosotros llegamos, solo había un tal Escríu, ignoro si pariente del célebre actor del mismo apellido, que era un desdichado á quien las teorías espiritistas tenían vuelto el juicio, y que siempre andaba por los tejados leyendo su porvenir en los astros y en el cerco de la luna; una compañía de cómicos *de verano* que trabajaba en el



Teatro Cervantes y dos estudiantes de farmacia: más tarde llegaron un empleado en ferrocarriles, un sordo cuyo nombre y oficio nunca supimos, y que se complacía en andar por la casa con un vestido de volatinero; un tenor italiano que después de mantener relaciones con la hija de la patrona se escapó debiendo no recuerdo cuántas semanas de pupilaje, una partida de jugadores que alquilaron dos habitaciones interiores en donde pasaban las noches *tirándole á Jorge de la oreja*, las hermanas Parralas, á quienes seguramente conocerá de nombre, por lo menos, el lector, por habersido dos *soules* del arte flamenco, un militar recién llegado de Madrid á quien el reuma y los callos tenían siempre de negrísimo humor, y otros cuatro ó cinco huéspedes que ni buscadas con microscópio hubieran podido encontrarse más apropósito para completar aquel extraño cuadro.

Como las habitaciones escaseaban, el patrón improvisó sobre uno de los patios una insegura armazón de madera cubierta de tela embreada, y allí estableció el comedor: pero la invención no dió el resultado apetecido porque la brea se líquida con la primera lluvia, y los que comían debajo tuvieron que huir más que de prisa para librarse de aquel verdadero chaparrón de tinta. Entonces de sustituyó la tela embreada por latas de petróleo convenientemente claveteadas; con este segundo artificio, los que estábamos condenados por nuestra *suegra* suerte á comer debajo de él, no corríamos riesgo de mojarnos, pero en cambio era forzoso renunciar á hablar en cuanto caían cuatro gotas, porque el agua al chocar con las latas producía un ruido dos mil demonios y era imposible entenderse.

Pues bien, bajo aquel feo é inseguro *tinglado*

quedó instalada la *mesa redonda*; una mesa muy larga cubierta con dos ó tres manteles de algodón no muy limpios, y rodeada de sillas de paja y de banquetas que en sus buenos tiempos tendrían muebles finos, pero que entonces, ¡ay! no los tenían; en aquellos *fementidos* asientos, como diría Cervantes, se sentaban los huéspedes: la comida era mala, los garbanzos no tenían toda la blandura ni el vino toda la fortaleza debidas, y apesar de estos motivos de disgusto era de admirar la armonía que entre nosotros reinaba y la buena voluntad con que perdonábamos á nuestros patronos sus abusos.

¡Siempre había alguno de ellos á nuestro lado, dispuesto á hacernos olvidar las faltas de la comidá! Ella, la patrona, una guipuzcoana de ojos tiernos que á todas horas me estaba besando, siempre nos decía la misma cosa; ¡el carbón era tan malo que apenas pudo encender el fuego, su marido había venido tan tarde de la plaza... estaba la carne tan cara, el pescado olía tan mal, los huevos eran tan chicos!... Y por eso la buena mujer, con la mejor intención del mundo, nos recetaba patatas y arroz por la mañana y arroz y patatas por la noche: su esposo Domingo, un gallegote rudo como un alcornoque y colorado como un camarón, solía decirnos por todo consuelo.—¡Paciencia, señores, que todo se andará!—Y hasta su hija se presentaba también para quitarnos el mal humor dejándose pellizcar.

El papel que esta muchacha desempeñaba allí era importantísimo: Natividad, que así se llamaba, era el cebo que atraía al viajero y el lazo dulcísimo que después le retenía atado á la casa, soportando con paciencia las durezas del lecho y la poca sustancia del puchero.

Veréis cómo.

Llegaba un huésped y la patrona, aún cuando la casa estuviese ocupada, le enseñaba una habitación cualquiera, advirtiéndole que tendría que soportar la compañía de otro pasajero; si el hombre se conformaba, perfectamente, pero si nó la astuta dueña agregaba:

—No obstante, mañana á primera hora quedará desalquilado este mismo cuarto, de modo que si usted quiere puede dormir hoy en la alcoba de mi niña; estará usted bien, mi hija es pequeña y una noche de cualquier modo se pasa; yo haré que le pongan una buena cama...

Luego el afortunado huésped se encontraba con que la *niña* tenía quince años y que era bastante guapa, y ¡claro! ya no se iba aún cuando á la mañana siguiente le obligasen á dormir en un camaranchón.

Estos secretillos de *entre bastidores* eran conocidos hasta de los mismos que no los habían gustado, y aquella comunidad de mesa y de caricias contribuía á estrechar más nuestras relaciones. Entonces fué cuando formamos, ó formaron, pues yo por mi poca edad apenas tenía voz ni voto en aquellas reuniones, la *Sociedad de la Bola*, que se constituía á las horas del almuerzo y de la comida, y de la cual fué presidente mucho tiempo un tal Ubiliqui, hombrecillo cojo y contrahecho, más embustero que un gitano: esta sociedad no tenía otra misión que la de embaucar á todos los huéspedes nuevos contándoles los desatinos más grandes y hasta persuadiéndoles de que fuesen á tal ó cual sitio para convencerse por sí mismos de la verdad del milagro.

Estas mentiras se elaboraban poco á poco y entre todos; el presidente, por regla general, era el que co-

menzaba la escaramuza; echaba la pelota al azar y los otros respondían.

—Caballeros, ¿saben ustedes lo que me han dicho esta tarde?

—¿Qué?—preguntaba una voz.

—Que en Itálica, en medio del anfiteatro, ha brotado por entre dos piedras un chorro de agua que sube á cerca de tres metros de altura.

—¡Casualmente me han referido eso mismo en la redacción de *El Baluarte*,—interrumpía cualquiera de los *socios*;—quizá esta misma noche publique una hoja extraordinaria dando cuenta de la estu-penda noticia; aseguran que los vecinos del inmediato pueblo de Santiponce está alarmadísimos, porque no saben cómo contener los progresos de la inundación que amenaza invadir aquellos campos; hoy han salido de Sevilla más de doscientas personas á presenciar el fenómeno.

—¡Qué atrocidad!... ¡Y de dónde procede esa vena de agua?

—No se sabe, pero el agua debe tener mucha presión dada la altura á que sube el surtidor.

—¿Y el anfiteatro estará anegado?

—Completamente.

El incauto á quien esta engaño iba dirigido empezaba por fijarse en la conversación, después hacía algunas preguntas, y no era extraño que convencido por la seriedad y el aplomo de los que mentaban, acabase por asentir al más absurdo desatino: así le sucedió á un maestro de obras que creyó punto por punto cuanto le refrieron de la inundación de Itálica, y tuvo la candidez de recorrer una mañanita las dos leguas mortales que median entre Sevilla y las famosas ruinas, con la esperanza sin duda, de hallar un medio de resolver el conflicto que con tan-

vivos colores le pintaron la noche antes; su ira al verse burlado fué terrible, y aunque no se atrevió á quejarse públicamente del engaño, no volvió á dirigirnos la palabra en todo el tiempo que estuvo allí, y excusado es decir la alegría que causó en los miembros de la respetable sociedad el buen resultado de la burla.

Diariamente ocurrían en aquella casa lances y escenas dignos de un sainete de Olona ó de una novela de Paul de Koch.

Algunas tardes *el sordo*, con objeto de espantar el calor, bajaba al patio vestido con una camiseta y unos calzoncillos de punto color verde, una toalla blanca envuelta alrededor de la cabeza á guisa de turbante y una gran lavativa debajo del brazo: cargaba esta *arma alevosa* en la fuente y sin reirse ni hablar con nadie se ponía á pasear con mucho sosiego esperando á que pasase la criada; en cuanto la veía, ¡zás! disparaba un chorro, la mujer se defendía llenando de agua el jarro, el cubo ó lo que tuviese más á mano y tirándose la á la cabeza, y aquí daban comienzo las húmedas hostilidades. Al principio, los demás huéspedes se reían, contentándose con el papel de simples espectadores, pero luego se animaban unos á otros, acabando por tomar parte en la pelea; se formaban dos partidos y los contendientes se perseguían por las escaleras, los dormitorios y hasta por las azoteas, con furioso encarnizamiento; en pocos momentos, la casa quedaba convertida en una laguna y la lucha seguía hasta que todos estaban rendidos de fatiga y empapados de agna.

Otra noche ocurrió un suceso que puso en conmoción á los alegres moradores de la hospedería.

Serían cerca de la una ó las dos de la madrugada,

cuando alguien extendió por toda la casa la noticia de que en una de las habitaciones interiores *llovían bofetadas*.

El hecho fué el siguiente:

En la casa inmediata á la nuestra habitaba una muchacha muy guapa que traía revuelta á la vecindad masculina; la tal era novia de Escríu, y mientras el desventurado espiritista la esperaba en la azotea para recitar una vez más su canción de amor á la luz de la luna y de las estrellas, la niña hablaba en el piso inferior con uno de nuestros compañeros de posada; entusiasmado el galán, quiso atravesar un tejadillo que separaba su ventana de la de la jóven, pero en el instante de poner en obra su pensamiento, ¡otro D. Juan! que supongo acabaría de llegar de la calle le salió al encuentro, y ambos rivales empezaron á reñir en el tejado ni más ni menos que gatos en celo; de las tejas, y esto fué lo que más sintió nuestra patrona, no quedó una sana, y nadie sabe el trabajo que costó separarles, tan ciegos estaban.

En medio de esta vida llena de episodios que siempre recuerdo con alegría pasaron los meses de Julio y Agosto, y en los primeros días de Septiembre, y con gran regocijo mío, mi padre me matriculó en el primer año de bachillerato.

Poco después caí gravemente enfermo del sarampion; ¡qué horas pasé tan tristes, metido en mi cama, á obscuras, medio achicharrado de calor, rabiando de hambre y de sed, una sed horrible que me devoraba las entrañas, y oyendo siempre el delicioso rúmorcillo de la fuente!...

No pude asistir á clase hasta mediados de Octubre; fui con mi padre, avergonzado de encontrarme en un edificio tan grande lleno de muchachos á

quienes no conocía y que me miraban con irri- tante curiosidad como si quisieran burlarse de mi trajecillo de marinero. Don Juan Pérez López, profesor de *Geografía*, me recibió con mucha seriedad y se contentó con indicarme cuál era el libro de texto y el asiento que debía ocupar entre mis compañeros; pero Don Aquilino Fuentes y Martín, catedrático de *Latín y Castellano*, ya muerto desgraciadamente para la enseñanza, me miró fijamente á la cara, como procurando leer en mis ojos mis alcances; dijo que para *mocosos* de nuestra edad la asignatura era muy difícil y que tenía que *apretar* mucho para ponerme á la altura de los demás; yo, temblando de miedo y con las mejillas más encendidas que amapolas, prometí estudiar mucho y asistir puntualmente, y con esto nos separamos hasta el día siguiente.

La clase de D. Aquilino parecía un gallinero, porque él, con intención de estimularnos, concedía los primeros puestos á los alumnos más aventajados, y confinaba á los perezosos y á los torpes á los últimos bancos; las preguntas llovían y nosotros, con tal de no bajar un asiento, no perdíamos una sola palabra de la explicación.

—Tú,—decía D. Aquilino,—¿cómo se declinan los comparativos?...

El muchacho se quedaba con la boca abierta.

—¡Estás dormido; el otro!

—Como los adjetivos de la segunda clase.

—Arriba, correrse. Anda,—proseguía,—espérate un poco que me vas á poner ejemplos: *doctus*, positivo, ¿cómo forma el comparativo?... El otro, el otro, otro...

—¡*Doctior, doctius!*

—¿Y el superlativo?

—*Doctissimus.*

—Arriba, correrse todos; mañana me traes copiada la formación de los comparativos y superlativos en latín y en castellano, ocho veces.

Y así hacía rodar al chico á lo largo de los bancos, perdiendo puestos y agoviado bajo una lluvia de preguntas.

Cuando se las había con alguno muy torpe ó muy desaplicado, variaba de procedimiento.

—Vamos á ver, ¿á qué temas corresponde *lupus*?

El interrogado, con una cara en que se reflejaban igualmente el miedo, la sorpresa y la ignorancia, respondía:

—Tema... tema en *a*.

Al oír tamaño disparate D. Aquilino *perdía los estribos*.

—¡Ven acá, acércate, zopenco,—exclamaba tartamudeando de coraje.

—Tema en *u*, en *i*,—gemía el chico todo azorado.

—Ven acá te he dicho, no me obligues á que vaya por tí porque te va á salir peor cuenta!...

Y cuando le tenía á su lado continuaba preguntándole, y por cada nuevo desatino le aplicaba un coscorrón ó un pellizco, y después de atormentarle á su sabor acababa por ponerle de rodillas ó mandarle al encierro hasta las seis de la tarde.

Aquel año y el siguiente tuve los mismos profesores, pero en el tercero fué maestro mío de *Retórica y Poética* el cariñoso y sabio presbítero D. Francisco Rodríguez Zapata, antiguo discípulo del ilustre poeta D. Alberto Lista, y uno de los hombres por quien he sentido mayor afecto; el buen viejecito también me quería entrañablemente, y ahora que hablo de él me complazco en consagrarle este recuerdo.

Pero de todas las asignaturas del grado, la que me costó más estudios, más desvelos y lágrimas, fué la de *Psicología Lógica y Ética*, á cargo del riguroso Don Vicente Rodríguez de Peñalver. Capítulo por capítulo, hoja por hoja, letra por letra, sin omitir una coma ni un punto, teníamos que estudiar el maldito libro de texto; un librote insípido de más de 500 páginas de prosa cerrada que no se acababa nunca. La *Psicología* y la *Ética* la aprendimos con relativa facilidad, por más que nuestro poco juicio fuese refractario á los intrincados razonamientos de las ciencias abstractas; pero con la lógica, «*la ciencia que dirige nuestro entendimiento para llegar acertadamente al conocimiento de la verdad y explicarla á los demás*,» según rezaba el texto, no tan solo no llegábamos nunca al conocimiento de nada, si no que apenas nos entendíamos con nosotros mismos: aquel cuadro de las proposiciones *contrarias, subcontrarias, subalternas contradictorias*, los capítulos en que se trataba del silogismo, de los sofismas, de los criterios de verdad, del uso de la hipótesis en filosofía, de la ciencia considerada como fin del método, etc., etc., eran para nosotros más incomprensibles que un tratado de álgebra en lengua sanskrita; pero apesar de tantas dificultades llegué á dominar completamente la asignatura y tuve el honor de obtener en los exámenes de Junio un premio que alcanzaban muy pocos; desde entonces quedó sembrada la afición que después me había de arrastrar á los estudios filosóficos.

En aquella época mi padre y yo andábamos siempre juntos; parecíamos dos buenos amigos que no se acomodaban á vivir el uno sin el otro: nos levantábamos á la misma hora, íbamos juntos al Instituto y á los paseos, y mis amiguitos tenían tanta confianza

con él como conmigo: por las noches me acompañaba hasta que yo daba por aprendidas las lecciones del día siguiente, y algunas noches en que me veía reñido de sueño y fatiga, me aconsejaba que me fuese á dormir.

—No quiero, no quiero; hasta que acabe esta lección no me acuesto.

—Pero muchacho, ¿no comprendes que ese estudio no puede aprovecharte?

Yo entonces para ahuyentar la pereza me rociaba la cara con agua, y después de dar unos cuantos saltos por la habitación, me sentaba otra vez; apoyaba los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, y en esta postura seguía leyendo; pero las más de las noches el sueño vencía mi voluntad y sin variar de postura para que nadie advirtiese mi debilidad, me quedaba profundamente dormido; después veía que mi padre se había burlado de mi aparente aplicación cerrándome el libro, ó poniéndome debajo de las narices unas cuantas pajaritas de papel.

Los domingos solíamos hacer largas excursiones por los alrededores de Sevilla, recorriendo á pié los pueblecitos de Santiponce, Castilleja, Palomares, San Juan de Alfarche, Coria, y otros muchos que blanquean entre los cerros cuajados de olivares que se extienden á lo largo de la orilla derecha del Guadalquivir; salíamos de casa temprano, con el sol, y regresábamos á la hora de comer, después de andar por lo menos cuatro ó cinco leguas.

Cierta tarde volviendo de Castilleja, entramos en una venta á tomar un bocadillo; nos sirvieron boquerones, aceitunas verdes y un valdepeñas muy aceptable; el fresquecillo que hacía, lo mucho que habíamos andado y lo avanzado de la hora, desper-

taron extraordinariamente mi apetito: los boqueros estaban buenos y muy salados, é incitaban á beber; las aceitunas por su parte también requerían mosto; comí bien y bebí más, y... ¡confieso mi pecado! llegué á *achisparme* un poquito; mas, ¿qué muchacho de doce años tiene la virtud de resistir á las tentaciones del hambre y al buen sabor del vino en un día de campo?... Salimos del tenducho y continuamos el camino: yo iba muy alegre, riéndome de todo y saltando los montoncitos de arena que había á uno y otro lado de la carretera, con la boina sobre los ojos y un bastoncito de acebuche al hombro: de pronto me volví hácia mi padre y le pedí el revolver, una arma preciosa que me encantaba; no pareció muy sorprendido de mi deseo y me lo entregó, y yo proseguí tan satisfecho con el revolver metido en el bolsillito del pantalón; fué un capricho tonto, sugerido sin duda por los vapores del vino, y que pudo costarme muy caro. En la cuesta de Castilleja subimos al tranvía y en él atravesamos el puente de Triana; al entrar en la calle de los Reyes Católicos, el coche se detuvo un momento para cambiar de tiro, y yo aprovechando aquella parada me bajé para satisfacer una necesidad imperiosa; miré á todas partes y no hallando ningún orinadero; me acerqué á un puesto de fósforos sin preocuparme de lo que su dueño pudiera decir; éste, en cuanto comprendió mi intención empezó á increparme brutalmente, pero yo continué impasible sin hacer caso de sus amenazas y contestándole con tal insolencia, que un mozo de cuerda que nos estaba oyendo no pudo contenerse y terció en la cuestión poniéndose en contra mía: ante aquel inesperado peligro la borrachera me sugirió nuevos alientos, y comprendiendo que mi dignidad de hombre *hecho y derecho* no me

permitía ceder y que era una vergüenza quedarse callado, respondí al cargador con una audacia pasmosa; le insulté, creo que hasta me atreví á amenazarle: aquel nuevo desmán de mi lengüecilla de víbora acabó con su paciencia y se arrojó sobre mí con propósitos de sacudirme algunos cachetes que me hiciesen entrar en razón; al verme acometido, di un salto hácia atrás encogiéndome sobre mi mismo como un gato para librarme de las manos de mi contrario, y al propio tiempo descargué sobre su cabeza un garrotazo que le hizo vacilar; inmediatamente me rehice y le di otro en la frente y viéndole desconcertado y próximo á caer al suelo me quedé tranquilo, dispuesto á la lucha sí, pero sin querer abusar de la ventaja obtenida.

Esta escena se desarrolló en menos de medio minuto; nadie pudo separarnos porque fué una lucha tan breve que cuando el público allí reunido se apercibió, el mal estaba ya hecho; entonces ví á mi padre interponerse entre los dos y oí algunos curiosos que alababan mi valor, sin comprender que en el airoso desenlace de aquella riña había influido más mi borrachera que mi sangre fría.

Después entramos de nuevo en el tranvía y éste echó á andar: de lo que sucedió durante aquel trayecto no me acuerdo, porque el vino, la pelea y sobre todo, el temor de haber disgustado á mi padre, me tenían aturdido.

Cuando entramos en casa y mi madre se enteró de la aventura creí que el cielo se caía sobre mi cabeza y que la tierra me tragaba.

—¡Mi hijo borracho,—decía,—mi hijo riñendo en las calles como un pillete de playa, ahí tienes el resultado de las malas compañías!... ¿Esa es la manera que tienes de pagar los sacrificios que estoy ha-

ciendo por tí?... ¿Qué hubiese dicho cualquiera de tus profesores si te llega á ver en ese estado?... ¿No lo quiero pensar porque me vuelvo loca; y además expuesto á que ese hombre te hubiera reventado de un puñetazo, que es lo que debía haber hecho en vez de aguantar insolencias de un mocoso, de un mico, que no se le ve en el suelo; demasiado bueno ha sido cuando no te bajó los pantalones para darte cuatro azotes...

Aquellos insultos contra los cuales nada me era permitido contestar me encendían la sangre, causándome más daño que si me hubiesen pinchado las niñas de los ojos con puntas de alfileres.

Pero cuando vió que estaba herido en una muñeca y que de la rozadura salía un poco de sangre, gritó y lloró hasta ponerse ronca: me predijo que yo sería la causa de su perdición, que empezaba á darla disgustos desde muy niño, que era peor que los granujillas de la Alameda de Hércules y que si continuaba por aquel camino pararía en un presidio, en un hospital ¡ó en un patíbulo! así, así me la soltó. Aún no sé si se realizará aquella horrible profecía, porque nadie sabe lo que el impenetrable destino le tiene reservado, pero prometo solemnemente hacer cuanto pueda porque sus vaticinios no se realicen, y hasta ahora lo voy consiguiendo sin mucho trabajo.

Mi padre, conolido de mis desgracias, dió por terminado el incidente y me acosté sin cenar, con los ojos hinchados, los carrillos echando fuego y la mano en cabestrillo, como si tuviera roto el brazo; ¡nadie sabe lo que lloré aquella noche de vergüenza y de rabia cuando me ví á solas debajo de mi cobertór!...

Esta aventura me hizo odiar el vino y los boque-

rones bastante tiempo, y fué tal la repugnancia que aquel suceso me inspiró, que no volví á pasar por la calle de los Reyes Católicos hasta pocos días antes de salir de Sevilla. En cuanto al bastón con que realicé mi hazaña mi madre lo escondió tan bien que no lo volví á ver en muchos años, y eso que ella misma me lo había comprado para que me defendiese de los chicos con quienes reñía; el por qué me lo quitó después de dármele es cosa que nunca he podido comprender, ni ella tampoco me ha sabido explicar.

Por lo demás, de aquellos cinco años de estudios conservo gratas memorias: me acuerdo de las noches en que mi padre se sentaba á la cabecera de mi cama y yo me dormía oyéndole leer el *Don Quijote* ó la *Historia de Gil Blas de Sanzillana*, libros que casi me sabía de memoria y que nunca me aburrí; de Joaquinito Pizarro y Ricardo Santos, dos chicos á quienes profesé entrañable amistad y con los que solía irme á jugar al *marro* y al *toro* por la Macarena y la Puerta de la Barqueta, de algunas pedreas en la Plaza Nueva, de los apuros en visperas de exámen, los triunfos conseguidos, el pintoresco pueblecito de Alcalá de Guadaíra á donde íbamos de temporada los veranos, las funciones religiosas en su iglesia de Santiago, en las cuales trabajé más de una vez como organista, las noches de estío pasadas á la luz de la luna cantando y comiendo en los melonares y al pie de las chumberas, la misa oída todos los domingos al despuntar la auro-ra en la ermita de San Roque situada en lo alto de un cerro al otro lado del río, las partidas de ajedrez jugadas al médico D. Julio Cantero y al P. Ramos, nuestro cariñoso huésped, mis amores con Lolita Muñoz, una preciosa niña de diez años, poco más

joven que yo, á quien amé mucho y en secreto; siendo lo triste del caso que tan reservado fui en esta ocasión que la interesada no lo supo hasta muchos años después, cuando nuestros destinos estaban para siempre separados, y de otra larga série de pequeños sucesos que formaron la época más tranquila y deliciosa de mi vida.

Al fin acabé el grado y mi familia, deseando hacerme estudiar una carrera, decidió trasladarse á Madrid.

Salimos de Sevilla á mediados del mes de septiembre; yo iba alegre, ansioso de cambiar de teatro y de conocer por mí mismo la gran capital; abracé lleno de emoción á mis amiguitos de la infancia, prometiendo tenerles al corriente de todo lo que en lo sucesivo me sucediera, subí por última vez las escaleras del Instituto para despedirme de los bedeles que me conocieron niño y que entonces me veían marchar hecho un hombrecito, y me olvidé por completo del pasado para pensar sólo en el porvenir.

Partimos... Una rápida vuelta del tren nos hizo perder de vista la gentil silueta de La Giralda que aún se dibujaba como una sombra casi confundida en el azul del cielo; atrás quedaba Sevilla, lejos, muy lejos, rodeada de naranjos y palmeras, y yo huía de ella en dirección á Madrid, á este Madrid en que enterré mis ensueños de niño, llevando de todas mis alegrías é impresiones de la vida pasada humo y recuerdos...

Entonces debieron recitarme aquel célebre romance de Quevedo,

«A la corte vas, Perico;  
niño, á la corte te llevan  
tu mocedad y tus piés:  
¡Dios de su mano te tenga!»

## III

Renuncio á narrar detalladamente esta parte de mi historia.

De mis afanes, de mi afición á la filosofía y á la medicina, de mis *pinitos* periodísticos, de mis devaneos, ya hablo con más extensión en otros artículos de este mismo libro; aquí sólo quiero tratar de los acontecimientos pequeños que casi tengo olvidados, de lo que llena la mayor parte de los días, de esa neblina que constituye el fondo de nuestra vida pasada.

Mis primeras reminiscencias se asocian al recuerdo de mi amigo Virgilio, á quien conocí en Leganés en el entierro del ilustre catedrático de *Literatura griega y latina* de la Universidad Central, D. Alfredo Adolfo Camús; en su compañía pasé cerca de dos años y desde luego nuestra vida fué común. No puedo olvidar aquellos paseos interminables en que siempre íbamos leyendo algún libro de versos ó discutiendo; yo *tronaba* contra las novelas y los cuentos, calificando á los literatos de gentes de poco juicio incapaces de ningún estudio sério, y él se mofaba cruelmente de la filosofía y de los médicos; algunas veces, si los argumentos por mí empleados no tenían réplica, apelaba al *sentimentalismo* para derrotarme; me leía algo de Zorrilla ó de Espronceda, el *Canto á Teresa* ó cualquier pasaje de *Margarita la Tornera*, y cuando me veía pálido de emoción,—¿Qué te parece esto?—preguntaba riendo,—¿á que nunca te han hecho sentir así tus libros de química? ¿A que los poetas te parecen ahora mismo las mejores personas del mundo?... Y como en mí casi siempre ha podido más el corazón que la cabeza, ante este



modo de discutir me declaraba vencido. También me acordó de nuestras primeras visitas al baile de *La Flor*: no conozco público más repugnante ni más chulesco que el que allí se reunía los domingos por tarde y noche; era una masa abigarrada y mal oliente, compuesta de estudiantes, horteras, muchachas de oficio y criadas de servir, todas ellas feás, cursis, sucias y frágiles; aquello sin embargo, nos pareció muy bien, y seguimos asistiendo durante todo un invierno; algunas tardes lluviosas nos refugiábamos en los circos ó en el paraíso de la Comedia ó de Apolo con la esperanza de sentarnos junto á una modista sensible á quien poder conquistar, y otras nos íbamos por las calles con los pantalones subidos hasta más arriba del tobillo por el barro, y el paraguas abierto, sin más objeto que el de ver gente y recoger impresiones; recuerdo los apuros que teníamos para pasar la semana con el poco dinero que en nuestras casas respectivas nos daban todos los domingos; de las maravillas que hacíamos por salir airosos de nuestros compromisos y de las *juergas* corridas en las Ventas y en los Cuatro Caminos; siempre íbamos juntos, teníamos las mismas aficiones, los mismos vicios, pensábamos de idéntica manera, hasta llegamos á parecernos en la manera de hablar; aquello fué un verdadero idilio.

Después la suerte nos separó y nuevas amistades vinieron á remplazar momentáneamente á la suya. Pepe Marcial, uno de mis condiscipulos más estudiosos y más formales; Segura, un muchacho muy simpático que tenía el malhadado vicio de *jugar-se el sol antes de salir*, Abundio, Nicéforo y el pobre Modesto Martínez que murió poco después, fueron mis compañeros de aventuras.

Entre todos formamos la sociedad *El Renacimiento*, de la cual me nombraron por unanimidad Presidente, y que mejor hubiera debido llamarse *La mojama y la manzanilla*, dada la gran cantidad de estos dos artículos que se consumían en todas las sesiones; teníamos el proyecto de fundar un periódico con aquel mismo nombre, y al amparo del periódico una biblioteca y después... todo lo que se nos fuese ocurriendo, hasta que nos cansásemos de ganar gloria y dinero; cada cual contribuiría semanalmente con el dinero que pudiese, y los trabajos de redacción y administración nos los repartiríamos como buenos hermanos. Pero cuando llegamos al terreno de los hechos empezaron á surgir dificultades; el precio del papel ascendía á mucho; la contribución tampoco era una cantidad despreciable, se necesitaban fajas, circulares y recibos, y hacer otra porción de gastos preliminares con los cuales no habíamos contado y que eran absolutamente indispensables; y finalmente, el impresor no quería trabajar si antes no se le pagaba. Estos contratiempos nos obligaban á reunirnos todas las tardes en *La Rinconada* alrededor de una fuente de pajariños y á gastarnos por tanto en comer la mitad de los fondos destinados á la noble empresa; allí se pronunciaban discursos, se leían artículos, se proyectaban giras y diversiones y se perdía el tiempo vaciando botellas; en resumen: que se desistió del asunto, ¡cuando todo estaba casi arreglado!...

También el tiempo deshizo nuestra alegre reunión; unos se casaron, otros se fueron y volví á quedar solo.

Después tuve otro círculo de amigos, entre los cuales estaban Juanito Perea y López de Ayala, sobrino del célebre poeta del mismo apellido y otros

varios estudiantes con quienes me reunía todas las noches en el café *El Diván*; allí se hablaba de literatura, derecho, química, teatros, de la comedia que estaba escribiendo Echegaray, del escándalo que hubo la víspera en *La Sanluqueña* por cuestión de faldas entre un torero y un autor cómico, de la última borrachera de Julio Ruiz, ¡de cualquier cosa, en fin!... Luego se disolvió aquella reunión porque el que menos le debía al mozo quince pesetas, y llegó un momento en que la situación se hizo insostenible.

Entonces adquirí otros amigos, y después otros... y otros...

La imagen de aquellos tiempos que ya pasaron despierta en mi alma indecible tristezas: me acuerdo de los años perdidos, de las energías derrochadas inútilmente en placeres que ni dieron salud al cuerpo ni sirvieron de provecho al alma; veo caras de mujer, unas altas y rubias, otras morenas y ardientes, todas con el semblante coloreado por los vapores de la orgía y del baile, las unas llorando, las otras riendo; oigo músicas que desde entonces no han vuelto á resonar en mis oídos, aspiro perfumes que nunca he vuelto á respirar, siento caricias que me hacen temblar como si me sometiesen á la acción de una corriente eléctrica... ..y comprendo la gran diferencia que hay entre el hombre de ahora y el hombre de ayer,

Muchas veces creo que Madrid ha cambiado y que no es lo que era, pero más lógico es suponer que quien haya cambiado sea el observador, puesto que las cosas según el respetable sentir de muchos filósofos y poetas ilustres, varían según el criterio con que se las juzgue. Ello es, sin embargo, que echo de menos en el Madrid de ahora algo muy

esencial; no veo por las tardes á la hora del crepúsculo, cuando los faroles se encienden y empiezan á iluminarse los escaparates de las tiendas, aquellos alegres grupos de muchachas que salían de sus talleres riendo y cantando como bandadas de alondras, ni estudiantes que las esperen para acompañarlas, ni parejas de enamorados semejantes á las que yo entonces encontraba en todas partes; parece que la juventud se ha vuelto en poco tiempo más juiciosa y más retraída. El Madrid aquel tenía para mí singulares atractivos; me gustaba su cielo siempre nublado y amenazador, el eco de los pianillos que resonaban en sus verbenas, las tardes de invierno en que los empleados del Ayuntamiento quitaban con las mangas de riego la nieve de las calles y en que pasaban las mujeres envueltas en sus mantones, pisando menudito, con el pañuelo sobre la cara y las faldas recogidas; el alegre ruido de coches y tranvías que subían y bajaban por la calle de la Montera... ¡hasta el frío y el olor á tierra mojada!... Había en el aire, en el sol, en la atmósfera, algo que me infundía un contento loco; quizá este algo misterioso estuviera en mi sangre y fuese *la salsa de los caracoles* que dijo el otro, pero lo cierto y lo triste es que me falta y que por más que lo busco no lo encuentro. Y ahora, al recordar mis impacencias febriles, las noches que pasé sin poder dormir saboreando por anticipado las diversiones del día siguiente, la zozobra con que iba á las citas y los temores que me asaltaban cuando *ella* no venía, me admiro de haberme emocionado tanto por cosas tan pequeñas y tan fútiles.

Este cansancio, este abatimiento invencible que siento gravitar sobre mi alma es un mal contraído con los años y los golpes; no estoy enfermo de la

imaginación, es decir, no siento ese hastío injustificado que corrompe las más hermosas facultades de la juventud de este siglo caduco, no soy un escéptico de gabinete ó por rutina, no; lo soy apesar mío, contra todo el torrente de mi voluntad, contra mi corazón, que nació apasionado y vehemente; lo soy porque no tengo otro remedio, porque ha muerto en mí lo que sostenía mi fe y mi esperanza. Si, parece que desde el instante mismo en que comencé á dar los primeros pasos por el mundo, un espíritu maligno se empeña en torcer todos mis planes, pues dejando á un lado mis locuras amorosas hay otro largo capítulo de desdichas cuyas fatales consecuencias estoy tocando aún.

Quise escribir, y mi segundo artículo lo llevé á un periódico desprestigiado, impopular, defensor de ideas que me son queridas pero que la masa general del público rechaza, y que solo circulaba entre esas últimas capas sociales formadas por los desdichados á quienes la miseria y el trabajo agobian, y que asienten á lo primero que se les dice siempre que la nueva idea tienda á remediar su situación: en aquel funesto semanario que no quiero nombrar, me recibieron muy bien, elogiaron mi aplicación y mi poca edad, diciendo que llegaría á ser un gran escritor si continuaba trabajando en el sentido á que me impulsaban mis excelentes aptitudes. Seguí escribiendo, estudiaba sin descanso y luego corría á la redacción á ofrecer gratuitamente el fruto de mis desvelos; nécio de mí, que me arrimé á un árbol secado por la más sórdida avaricia, un árbol muerto, que nunca me daría sombra!... Trabajé cuatro años, cultivando un día y otro aquella tierra insensible sobre la cual moría la semilla inmediatamente después de plantada, sin pensar en obtener

por aquellos servicios ninguna recompensa, y cuando en cierta ocasión pedí á uno de los improvisados maestros que habían prometido labrar mi porvenir, no el pago de mis servicios, sino un pequeño favor tan mezquino y tan insignificante que no merece recordarse, obtuve por respuesta á mi justísima petición la más rotunda negativa; á este primer desengaño siguieron otros y aquello me disgustó. Busqué otros horizontes, otras compañías, otros aires en que volar y los hallé; más ¡ay, me hubiera valido más no haberlos encontrado nunca! Tuve editores que aún cuando alabasen mis felices disposiciones no me pagaban ó me pagaban muy poco, y para que aceptasen los artículos era preciso que se adaptaran á la índole del libro, periódico ó revista á que estaban destinados; este quería artículos pedagógicos, el otro científicos, éste un cuento, aquel una historieta pornográfica, determinándome el asunto y hasta la extensión que el trabajo había de tener. Apesar de estas dificultades y de estas imposiciones denigrantes era feliz; yo quería escribir á todo trance, fuese de religión ó de agricultura, un tratado de nigromancia ó un libro de cocina; quería escribir sin descanso aún cuando mis trabajos no me agradasen, porque creía que eso era ser escritor, sin comprender *que es muy difícil pensar noblemente*, como dice Rousseau, *cuando se vive de lo que se piensa*; y entregado á este trabajo tan duro como inútil pasé mucho tiempo sin encontrar ninguna mano bastante fuerte que me apartase del mal camino.

Ahora vuelvo con horror la vista hacia atrás y me espanto de los años perdidos: pasiones amorosas cuya historia conocerá quien tenga paciencia para seguir leyendo endurecieron mi buen corazón, mer-

cachifles del ingenio ajeno abusaron torpemente del mío explotándome y engañándome cuanto pudieron, haciéndome olvidar lo poco que sabía y robándome el tiempo que necesitaba para el estudio; las malas compañías completaron la catástrofe. ¿Aprendí algo en todo este tiempo? muy poca cosa; ¡gané mucho dinero, adquirí buenas amistades, me labré una reputación?... Desgraciadamente me movía dentro de un círculo tan pobre, tan estrecho y tan antipático á la generalidad, que no pude conseguir ninguna de estas ventajas; sólo aprendí á odiar á esos falsos apóstoles que predicán una idea santa sin creer en ella y con la sola idea del lucro, á esos hombres sin conciencia que explotan la necesidad ó inocencia de los que empiezan á trabajar y se sacrifican por una gloria cuyos resplandores nunca llegan á ver, y á los que por ignorancia ó malicia no me advirtieron el peligro á que me exponía; esto es algo ciertamente, pero ¡cuánto trabajo me ha costado adquirirlo!... Esa primera juventud gastada en provecho de otros, las grandes decepciones que han seguido, á mis grandes esperanzas, el quedar derrotado en todo lo que he emprendido, el trabajar sin ver la recompensa de mis esfuerzos, es lo que ha infundido en mi carácter una tristeza y un cansancio invencibles. Este modo de pensar me hace incurrir en algunas rarezas: uno de mis mayores placeres por ejemplo, consiste en encerrarme por las noches en mi cuarto y allí, sin más luz que la escasa que viene de la calle, permanezco horas enteras sentado en una mecedora recitando en voz alta los versos que más me gustan, y cuando acabo el repertorio vuelvo á empezar, y así una vez y otra; unos me hacen reír y otros llorar, pero todos me consuelan y no se cómo expresar la felicidad tan

completa que á mí mismo me proporciono recordándolos; soy tan dichoso en esos instantes en que me hallo á solas con mis poetas y mis ensueños, que si el techo de la habitación se fuera á desplomar sobre mí creo que no tendría ganas ni fuerzas para levantarme; estoy sumido en un éxtasis divino durante el cual el espíritu vuela con entera libertad de un lado para otro disfrutando al mismo tiempo de los placeres de la materia; es un sopor dulcísimo, una embriaguez de opio que me transporta á un mundo fantástico lleno de quimeras deliciosas...

De aquellos primeros tiempos sólo conservo un afecto que ha resistido los embates de la suerte, lo único que he salvado de esta larga tormenta de ocho años en que naufragaron mis ensueños; la amistad de Virgilio, cada vez más grande, más firme, más santa: todo lo demás, los cuadros de mi infancia, los compañeros del Instituto, los anhelos y las alegrías infantiles, mis amigos, mis amores, lo veo á la luz que proyecta mi memoria como movibles figuras de una linterna mágica; todo se ha reducido á una serie de sombras que danzan sobre un lienzo blanco; eso es el mundo y á eso se reduce la vida; hoy combatimos y lloramos por lo que mañana nos hace sonreír y bostezar, lo que hoy nos conmueve mañana nos aburre.

Ahora me siento herido, aun cuando acaricio la halagadora idea de que esta herida puede cerrarse: el número interminable de desaciertos en que sucesivamente he ido incurriendo, me han hecho contraer compromisos sagrados que quiero á toda costa cumplir; algunas veces siento que mi cuerpo vacila bajo el peso que llevo sobre los hombros y que la razón y la voluntad me faltan, pero el deber y el cariño que me ligan para con ciertas personas, á quienes

debo todo lo que soy y por cuya felicidad me desenvelo, me obligan á sacar fuerzas de flaquezas y á seguir luchando; es una lucha abrumadora cuyo fin no puedo adivinar aún, pero que he de sostener hasta lo último porque en ella van interesados mi conciencia y mi honor. Pero ya no quiero acometer nuevas empresas, ni fabricar ídolos de barro, ni atormentarme por fantasmas; sé que no hay nada eterno, que todo es mentira, que el amor y la fe pasan como la juventud, que á nadie le importan los sufrimientos del prójimo y que el sacrificio es estéril; quiero consagrarme á mis deberes y que descansen en lo posible mi corazón y mi pensamiento.

¡Es la vida tan poca cosa... humo y recuerdos!...

## Reflejos

(HOJAS DE UNA CARTERA).

Un amor que tuve en vida,  
tan grande y tan verdadero,  
¡si lo hubiera puesto en Dios  
hubiera ganado el cielo!

(M. Páso.)

I

A mi primer amor lo coloco en el número de mis recuerdos infantiles; como que yo era entonces un niño; muy alto, eso sí, bastante reflexivo, con muchos pujos de filósofo maduro y de literato incipiente, franco como un baturro aragonés, y modesto y encogido como un seminarista, pero niño al fin; con todas las debilidades, los deseos desmedidos, los heroísmos y las timideces, las impaciencias, los arrebatos y la falta absoluta de mundo propios de la poca edad.

En aquella época, antes de empezármelas á echar de hombre apasionado, mis gustos eran pocos y bien definidos: deseaba tener un amigo á quien contarle las impresiones que me causaban los libros que leía y las ideas vertidas en la Universidad por mis profesores en sus conferencias cotidianas, una muchacha muy guapa á quien amar *con mis cinco sentidos*, y una buena biblioteca que diera abasto á mi desmedida afición á la lectura.

Esto último fué lo primero que conseguí: el estudio de la filosofía, que podemos llamar histórica, y el de las ciencias naturales, me cautivaron desde luego: *Los primeros principios* de Spencer, el famoso libro *Fuerza y Materia* de Böüchner y *La pisciología alemana* de Ribot, despertaron en mí la afición por la ciencia de Aristóteles. Todas las obras de éste y de Platón, las de Séneca y Epicteto, las sutilezas de Mallebranche y de Leibnitz, las *Criticas* de Kant, los enrevesados argumentos de Fichte y de Hegel, todo lo lei y releí una vez y otra con verdadera fruición. Pero la semilla filosófica la había plantado Spencer, y la escuela positivista encontró en mí insignificante persona un defensor y propagador acérrimo: leí á Darwin y á Hæckel, y me convencí inmediatamente de que el hombre más noble y más hermoso desciende en línea recta del más feo y más plebeyo orangutan, y de que la cédula es la fuente única de donde proceden todos los organismos mediante una série no interrumpida de evoluciones verificadas á través de los siglos; Molleschott me hizo comprender que Dios no existía, Vogt, que no teníamos alma, Herzen, que la teoría de la libertad humana es un disparate, y Draper, con su libro *Historia de los conflictos entre la religión y la ciencia*, expuso ante mis ojos la guerra sostenida por las ideas modernas contra la tradición y la fé, y mi corazón palpitaba de ira recordando los tormentos sufridos por Galileo, al decir que no se movía un mundo que en su delirio sublime sentía trepidar bajo sus piés, los de Giordano Bruno, Servet y tantos otros apóstoles de la verdad sacrificados inhumanamente... y puesto ya en el pináculo del entusiasmo filosófico, no contentándome con leer publiqué una traducción de *La clasificación de las*

*ciencias*, por Spencer, y tres tomos del *Sistema del idealismo trascendental* de Schelling, y disparé por periódicos y revistas una furiosa granizada de artículos que afortunadamente para mi buen nombre literario nadie habrá leído, en los que exponía en mala prosa las ideas adquiridas aquí y allá, tratando en pocas cuartillas los asuntos más difíciles y extraños, y relacionando con una habilidad de que ahora me maravillo, el movimiento de los astros con los del corazón, las teorías geológicas de Couvier con la influencia ejercida por el fósforo en las funciones psíquicas del cerebro, y los rudimentos de cola que los anatómicos han descubierto en la extremidad inferior de la columna vertebral, con las figuras pornográficas que aún se conservan en las paredes del templo de Elephanta. Mi afán era hacer algo grande que atrajese sobre mí las miradas de todo el mundo; sabía que Newton descubrió á los veintitrés años la gravitación universal, y la idea de llegar á igual edad sin hacer otro tanto me llenaba de angustia. Quería á aquellos autores como si fuesen amigos míos de la infancia, y á sus libros como si yo los hubiera escrito; los tenía guardados en un armario de caoba con puertas de cristales, muy alineados y muy sacudidos; en los ángulos de los estantes echaba polvos de alcanfor, ó distribuía algunos saquitos conteniendo yerbas aromáticas, para evitar los peligros de la polilla y demás insectos aficionados al papel: cuando algún condiscípulo me visitaba, mi mayor satisfacción consistía en llevarle delante de *mi biblioteca* y enseñarle los libros.

—Mira—le decía,—este es el *Discurso acerca de las revoluciones del globo*, por Couvier, ésta, la célebre obra de Bichat titulada *La vida y la muerte*;

los que ves aquí empastados á la holandesa son de filosofía materialista, Bastián, Richet, etc; mira el Korán y *Los cinco libros* de Confucio... ¡si supieras el trabajo que me ha costado conseguirlos!... como que las ediciones están agotadas hace muchos años y es inútil pedirlos á Paris. Los de esta tabla son autores espiritualistas; Gioberti, Bossuet, Pascal, Fenelón, lo mejorcito de cada uno; también tengo la *Historia de la filosofía*, de Dámiron, que es muy buena; los *Elementos de ideología* del conde Destutt de Tracy, libro curiosísimo que no se ha reimpresso desde el año 1827; *El cosmos*, de Humboldt, y las obras completas de Spinoza, Montesquieu, Bacón y Schopenhauer. De literatura tengo muy poquito, casi nada... *La Iliada*, *El asno de oro*, de Apuleyo, las *Comedias* de Aristófanes, algo de Walter Scot y de Schiller, las *Novelas ejemplares* de Cervantes, dos ó tres cuentos de Quevedo...

Casi siempre mi amigo se quedaba con la boca abierta, anonadado ante mis libros y mi erudición, y cuando yo daba por terminada mi reseña, el infeliz no sabía qué contestar; algunas veces me agradaba su ignorancia, porque yo aparecía tanto más alto cuanto más insignificante era el nivel intelectual de aquellos con quienes me comparaba, pero otras sentía hácia ellos un desprecio absoluto y les trataba como á hombres inferiores que no merecían ser iniciados en los secretos de la divina ciencia. Yo entonces tenía una piedra de toque que según mis opiniones no fallaba nunca: el individuo que al enseñarle el *Tratado de las sensaciones* de Condillac, ó *El entendimiento humano* de Locke, dos obras clásicas de mérito indiscutible que á mí me habían costado muchas fatigas conseguir, no saltaba de contento diciendo que da-

ría su fortuna y la mitad de su sangre por poseerlas, era un habieca incapaz de entusiasmo, un pobrecito, un desgraciado, una vulgaridad...

El mundo en que me movía era pequeño y monótono; mi pasado se reducía á la brevísima historia de mi niñez, tan fecunda en viajes y en impresiones diversas, todas alegres y tranquilas, y el presente á los estudios que absorbían todas las actividades de mi espíritu.

Pero la felicidad ni puede ser completa ni duradera: yo, que encastillado en mis filósofos y en mis tratados de botánica había vivido perfectamente sin versos ni novelas, tuve la desgracia de comer la fruta prohibida; la fatalidad hizo que cayera en mis manos *El estudiante de Salamanca*, y los versos de Espronceda hicieron vibrar en el fondo de mi alma una fibra de cuya existencia no me había enterado; me gustó extraordinariamente el tipo de aquel D. Félix de Montemar, tan guapo, tan valiente y tan osado, y el de aquella pobre Elvira muerta de amor; después leí *El Diablo Mundo* y el *Canto á Teresa* me acabó de echar á perder.

¡Qué descubrimiento tan inesperado! Yo, el filósofo incorregible que siempre andaba á vueltas con el protoplasma y la teoría atómica, el que tantas veces puso su firma al pie de artículos en que se negaba todo lo negable y que dijo á todo el que quiso oírle que el sentimiento era una contracción del corazón ó de la médula espinal y el pensamiento una secreción del cerebro, el que no comprendía que un médico se suicidase por celos y sí por no poder descubrir las últimas ramificaciones de una arteria, resultaba ser más romántico y más lacrimoso que el mismísimo caballero de Grioux: Zorri-lla, Becquer, Tassara, Musset, Byron, Heine, todos

me fueron familiares en muy poco tiempo; pero mis autores favoritos fueron Espronceda, Campoamor y Bartrina, por ser los que más conformes estaban con mis principios filosóficos; el excepticismo incurable del primero, los arrebatos de creyente y las dudas de pensador al uso que hay en los poemas del segundo y en las composiciones del último, todo encontraba eco dentro de mí: ó yo era un filósofo (valga la calificación un tanto presuntuosa) con ribetes de poeta, ó un poeta extraviado y pervertido por la filosofía.

Me volví taciturno, perdí la alegría y la fe que mis antiguos estudios me inspiraron, los libros de química y de terapéutica me aburrían, los encontraba insípidos y monótonos; ninguno de ellos merecía el trabajo de ser estudiado, eran obras escritas por vulgaridades insignificantes que mataban la espontaneidad del espíritu y que escondían su vaciedad absoluta de fondo bajo una forma artificiosa más ó menos bella: insensiblemente me fui olvidando de mis autores predilectos, los versos y las novelas sorbieron toda mi atención y leí cuantos libros de este género pude haber á mis manos; escribí muchísimos artículos románticos, insoportables, fruto de las últimas lecturas, que guardé cuidadosamente en las gabetas de mi mesa con la criminal esperanza de publicarlos más tarde, me aprendí de memoria á mis poetas favoritos, me consideré el hombre más desgraciado del mundo, creyendo firmemente que sentía vibrar en mi interior una voz que me impulsaba hacia un ideal inasequible, renegué de la amistad y del amor, siendo así que no conocía lo que eran ninguno de estos dos sentimientos, y hasta me aficioné un poco al estudio de la astronomía y á dar largos paseos por las afueras de Madrid. Para col-

mo de desventuras, leí el funesto libro de Goethe, Werther, y la idea del suicidio se enseñoreó de mi espíritu; ¿había procedimiento más natural ni más cómodo que dispararse un tiro debajo de la barba para descansar de las penalidades y aburrimientos de la vida?...

Y, sin embargo, á pesar de lo perturbado que me traían mis lecturas, mi buen sentido no dejaba de comprender que yo estaba tan triste, tan desesperado y *¡tan solo en medio de la multitud!* porque me daba la gana, que podía readquirir mi buen humor cuando quisiera y que no había motivos para afligirse tanto; pero yo, como el personaje de Calderón, me fingía pesares por tener el gusto de quejarme, y continuaba representando ante el mundo mi papel de hombre desgraciado y no *comprendido* y reservándome el derecho de curarme á mí mismo cuando lo estimase conveniente.

Tal era el estado de mi alma, dudando unas veces y creyendo otras, riéndome hoy de lo que ayer me hizo llorar, sintiendo arrebatos de corazón virgen y enervamientos inexplicables de hombre gastado, ansiando constantemente ver algo nuevo que no se pareciera á lo que ya me era familiar y que aplacase un sentimiento no bien definido que perturbaba mis horas de mayor sosiego, cuando conocí á la que con su amor me enfermó de veras é hizo que se convirtiesen en amargas realidades los romanticismos de mi primera juventud.

### III

Se llamaba Matilde (digo *se llamaba* porque, según Chateaubriand, «la muerte de los que amamos no ocurre precisamente cuando dejan de existir, sino cuando dejamos de vivir con ellos»), y con decir que



pasé dos años amándola y otros dos luchando por olvidarla, se comprenderá el daño que me causó.

Tenia más edad, más mundo y más astucia que yo; como no amaba sabía imponerme sus caprichos, suplicándome siempre pero sin ceder nunca; algunas veces me complacía en las cosas insignificantes, pero en las graves situaciones porque atravesamos se mantuvo inflexible en sus resoluciones; observaba por tanto conmigo el mismo procedimiento que después la experiencia me ha enseñado que debe seguirse con las mujeres caprichosas; complacerlas en todo lo pequeño, como si fueran niños á quienes diésemos cuentecitas de vidrio para que jueguen y no metan ruido, y adquirir de este modo derecho para imponerles nuestra voluntad en los asuntos de alguna transcendencia: aquella habilidad de maestra consumada con que sabía hacerme sentir su imperio, apareciendo sin embargo á mis ojos como subyugada á mis menores deseos, halagando así mi vanidad de hombre fuerte y jugando conmigo á su capricho, me dominó por completo y acabé por adjudicarla el dominio de mí mismo; renuncié á mi voluntad, muy contento de tener un tirano tan bello y tan cariñoso como aquel, que antes de mandar me pedía permiso y consejo, y me adormecí bajo su amparo encontrando muy cómodo el poseer una persona que quisiera por mí.

Yo tenía seguramente más ingenio que ella, pero el suyo estaba más ejercitado; discutíamos y yo siempre quedaba vencido, porque mi sensiblería y mi tolerancia llegaron al extremo de sacrificarla mi amor propio y de perder, por complacerla, las discusiones que ya tenía ganadas. Hablaba mucho y bien; las palabras acudían á sus labios con fluidez pasmosa; tenía chistes oportunos que me hacían

reír, un fruncimiento de su boca me inspiraba vehementes deseos de besarla sin reparar en lo que el público pudiera decir; un guiño de sus ojos, un mohín cualquiera bastaba para derrotarme, y quedaba anonadado ante aquel adversario tan querido, tan pequeñito, tan débil y tan *mono*.

Filósofa sutil y positiva,  
que no pasó, cual yo, velada alguna  
en cuestiones ociosas,  
buscando la razón de muchas cosas  
que no tienen jamás razón ninguna...

Como dijo Campoamor.

En resumen: que empezamos á pensar de idéntico modo y yo acabé por discurrir con su cabeza y á moverme por su voluntad; le entregué irreflexivamente mi libertad, mi inteligencia y mi corazón; le di todo lo que tenía, todo mi ser, mis ideas, mis sentimientos, cuanto nacía en mi espíritu, todo era suyo; dejé de tener conciencia propia, renuncié á mí mismo, creo que hasta el alma se adormeció dentro de mí ser ó que voló á otras esferas, porque yo no la sentía; juro que aquello fué un aniquilamiento psíquico total... Y ella, en cambio, ¿qué me dió?... Lo que dijo Schackspeare, *palabras, palabras y palabras*: juramentos de eterno amor, promesas inquebrantables, frases que parecían dictadas por la pasión más ardiente, torrentes de palabras que resonaban mágicamente en mis oídos produciéndome alucinaciones de opio, todo lo que forma esa oratoria hueca de que alardean, aún en los instantes más serios de la vida, los que no sienten mucho.

Aquellas relaciones, por tanto, tenían un doble aspecto: para ella eran una comedia llena de enre-

dos y de peripecias interesantes, cuyo desenlace desconocía y en la cual sólo interesaba su ingenio y su habilidad de mujer experimentada para conducirla hasta el fin, cuidando de no quedar aplastada bajo el peso de los acontecimientos que pudieran irse presentando; para mí, la novela de toda mi vida, una tragedia en que me jugaba las ilusiones y el corazón; yo, por consiguiente, lo ponía todo, ella nada; si á alguno de los dos le tocaba perder, era necesariamente á mí.

¿Que cómo era?

¿Habéis visto alguna vez esas caras de *clowns* tan picarescas, que sacan la lengua y guiñan un ojo, asomando su cabecita empolvada por el fondo de una pandereta rota?... Pues algo semejante encontraba yo en la cara de aquella mujer: algunos rasgos eran perfectos, otros atrevidos; la nariz parecía estar dibujada por un maestro; el color moreno pálido de su semblante era el mismo que dió Tiziano á sus desnudos; en la expresión malévola de los ojos y en las arrugas de la boca, había pinceladas de Goya y de Ortego; ¡figuráos el ser tan peligroso que resultaría de una conjunción de rasgos y expresiones tan contrarias! No he visto semblante más movable ni más expresivo que el suyo: cuando estaba alegre sus ojos relampagueaban; se reía con ellos, con las cejas, la frente, la nariz, con todo, era una alegría loca que se desbordaba: entonces su boca se abría, dejando ver dos líneas de dientes blanquísimos y apretados, con los cuales solía morderse la punta de la lengua, y sus comisuras labiales se elevaban hacia arriba, dando á su cara una expresión mefistofélica deliciosa; colocad aquella cabeza sobre un cuerpecito de niña bien formada, dotadle de todas las gracias espontáneas de la juventud y de los

artificios que enseña el mundo y os formaréis una idea aproximada de lo que fué mi primer ídolo; y digo aproximada porque era preciso oír la hablar para comprender lo temible que era; su ingenio y su palabra la hacían peligrosa.

Mi pasión por aquella mujer determinó en mi espíritu una nueva fase; perdí la afición á los estudios filosóficos, renuncié á mis antiguas investigaciones acerca de la influencia del fosfato de cal en el organismo, que tantas horas me habían robado al sueño, y los atlas anatómicos en que estudiaba el sistema frenológico de Gall, quedaron olvidados sobre la mesa. La pereza me hizo excéptico; la religión mentía, la ciencia se engañaba también, la humanidad desorientada caminaba á tientas como el ciego que ha perdido su lazarillo; estábamos sin Dios, sin materia, sin luz y sin alma; los ateos y los deístas se engañaban igualmente, el hombre, según la feliz expresión de Lutero, «se pintaba en sus dioses.» aquello era *el cuento de nunca acabar*, y nadie sabía si el cerebro era un aparato que funcionaba obedeciendo los impulsos del espíritu, ó si el alma era una secreción del cerebro...

—¡A dudar!—exclamé.—Y muy contento de haber encontrado á tan poca costa mi credo filosófico, cerré los libros para entregarme con más libertad á mi loco amor; y, ¡oh inconsecuencias del corazón humano!... aquellos mismos autores que antes enseñaba lleno de orgullo á mis compañeros, fueron vendidos sin compasión unos tras otros al mercachifle que mejor los pagaba, para comprar con su importe los plácemes de que estaba ansioso. Es preciso saber lo que yo quería á mis libros para apreciar el inmenso sacrificio que me costaba deshacerme de cualquiera de ellos: por las noches, cuando

buscaba los que debían venderse á la mañana siguiente, para asegurarme de que mi madre, que era la única persona de quien yo me recataba, no entraría á importunarme, colocaba en medio de la habitación un esqueleto articulado, diciendo que me dejasen solo porque iba á estudiar anatomía, y el miedo que aquellos restos inanimados inspiraban á todos los vecinos de la casa me aseguraba la tranquilidad por el tiempo que yo quisiese. Entonces abría el estante de los libros y empezaba á buscar una víctima; cogía cualquiera, procurando siempre que estuviese en el sitio menos visible, y rellenaba el hueco con otros para que la falta no se notara; leía algunas de sus páginas, lo sacudía y hasta suspiraba apretándolo nerviosamente entre mis manos... ¡aquello era la despedida!...

Después lo ponía á los pies del esqueleto, sobre la pequeña peana de madera en que se sostenía: allí guardaba yo todos mis secretos, los objetos que iban á ser vendidos y el dinero que tenía; entre los dientes de la calavera escondía las cartas *de ella*...

Algunas veces he pensado en mi amigo y único confidente de entonces; en el esqueleto: era de mujer, ¿de quién sería?...

Perteneció probablemente á alguna francesa, puesto que lo trajeron de París; quizás fuese su dueña una muchacha alta, rubia, de ojos azules, que pasearía aquella misma osamenta envuelta en carnes adorables, blancas como las que pintó Rubens por los Campos Elíseos, haciendo volver la cabeza á los hombres que pasaban á su lado... Debí ser hermosa, porque la admirable proporción de sus miembros lo indicaba, hasta rica... ¡quién sabe!... si aquellas carnes se cubrieron con camisas de ho-

landa y vestidos de seda... Pero sea como fuese, bajo aquél cráneo vacío y pelado como una guija hubo un cerebro que concibió ideas, aquellas mandíbulas descarnadas estuvieron cubiertas un día por labios jóvenes que enderezaron plegarias al cielo, bajo aquella fuente brillaron dos ojos que entornó el placer, bajo aquellas costillas latió un corazón henchido de esperanzas y de amor, aquellos brazos se abrieron para estrechar algún ser querido, ¡ya difunto también!... Y ahora sus pobres restos servían para guardar las cartas, las cintas, las flores marchitas y los recuerdos de otra mujer... ¡qué sarcasmos tan crueles tiene el mundo!...

Matilde era visita de mi familia y en mi casa la conocí: lo que al principio no pude declarar con mis labios se lo dije con los ojos, y ella pareció aceptar muy complacida aquellas primeras insinuaciones amorosas; busqué una ocasión de hablarla á solas y esta se presentó en la escalera; yo entraba y ella salía.

—Deseo—la dije—hablar con usted respecto de algo que la interesa mucho.

—Pues empiece usted ya—repuso con aquella sonrisita que la era habitual.

—El asunto es largo y merece ser discutido despacio; ¿á qué hora y en qué sitio la espero á usted mañana?

—A las once en la Plaza de los Ministerios.

¡Voto á tal!... Y qué noche de reo en capilla pasé discurrendo acerca de lo que al día siguiente tenía que hacer y que decir, y eso que nunca he sentido las ridículas timideces que le asaltaban al bueno de Rousseau aún en medio de los arrebatos amorosos más grandes de su vida; ¡pero era la primera vez que una mujer como aquella me esperaba! Yo,

en los escarceos amorosos que hasta entonces había tenido, me acostumbré á tratar con fregatrices de buen ver ó de malo, según caían, doncellitas, llamémoslas así, de labor, modistillas y otras hembras de *poco pelo*, á cuyo lado no se necesita mucho dinero ni gran ingenio para pasar por un Lovelace y un Creso. Pero aquella mujer no se parecía á las otras: era una muchacha muy *señorita*, que vestía muy bien, que hablaba perfectamente y que parecía es-tarse burlando siempre de su interlocutor; ¿qué iba á ser de mí cuando me encontrase frente á frente de ella?... y en mi necedad juzgaba más difícil declararse á una mujer bonita que entender la *Critica de la razón pura*, ó demostrar matemáticamente la verdad del principio hidrostático de Torricelli; ¡qué tan desprovistos de sentido práctico se hallan los que desde muy jóvenes se dedican á desenredar la maraña filosófica!...

Hacia un buen rato que yo esperaba en el punto de la cita cuando llegó ella; cruzóse entre nosotros el saludo de costumbre y echamos á andar por la calle del Reloj en dirección á la del Río, hablando de cosas indiferentes; y de este terreno vulgarísimo no hubiera salido yo nunca si ella no hubiese preguntado:

—Vamos al grano: ¿estas son las cosas interesantes que me tenía usted que contar?

—Aún no hemos llegado—respondí.

—Ya me lo presumía, porque un muchacho como usted no puede citar á una mujer para hablarla solamente de los cambios atmosféricos ó de la poda del olivo; pero le advierto que se de prisa porque á ese paso antes que lleguen las tan anunciadas confesiones llegará el momento de separarnos, y entonces... usted se quedará con el deseo de decirles

y yo con las ganas de saberlas... con que vamos, anímese...

Ante una invitación tan franca no había más remedio que hablar, so pena de quedar en ridículo; balbuceé algunas palabras y empecé mi discurso y con él mi martirio. En aquel momento cruzó por mi imaginación el argumento de *Pepita Jiménez*, precioso libro de Valera que yo acababa de leer y lo utilicé en beneficio mio: la referí en forma de anécdota la historia de los amores entre Pepita y don Luis; Pepita era joven, bella, con mucho ingenio y mucho corazón y viuda, como *ella*; y don Luis un muchacho muy guapo, que siempre andaba á vueltas con la metafísica y la teología, y que aun cuando pareciese al primer golpe de vista *un poquita cosa*, tenía más talento, más voluntad y más desco-co de lo que prometían su aspecto tímido y sus torpes ademanos, á pesar de lo cual si Pepita no le hubiese ayudado á declararse, nunca se hubiera atrevido á revelar la pasión que ardía en el fondo de su encogido corazón de seminarista y de futuro misionero.

—Usted—acabé diciendo—es como la Pepita que soñó Valera, y yo, aunque la belleza física me falte, soy en todo lo demás aquel don Luis que la amaba con toda su alma y no se atrevía á decírselo; con solo esas dos figuras se escribió una novela que merecía llamarse *Pepita de oro*; ¿quiere usted que compongamos entre los dos otra parecida?... En fin, Matilde, que hasta ahora no me he atrevido á confesar mi pasión temiendo disgustarla; soy un niño, es verdad, ¿pero tengo la culpa de haber nacido tan tarde?...

Al fin había logrado, tras muchos trabajos, formular mi declaración mediante un rodeo que me

pareció ingenioso, y convencido de no haberme portado mal esperé su contestación.

Ella se rió mucho, dijo que yo tenía más mundo que don Luis y que algunos hombres que presumen de corridos, piropeo que, dicho sea entre paréntesis, agradecí más que si cualquier orador del Ateneo me hubiera llamado «*gran filósofo, lumbrera de la ciencia ó ilustre descubridor del fosfato de cal*» y que más de cuatro conquistadores de viejas en buena posición envidiarían mi figura..., *pero* que las relaciones entre ella y yo eran de todo punto imposibles, que pensase seriamente en la diferencia de edades, en la oposición que encontraríamos en nuestras familias respectivas, en que dada mi juventud era seguro que aquel repentino amor cedería y que otras mujeres más hermosas que ella cautivarían mi atención, y sobre todo y este era el argumento principal, que ella estaba para casarse con un hombre con quien había contraído compromisos muy serios y que la boda se realizaría probablemente pasado un año, tan pronto como *él* volviese á Madrid.

Yo procuré rebatirla usando de todas las razones que me parecieron más aparentes: dije que tan absurdo es enamorarse de una persona por los años que tenga como por su nacionalidad ó por su nombre, y que por tanto á mí me era indiferente su edad; que las primeras pasiones son las más duraderas y que yo estaba seguro de la firmeza de la mía (diciendo esto, la verdad histórica antes que todo, mentía como un bellacuelo), y que en aquel proyectado casamiento no había que pensar puesto que aún faltaba mucho tiempo y el tiempo todo lo muda. Pero ella se mantuvo firme en sus posiciones, y después de una acalorada discusión que renunció á

transcribir, nos separamos sin arreglarnos; seríamos buenos amigos y yo quedaba en libertad de cuitarla cuando quisiera... ¡pero nada más!

A los cuatro ó cinco días de aquella entrevista y cuando yo casi había renunciado á mis propósitos, no por falta de ganas, si no por falta de osadía, la encontré una mañana muy temprano en la calle de Atocha: yo iba á clase, envuelto en una capa muy larga que mi madre me compró así, sin duda para cuando creciese, con la cartera de operar en un bolsillo y la *Anatomía* de Jamain debajo del brazo; no me pareció bien pasar de largo y me detuve un instante á saludarla.

—Parece que sigue usted mis consejos—dijo,— porque no ha hecho usted nada por volverme á ver.

—Crea usted que estoy tan ocupado...

—Si no necesita usted buscar disculpas, ¡no faltaba más!... digo que me alegro sinceramente de que haya pasado aquel capricho tan pronto y sin mortificarle.

La ocasión me pareció propicia para una nueva intentona y no quise desaprovecharla.

—¿Me permite usted que la acompañe?...

—¿Para qué?—repuso muy sorprendida, al parecer, de mi deseo.

—Para hablarla, aún tengo mucho que decir...

En aquel largo paseo á través de Madrid volví á insistir sobre el mismo punto; yo la quería de veras, y ella ¡por qué se obstinaba en negarme el favor de verla diariamente cuando aquello la costaba tan poco trabajo y á mí me hacía tan dichoso?... Entonces hubo un detalle que siempre que lo recuerdo me hace sonreír: en el mismo instante en que desembocábamos en la Plaza de la Villa por el callejón del Conde de Miranda, al pie mismo de la Torre de los

Lujanes, yo decía recordando un pasaje de *El tren expreso*, de Campoamor:

.....¿Sería en vano  
que amamos pretendiera?  
¿Sería como un niño que quisiera  
alcanzar á la luna con la mano?...

Antes de recitar este último verso levanté maquinalmente la cabeza y mis ojos se fijaron en la esfera del reloj del Ayuntamiento; eran las doce: sin saber por qué, por un fenómeno inexplicable de mi memoria, me acordé de que en mi casa me estarían esperando para almorzar, y de que no había ido á clase, y de la lección del día siguiente y de un sin fin de simplezas... y se me fueron las ideas y no pude acabar de decir las últimas palabras...

Ella se echó á reir al comprender mi torpeza y yo quedé corrido, maldiciendo la ocurrencia que tuve de declararme en verso cuando no acertaba á hacerlo en mala prosa.

Aquella mañana, sin embargo, después de reñido combate la plaza quedó tomada, y nos despedimos hasta el día siguiente.

### III

La historia de mis amores con Matilde se redujo en un principio á ese tejido inacabable de celos, alegrías, citas, disgustillos y nimiedades que constituye el fondo de todas las relaciones amorosas: los días se sucedían unos á otros sin que nuestra vida cambiase y la llama del amor, que entre ambos cuidábamos de tener encendida, adquiría más fuerza.

Todas las mañanas la iba á buscar muy temprano á la salida de su casa, y con ella me estaba hasta la hora de almuerzo; entonces nos separábamos para juntarnos á media tarde é irnos de paseo

ó al café, según el tiempo que hiciese, y algunas noches, con un pretexto cualquiera, la llevaba al teatro ó al circo y allí nos pasábamos la velada charlando y riendo y sin ocuparnos de lo que representaban. Nos referíamos con todos sus detalles lo que el día anterior nos sucedió y la habilidad con que eludimos tal ó cual pregunta que nos dirigieron para adivinar el sitio en que habíamos estado, lo que pensábamos hacer á la mañana siguiente y hasta lo que cada cual soñó la noche antes: todos los ensueños eran de amor; algunos serían verdad, otros pura ficción; yo de mí sé decir que inventé muchos para dejarla contenta.

De aquellos tiempos de felicidad conservo en la memoria algunos recuerdos que durarán lo que mi vida: las meriendas en la Bombilla, junto á la vía del tren, bajo unas matas de moreras, medio abrazados por los ardientes rayos del sol de Julio, borrachos de alegría y de calor en medio de aquella naturaleza fecunda que se desbordaba; el día de El Pardo y el pasado en el colmado de *Los Andaluces*, un día muy lluvioso de Febrero; las orgías de ostras, pajaritos y vino blanco que celebrábamos tres veces por semana á mi salida de la clase de metafísica... ¡y tantos otros!...

El cariño que por ella sentí llegó á constituir una obsesión espantosa: cuando la iba á buscar creía verla en todas las mujeres, todos los hombres que pasaban á su lado se me antojaba que la conocían y la necia presunción de que la pudiesen echar un piropo me infundía una ira salvaje.

¿Qué se hizo entonces del muchacho juicioso, del filósofo imberbe que pasaba los días comentando á Maquiavelo y traduciendo á Volney, del flamante peripatético que paseaba los domingos por la Mon-

cloa solo y con un libro debajo del brazo? ¿Qué se hicieron de mis sueños de gloria y de fortuna? ¿Cómo renuncié á continuar mis investigaciones relativas al *fosfato de cal* y á los laureles del escritor y del sabio?... No sé; pero la fe, los ensueños, las ilusiones, el amor á mis libros, todo lo que antes me hizo feliz se redujo á polvo de un solo golpe, y sobre aquella espantosa ruína de ideales surgió hermosa y omnipotente la imágen de la mujer querida: á ella se lo sacrificué todo, para ella fueron mis horas, mis ideas, mis palabras, mis pensamientos, mi vida entera; quitarla un solo instante hubiera sido un crimen horrible que mi amor nunca hubiese perdonado.

—Estudia—solía decirme ella,—los exámenes se acercan y quiero que salgas bien; si alguna vez tus padres se enterasen de que yo soy la que te tengo tan distraído se irritarian contra mí y con justicia, y yo todo lo quiero menos torcer lo más mínimo tu porvenir; ya no estudias, ni escribes, ni haces nada de provecho; te aseguro que me tienes muy disgustada.

Aquellas cariñosas reconvenciones me exasperaban.

—Matilde—respondía yo—no es que no *quiera*, es que no *puedo* fijar mi atención en nada; en las páginas del libro que hojeo, en las cuartillas que cojo para escribir cualquier artículo, hasta en la cara, con ser tan fea, del viejo profesor que todas las mañanas me explica la lección de griego, veo tu imágen: me hablan y creo que me hablas tú, miro y creo verte á tí, cojo la pluma y sólo se escribir algo que se refiera á nosotros; si lo que ahora siento es un principio de locura, juro que soy completamente feliz con mi nueva enfermedad, porque es una dolencia que me llena el corazón de placer; yo antes de conocerte creía que en el mundo lo más positivo

era la gloria, y por conquistarla estaba dispuesto á jugarle la juventud; pero ahora comprendo que el sentimiento amoroso es más grande, más divino y por consiguiente más duradero que el de la vanidad satisfecha; yo no cambié el cariño que me tienes, y eso que es una pasión secreta que nadie conoce, por el tributo de admiración que la humanidad rinde á Cervantes, ni daría tampoco el altar que ocupo en tu corazón por tener otro de mármol y jaspe debajo del Arco de Triunfo de París. Y no me digas que estudie porque quiero que participes de esta locura mía... qué, ¿no mereces tú que un hombre se pierda por tí?...

Así discurría yo, y era tal mi ceguedad que hubiera deseado tener un porvenir y una fortuna para despreciar ambas cosas delante de ella: sin atreverme á confiar á mi padre mis vergonzosas debilidades por aquella mujer, sin amigos que me aconsejasen, rodeado de seres indiferentes ó tontos que me impulsaban á seguir por el camino de mi degradación, sin experiencia del mundo, entregado á mis pasiones sin freno y sin guía, no sé cómo conservo, después de aquella época tristísima, la razón y el aprecio de mí mismo.

En medio de esta vida borrascosa pasaron cerca de dos años; yo seguía esclavo de mi amor, pero ella empezó á cambiar insensiblemente: algunas veces se ponía muy triste y hasta se la llenaban los ojos de lágrimas; entonces se abrazaba á mí diciendo que era muy desgraciada y que debía morir.

—¡Morirte!—exclamaba yo;—¿por qué dices tonterías, qué te falta? ¿Te han reñido en tu casa, te ha sucedido algo, estás enferma?... Habla, por Dios, ¿qué tienes, por qué lloras, dí?...

—No es nada de eso, es *lo otro*...

—¿El qué?

—Que viene, ya sabes... *él*!... hoy hemos recibido carta y nos anuncia su llegada para dentro de dos meses;... estoy desesperada.

—Bueno, pues déjale venir, ¡ya veremos cómo se conjura el conflicto!... ¿Tu qué pensar hacer?...

Ella no respondía, y yo ¡imbécil! sin comprender su fingimiento, me quedaba muy pensativo también.

*Él*, era su prometido; aquél hombre con quien me anunció la primera vez que hablamos que tendría que casarse, era la nubecilla negra portadora de la tempestad que había de tronchar mis ilusiones de adolescente como tiernas florecillas. Al principio no me fijé en ella; ¡era tan pequeña, estaba tan distante, quería yo *tan poco*... que nada me importó!; pero después, mientras que embebido en mi amor perdí la noción del tiempo transcurrido, la nube fué creciendo, y cuando miré al cielo ya ocupaba todo el horizonte. Aquellas misteriosas cartas que yo nunca pude leer, por más que lo procuré muchas veces, era lo único que de tarde en tarde me recordaba que yo no era dueño absoluto de la mujer que estrechaba entre mis brazos y que otro hombre, con más autoridad que yo, vendría apoyado por la religión y por la ley á arrebatarme mi tesoro. Pasaban algunos días y la penosa impresión se borraba de mi espíritu; no quería pensar nunca en aquel asunto, porque por más vueltas que le daba nunca podía hallar una solución que me satisficiera enteramente: yo deseaba el bien suyo y el mío; éste consistía en que no se casase, para poderla tener siempre á mi lado y continuar *el idilio*, pero el de ella en unirse á un hombre que la diera una posición y todas las comodidades que sólo con el dinero se pueden comprar; había, pues, que elegir entre su bienestar

y el mío; ¿cuál de los dos iba á ser verdugo del otro?... este era el problema. Yo hubiese deseado que ella se manifestara abiertamente en un sentido ó en otro, pero siempre guardó en este punto absoluta reserva, y aún cuando algunas veces la asediaba con mis preguntas, nunca pude arrancarla ninguna confesión.

—No sé, no sé—decía,—yo me quisiera morir...

Una tarde de las primeras de Abril quedamos citados para ir á no recuerdo qué sitio: era un día de invierno; del cielo encapotado caía una lluvia fina y compacta contra la cual eran ineficaces los paraguas; las calles estaban anegadas y casi desiertas, el viento azotaba la cara, agitando furiosamente capas y vestidos; fué preciso desistir del paseo y acoquinados por el frío y la humedad entramos en el *Antiguo café de Levante*, en aquella hora casi deslerto.

—Tengo que comunicarte una mala noticia—dijo después que nos hubimos sentado;— hoy he recibido una carta de *él* anunciándome definitivamente su venida para mediados de este mes.

Quedé aturdido, como si aquello fuese enteramente nuevo para mí; ¡por fin iba á venir *aquél*!...

—Pero, ¿es posible?—exclamé.

—Ya es cosa cierta, y ahora lo que debemos hacer es obrar con mucha cautela para que nadie se entere de las locuras que hasta aquí hemos hecho; en los días sucesivos ya no nos podremos ver con tanta facilidad, pero yo procuraré salir un ratito por las tardes para ponerte al tanto de lo que suceda; no puedes comprender el sacrificio tan grande que me cuesta decirte estas cosas, pero no hay más remedio; yo he nacido para sufrir y sufriendo me moriré; y tú, bien mío, ¿tendrás paciencia y buen juicio?...



No pude ver la cara que tenía mientras hablaba porque aún las luces del café no estaban encendidas y la claridad era muy escasa, pero su expresión debió ser feroz como la del vampiro que está chupando la sangre de su víctima, pues sus palabras me punzaban en las entrañas como si fuesen puntas de alfiler.

—¿Y crees que puedo tener conformidad y paciencia ante una desdicha así?—exclamé cuando la ira sofocó mi dolor y pude hablar;—¿la tienes tú?...

—Sí, ya ves; yo soy la que más quiero y sin embargo me resigno...

—¡Mentira, tu no me quieres, ni me has querido nunca!

—Chist, sosségate y habla más bajito, porque nos pueden oír.

—No quiero callarme; á ti te importa todo el mundo más que yo...

La pena y el deseo de llorar me quitaban el pensamiento y la palabras.

—Es una tontería que te pongas así, porque se trata de una cosa que te anuncié cuando nos conocimos y que ya no tiene remedio; á ese hombre le he dado palabra de casamiento y soy esclava y víctima, si es preciso, de lo que digo.

—Pues yo faltaría por ti á todas las palabras y juramentos del mundo.

—Según y conforme, hijito, en este caso no puede ser; atiende á la voz de la razón: tu eres muy joven, tienes talento y buena figura, eres enamorado y caprichoso, pues bien, nadie me asegura que el día de mañana no encuentres una muchacha de tu edad que llene por completo tus aspiraciones y que me robe tu cariño; y entonces ¿qué iba á ser de mí? Yo he entrado ya desgraciadamente en la edad de la

reflexión; debo, por lo mismo que no estoy sola en el mundo y que hay otras personas que dependen de mí, preocuparme más del porvenir que del presente y no dejarme llevar de mi corazón, que en estos momentos me aconseja que siga amando á un hombre que quizás dentro de un año me deje por otra. Yo en todo este tiempo he procurado retenerte á mi lado, sintiendo halagada mi vanidad de mujer por la pasión que me tienes; pero he llegado á comprender, después de muchas reflexiones, que este amor nos hará desgraciados á los dos. Supongamos que no me caso por seguirte á tí; empezaría por sufrir el desprecio de todas las personas que me conocen, ese hombre á quien engañaba me negaría hasta el saludo, mi familia renegaría de mí por haberla hecho desgraciada... y tu, cuando te hastiaras de mi cariño, te casarías con otra. Pero quiero admitir que yo haga todo esto y que tú no me abandones nunca... ¿crees que yo consentiría que por mí pasases una vida llena de privaciones, ser la que cortase tu porvenir y hacerme acreedora al odio de tu familia? No, hijo mío, te quiero más que todo eso, aunque las apariencias demuestren lo contrario; deseo verte feliz, aplaudido, lleno de honores, rico y completamente curado de la pasión que en mala hora encendi en tu alma; quiero sacrificarme por tu bien. Ahora nos separamos; esto á ti lo mismo que á mí nos costará muchas lágrimas, pero procura distraerte y verás cómo el dolor se mitiga... Oye, ¿por qué estás tan callado, no tengo razón en lo que digo?...

¡Ay!... aquel era uno de los últimos capítulos de la historia amorosa que ella había convertido en interesante novela y yo en el drama más conmovedor de mi vida.

—¡De modo que me dejas!—exclamé al fin;—¿me has llevado hasta la locura para luego abandonarme?... ¡Y me aconsejas con ese sosiego, con la tranquilidad con que podría hacerlo mi padre!...

Ella, sin responder, me cogió una mano y me la apretó entre las suyas: el resto de la tarde estuve idiotizado, procurando sostener la conversación y demostrar un valor que me faltaba; pero dentro de la cabeza sentía un zumbido pertinaz, semejante al causado por el viento al pasar por una callejuela, que me tenía atontado.

Renunció á describir lo que me sucedió en las semanas sucesivas; para escribirlo tendría antes que recordarlo, y cada una de esas memorias, á pesar del tiempo transcurrido, me causan un daño infinito: nuestras entrevistas escaseaban, nunca podía estar conmigo más de media hora... ¡tenía que comprar tantas cosas..., la vigilaban tanto!... Aquellas citas ya no tenían para mí el encanto de las antiguas; ya no era Matilde la muchacha con quien yo soñaba estar eternamente unido; ¡era una de tantas!... En vano procuré disfrutar de su compañía; siempre estaba presente en mi memoria el recuerdo del hombre preferido que se acercaba á quitármela. Y ¡sublime generosidad de un corazón de niño!... Nunca sentí rencor hacia ninguno de los dos.—Ese la hará feliz—me repetía constantemente;—debo sacrificarme por ella... Y no se me ocurría otra cosa.

Ella misma me comunicó la espantosa nueva.

—Ya está ahí, hoy ha llegado—me dijo la última vez que nos vimos.

—¿Y la boda es?...

—Pasado mañana.

Por la noche recibí una carta suya en que me decía:

*«No se cómo pintaría el sentimiento que me embarga; hay momentos en que creo vol verme loca; te quiero con toda mi alma, más de lo que yo misma podía suponer, y comprendo que el verme privada de tu cariño me va á costar muy caro; pero es preciso resignarse...»*

*Hoy cuando te comuniqué la triste nueva no vi en tí nada que me hiciera comprender que participabas de mi pesar; ¡lo debó atribuir á tu superioridad para hacer frente á los embates de la vida, ó?... no, no lo puedo creer... Por lo demás, estate seguro de que tu recuerdo jamás se apartará de mi memoria: pocos días puedo verte ya y hemos de aprovecharlos; estoy deseando que llegue mañana... etc.»*

Estos renglones llenos de fingimiento fué el único consuelo que me dió.

En las cuarenta y ocho horas siguientes sufrí los tormentos del infierno; accesos de locura, desfallecimientos de muerte, celos, las torturas, en fin, de la ira y de la impotencia unidas; yo, que no soportaba que nadie la mirase, saber que se iba á casar, que iba á ser de otro para siempre, que otros brazos estrecharían su cintura, que otros labios besarían su boca, que otro hombre la llamaría suya y que la podría presentar en todas partes diciendo: *esta es mi señora...* vaya ¡que no sé cómo lo pude sufrir!...

Y sin embargo, aunque el alma quedó herida de muerte, el cuerpo vive: pasó aquel período en que creí perder la razón y mi juventud triunfó de todo; pero cuando el tiempo mitigó algún tanto mis dolores y entré en cuentas conmigo mismo, me encontré completamente transformado; la fe perdida, los entusiasmos muertos, la voluntad rendida de perseguir ideales inasequibles: sacrificué mi primera pasión,

la noble pasión de la gloria, por el amor de una mujer, y después de dos años de locuras la perdi, quedándome sin la una y sin la otra; sin afición al estudio, sin amor al trabajo, sin amigos, porque á todos renuncié por consagrarme á ella, sin alientos para soñar nada nuevo. Entonces me entregué á la orgía y á los placeres del vino, buscando la tranquilidad de mi alma en los torpes deleites del desentreno, y con amigos pegadizos y mujeres de las que apenas me acuerdo, malgasté otros dos años...

Pero el destino ha querido que la memoria grabe en hojas de cera sus alegrías y en láminas de acero sus pesares: de aquel golpe mortal aún no estoy curado; me resiento de la herida siempre que aspiro algún perfume ó que oigo alguna melodía de entonces ó que paso por ciertos sitios; la *Marcha Turca*, de Mozart, el *Vals de las Hilanderas*, de Lizts, y la esencia de *Mil Flores* me hacen un daño horrible; huyo de todo esto como del fuego; parece que aquella mujer envenenó mi cuerpo con sus caricias y el veneno circula por mis venas con mi sangre. Ya no siento en mi interior la vitalidad, la alegría irreflexiva que se burlaba de todo, el afán de arremeter con cualquiera empresa, fuese buena ó mala, guiado solamente por el amor á lo desconocido.

Estoy cansado, sí; porque como Becquer,

..... «Aunque es la verdad que no soy viejo,  
de la parte de vida que me toca  
en la vida del mundo, por mi daño  
he hecho un uso tal, que juraría  
que he condensado un siglo en cada día.»

Me empené estúpidamente en hallar encantos, amor y poesía donde otro cualquiera, más avisado que yo, sólo hubiera visto egoísmo y pasiones vulgares; quise transformar la mujer de barro en vir-

gen de mármol purísimo y convertir á la pecadora en dechado de virtudes, y me sucedió lo que á todos los incautos que se juegan el corazón con la primera querida que les interesa; que lo pierden. Matilde me enseñó á ser hombre, esto es, á ser malo; un egoísmo brutal, una insensibilidad absoluta ante las lágrimas y dolores del prójimo, un deseo insaciable de hacer daño *porque sí*, por el gusto de ver afligido á un semejante y ser causa de su aflicción, se despertó en mí, y guiado por aquella extraña anomalía moral me dediqué con infernal ahinco á vengarme en todas las mujeres que encontraba del martirio que me causó una sola.

No, no la podré nunca perdonar el daño que me hizo, no hay nada que la disculpe á mis ojos: fué mala amante porque me dejó por otro, abusando cobardemente del amor que la tenía; mala esposa porque me siguió queriendo después de casada; mala hija porque dió muchos y muy graves disgustos á su madre, y finalmente y esto colma la medida, mala madre... ¡ella sabe por qué!...

¡Ay, quien pudiera arrancarse de la memoria el recuerdo de aquella mujer y recobrar el tiempo perdido!... ¡Cuánto daría por sentir de nuevo las emociones y los placeres de entonces!...

## El ciprés

Yo soy cantor de glorias; las hadas me han contado,  
leyendas prodigiosas que yo te cantaré:  
yo soy tu bardo errante de sueños coronado:  
yo arrancaré á las sombras de su sepulcro helado,  
y voz, y aliento, y vida, potente les daré.

(FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ).

### I

La habitación en que el tío Pepe (*el Tuerto*), acostumbraba celebrar sus veladas, era de las más pobres: una docena de sillas de paja en muy mal estado; una cómoda que contaba seguramente más de un siglo de gloriosa existencia, y que tanto por su respetable antigüedad como por sus buenos servicios era considerada como el mejor mueble de la casa; dos arcones de madera en cuyas tapas se veían las letras iniciales del nombre y apellidos de su propietario, y varias barricas de vino, cada una de las cuales tenía un letrero que revelaba la calidad de su contenido, completaban el mobiliario. De las vigas del techo, ennegrecidas per el humo y los años, pendían buen número de piernas de jamón y de chorizos, que parecían dormitar envueltos en sus capas de polvo: las paredes estaban cubiertas por multitud de cuadros á cual peores. Venus saliendo del mar, una Venus horrible, peinada como las mu-

jerres de nuestros días; los retratos de Hernán Cortés y de don Juan Prim; Jonás en el momento de ser tragado por la ballena; Putifar tentando (moralmente) á Joseph, la historia del descubrimiento de América en catorce cromos espantables, y una copia casi ofensiva del magnífico cuadro *Los Comuneros*; baste saber que á Maldonado le habían pintado de rubio la barba, y que Padilla y la cabeza ya cortada de Juan Bravo parecían hacerse señas burlándose del fraile que les ayudaba á bien morir.

En el fondo de aquel vasto local había en la noche á que nuestra narración se refiere, una chimenea encendida y en torno de ella sentados sobre largos banquillos de madera, varias personas de distintos aspectos: el tío Pepe, que armado con unas grandes tenazas avivaba de vez en cuando el fuego; cuatro mozos de labranza charlando alegremente arrebuados en sendos capotones de paño; la *señá* Eulogia, que con la cabeza inclinada hacia adelante y las manos cruzadas sobre el vientre, dormía y roncaba con gracejo particular, el cura del pueblo y el médico.

Se hablaba de brujas.

—*Pus* yo creo en aparecidos y fantasmas del otro mundo—dijo el tío Pepe, cuyo ojo brillaba sinietramente iluminado por los primeros fulgores de la borrachera.—¡bah, ha visto uno tantas cosas!...

—¡Y *toos* los que vivimos en el campo—exclamó uno de los presentes;—en las *ciudias* nadie sabe lo que es eso, pero aquí...

—Mi madre me lo ha dicho *muchismas* veces—continuó el tío Pepe;—antes de tenerme á mí, la *mesma* noche del parto, vió una lechuza *paráá* sobre la cruz del campanario de la iglesia, lo cual *quíé ecír* ó significar que el recién *nacío*, por malas

artes del diablo, tendría la *misma* cara del susodicho animal, ... ¡como es la verdad!...

—¿Usted, don Federico—agregó el *Tuerto* dirigiéndose al médico,—no creerá en estas cosas?

—Hombre... yo no.

—Pues aquí, en este *mesmo* pueblo, hay una bruja, pero una bruja de las *piores*; ¿No ha oído usted hablar de ella?...

—No.

—Anda, pues si *too* el mundo la conoce; aquí los niños se enferman y se mueren, usted mejor que nadie lo sabe, sin que se les pueda salvar; las caballerías se pierden y por más que se las busca no aparecen en parte ninguna; en los cuatro últimos meses se han deshecho dos ó tres noviazgos, y todo se atribuye á las maquinaciones de esa maldita mujer.

—Pues no la conozco.

—Sí, hombre,—agregó el tío Pepe,—si la debe usted haber visto; es una vieja muy fea, que vive junto á ese camino que va desde el castillo á Fuente Clara.

—¡Acabáramos!—exclamó el médico—ya se quien es; una pobre viejecita que está haciendo calceta frente á una casucha medio caída; efectivamente, me ha llamado la atención, siempre está sola... ¿no pide limosna?...

—¡Quiá, no señor! yo, fijamente, no se nada; pero las cosas que cuentan de ella, el sitio en que está, el ciprés que hay junto á su casa, todo hace sospechar que la historia de esa mujer encierra algún misterio; porque según dicen, ese ciprés nació en una sola noche; quiero *ecir*, que tal como hoy por la tarde no había *ná*, y á la siguiente mañana los arrieros que pasaban por allí lo vieron tan grande como está ahora; don Tomás *pué ecir* si miento ó no.

El cura hizo un signo afirmativo.

—Es más—continuó el tío Pepe muy entusiasmado—ese árbol, por estar casi en medio del camino y ser de mal agüero, ha sido *cortao* muchas veces, pero, ¡que si quieres!... al otro día ya estaba como antes; me alegraría de que fuese usted por allí *pa* que se convenciese por sí *mesmo*.

El médico quiso protestar contra tan desatinadas aseveraciones, pero sin resultado; todos estaban en contra suya: hubo quien aseguró haber visto en las noches de luna ejércitos enteros de brujas, montadas en palos de escoba, volando y dando piruetas en torno del árbol misterioso, y no faltó quien propusiera aplicar á la supuesta hechicera una buena paliza, con el piadoso fin de deshacer el encanto á garrotazos.

Entre éstas y las otras fué pasando el tiempo, y conforme las manecillas de un viejo reloj de pared colocado en uno de los testereros de la habitación avanzaban en su eterno camino, el sueño y el valdepeñas iban cerrando los párpados y amodorrando las lenguas de los concurrentes: la *señá* Eulogia hacía ya más de dos horas que no daba señales de vida; los mozos se rebullían inquietos y mal humorados, presintiendo el frío que en la calle les aguardaba y el dueño de la casa, á pesar de su buen ánimo apenas tenía fuerzas para darle un último tentón á la bota.

El primero que se levantó fué don Federico.

—¡Ea, señores—exclamó—hasta más ver.

El ojo del tío Pepe, un ojo chiquitín y rojizo que ya estaba casi cerrado, apareció de nuevo trás la cortina de pestañas grises que lo cubrían, iluminándose repentinamente.

—¿Qué,—preguntó el *Tuerto* sin levantarse,—doc-

tor, vá usted á *dir* á eso?

—¿Á dónde?

—A ver la bruja.

—Hombre, si tiene usted empeño iré... precisamente ese camino es mi paseo favorito...

Y el cura y el médico salieron juntos. Al verles, cualquier racionalista de pacotilla hubiera exclamado: «¡El catolicismo y la ciencia unidos, el presente y el pasado dándose el brazo, qué contraste tan grande!...»

Pero el sueño y el vino impidieron al tío Pepe meterse en tales filosofías, y después de despedir á sus amigos y de soltar unos cuantos juramentos que sacaron á la *señá* Eulogia de su *apoteosis*, cerró la puerta, corrió los cerrojos, echó ceniza á la lumbre, y agarrando el velón se entró por las habitaciones interiores diciendo despóticamente:

—¡Eh, tú, marmota, á la cama *enseguta*, que son las doce y mañana tenemos que madrugar; maldita sea la!...

## II

Pasaron algunos meses sin que el médico se volviera á acordar de la promesa que le hizo al *Tuerto*, hasta que la casualidad le condujo una tarde por el pintoresco caminito que se extiende desde el castillo al cortijo de Fuente Clara. Don Federico, según costumbre, caminaba lentamente, con los brazos cruzados á la espalda y la vista fija en el suelo, pensando... quizá en sus buenos tiempos de estudiante y en los románticos amores que tuvo con la que más tarde fué su mujer, ó en los muchos enfermos que sacrificó inconscientemente antes de adquirir la ciencia que tan alto renombre le conquistara por

aquellos contornos, ó quiza estuviese sumido en esa especie de sopor intelectual que solemos tener las medianías, cuando acertó á levantar la cabeza en el instante de pasar por el sitio del que tantas y tan grandes maravillas le habían contado.

La escena que vió no tenía, á decir verdad, nada de alarmante; á un lado de la carretera y cubierta bajo el ramaje de los árboles, aparecía una casita de un solo piso en inminente estado de ruina; el techo estaba casi hundido, las paredes agrietadas apenas podían conservarse en pié, las puertas y ventanas caídas; á unos veinte pasos de ella y en la misma orilla del camino, había un ciprés hermosísimo, imponente, al pie del cual, una viejecita sentada en el suelo, cosía sin levantar la vista de su trabajo. Entonces el médico se acordó de lo que en diferentes ocasiones le contaron de aquella mujer, y lleno de curiosidad se decidió á saludarla.

La supuesta bruja levantó la cabeza, y don Federico al ver la extraña expresión de su mirada y el color de los ojos sintió, á pesar de su aplomo, un calofrío que le desconcertó bastante.—¡Es una local pensó.

—¿Cómo vive usted tan sola?—se atrevió á preguntar;—siempre que paso por aquí la veo en el mismo sitio.

—¡Ya ve usted, señor,—repuso ella,—nadie se acerca á hablarme!...

—¿No tiene usted familia... hijos, algún pariente?...

—Estoy sola en el mundo.

—¡Yo soy el médico del pueblo!—exclamó don Federico procurando inspirar confianza á su interlocutora.

La vieja abrió los ojos y se encojió de hombros sin responder.

—No tengo más amigo que éste,—agregó después de un buen rato de silencio, señalando al ciprés,—muchos creen que estoy loca, pero yo bien sé lo que me digo.

—Ya comprendo, ¿usted debe haber sufrido mucho, no es cierto?

La anciana suspiró murmurando unas palabras que el médico no pudo comprender.

—Si me las tendré que haber,—pensó,—con alguna de esas infelices á quienes las novelas de folletín perturbaron el sentido común.

Y después agregó en voz alta:

—Usted necesita estar rodeada de personas que la quieran y la cuiden.

—Hace mucho tiempo que nadie me habla así,—contestó la pobre mujer y usted con sus bondades, me ha robado la confianza; ¡me tratan todos tan mal!... Yo, señor, tengo muchos años, no puedo precisar cuántos porque he perdido el número, pero pasan seguramente de ochenta; ya nadie se acuerda de mí, pues casi todos mis contemporáneos han muerto y los pocos que quedan me han olvidado, pero de joven era tan grande mi hermosura que hasta los mozos de los pueblos vecinos venían á darme serenatas; ¡ay, entonces no había quien no conociese á Maruja, la *Morena*, como muchos me llamaban!...

Don Federico, vivamente impresionado por aquellas confesiones que prometían ser interesantes, saltando por encima de todas las conveniencias aprovechó la breve pausa que siguió á aquella exclamación para sentarse en el suelo.

—Yo vivía ahí—continuó la narradora,—en esa misma casucha que tiene usted delante; entonces era muy bonita; sus paredes muy blancas, sus tejas

muy encarnadas, las persianas de sus ventanas muy verdes, las uvas de su emparrado de las más dulces... Ahí estaba con mi madre; las dos solitas, disfrutando de una pequeña renta que mi padre nos dejó al morir; entre semana nunca salía, pero los domingos por la tarde me iba al pueblo para bailar un rato en la plaza con otras chicas de mi edad; ¡y qué revolución se armaba en cuanto me veían llegar!... No había muchacha que no me tuviese envidia, ni hombre que no me echara una flor... pero yo no hacía caso á ninguno. Así fueron pasando los años y cumplí los veinte; y mi pobre madre, que pensaba mucho en el porvenir, me decía:—¿Por qué no buscas un novio formal, hija mía, para casarte? Cualquér día me muero y entonces, ¿qué va á ser de tí?... Al fin, un domingo, poco antes de terminar el baile, se me acercó un joven que no se parecía á ninguno de mis pretendientes; era alto, fornido, de ojos expresivos y guapo, ¡muy guapo!... Me dijo que si le quería por novio y yo le contesté enseguida que sí; aquella noche regresé á mi casa loca de alegría, se lo referí todo á mi madre, y no puede usted figurarse lo contenta que se puso al saber mi determinación. Los dos meses que siguieron á aquel día son los más felices de mi vida: Fernando venía por las noches á verme, yo le esperaba en la reja, y más de una vez nos sorprendió la aurora fabricando castillos en el aire. Al poco tiempo me advirtieron de que un tal Manuel Arteaga, á quien yo diera calabazas muchas veces y que según decían en el pueblo andaba loco por mí, había jurado matarme antes de verme casada con otro: al principio no hice caso, pero empecé á recibir anónimos tan significativos que no pude menos de alarmarme, y como sabía que Arteaga era muy capaz de cumplir lo prome-

tido, se lo conté todo á Fernando: mi novio se echó á reir, dijo que yo era una niña mimada que se asustaba de cualquier cosa, que si el otro era guapo que le buscara, que él no se recataba de ningún hombre, y que sería mi marido á despecho de todo el mundo: estas bravatas corrieron por el pueblo, y la animosidad entre los dos rivales que sólo se conocían de vista, llegó hasta el delirio. Una tarde en que mi madre y yo estábamos tomando el fresco á la entrada de casa, un carretero que volvía al pueblo se paró para decirnos que tuviera cuidado aquella noche porque Arteaga quería hablar conmigo: la noticia nos sumió en un estado de espantosa incertidumbre; no teníamos medio de conjurar el peligro que por momentos se acercaba, y sin saber el partido que debíamos seguir, nos encerramos en casa, esperando llenas de angustia los acontecimientos que fatalmente tenían que llegar. En efecto, á las diez de la noche, como siempre, vino Fernando acompañado de tres amigos con bandurrias y guitarras; aquello me reanimó y me atreví á explicarle mis temores y lo que el carretero me había dicho.

—«No te asustes, morena,—contestó—que hoy vengo bien acompañado; anda, convida á vino, porque esta noche te vamos á dar serenata.» Así lo hice, y empezaron á tocar: Fernando cantaba como un ángel; no recuerdo haber oído nunca voz más clara ni más simpática que la suya, y confieso que á pesar de mi miedo fui feliz algunos momentos: la frescura de la noche, la brisa que venía cargada con los perfumes de las flores del campo, los vapores del vino, el alegre rasguear de las guitarras y las dulces cadencias de la malagueña, todo contribuyó á trastornarme...

—Señor,—agregó la anciana dando rienda suelta

á sus pensamientos y mirando á don Federico que la escuchaba sin pestañear, embelesado ante aquel torrente de recuerdos,—aquella noche mi novio se atrevió á pedirme lo que nunca me había pedido.—«Maruja,—dijo—estoy loco de amor, á un loco todo se le perdona, dí... ¿me das un beso?... ahora mis amigos están bebiendo y no nos ven»... Y yo no me pude contener y le dí muchos, todos los que quiso... Ay, ¿cómo iba á creer que aquellos besos serían los primeros y los últimos?... De pronto, y cuando más distraídos estábamos, sentimos que por la carretera venían varios hombres de serenata también; eran lo menos seis; al verles la sangre se me heló en las venas, porque el corazón me anunció que iba á suceder una gran desgracia; uno de los desconocidos, al llegar frente á mi casa, cantó al compás de la jota y con marcada intención la copla:

En el cielo, manda Dios;  
en la tierra, los alcaldes;  
en la iglesia, manda el cura...  
y el que más puede, en la calle.

—¡Vamos á verlo!—gritó mi novio levantándose ciego de ira.

El, como yo, habíamos conocido al que acababa de cantar; era Manuel Arteaga. De lo que entonces pasó apenas he podido darme cuenta; yo les ví precipitarse al uno sobre el otro con las navajas desnudas y unirse y retirarse alternativamente haciendo mil esfuerzos por sorprender un descuido del contrario; sin poderme dominar cerré la ventana, corrí á la alcoba en que mi madre dormía, con un solo gesto la puse al corriente de lo que pasaba y las dos nos precipitamos fuera de la casa; todos habían huído cobardemente dejando solos á los que reñían;



loca de dolor y recelando una catástrofe, quise separarles, pero no pude, porque ninguno de los dos me oía: estaban cubiertos de polvo y de sangre, con las facciones contraídas, los labios blancos, los ojos inyectados, frenéticos, horribles; los celos y el dolor de las heridas les trastornaban; después se abrazaron y rodaron por el suelo hechos una bola, delirantes, casi asfixiados, mordiéndose como perros mastines. En esto Fernando lanzó un grito de agonía suprema:—¡Maruja, ven, que me han matado!... No sé lo que entonces sucedió, porque caí en tierra sin conocimiento... Luego... hay en mi vida un gran espacio de tiempo del cual no me acuerdo y en el que estuve, según he sabido más tarde, completamente idiotizada. Algunos años después murió mi madre, y yo viéndome sola, con las ilusiones perdidas y la belleza maltratada por tantos sufrimientos, renuncié á la sociedad de las pocas amigas que me quedaban, para encerrarme en esta pobre casita que me vio nacer y en que tan buenas horas había pasado; aquí viví sola muchos meses, cosiendo sin descanso para distraerme, soñando con el pasado y regando más de una vez la costura con mis lágrimas, hasta que una mañana, al abrir la ventana de mi alcoba, ví con asombro que en el mismo sitio en que cayera muerto Fernando había nacido un ciprés gigantesco; sin saber por qué sentí un bienestar misterioso; parecía que aquel árbol fúnebre me acompañaba; por la tarde, algunos leñadores que regresaban al pueblo se empeñaron en cortarlo, y hasta le dieron uno ó dos hachazos; ¡ay! no sé si fué ilusión, pero creí oír una voz que salía del tronco y que se quejaba á cada golpe, y tanto les rogué á aquellos desalmados que conseguí hacerles desistir de su propósito.

Desde entonces y hace de esto más de treinta

años,—continuó la buena mujer,—nunca me he movido de aquí; mi casa está en ruinas, yo en la miseria, el vulgo necio me tiene por bruja, pero no me voy porque este árbol tiene un fluido misterioso que me atrae; creo que hay en su madera, partículas de aquel cuerpo humano que tanto quise, hay en el murmullo que forma la brisa al pasar por entre sus ramas sollozos y promesas de eterno amor; hay, en todo él, un algo desconocido que me hace feliz. . . .

..... , .....

Durante esta relación el sol se puso casi enteramente y el cielo aparecía coloreado por esas nubes rojizas características del crepúsculo vespertino.

—Ahora oiréis—prosiguió ella poniéndose de pié y acercándose al médico que ya se había levantado,—al rui señor que todas las noches me viene á cantar; no se lo digais á nadie, pero yo sé quien es; es él... Fernando... que no me olvida y vela por mí; si alguna vez faltase, me moriría de dolor.

Callaron los dos, porque un trino dulcísimo que salía de la copa del ciprés pareció responder á las palabras de la pobre loca; los ecos dormidos del bosque despertaron al oír las notas purísimas, las deliciosas cadencias y las exquisitas armonías de aquel canto sublime; *ella* cruzó las manos sobre el pecho y cayó de rodillas, con la vista fija en un punto perdido en el cielo, oyendo con religiosa atención, como si orase...

Cesó el canto.

—¿Os convenceis?—preguntó María.

—¡Bah!—repuso el médico procurando sustraerse á la poética impresión que aquella escena le causara;—usted está loca.....

—Si, estoy loca, tiene usted razón—interrumpió la anciana—pero *él* tiene la culpa, *él*, que todas las

tardes me recuerda con sus quejas nuestros juramentos de eterno amor...

Y mientras el médico caminaba lentamente en dirección al pueblo pensando en los misterios de la vida, la pobre Maruja, la que fué encanto de aquellos valles, volvió á sentarse junto al ciprés, enjugando con el delantal las lágrimas que corrían por sus mejillas y que derramaba desde hacía treinta años en aras de un amor imposible.

## Una venganza.

### I

Vaya un humor que tenía Santa Bárbara aquella mañana!... Era insufrible: desde muy temprano se vistió la blanca túnica con que cubren sus desnudeces los espíritus celestiales, y sin despedirse de Santa Remedios, su compañera de cuarto, salió á dar un paseo por los pintorescos bosques del paraíso.

—Buenos días, hermosa vecina,—dijo San Silvestre que venía con una caña de pescar al hombro;— ¡caracoles, como se madruga!... ¿Donde va usted tan triste y tan bonita?...

—No estoy triste, Silvestre; estoy furiosa.

—¡Caracolitos!...

—¿Pero no sabes lo que pasa? ¡No estás al tanto de lo que en el mundo sucede!... Pues hay sobradas razones para perder los estribos.

—¡Cara!...

—Sí,—continuó impetuosamente Santa Bárbara sin dejarle terminar su interjección favorita;—cada día aumenta el atrevimiento y el orgullo de los miseros mortales; la Ciencia, una mujerzuela hija de Progreso, zascandil incorregible á quien no conozco, porque aquí, afortunadamente, no sabemos lo que es eso, anda por la Tierra revolviéndolo todo: y según dijeron dos beatas virtuosísimas que entraron

ayer tarde en el Paraíso, los hombres están perdidos; ya no respetan nada, y nuestras creencias, nuestra fé, todo aquello por lo que tú y yo sufrimos el martirio, quedará reducido á nada dentro de muy poco tiempo. ¡Oh!... si esta situación pudiera arreglarse con dos ó tres chispas eléctricas...

—¡Caracol...!

—Ya ves,—cuando mi padre Dioscoro, que tocayo mio mereció sersí atendemos á los brutales tratamientos que usó para conmigo, me mandó quitar la vida, Dios nuestro Señor, deseando recompensar la paciencia con que sufrí los martirios y la muerte, dijo que quería concederme la merced que yo quisiese; y como en mi pecho el sentimiento del perdón nunca igualó al de la venganza, pedí el dominio exclusivo de los truenos y rayos; para poder castigar á los que me habían maltratado. ¡Ah, Silvestre; qué sabrosa es la venganza!

Silvestre hizo con la cabeza un signo afirmativo, como diciendo:—¡Qué bien le cuadra á esta mujer el nombre que lleva!

—En efecto,—prosiguió Santa Bárbara;—las primeras víctimas fueron mi padre y el juez que me condenó; les envié dos rayos que les dejaron secos; después... después he hecho muchas. Yo, dejándome llevar de mi carácter impetuoso, me he lanzado en brazos del huracan, fulminando rayos sobre esa mísera tierra en que tanto sufrí y he gozado lo indecible al sentir los silbidos del aire y el espantoso fragor conque mis truenos repercutían en el corazón de las montañas. Lo que los hombres llaman tempestad, es para mi una locura: los rugidos del mar furioso me entusiasman, el olor á tierra mojada me emborracha, el deslumbrador zig zag de mis relámpagos me infunde una ira celestial que aterra...

¡Ah!... Cuando valiéndome de mi soberano esfuerzo, despierto los vientos dormidos, empujo las nubes unas sobre otras en velocísima carrera, agito las olas del oceano, desato los torrentes y los oigo bajar amenazadores serpenteando por las vertientes de las montañas; cuando los ríos crecen con la lluvia amenazando salirse del cauce en que caminan encerrados, y veo á los mortales sobrecogidos de pavor esconderse en sus casas invocando el nombre de Dios, á la madre estrechar entre sus brazos al hijo de sus amores, y á las monjas, arrodilladas en el coro, con la vista fija en el cielo, pidiendo perdón de rodillas, siento un placer soberano, indecible satánico, si se quiere....

En esto, pasaron revoloteando de rama en rama, dos angelitos de aquellos que el divino pintor sevillano colocó á los piés de la Purísima, y el mas travieso, que sin duda oyó las últimas frases de Santa Bárbara, se atrevió á decir:

—Todo eso sucede, porque los hombres de que habláis son unos pobres ignorantes; pero yo os aseguro que no tardarán mucho en reirse de vuestros truenos... *so, fea, ¡já, já, já, já!*...

Santa Bárbara se puso hecha un basilisco, y sin pensar en que Silvestre la vería las pantorrillas, se recogió el manto para correr mejor, y se lanzó en persecución del pícaro muchacho. El rapazuelo huía como alma que lleva el diablo, pero por mucho que corriese no pudo conservar la distancia que le separaba de su perseguidora, la cual, después de algunos momentos logró darle alcance, y cogiéndole por las alitas como si fuese una mariposa, le propinó una azotaina terrible: lloraba el pobre cefrillo poniendo el grito en la tierra de los golpes que recibía en el cielo, mientras movía sus impotentes

piernecitas, y Santa Bárbara seguía descargando su ira sobre las desnudas posaderas del angelito. Bien pronto se reunieron doscientos ó trescientos rapaces que presenciaban el suplicio y lo comentaban de distintas maneras; algunos lloraban, otros reían, y ya tres ó cuatro de los más animosos se disponían á acudir en socorro de su compañero, cuando Silvestre, que venía corriendo, tuvo el buen acuerdo de dar por terminado el espectáculo, sugetando primero á Santa Bárbara, y repartiendo después unos cuantos cañazos entre los menudos concurrentes. El ceñirillo se levantó mohino, y volviéndose á Santa Bárbara la enseñó su puñito cerrado en señal de amenaza.

—No se sofoque usted, Bárbara,—exclamó Silvestre,—¿quién hace caso á los chicos?

## II

Corría el año 1705.

El estado de Europa era espantoso; las guerras, las enfermedades y la miseria, habían hecho presa en la mayor parte de las naciones del viejo continente. El Archiduque Carlos de Austria, ayudado por los ingleses, quería arrebatarse la corona de sienes de Felipe V, y España y Portugal se destrozaban mutuamente.

Nuestros contrarios, después de reñidísimo combate, consiguieron apoderarse de Gibraltar; el marqués de Villadarias trató de recuperar tan importante plaza, y dió un asalto formidable sin más consecuencias que la de causar la muerte de unos cuantos miles de combatientes; porque Santa Bárbara, en lugar de favorecerlos en la empresa, levantó un temporal que dispersó nuestras naves.

Tantos años de continuas batallas disminuyeron considerablemente el número de habitantes del planeta, hasta el punto de que alarmado el mismo Dios de las gigantescas proporciones de aquella lucha, resolvió reunir á las santas y santos más ilustres del Paraíso, y celebrar un consejo para discutir lo que convenia hacer en tan críticos momentos.

—Yo voto,—dijo San Teodoro,—porque Vuestra Majestad restablezca la paz entre los hombres.

—Y yo,—interrumpió Santa Bárbara,—porque hagáis desaparecer de los cielos ese mísero planeta que tanto nos dá que hacer, enviándole un rayo que lo parta en tantos pedazos como estrellas hay en el firmamento, y de ese modo, ni yo me preocuparé de los picaros artilleros, que solo se acuerdan de mí cuando truena, ni nuestra amiga la señora de la Leche y Buen Parto, aquí presente, tendrá que cuidar á las recién paridas, ni...

—¡No esta mal!—exclamaron varias voces.

—Basta—dijo Dios imponiendo silencio con un ademán á toda la concurrencia—lo que Bárbara ha dicho es una barbaridad; los hombres son unos seres testarudos que no quieren escarmentar en cabeza ajena; dejarles reñir hasta que se cansen; así habrá más calaveras el día del Juicio Final; y para impedir que la humanidad se extinga, *ordeno y mando*, que se envíen á la tierra treinta mil angelitos, y después ya procuraremos hacer lo que más convenga.

Así habló Dios; ni más ni menos que si fuese un alcalde de monterilla.

Y en efecto, poco después se abrieron las puertas del cielo dando paso á un verdadero torrente de muchachos: unos, los destinados á poblar las regiones del Norte, eran rubios y colorados como las

mujeres de Rubens; otros eran morenitos, de ojos vivos y pelo negro; todos iban alegres, riendo á carcajadas, entonando canciones algún tantico profanas y armando un guirigay ensordecedor. Los santos les veían marchar diciéndoles adiós, con los extremos de las túnicas, cuando oyeron que uno de los angelitos que se iban exclamaba á gritos volviéndose á Santa Bárbara con aire amenazador:

—Ya verás, bruja, lo que te ha de pesar el haberme azotado hace unos cuantos meses; entonces yo era un niño y no podía defenderme, pero cuando sea hombre sabré abatir tu soberbia; lo juro.

—¿Le oyes?—dijo Remedios;—el muy mocoso se atreve á desafiarte.

Pero Santa Bárbara se encogió de hombros haciendo un gesto despreciativo.

Al llegar á la Tierra, los angelitos se diseminaron, caminando, unos hácia el Norte, otros hácia el Sur, según las instrucciones que habían recibido: el vaporeado por Santa Bárbara, después de una larga péregrinación llena de pintorescas aventuras que no hay para qué contar, llegó á Pensilvania y se introdujo en las entrañas de una mujer embarazada, esposa de un honrado fabricante de jabón. Algunos meses después, en 1706, nació un niño que más tarde fué considerado como uno de los primeros sábios del mundo. Este niño se llamaba Benjamín Franklin, el ilustre inventor del pararrayos.

Cuando el angelito que conocimos en el limbo, pasó á informar el cuerpo en que estuvo encerrado ochenta y cuatro años, perdió el recuerdo de su vida pasada; y sin embargo, desde muy chiquitín, sintió grandes deseos de estudiar las causas de los fenómenos celestes.

—Este muchacho será astrónomo—decía su madre.

Y en efecto, andando el tiempo y después de incesantes estudios, logró inventar el sencillo aparato que ha inmortalizado su nombre, y que arrebató el rayo de manos de Santa Bárbara. El descubrimiento de Franklin marca época en la historia de las ciencias físicas, y el nombre del ilustre americano, que cual otro Prometeo se había atrevido á robar el fuego á los cielos, corrió enseguida por todo el mundo...

Algunos años más tarde, ocurrió una desgracia irreparable: los amantes de la ciencia vistieron de luto; se pronunciaron algunas oraciones fúnebres; se derramaron bastantes lágrimas; las campanas doblaron tristemente... Franklin había muerto; ¡pero moría vengado!

### III

«La del alba sería» cuando el espíritu del célebre sabio daba dos golpecitos en la puerta del Paraíso.

San Pedro abrió inmediatamente.

—¡Benjamín de mi corazón,—exclamó el viejo abrazándole!—que ganas tenía de verte entre nosotros; pero, chico, ¡que cambiado estás!... ¡Parece imposible que el grande hombre que ahora tengo delante, sea el mismo cefirillo que en otros tiempos me hacía rabiarse revolviéndome los papeles de la mesa. Lo malo es,—agregó,—que aquí se te hace una guerra terrible, y que quizá no puedas quedarte en el Paraíso como yo desearía.

—¿Y quién se opone á dejarme entrar?

—Santa Bárbara.

—¡Bah!... ¿No sabes que la he quitado los rayos?... Como no tenga más enemigo que ella, puedes considerarme vencedor.

Algo le quiso replicar San Pedro, pero Franklin ya no le oía y caminaba cielo adentro, soñando con el efecto que en la corte celestial produciría su inesperada aparición.

¡Córreholis, y qué clamoreo se levantó entre los santos al verle!...

—¡Fuera el impío, el hereje; el ángel malo que se atrevió á revelarse contra su Dios; el que quitó el rayo á los cielos para ponerlo en manos de los hombres!

Franklin quiso hablar, pero las descompasadas voces de los bienaventurados, sofocaron la suya. Mil brazos se levantaron sobre su cabeza.

—¡Que se vaya, que se vaya; al infierno con él!

—¡Señores, cuidádo con salirse del tiesto porque!...

Pero los santos dejaron de serlo para convertirse en demonios, y le hubieran pelado las barbas si Dios no hubiese acudido oportunamente en auxilio del pobre sábio.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó;—¿quién escandaliza de ese modo?... ¡Pero Alfonso!... ¿Qué has hecho de la sabiduría que demostraste al escribir las *Siete Partidas*?—¡Y vosotros angélicos Santo Tomás y San Agustín! ¿Dónde habeis dejado vuestra cachaza filosófica?... ¡Y tú, Susana!... ¡Ya has perdido tu habitual recato de doncella, para ponerte á gritar como una mujerzuela?... Y sobre todo, ¿qué ha hecho este pecador para que así le maltratéis?...

—Señor,—repuso humildemente Santa Bárbara;—ya sabéis que soy la dueña absoluta de los truenos y rayos; pues bien, este hombre, queriendo vengarse de una paliza que le dí cuando chiquitín me arrabató lo que vos mismo me disteis hace tantos siglos, para ponerlo al servicio de los hombres, y de este despojo es del que quiero obtener pronta justi-

cia. Pensad, Señor, que lo que Benjamín ha conseguido con su malhadada ciencia, rebaja mucho el prestigio que tenemos entre los miseros mortales de la tierra; les quitará el poco miedo que nos tienen, y muy pronto serán capaces de inventar algún diabólico aparato con que subir al cielo. Por otra parte, si los hombres se llegan á convencer de que las tormentas y las lluvias no están sugetas á nuestra inmediata voluntad, y que los rayos, lo mismo pueden abrasar la casa de un hereje, que el campanario de una iglesia, se acabarán las procesiones y rogativas que tanto nos honran. Además, desde que Galileo y Kopérnico empezaron á propalar sus funestas doctrinas, el fanatismo de los mortales ha decrecido un ciento por ciento: Lutero con sus reformas y Voltaire con sus burletas, lo han hechado todo á perder; á mí, Señor, y esto creo que les sucede á todos mis compañeros, me tienen completamente olvidada; ¡y si supieseis lo triste que es ver caer los altares que en otros tiempos nos levantaron, y no encontrar en este siglo de indiferencia quien dé dinero para reconstruirlos!...

—¡Calla, Bárbara, calla!—exclamó Dios;—no hables más, que harto te he comprendido. Lo que quieres es imposible: mi Hijo ha dicho: *Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios*: pues bien, yo agrego: dad á cada siglo lo que le pertenece. El siglo XVIII, es un siglo de progreso; los hombres quieren acercarse á mí y por eso trabajan; ¡hacen perfectamente! y si vosotros no fuésteis unos papanatas que os pasáis la vida brazo sobre brazo y con la boca abierta, os alegraríais de que hombres como Galileo, Keplero y otros muchos, hayan abierto á la humanidad las puertas de lo infinito, enseñándola el camino que conduce á mí. Yo, oidlo bien,

quiero creyentes, no fanáticos; porque más me ofenden los beatos que me pintan como á un ser vengativo, que los ateos que me niegan... ¡Y basta de gresca!

Corridos quedaron los santos al oír la anterior filípica, y sin atreverse á rechistar se alejó cada cual por su lado, no sin antes echar una mirada de envidia sobre Benjamín que parecía ir á reventar de satisfacción.

Desde entonces, muchos son los descubrimientos que han hecho los hombres con gran ruina y detrimento de los santos; pero los perjudicados se aguantan sus penas sin atreverse á hacerlas públicas; y cuando Santa Lucía, Santa Casilda, San Roque ó San Lázaro se enfadan con los médicos, ó Santo Tomás se irrita contra cualquier filósofo materialista de nuestros días, nunca falta algún amigo que les diga:

—¡Eh, cuidado con alterarse; los santos han caído en desuso y los hombres nos ganan la partida: acuérdate de la venganza de Franklin!

## La panacea.

—Don Ventura, señorito Ventura... que son las nueve y cuarto.

Una voz ronca desde dentro:

—¡Ya voy, Ramona de los demonios; ya voy!

—Es que hace más de una hora que está usted viniendo: acuérdesese que tiene que examinarse... y que el chocolate está frío...

Pasaron algunos segundos, y doña Ramona, viendo que nadie respondía, se alejó refunfuñando.

Poco después salió D. Ventura de su cuarto, con los ojos hinchados, la corbata ladeada y el pelo en desorden.

—¡¡Doña Ramonaaa!!

—¿Se va usted?—preguntó la patrona, desde la cocina.

—Sí, me voy; si viene alguien preguntando por mí, dígame que me he ido á examinar. Vaya, hasta luego.

—Adiós, y buena suerte.

D. Ventura Sánchez era uno de los estudiantes más desgraciados de la Facultad de Medicina; tenía á la sazón cuarenta y ocho años, y hacía más de veinticinco que cursaba la misma carrera, sin conseguir alcanzar el título de licenciado; y no se vaya á creer por eso que D. Ventura era un calavera que malgastaba su tiempo; antes al contrario, era estu-

dioso y constante como ninguno; pero el pobrecito tenía muy poco fósforo en la mollera y las asignaturas se le olvidaban conforme las aprendía; de suerte, que al llegar con mil fatigas al último curso de facultad, vió que le era imposible graduarse de licenciado.

Hacia cuatro años que se estaba preparando; en todo este tiempo no se le vió nunca en el café, ni en parte alguna; se pasaba, como D. Quijote, «las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio,» acudía á todas las convocatorias y buscaba recomendaciones de todas clases.

¡Esfuerzos inútiles!... La nota de *suspense* era la calificación obligada con que los señores que componían el tribunal recompensaban su aplicación y sus desvelos, y él á pesar de las derrotas sufridas, seguía resuelto á ser médico á todo trance. A su lado habían desfilado cuatro ó cinco generaciones de estudiantes, que, más listos ó más afortunados que él, lograron estudiar la carrera con relativa facilidad, y el pobre Ventura les veía llegar y después irse para no volver, mientras él seguía pendiente del maldito título que no acababa de alcanzar; los profesores le trataban, más que como alumno, como amigo, y muchos porteros le tuteaban.

El día en que le conocemos, D. Ventura iba á intentar un último y desesperado esfuerzo.

—Si salgo mal—le había dicho con mucho misterio á Ramona,—no espere usted volverme á ver, porque me suicido sin remisión;—pero en su interior pensaba volver á la carga en Septiembre si, como era probable, tenía la mala suerte de quedar reprobado.

Al llegar al Colegio de San Carlos, uno de los be-  
deles le dijo:

—Hola, Ventura; vaya usted enseguida al despacho del Sr. Rector, que le está esperando.

La noticia no podía ser más inesperada.

¿Para que le quería el Sr. Rector? ¿Sería para suspenderle sin tomarse el trabajo de examinarle?... D. Ventura corrió al despacho del ilustre P. M., Rector por entonces del Colegio, y se hizo anunciar.

—Amigo Ventura—le dijo aquel sabio médico abrazándole paternalmente,—sé que viene usted á examinarse y no quiero hacerle sufrir una nueva decepción; su constancia, ya que no sus conocimientos, merecen alguna recompensa, y yo quiero dársela: usted será médico hoy mismo, si me jura hacer lo que le voy á pedir.

Don Ventura estaba como quien ve visiones, y no sabía que contestar.

—¿Usted piensa ejercer cuando salga de aquí?—preguntó el Rector.

—Sí, señor—balbuceó el pobre estudiante;—no tendré otro modo de vivir.

—Pues bien; yo le hago á usted médico, siempre que me prometa no darle á sus enfermos más que *agua de limón*, sea cual fuere la enfermedad que tengan.

Don Ventura se sintió anonadado: ó soñaba, ó el Rector tenía ganas de broma.

—Se lo digo á usted formalmente—continuó éste,—porque creo que más sabe la naturaleza que un mal médico; el agua de limón es inofensiva, y dándola en todos los casos, nunca tendrá usted remordimientos de haber matado á ningún semejante, ni yo de consentir que un hombre pueda asesinar impunemente á los desdichados que encomienden su curación á su saber.

Conque ¿quedamos en eso?



—Sí, señor—contestó Ventura.

—Creo que es usted un hombre de honor, y los hombres honrados son esclavos de sus promesas.

—Hasta la muerte lo seré de la que le hago á usía en este momento,

—¿No receterá usted más que agua de limón?...

—Nada más que agua de limón,—repuso como un eco el interpelado.

Entonces el Rector cogió un título que estaba sobre su bufete, y después de firmarlo se lo entregó á D. Ventura, diciéndole alegremente:

—¡Ya es usted médico!

Y éste, por toda contestación, no encontrando palabras con que expresar su gratitud, le besó la mano y salió ébrio de alegría, dando saltos y oprimiendo contra su corazón aquel título, que tantos y tan malos ratos le había costado.

## II

Cinco años hacía que el bueno de D. Ventura vegetaba en su pueblo; en aquel largo espacio de tiempo, muchas fueron las personas que hubieron de recurrir á sus conocimientos profesionales, y D. Ventura, fiel á su palabra, recetaba agua de limón á todo pasto; lo mismo á los niños atacados de garrotillo ó sarampión, que á los viejos reumáticos, que á los que tenían calenturas ó estrecheces en la uretra.

Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que D. Ventura hizo, al creer de las gentes, algunas curas milagrosas que le granjearon la admiración de todos, especialmente del cura, que no se cansaba de encomiar la mucha ciencia del *Doctor*, su invariable compañero de tresillo.

Don Ventura, entre tanto, era feliz, mucho más feliz de lo que algunos filosofastros escépticos creen que se puede ser en este mundo; se había casado con una jamona frescota, algo entrada en años y en carnes, á quien conoció niña y que tuyo la rara paciencia de esperarle los treinta años que duró su vida estudiantil. Dos cosas nada más turbaban la felicidad de D. Ventura: primera y principal, las habladurías del boticario del lugar, viejecillo bilioso que ne se cansaba de ponerle de ingnorante que no había por donde cogerle y de reirse de su panacea, sin duda porque el agua de limón, la podía hacer cada vecino en su casa, no ayudándole de este modo vender aquellos malditos unguentos que tenía en su farmacia; y segunda, que si cualquier día un vecino se quebraba una pierna ó recibía una puñalada ó le dolían los riñones, cosas que hasta entonces no habían sucedido, ¿cómo iba á recetar agua de limón en casos tan graves? ¿No sería exponerse á las bur-las de todo el mundo?... Tales eran los pensamientos que acibaraban la vida de D. Ventura, cuando la suerte dispuso las cosas de manera que cobrase nueva fama con aquello mismo en que temía tropezar.

Sucedió, pues, que una tarde, á la hora de la siesta, se presentó un mozo en casa de D. Ventura, diciendo que le siguiera inmediatamente porque había un hombre que se estaba ahogando. Don Ventura se levantó enseguida, se puso el sombrero y salió á la calle.

—¿De qué se trata?—preguntó.

—Se trata—contestó el mensajero—de que en el tren que ha *vento* de Madrid hay un señor muy enfermo; *paice* que se ha *tragao* una semilla de melocotón y no *pué* echarla ni *pa alante* ni *pa atrás*.

—¿De Madrid, dices?

—Sí, señor; es un viejo grueso, *mu* simpático.

Llegaron á la estación del ferrocarril; D. Ventura, más muerto que vivo al ver acercarse el momento que tanto había temido, atravesó el grupo de curiosos reunidos en torno del paciente y llegóse á éste.

¡Oh sorpresa á nada comparable!... El enfermo que en aquellos instantes reclamaba su ayuda con tanta urgencia, era el mismísimo Rector de San Carlos, su antiguo amigo y maestro. El pobre anciano, que apesar del estado en que se encontraba hubo de reconocerle, le dirigió una mirada suplicante, como diciendo:

—¡En buenas manos he caído; éste zángano me mata sin sacramentarme!...

Don Ventura miró en torno suyo, iba á pedir una cuchara; pero de repente se acordó del juramento que había hecho cinco años antes, y haciendo un esfuerzo, gritó con todos sus pulmones:

—¡Esto no es nada: que traigan agua de limón enseguida... pronto!

Los circunstantes se quedaron estupefactos; porque, aunque ya conocían la panacea de D. Ventura, nunca imaginaron que también la recetase en un caso como aquél; en cuanto al Rector, fué tan grande la hilaridad que le causó oír la inesperada medicina de su antiguo discípulo y la buena fe con que cumplía su promesa, que en un violento ataque de risa logró arrojar la semilla que le ahogaba; poco después tomó el brebaje que le presentaron, y se sintió completamente bien. El tren entre tanto se fué, y el Rector, viendo que hasta dentro de algunas horas no podría reanudar su interrumpido viaje, aceptó gustoso la invitación que su salvador le hizo de cenar en su compañía.

Desde entonces, la fama de D. Ventura quedó definitivamente asentada, y hasta el mismo boticario, á pesar de su genio avinagrado, pareció participar de la opinión general. Algunos años más tarde, y poco después de la muerte de D. Ventura, los vecinos del pueblo, por iniciativa del alcalde, hicieron una suscripción para levantar un monumento que perpetuase la memoria de tan famoso médico. Y en efecto, á la entrada del lugar, y en un recodo de la carretera, hay una estatua que representa á D. Ventura Sánchez, de pie, con sus patillas á lo Méndez Núñez, el sombrero en una mano y un libro en la otra, y á sus pies, bajo un grupo de limoneros, corre una fuente en donde nunca falta algún viejo que cuente la anterior historia á las mozas del lugar que van por agua á la caída del sol.



## Degeneración.

**C**aminamos hacia un abismo; quizás esta degeneración, que en todos los órdenes del pensamiento se nota sea un descanso que el hombre se procura á sí mismo para emprender después con nueva energía la obra del progreso que desde hace tantos siglos tiene comenzada; pero lo cierto es que ahora retrocedemos y que nadie sabe lo que el porvenir nos reserva.

En las esferas especulativas reina el más espantoso desconcierto; parece que la ciencia ha pronunciado su última palabra y que de ella ya nada bueno se debe esperar: en Alemania, después de Hœckel y Büchner, nada se ha hecho; muerto Darwin, la escuela transformista ha permanecido en el mismo estado en que la dejara su ilustre maestro; la astronomía, la química y la medicina, digan lo que quieran algunos presumidos que se jactan de conocer el movimiento intelectual europeo, sufren un estancamiento análogo; los escritores que ahora se agrupan en torno del gran Charcot, ya muerto desgraciadamente para la ciencia, se limitan á repetir y comentar, cada cual á su modo, las curiosas experiencias que aquel ilustre sabio dejó consignadas en sus libros, pero sin agregar una sola idea, ni un solo dato verdaderamente original que enriquezca el caudal científico del famoso médico; los fisiólogos

franceses copian á los italianos, y á su vez sirven de modelo á sus vecinos los pacientes alemanes; Paul Janet y Flammarión son en París dos autores muy populares... pero nada más; Spencer envejece en Londres desarrollando el sistema filosófico cuyas bases trazó hace más de veinte años; Lombroso y Garofalo luchan por desenvolver la escuela criminalista, pero sin encontrar el eco que su valiente campaña debiera tener. Las generaciones que entran en las Universidades, salen de ellas después de algún tiempo y se difunden por la sociedad sin querer contribuir en nada á la civilización; los abogados abren un bufete, que sino gloria les dé dinero; los médicos se van á provincias buscando un pueblo en que poder ejercitar su profesión; los militares renuncian gustosos á los entorchados y á las cruces y se dedican á disfrutar tranquilamente del presupuesto que la nación les dedica; pero no hay nadie que luche, que emprenda un nuevo camino, que sueñe con laureles.

Y es que la humanidad está desorientada; después de tantas luchas políticas, de tantas escuelas que no teniendo fuerzas para conservarse en pie cayeron al suelo cediendo al empuje del buen sentido y de la razón que nunca se deja engañar con sofismas, se siente harta de especulaciones ridículas, porque los filósofos alemanes colmaron con sus libros la medida de la humana paciencia; y de experimentos, porque esta escuela parece estar tocando á sus postrimeras conclusiones sin haber logrado decir nada concreto acerca de las últimas y más graves cuestiones de la fisiología; y llena de desengaños, viendo para siempre desvanecidos los ensueños en que tantos siglos se ha mecido, que los más gigantescos esfuerzos del hombre son impotentes para arrancar el

velo en que yacen envueltos los últimos *por qué*s, y que las religiones y sistemas más opuestos acaban por confundirse en estrecho abrazo allá en las ignoradas regiones del infinito á donde solo se llega con el pensamiento, ha renunciado á todo, y cruza de brazos ante el misterio del universo permanece impasible, soñando con su pasado y llorando por él.....

\*  
\* \*  
\*

Pero no estudiemos el movimiento científico de Europa, ni el literario, ni las enfermedades mentales que más abundan, tales como la grafomanía, el asesinato, el suicidio, el histerismo, etc., porque cualquiera de estos fenómenos es acreedor á un minucioso análisis que nos distraería por completo del fin que ahora perseguimos.

Para apreciar en su justo valor las tendencias que se notan en las sociedades actuales, no es preciso ser médico y asistir á los hospitales para escuchar por boca de los desgraciados á quienes allí recoge la caridad pública, los gritos que las enfermedades arranca á la humanidad; ni leer todo lo que se publica para estar al corriente de lo que se inventa y se escribe en los distintos países, no; además de esas tendencias que hoy ejercen su incontrastable influjo en las elevadas esferas del pensamiento y que solo puede conocer el que esté dotado de una mediana ilustración, existen otras muchas que cualquiera puede ver y comprobar por sí mismo, y que no por estar al alcance del vulgo, son menos importantes y dignas de estudio.

Asistimos en los presentes momentos á una degeneración completa que se manifiesta de dos distin-

tas maneras: una degeneración científica, solo apreciable para los que viven entregados á la vida del pensamiento; otra, que podríamos llamar callejera, popular, que se ofrece á nuestros ojos por donde quiera que vamos, en el paseo, en el café, en el teatro en todas partes; una degeneración general, de la que ni aún el que procure ser simple espectador, puede librarse; las dos están íntimamente unidas, influyéndose recíprocamente; pero la inmensa importancia de la primera solo la podemos apreciar examinando la manera que tiene de ofrecérsenos la última. La ciencia, la política y las bellas artes ocupan un puesto muy preeminente en la vida del hombre, pero no menos esencial es el que tienen los afectos, los gustos y las diversiones en que su espíritu busca algún descanso á las graves preocupaciones que le abruma; y tan cierto es esto, que fácilmente se conocería el carácter de cada persona, por las ocupaciones á que con más predilección se consagra. El hombre, según sus particulares aptitudes, estudia y trabaja en lo que más le gusta, y juega con lo que más le divierte; y así como las niñas prefieren las muñecas á cualquier otro juguete, haciendo con ellas lo que años más tarde, cuando sean madres, harán con sus hijos; y los niños, según su índole, gustan, unos de los soldaditos de plomo y otros de pedreas en donde se exponen á descababros y á perder la vida, del mismo modo y por razón contraria, podemos conocer por los brutales espectáculos del anfiteatro y los combates de sus gladiadores, los instintos feroces del pueblo romano, siempre ebrio de sangre, y por las justas y los famosos concursos de belleza que tanto abundaron en la Edad Media, el espíritu eminentemente caballeresco de aquel pueblo varonil que tributaba aplau-

sos y coronas al valor de los hombres y á la hermosura de las mujeres.

Pues bien; exáminese detenidamente lo que en nuestra sociedad sucede, y enseguida aparecerá incontestable y abrumadora la profunda degeneración de que hablamos.

Ahí tenéis á nuestros perfumados y bien planchados aristócratas, á esos jovenzuelos barbilindos á quienes el pueblo conoce en su pintoresco lenguaje por los *niños de la goma*. Vedles, apenas parecen hombres; pequeños, delgados, raquíticos, insignificantes; su sangre, corrompida por enfermedades infames que nunca se extinguen, lleva el veneno heredado por todas las partes del cuerpo, y sus pulmones, encerrados en un torax estrecho y defectuoso, respiran penosamente el aire insano de los vastos salones llenos de estufas y de plantas exóticas, y el no menos viciado que corre por las calles y plazas de las grandes ciudades; en el brillo enfermizo de sus ojos se revela la actividad tan febril como estéril de su cerebro; en sus frentes deprimidas, lo reducido de sus pensamientos; en la blancura de sus labios y en la mortal palidez de sus mejillas, la anemia incurable que les consume, y en el prolijo cuidado con que se acicalan y hermocean, su ridícula presunción y su carencia absoluta de gusto artístico.

En estos hechos debe aplicarse especialmente la atención del hombre observador.

Cualquier sastre reputado, ó cualquier aristócrata conocido en los paseos y reuniones por su manera de vestir, sale á la calle ataviado según un figurín, no importa cual, y diciendo á cuantos quieren oírle que aquella es la última novedad venida de París, y esto basta para que todos los que presumen de ele-

gantes le imiten, aun cuando con la nueva moda queden convertidos en verdaderos mamarrachos. El sentido estético parece haber caído en desuso; nadie tiene noción de la belleza, confunden lo *elegante*, que es lo bonito, con lo que está de *moda*, que por regla general es lo ridículo, y no vacilan en doblegarse estúpidamente ante lo que un sastre ó una modista caprichosa les quiera imponer. Así vemos pasearse por esas calles y por las salas de descanso de nuestro teatro Real, esos encanijados ejemplares de nuestro sexo, enfundados en sendos gabanes claros, muy amplios, como si quisieran suplir y disimular con el exceso de tela la falta de carne; con grandes hombreras, que dan esbeltez al busto y anchura á la espalda, y con pantalones exageradamente anchos, dentro de los cuales sus delgadas piernas se mueven con la misma holgura que un badajo dentro de su campana: en el aspecto, en fin, general, de su cuerpo, se ve algo mentiroso, algo contrahecho que sin querer nos hace desconfiar del verdadero mérito del que se nos ofrece bajo tales apariencias.

La pintura que aquí hacemos del *esclavo de la moda*, como ellos á sí mismo se llaman, no es exagerada, ni podrá serlo nunca por mucho que se recarguen los tonos generales del retrato: en sus trajes, que lejos de tender á revelar la gracia y gallardía del cuerpo, procuran encubrir sus defectos convirtiéndoles en verdaderos hombres de trapo, en la frívola volubilidad de sus juicios y en el ridículo amaneramiento de su conversación y de sus gestos, hay algo de artificial y de femenino.

¿Y qué pensareis de *ellas*, de las hermosas elegantes de nuestros paseos que asisten á los teatros escotadas un poco más de lo que el pudor consiente?...

Lo mismo en las unas que en los otros, por un fenómeno incomprendible de la degeneración de que hablamos, se manifiestan tendencias semejantes; y así como ellos, por sus trajes y sus gestos parecen ellas, *estas*, por sus vestidos y por los ejercicios á que se entregan, se asemejan á *aque-llos*.

Vedlas, sinó, con sus faldas ceñidas, sus chaquetillas cortas, su fajín á la cintura, sus camisas de cuello alto, sus corbatas y sus sombreros redondos; la moda las deformó los pies, empeñándose en considerar *elegantes* esos zapatonos sin tacón, anchos y prosáicos que ahora usan las señoritas del día; la misma moda las privó de esos encajes y perifollos que tanto favorecen la belleza femenina, encerrándolas dentro de vestidos y gabanes hombrunos y despojando su cabeza de las perfumadas flores ó de la clásica mantilla, para afearla con el exótico sombrero; porque «yendo á la moda una mujer, dice Pereda, va muy á gusto aunque lleve á cuestas un borrego;» la misma moda, en fin, es la que las enseña á guiar coches, usurpando así el puesto que debe ocupar el hombre que suele acompañarlas, á domar caballos y á atravesar grandes sumas en los juegos de azar. Lo mismo en las mujeres que en los hombres, la química de tocador, el arte del peluquero, y la tijera del sastre ó de la modista, se esfuerzan en remediar los estragos de las enfermedades y del tiempo, y la viciada educación que reciben y el medio artificial que les rodea, mañan en ellos los buenos gérmenes que quizás tuvieron cuando niños, y quita á su carácter el primer rasgo que debe tener: la espontaneidad.

Pero en donde la degeneración que estamos examinando se manifiesta de una manera que no da

lugar á ninguna duda, es en las diversiones predilectas de nuestro público.

¿Hay nada más ridículo, más inmoral ni más degenerado que las carreras de caballos, los partidos de pelota, y esa afición que últimamente se ha desarrollado por el *ciclismo* y los patines?... Y, sin embargo, no hay elegante que no siga entusiasmado con estas nuevas estupideces de la moda.

Ahí les tenéis en los hipódromos, con los ojos fijos en las patas de un caballo á cuya ligereza confían unos cuantos centenares de duros, y en la risible figura de un jockey, á quien antes se ha pesado, como si fuera un gallo de pelea y que ha estado sometido durante cierto tiempo á una alimentación determinada para no pesar más de lo conveniente y perjudicar, por cuatro ó cinco kilos más, los intereses de su señor; ahí les tenéis en los frontones, siguiendo ansiosos los movimientos de los jugadores, y sintiendo que su corazón, habitualmente insensible y frío ante otras muchas cosas realmente grandes, les salta dentro del pecho lleno de emoción á cada nuevo bote de la pelota ó á cada estratagema del zaguero; ahí les tenéis, entregados al divertido ejercicio de los patines, dejándose deslizar sobre un piso asfaltado y por entre árboles cubiertos de hojas y flores, y haciéndose la ilusión de que están en el Támesis ó en pleno lago Ladoga; allí les veréis describiendo *eses*, adoptando las posturas más risibles para no caer, y persiguiendo á las bellas que suelen salir á demostrar, aun á riesgo de poner de manifiesto encantos que debieran permanecer cuidadosamente guardados, la agilidad de sus piernas y sus *elegantes* aficiones; ahí les tenéis encorvados sobre sus bicicletas, enseñando las no muy robustas pantorrillas, correr por los paseos vestidos con un

calzón estrecho y una camiseta rayada, y con la cabeza cubierta por una gorrita de tela blanca cargada exprofesamente á París.

¿Y no hay quien se avergüence al considerar el triste estado de degeneración en que hemos caído?... ¿Cómo!... ¿No es ridículo ver á unos cuantos millones de espectadores entretenidos en correr caballos ó en jugar á la pelota?... ¿No es infantil el juego de los patines? ¿No parecen niños en día de fiesta esos hombres, ya talluditos, que vemos por las calles montados en bicicletas?...

Es indudable; y esas modas de que antes hablábamos, y esas diversiones á que con tanto ardor se entrega nuestra sociedad acomodada principalmente, son los rasgos más característicos de la degeneración contemporánea.

No tenemos que fijarnos en lo que en otro orden de cosas sucede; en el orden literario, por ejemplo, en el que vemos que las obras de Zola y Daudet, se venden más que las de nuestros inimitables novelistas Pereda y Galdós; ó en el artístico, en el que la música de Wagner, verdadera degeneración del sentido y buen gusto musical, se impone á despecho de las melodías de Rossini y de Verdi; ni en el género dramático, que sigue decayendo sin que nadie pueda salvarle de la ruína, ni del *extranjerismo* que nos pervierte; estas consideraciones nos llevarían demasiado lejos.

Basta con lo indicado: las costumbres de nuestra sociedad joven y rica, los placeres en que malgasta su tiempo, su salud y su dinero, el aplanamiento intelectual en que estamos y del cual, y esto es lo peor, no sentimos necesidad alguna de salir, el carácter frívolo y cansado de este público que solo gusta de leer noticias y no de las cuestiones real-

mente trascendentales, la vergonzosa cobardía de los escritores que permanecen impasibles ante este movimiento de retroceso, y el repugnante servilismo de algunos periódicos, verdaderos jueces vendidos al vicio, que lejos de fustigar despiadadamente el mal allí donde se encuentre, halagan las pasiones dominantes para captarse las simpatías de la generalidad, todo acusa una degeneración gravísima: la enfermedad es crónica, los órganos están deshechos y el cuerpo no tardará en descomponerse.

Pero, ¿se podrán conjurar los peligros que ahora nos amenazan? ¿Se encontrará en el siglo xx el remedio á las dolencias que amargan los últimos años de su antecesor?... ¿Hallará al fin el hombre la luz que le guíe á través de las sombras que hoy envuelven su mente?... ¿Quién sabe; el porvenir es un libro cerrado cuyos secretos se compran con la vida!... Lo cierto es, que si queremos hacer algo provechoso en este sentido, importa traer cuanto antes á la vida pública nuevos elementos de fuerza.

Pueblo, tú que permaneces vigoroso apesar de las miserias, y que con ese desprendimiento y ese valor, siempre probado en tantas acciones gloriosas, eres el que salvas á la patria en los momentos de mayor peligro, no esperes nada bueno de esa aristocracia que ahora te domina con su riqueza ó con el dudoso prestigio que la dan sus arrugados pergaminos; esa clase afeminada que arrastra una existencia artificial entregada á diversiones infantiles, muy ufana de los bienes, más ó menos bien adquiridos, que heredara de sus mayores, y de un título de nobleza postiza que compró con su dinero; esa sociedad degenerada que todo lo supedita á la moda; trajes, espectáculos, afectos, ideas; que deja intacta la última edición de las obras de Zorrilla

para socorrer á su pobre viuda, y agota sin embargo, apesar de su exagerado precio, el último libro de Antonio Grilo, por el mero hecho de ser éste un poeta cortesano puesto en moda; esa juventud sin iniciativas ni entusiasmos, que viste de uniforme, ama por cálculo y habla y se mueve mecánicamente, no puede nunca interesarse por ti; atente solo á tus fuerzas y demuestra al mundo, que tras esa apariencia decrepita que tenemos, tras esa aristocracia degenerada que bulle en los paseos, esos políticos que charlan en el Congreso, y ese clero abatido que canta y bosteza en las iglesias, hay un principio, virgen aún de todo contagio, al cual la degeneración no ha corrompido y que es capaz de las mayores y más arriesgadas empresas; despréciales y muéstrate tal como eres; ¡siempre sano y siempre niño!

## Los Titanes.

AL ILUSTRADO ESCRITOR D. EMILIO BOBADILLA.

Todos los pueblos antiguos creyeron en la existencia de un mundo sobrenatural; mundo extraño, vaporoso, poblado de seres fantásticos, unos monstruosos, otros alegres, en los cuales personificaban los diversos agentes naturales. Lo mismo en India que en Egipto, en la China de Confucio que en la Roma contemporánea de los Césares, entre los salvajes habitantes del Africa Central que entre los esquimales de la Laponia, encontraremos que las supersticiones han formado una parte muy esencial de la vida del hombre; estos errores característicos de la infancia de los pueblos varían según las razas y los países á que estos pertenezcan. Los indios creían ver en las lagartijas, arañas y demás insectos, las almas de los difuntos que no habiendo alcanzado la necesaria perfección, se reencarnaban adoptando la forma de un animal cualquiera: los persas, discípulos de Zoroastro, rendían culto á Ormuzd y Ahriman, los dioses respectivamente del bien y del mal, de la luz y de las tinieblas, que permanecían en inacabable lucha, disputándose el dominio del mundo; los egipcios convirtieron al pájaro Isis, al buey Apis y al cocodrilo del Nilo, en animales sagrados á quienes rendían pomposo culto; los



australianos y los negros, ante el siniestro resplandor del relámpago y el fragor con que los truenos retumban despertando los ecos que dormitan en las entrañas de sus bosques, se postran en tierra, procurando calmar con sus sacrificios y sus lágrimas al espíritu irritado que según ellos vuela por el cielo empujando las nubes; y creen que la brisa que susurra entre las copas de los árboles, el misterioso insecto que canta escondido entre la yerba, el aerolito que cruza el firmamento iluminándolo con fugitivos resplandores de incendio, el monótono murmullo de los ríos, los fuegos fátuos que corren por las verdosas superficies de los pantanos, son otros tantos espíritus, unos, benignos, otros malévolos, á quienes es preciso adular para tenerles propicios. Los habitantes del norte que pueblan las heladas llanuras de Siberia, de Suecia y Noruega, también tienen ideas semejantes; en los silbidos del viento que sacude las desnudas ramas de los árboles, en el ruido con que corren los torrentes engrosados por las lluvias del invierno, en los lúgubres ahullidos del lobo que vagan por los campos agujoneados por el hambre, en las tristes resonancias del cuerno con que los cazadores llaman á sus perros á la caída del sol, en la misteriosa transparencia que tiene el cielo en aquellas regiones, en todo creen descubrir la existencia de genios temibles, por lo mismo que son desconocidos, que celebran de noche sobre la capa de nieve que cubre los campos y á la luz de la luna, sus misteriosas reuniones.

En todas partes, lo mismo en América que en Europa, entre los pueblos del extremo oriente que entre los moradores de nuestros villorrios, hallaremos éstas ó parecidas ideas.

Pero ni los indios, ni los persas, ni los egipcios

pudieron igualar nunca, en este sentido al pueblo griego, que marcó los límites del humano entendimiento; con Esquilo en la tragedia, con Demóstenes en la oratoria, con Apeles y Fidias en la pintura y escultura, y con Aristóteles en filosofía. Los griegos lo personificaron todo: el bien, el mal, la luz, la obscuridad, el amor, la justicia; tenían á Júpiter, padre de los dioses, á Cérés, diosa de las riquezas, á Minerva, de la sabiduría; á Neptuno, dios de las aguas, á Eolo del viento; y como si esto no fuera bastante, poblaron el mundo de seres invisibles y de genios tutelares que cuidaban del hogar y de las personas, y á los cuales se encomendaban devotamente en todas sus enfermedades y peligros: formaron una raza de hombres privilegiados superiores en fuerzas físicas y en inteligencia á todos los demás, con los cuales los mismos dioses no se desdijeron de tener relaciones carnales; así nacieron Aquiles, el vencedor de Príamo, Anteo, hijo de la tierra, Cástor y Pólux, los descubridores del Vello cino de oro, Hércules, el más grande de todos los héroes antiguos, y otros muchísimos personajes fantásticos que la musa ha poetizado: Aquellos dioses, dotados como estaban de las pasiones y defectos humanos, no tardaron en reproducirse y la tierra y los cielos se poblaron de seres misteriosos; en el seno de los bosques habitaban los Ecos, deidades que repetían los ruidos de la selva; los ruiseñores, que según una preciosa tradición que de aquellos tiempos se conserva, cantaban merced á las divinas inspiraciones de Orfeo, el cantor de Tracia, y los centauros, terribles animales medio hombres, y medio caballos; en el fondo de las lagunas y de los ríos, moraban las ninfas en palacios de nácar y cristal, los mares estaban poblados de sirenas

de delumbradora hermosura que seducían á los navegantes con los acordes de sus arpas y los encantos de su voz para después matarles; y los aires, de ceñirillos juguetones que inflaban las velas de los barcos y mecían las flores de los prados á impulsos de la brisa; todo, lo mismo el sol personificado en Apolo, que el fuego representado por Vulcano, tuvo á los ojos del pueblo helénico, una forma corporal.

Algunas de estas creaciones apesar de los indiscutibles encantos de que supieron revestirlas sus autores, están olvidadas; pero otras, por el alto sentido moral y filosófico que encierran, permanecen en pie desafiando orgullosas las civilizaciones y los siglos: tales son, entre otras, la fábula de Prometeo y la de los Titanes.

En Prometeo, aquel atrevido sabio que á imitación de los dioses, hizo un hombre del limo de la tierra y robó después para animar su obra el fuego de los cielos, y á quien Júpiter castigó por su osadía encadenándole en una montaña mientras un buitre le desgarraba el corazón, personificaron los griegos, según unos, el genio perseguido, según otros, y esto es lo más probable, la duda que, aún en los momentos de mayor entusiasmo, suele destrozar el espíritu del hombre. Esta fábula es eterna y durará lo que tarde la humanidad en desaparecer de la superficie del globo; los poetas y novelistas la han expresado de mil distintas maneras; el mismo Hamlet de Shakespeare y el Fausto de Goethe, ¿no son aspectos distintos de ese gran poema de soberbia y angustia personificado en Prometeo, que vemos desarrollarse lentamente á través de los siglos?... Cuando en medio de la batalla de la vida sentimos un momento de vacilación, como si por efecto de los

golpes sufridos nuestra fe decayese, ¿no experimentamos un dolor agudo en la conciencia al ver que la duda germina en el fondo del alma, aniquilando despiadadamente el entusiasmo ciego que teníamos en la bondad de nuestros ideales? ¿Y si entonces procuramos recobrar la fe perdida y nuestros esfuerzos resultan estériles, no nos encontramos como el Prometeo griego, con las manos sujetas, é impotentes, por tanto, para rechazar la duda cruel que nos consume?

Una personificación semejante parece encerrar la fábula de los Titanes, hijos de la tierra que quisieron escalar el cielo amontonando las montañas unas sobre otras, y que vencidos por las flechas de Apolo y los rayos de Júpiter, fueron precipitados á las entrañas de su madre, en donde yacen gimiendo bajo el peso del mundo que llean encima.

Ahora bien; esos gigantes que cegados por la noble ambición que rebosaban sus corazones, quisieron salir de las tinieblas en que vivían para ver la luz y conocer por sus propios ojos la fuente de donde todo procede, teniendo para conseguir su objeto que luchar con obstáculos invencibles, ¿no son la representación corpórea de esos hombres que con sus esfuerzos han procurado llevar á la humanidad por los nuevos senderos que su inspiración les ofrecía? ¿No tienden éstos, como los titanes de la fábula helénica, á escalar el cielo y conocer el último misterio, la última incógnita de la creación?...

¿Quién lo duda!

Titanes del pensamiento fueron los moralistas que en la historia de la humanidad se llaman Manú y Confucio, Zoroastro y Moises, Mahoma y Jesus: titanes del pensamiento fueron también Arquímedes, el más ilustre defensor de Siracusa, Galileo y

Copérnico, que echaron los cimientos de la moderna astronomía, Newton, que encerró el movimiento de los mundos en fórmulas matemáticas y Franklin que, á imitación del Prometeo griego, arrebató el rayo á los cielos; titanes de la palabra fueron en la antigüedad Demóstenes y Cicerón, como en siglos posteriores Mirabeau y Camilo Desmoulins, las dos figuras más simpáticas de la Revolución francesa; y en nuestros tiempos Castelar, el coloso por excelencia, el más grande, á no dudarlo, de todos los oradores del mundo. Leed los discursos y las obras que legaron á la posteridad esos atletas del pensamiento: estudiadlas con cuidado, sin impaciencias, procurando seguir paso á paso al autor en todos sus razonamientos; la primera vez, quizá no comprendáis casi nada, porque nuestras facultades no nos permiten seguir al genio en su rápido volar de águila; pero la segunda, la lectura os será más fácil y más provechosa, y si aún repetís la tercera, quedaréis absortos ante las ideas estampadas y la maravillosa envoltura de que supieron revestirlas sus autores. Leed *La Divina Comedia*, el poema más grande de la Edad Media, el *Fausto* ó el *Paraiso Perdido*, maravillosa creación de Miltón en la que el poeta inglés vertió á raudales los tesoros de su fecunda imaginación y las inagotables ternezas de su alma; estudiad atentamente los cuentos de Voltaire, tan frívolos en la forma como repletos en el fondo de verdades y de alusiones sangrientas, ó las comedias de Calderón, verdaderos ramilletes de pensamientos sutiles, y apenas podéis concebir cómo de una cabeza tan pequeña, como ésta que la naturaleza nos puso sobre los hombros, pueden surgir radiantes de luz y de divinidad esos pensamientos inmutables que la humanidad ha grabado

en mármoles y que la fama ha difundido por toda la tierra.

No hablemos de los sabios que trabajan años y años en el retiro de sus laboratorios; su labor es más lenta, y por tanto, más fácil de seguir: fijémonos únicamente en el matemático que con el lapiz en la mano procura seguir y determinar en el encerado los movimientos de un cometa que acaba de descubrir con su telescopio, ó en el orador que subido en la tribuna quiere captarse las simpatías de un público hostil, ó en el poeta que sentado ante una mesa procura fijar sus ideas en las cuartillas que tiene delante.

¡Cuán grandes, cuán desesperados son sus esfuerzos!

Vedles, vedles cómo se revuelven contra los obstáculos y cómo se replegan sobre sí mismos para cobrar energías nuevas; vedles con qué saña persiguen la fórmula que se les escapa, la palabra que ha de rematar el período que con tanta fortuna empezaron, la angustia con que buscan la forma adecuada al pensamiento que quieren expresar.

Este, procura seguir el rápido vuelo de un cometa á través de los espacios siderales: sabe cómo se hace la operación algebraica y la acomete valerosamente; suma, divide, multiplica, resta, saca la raíz cuadrada, despeja incógnitas, borra, vuelve á escribir, agota uno tras otro, en pocas horas de febril ansiedad, cuantos conocimientos matemáticos posee; la fórmula última, la que busca con tanto afán, no parece; tira el lapiz, su cabeza vacila, la paciencia le falta... Pero pasan unos instantes; aquel cerebro de bronce á quien una fuerza misteriosa agujonea, pone en juego sus últimos resortes; las ideas surgen de nuevo, la confianza vuelve al

corazón, la mano se apodera del lapiz que arrojó contra el suelo en un instante de desaliento, del fondo negro del encerado aparece en forma de números blancos el camino que recorre el genio en su marcha, y al fin brota la fórmula mágica que resuelve el problema y que ciñe en las sienes de su descubridor las inmarcesibles coronas de la inmortalidad.

El otro defiende en el Congreso ó en la plaza pública los intereses del pueblo oprimido; unos le aplauden, otros le silban; el orador continúa impasible su discurso, desarrollando su tema con la elocuencia propia de un maestro consumado; pero hay un incidente; sus contrarios le acosan, le persiguen, no le dejan hablar, los cargos que la envidia y las parcialidades acumulan contra él, se multiplican; el famoso orador, el gigante de la palabra que tantas victorias ha conseguido, empieza á vacilar; no puede responder á todos y el mismo deseo que tiene de rechazar aquellas acometidas de una sola vez, le perjudica, y pierde el hilo del discurso; la intencionada exclamación de uno de sus contrarios y los murmullos de aprobación que levanta, acaban de desconcertarle; vé ante él los millares de ojos que se fijan obstinadamente en los suyos; todos los que están allí pueden aplaudirle si encuentra palabras que respondan al pensamiento de la mayoría; sus enemigos, comprendiendo su ventaja le atacan con mayor encono, sus parciales protestan disgustados de la ineptitud y cobardía de su defensor, y el titán de la tribuna, balbucea palabras mientras rebusca en su cabeza la fórmula con que ha de vencer.... ¡Ya la ha encontrado, ya la tiene! El hilo de su discurso se reanuda, la divina inspiración vuelve á lucir en su frente con nuevos desten-

llos, las cláusulas se hacen más precisas y cortantes; el público, sobrecogido ante aquel arrebató del genio acosado, emmudece, y el asombro primero y la aprobación después se pintan en todos los semblantes; el coloso le domina, y aquella conciencia que adquiere de su victoria le infunde nuevas osadías: nada puede igualar entonces la ira con que una vez recobrado el dominio sobre sí mismo, fustiga sin piedad aquel público veleidoso que estuvo á punto de silvarle y que ahora le escucha con religioso silencio; acomete, destroza, salta por encima de todo; de su boca salen á borbotones las palabras, y su exaltación parece engrandecerle á los ojos del auditorio que le escucha absorto; sus contrarios emmudecen, sus amigos le alientan con sus ¡bravos! y tras un período brillantísimo remata su discurso con una cláusula maravillosa, soberana.

Lo mismo le sucede al filósofo, cuyo pensamiento se cierne en las regiones de lo invisible, buscando la razón metafísica de los últimos problemas, al historiador que prosigue su narración á través de la historia de los pueblos, y al poeta, que se afana por encontrar imágenes adecuadas á las concepciones de su fantasía.

Algunas veces encuentran lo que desean, y siguen hacia adelante llenos de orgullo con su triunfo; pero otras no pueden, las fórmulas gráficas les faltan, y se doblegan gimiendo bajo el peso de sus propias ideas, agobiados por aquellas gigantescas creaciones que en vano tratan de encerrar en un idioma que no les corresponde; y semejantes á los titanes de la fábula, caen al suelo aniquilados por su propio esfuerzo porque, como dice Nuñez de Arce:

«...A veces pesa más  
un pensamiento que un mundo.»

También los que nos dedicamos á las luchas intelectuales, somos, en mayor ó menor grado, titanes del pensamiento; y los que combaten un día y otro alentados por el entusiasmo y la buena fe, difundiendo por cuantos medios están á su alcance las ideas que estiman redentoras, atacando la indiferencia glacial del público y exponiéndose á ser aplastados por esa masa heterogénea compuesta de fanáticos y de excépticos que van estúpidamente y sin oponer resistencia por donde les quieran llevar, son acreedores á figurar al lado de esos grandes hombres que marcaron con su pluma ó su palabra los derroteros que más tarde la humanidad había de seguir.

Todos servimos para algo, todos somos obreros del pensamiento, y cada cual lleva en su cerebro unas cuantas ideas y en su corazón un poco de entusiasmo que poner al servicio del progreso; los más fuertes caminan con paso firme, llevando la frente coronada de ideas luminosas y oyendo las aclamaciones y los vítores que el público les tributa al verles pasar; otros, los más débiles avanzan lentamente, abrumados bajo el peso de su propio pensamiento; algunas veces la fatalidad les hace caer y rodar por la pendiente que con tanta dificultad iban venciendo, pero otros que le siguen recogen su herencia, suman sus esfuerzos á los del caído, y las ideas se unen y se agrandan, y así todos llevan su granito, su paletada de arena, al templo de la civilización. Nosotros, los que peleamos con la pluma, vamos empujando las ideas como los viejos titanes de la mitología iban empujando los mundos; pero al fin venceremos; la verdad se vislumbra en el horizonte envuelta en sonrosados resplandores de aurora, y en el camino que reco-

rremos, tan difícil como glorioso, no nos podrán detener los obstáculos que opone la reacción: vamos subiendo la cuesta, no lo dudeis; muchos mueren en el combate, otros quedan aplastados bajo los pies de los que no han caído aún, pero el progreso humano sigue su movimiento de avance, y las vidas que en esta empresa se sacrificuen, están bien perdidas.

¡Animo, pues, titanes del pensamiento, vamos arriba!

La lucha en que ahora estais empeñados, es la misma de que ha sido testigo la historia de los pasados siglos; recoged la herencia que aquellos os legaron y defendedla noblemente; otros siglos que vendrán en pos de éste que ya agoniza y otras generaciones que seguirán á la nuestra, os han de juzgar; detrás de vosotros hay un abismo insondable de donde salió la humanidad merced á los valientes esfuerzos de los que se sacrificaron por su bienestar y mejoramiento: abismo de ignorancia, foco de supersticiones ridículas y de fanatismos feroces cuyo solo recuerdo espanta; en él caeréis si no tenéis el valor de manteneros firmes en el puesto que vuestros ascendientes os supieron conquistar.

Las ideas de libertad que guian nuestros pasos, los entusiasmos que alientan nuestros corazones, nuestro deber, en fin, nos mandan seguir la batalla emprendida.

¡Vamos arriba!

## Nochebuena.

Cayeron en las eternas sombras de lo infinito los once primeros meses del año; pasaron unos tras otros en velocísima carrera, la primavera, con sus alegres alboradas de Abril y de Mayo, los meses que la naturaleza consagró al amor y á las flores; el verano, con sus calores sofocantes, sus campiñas agostadas por el sol, sus árboles preñados de riquísimas frutas, sus pájaros cantores, sus giras campestres, sus arroyuelos bordeados de orillas siempre verdes; pasó también el otoño, con sus nubladas mañanas y sus tristes crepúsculos vespertinos, su moribunda vegetación y sus prados cubiertos de escarcha; la naturaleza ha perdido con la luz su alegría y sus colores.

Ahí está el invierno, el lúgubre invierno, envuelto en su capa, con la guadaña de la muerte al hombro, rodeado de las mil enfermedades que trae consigo y tiritando bajo su recio gabán de pieles; él hizo caer al suelo las amarillentas hojas de los árboles que el viento después arrebató por las carreteras envueltas en nubes de polvo; él paralizó el movimiento de la fecunda savia que circula en los tallos de las plantas y marchitó sin compasión las pintadas florecillas que engalanaban los rosales y las violetas; él arrancó á la selva sus poéticos misterios, al dejar desnudos los árboles del bosque, y quitó á los arro-

yos su habitual mansebre, convirtiéndoles con sus granizos y sus lluvias en torrentes bramadores.

¡Qué triste es el invierno!...

El cielo pierde su alegre color azul, el sol palidece tras las nubes que se obstinan en ocultarlo á nuestros miradas, y desde las primeras horas de la tarde se desliza por el suelo una densa neblina que parece gravitar sobre nuestro corazón y nuestros pensamientos; las campiñas pierden sus encantos, los insectos acurrucados en las grietas de las peñas ó en los troncos carcomidos, permanecen silenciosos sin entonar esos monótonos conciertos peculiares de las noches de estío; la llanura, cubierta por espesa capa de nieve semeja una inmensa losa funeraria cuyos límites se desvanecen en los confines del horizonte, la brisa ha perdido su agradable calor, el espacio su pureza, las flores sus perfumes, los pájaros sus gorgojeos.

Pero también la muerte encierra bellezas, también el invierno tiene fiestas y placeres que nadie puede olvidar, y una poesía íntima, extraña, que no se parece á ninguna otra: pasan los recuerdos de la primera juventud, se olvidan los nombres de nuestras amadas, las horas de placer que á su lado tuvimos, los celos y las esperanzas que entonces experimentábamos y que nos hacían desgraciados ó felices; se olvida el dulce sabor del primer beso, el perfume del amor primero, las risueñas ilusiones de entonces, los acordes de la orquesta á cuyos acordes bailábamos ébrios de placer; bailes, ensueños, amores, amigos, todo se olvida poco á poco, acabando por formar estos recuerdos en nuestra historia pasada una especie de neblina llena de sombras confusas cuyos contornos es imposible determinar: pero si estas imágenes se pierden y nada queda de lo que

gozamos en el mundo, hay, sin embargo, una fiesta cuyo recuerdo parece ganar en poesía conforme la distancia aumenta, que está ligada á la historia de todos los hombres, que ocupa una página bellísima en el pasado de cada uno de ellos; fiesta íntima, personalísima, santa, que cada cual celebra á su modo, pero que todos sentimos de igual manera; fiesta puramente familiar, de misteriosa poesía, que se conmemora una vez al año y al amor de la lumbre, y en la que siempre se consagra un recuerdo á los ausentes y á los muertos.

La Nochebuena no se parece á ninguna otra fiesta del año.

No es, apesar del sentido que encierra, una fiesta exclusivamente religiosa; tampoco es completamente profana; tiene un sello especial, característico, que la hará vivir eternamente.

Comparadla con las de Semana Santa y Carnaval, y enseguida veréis el abismo que las separa.

La Semana Santa, á pesar de su nombre, es una fiesta profana, que se celebra en los templos, pero también en los paseos y en las calles, y que está muy lejos de decir el gran poema de dolor y sufrimiento, de abnegación y misericordia que pretende representar: en ella solo se ven procesiones que pasean esculturas, por regla general muy mal hechas, envueltas en riquísimos mantos de terciopelo bordados en oro y salpicados de piedras preciosas, que revelan, más que la pasión mística que inspiran á los creyentes, las mezquinas rivalidades que median entre los hermanos de las distintas cofradías; y un público desprovisto de verdadera fe religiosa, que guiado por una necia curiosidad ó por móviles aún más pecaminosos, se apiña en las calles ó corre en tropel á visitar los templos y á tener un instante

de fútil satisfacción viendo los monumentos, las mujeres hermosas y el bonito aspecto de los altares.

En Carnaval corren la alegría, la locura y el vicio por las calles agitándose en los bailes disfrazados bajo mil distintos aspectos; el vino atonta las cabezas, las músicas enloquecen los oídos, la razón se ofusca ante las voluptuosas perspectivas que se ofrecen á los ojos; los semblantes, protegidos por el antifaz, pierden su rubor; el Carnaval es el reinado del desenfreno.

Examinad el aspecto que presentan las calles en las noches de máscaras; por todas partes veréis hombres alegres y mujeres disfrazadas que caminan hacia los mismos puntos guiados por una sola idea, la de engañarse mutuamente; aquellos preparan sus medios y éstas tienden sus redes; las mujeres fían á la habilidad y á la astucia su victoria, y los hombres á su ingenio y al vino la suya, y con este pensamiento corren al baile, en donde se han de juntar para medir sus respectivas fuerzas; en esas noches los ancianos y los niños no salen á la calle, y es porque parecen haber huido de la vía pública, el buen juicio con los primeros, y la inocencia y la virtud con los últimos; noches de delirio en que el vicio pone una mordaza á la conciencia, en que la bestia humana ruge en su *espantosa belleza*, y en que lo mismo las unas que los otros se buscan con impaciencia febril, ansiando satisfacer deseos largo tiempo comprimidos.

En cambio, la Nochebuena es la noche más *inocente* del año, y si se quiere, la más infantil.

Las mujeres, desde muy temprano entran en las cocinas á preparar los sabrosos guisos y los dulces que han de servirse á la hora de la cena; los muchachos, libres de cuidados estudiantiles y disfrutando

de una libertad inusitada, alegran la casa con sus inocentes risas y trabajan afanosamente por concluir el nacimiento empezado; el jefe de la casa, que salió á comprar unas cuantas golosinas, no se desdén de venir cargado de juguetes para sus pequeños que le esperan impacientes; ¡es la única vez que los hombres se olvidan de la estúpida circunspección que les es habitual, para convertirse en niños!

A las diez de la noche los portales están cerrados, los cafés y los teatros vacíos, las calles desiertas; mientras en el comedor de cada casa reina la alegría más completa; los niños, á quienes se les da permiso para hablar cuanto se les antoje, charlan sin descanso exponiendo las locas ideas que se agitan en sus cabecitas infantiles, excitadas por la conversación y el vino, y hasta los viejos se olvidan de sus achaques y de sus años, y comen y beben sin cuidado departiendo amigablemente con sus nietezuelos; aquella noche las diosas Alegría y Tolerancia se han sentado á la cabecera de cada mesa, y no se puede reñir á nadie. Después de la cena y del clásico pavo, vienen las anchas fuentes de arroz con leche cubiertas de una espesa capa de rubia canela y los tarros llenos de dulces en compota y las botellas del rico jerez y del sabroso cariñena, y con ellas la alegría llega á su mayor apogeo y se brinda, y se improvisan versos y se baila; y mientras que los niños repican furiosamente el recio cuero de sus tambores y de sus panderetas, ó golpean las cazuelas con la mano del almirez, los jóvenes cantan y se divierten inventando juegos de prendas, y los abuelos fuman tranquilamente sus habanos tomando á pequeños sorbos su taza de café. En todas partes, lo mismo en las poblaciones grandes que en las pe-

queñas, en las aldeas del interior de Castilla, que en los pintorescos pueblecillos de la costa, la fiesta de Nochebuena tiene el mismo carácter de íntima familiaridad.

¡Oh, los recuerdos de esa noche bendita nunca mueren!...

Dejando opiniones religiosas á un lado, la noche del 24 de Diciembre es grande, por la memoria que todos guardamos de élla...

¡No os acordáis?...

Es la noche en que el entrecejo de nuestra buena madre nunca se fruncía, aunque llevásemos nuestro atrevimiento hasta el extremo de entrar en la cocina y destapar los pucheros, en que la abuela nos sentaba sobre sus rodillas para contarnos cuentos que nos distrajesen, siquiera momentáneamente, de nuestras diabólicas maquinaciones, y en que nuestro padre volvía á casa con los bolsillos repletos de juguetes y golosinas; la noche en que después de cenar nos llevaban á la Misa del Gallo, de la cual regresábamos medio dormidos, apoyados en el brazo del abuelo, soñando con lo mucho que habíamos jugado y con lo que aún teníamos que enredar en los días siguientes; es la noche que años más tarde pasamos solos, al lado de nuestras amadas, en deliciosa intimidad, disfrutando de una felicidad más tranquila, pero no menos grande que la que teníamos cuando niños; es la que después celebramos con nuestros hijos, y en la que éstos hacen lo que nosotros hicimos años antes, y en que llenamos el puesto que ocuparon sus abuelos.

Pero ¡ah! el corazón y la cabeza han envejecido y la Nochebuena ya no parece la misma. Los años no pasan en balde; murieron nuestras inocentes aficiones de niño, y con ellas los ensueños que ofrecían á



los ojos de la imaginación interminables procesiones de pintorescos nacimientos y verdaderos racimos de panderetas y zambombas; murieron también los primeros amores que despertaron el corazón al mundo del sentimiento haciéndole entrever misteriosos horizontes preñados de inextinguibles placeres, y las ilusiones que acarició la mente; niñez, juguetes, padres, juventud, amores, deseos, ambiciones, todo muere; y cansados de sostener por espacio de tanto tiempo esa lucha abrumadora á que el destino nos condena, vemos con indecible tristeza que apesar nuestro, no podemos, volver á experimentar aquella alegría loca que algunos años antes sentíamos, y que las ilusiones están siempre perdidas; y tan cierto es esto, que la musa popular, con esa delicadeza exquisita con que sabe hacerse eco de los afectos del alma, cuando alegra la fiesta clásica cantando al compás de la guitarra, no ha podido menos de dedicar un recuerdo sencillo y altamente poético, como todos los suyos, é esa muerte fatal de nuestra juventud y de nuestros entusiasmos primeros.

«La Nochebuena se viene,  
la Nochebuena se va,  
y nosotros nos iremos  
y no volveremos más.»

Esto dice la copla, y al oírla sentimos un calofrío primero y una profunda nostalgia después, porque responde fielmente á los melancólicos pensamientos que nos asaltan al comparar las Nochebuenas que fueron, y que por haber pasado nos parecen mejores, según la sabia opinión de Jorge Manrique, y las que aún nos aguardan; aquellos tiempos en que éramos niños y nada nos preocupaba, con los actuales, en que pesan sobre nosotros un sin fin de

cuidados y de atenciones, y seríamos capaces de comprar con el oro ó la vida, si acaso se vendiesen, aquellos placeres que el tiempo nos vedó para siempre...

La Nochebuena se acerca... La nieve descende silenciosamente en menudos copos, cubriendo las ciudades y los campos bajo un sudario blanquísimo; las aves nocturnas chillan encaramadas en las escuetas ramas de los árboles y los hambrientos lobos vagan por las sierras buscando una presa; la lluvia, impulsada por el viento, azota los cristales, el frío penetra hasta la médula de los huesos...

¡Ah, vosotros, los mimados de la fortuna, los que vivís en la opulencia!...

Acordaos de los que sufren y de los que lloran; que los ricos tapices que decoran vuestras ventanas y amortiguan el ruido que produce el granizo al chocar con los cristales, no os impida oír los quejidos de los infelices á quienes desheredó la suerte y que vagan por las calles privados de alimentos y de cariño, que es el pan del alma; que la agradable temperatura que os proporcionan las mullidas alfombras de vuestros salones y las encendidas estufas, sirvan para recordaros, por la fuerza brutal del contraste, el frío que atormenta á millares de seres que tiritan desamparados en el fondo de insalubres bohardillas; que los succulentos manjares y los exquisitos vinos con que vais á celebrar la entrada del nuevo año, os recuerden las crueles angustias que sufrirán aquéllos á quienes el destino fuerce á ayunar en las próximas Pascuas, y de que la Nochebuena será lúgubre para muchos... Acordaos de los desgraciados pescadores que habitan en pobres cabañas enclavadas sobre las acantiladas costas del Cantábrico, y que en estas noches de invierno se

duermen arrullados por la imponente sinfonia del mar embravecido; acordaos de los pobres campesinos que al llegar ese día riegan con lágrimas de dolor el pan que se llevan á los labios, recordando al hijo que les arrebató el servicio militar; de los que emigran buscando países desconocidos en que poder librarse, trabajando, de la miseria que les agobia, y que en esta fecha memorable sienten con doble fuerza la nostalgia de la patria y lloran amargamente pensando en el hogar perdido, y en los que la sociedad condenó á vivir reclusos en las cárceles después de haberles empujado indirectamente al crimen; acordáos, en fin, de los que, por injusticias de la suerte, no han podido alcanzar ese puesto en el banquete de la vida al cual tienen derecho; de los que trabajan y no encuentran la debida recompensa á sus fatigas, de los oprimidos que quieren recobrar la libertad que injustamente les quitaron, de los que tienen *hambre y sed de justicia*; acordáos, sí, y procurad buscar pronto remedio á sus males, porque si la profecía que respecto á esto dice el Evangelio se cumpliera, el día en que la suprema justicia igualara para siempre á los oprimidos y á sus verdugos, sería terrible para estos últimos; remediad la miseria del que nació pobre y es acreedor por su laboriosidad y su conducta á un mediano bienestar; partid vuestra capa con el que tiene su pecho expuesto á las inclemencias del cielo; vuestros goces serán más verdaderos cuando sepáis que con vuestra generosidad habéis conseguido mitigar los dolores del prójimo; acordaos de que todos los hombres son hermanos y de que esa noche á nadie se le cierra la puerta...

La Nochebuena se aproxima y con ella acuden á mi memoria confusos recuerdos de otros tiempos

que pasaron ya; de mi cerebro surgen imágenes risueñas y palabras y voces que tenía olvidadas; el presente se borra y el pasado renace envuelto en singulares atractivos, y siento frío en el alma al recordar los millares de desheredados que pasarán esa noche sin amor y sin abrigo, y la espantosa miseria de los más y la injusta opulencia de los menos, y en el remedio que á todo trance hay que buscar para corregir tan repugnantes desigualdades.

Un año acaba y otro empieza; las conquistas que durante él hemos alcanzado no las podemos apreciar todavía porque aún están muy recientes, pero ningún esfuerzo se pierde y es indudable que todos los que hemos realizado en este sentido darán su fruto y que ahora estamos mucho más cerca que antes del término de nuestros afanes.

No desmayéis ¡oh, soldados del progreso! la fraternidad universal se acerca, y día llegará en que esta noche, tan dichosa para algunos y tan amarga para otros, sea Nochebuena para todos.

## La sombra.

El la quería, sí; la quería con un frenesí amoroso que en ocasiones le llenaba la boca de espuma y los ojos de fuego; algunas veces cegado por el demonio de los celos llegó á abofetearla sin motivo; otras, extasiado ante su belleza abrumadora, se complacía en humillarse y la descalzaba sus zapatitos para besarla los pies: su pasión tenía rugidos de fiera y arrullos de tórtola, arrebatos de hombre y debilidades de niño mimado, energías gigantescas y enervamientos de opio; todo ello revuelto y confundido en espantosa amalgama.

Pero aquella noche estaba resuelto á que su novela terminase: la infame le había engañado y la convicción inquebrantable de su deshonra le daba fuerzas para vengarse hasta el fin... Luis, escondido junto á la tapia de la huerta, bajo un grupo de moreras, miraba ansiosamente el camino que conducía al pueblecito. Falteban algunos minutos para la hora de la cita y Mercedes no podía tardar: el calor era sofocante; del suelo agostado por los abrasadores rayos del sol de Julio se desprendía un vaho caliginoso insoportable, y por el cielo rodaban grandes masas de nubes augurando la proximidad de una de esas ruidosas tempestades de verano... Luis, aguijoneado por una ira satánica, temblando

al oír el lejano rumor de los truenos, con las mejillas descoloridas, los labios trémulos, la frente inundada de sudor, seguía escondido bajo las matas de morera esperando á su víctima...

\*  
\*  
\*

Mercedes avanzaba rápidamente, mirando á todas partes, sorprendida de no hallar á su amante en el sitio en que acostumbraban á citarse: su esbelta figura se destacaba sobre el polvoriento camino con apariencias de sombra; era bajita y gruesa, vestía una falda de color claro y un corpiño negro muy escotado, para que se viese el pecho...

Se detuvo, estaba desorientada; tal vez tuviese miedo de encontrarse sola en medio del campo, ó quizás su fino instinto de mujer enamorada la advirtió en aquel crítico instante la proximidad de algún peligro, ello es que dió media vuelta y echó á correr huyendo despavorida...

Pero él la alcanzó antes de que hubiera dado veinte pasos.

—Ven,—dijo sacudiéndola violentamente por un brazo—ven y reza, porque te voy á matar; yo te quiero con delirio, bien lo sabes, pero con la felicidad me has quitado la honra y eso, Mercedes, no te lo perdono; anda, date prisa, quiero matarte, beber tu sangre como un vampiro y morirte después...

Ella trémula; aterrada ante aquel borbotón de amenazas y celos, é inocente del crimen que la imputaban, permanecía muda, sin alientos y sin voz.

—¿Qué te falta á mi lado?—prosiguió él;—¿qué mujer ha tenido un esclavo en su amante como tú lo has encontrado en mí?... ¡Ay!... yo te perdonaría, pero no puedo... Aunque pasares la vida llorando y be-

sándome los piés, aunque yo cosiera á puñaladas al infame que mereció tus favores, aunque el mismo Dios me lo mandase, yo, Mercedes, no podría olvidar que siendo mía fuiste de otro, y que otros labios se posarón sobre tu frente, que otro hombre te llamó suya y que serviste de regocijo á la lujuria ajena.

Y como ella quisiera contestar.

—¡No, no te oigo, no quiero oírte, no quiero ser cobarde como otras veces lo he sido, ¡muere, muere!...

La hoja del puñal que blandía en su mano derecha se hundió una y otra vez en la garganta de la joven, que cayó boca arriba, y al verla en tierra siguió asestándola golpe tras golpe con un ensañamiento horrible, complaciéndose en destrozar con sus propias manos aquel cuerpo y aquellas carnes que tanto había querido.

En esto apareció la luna por entre unas nubes desgarradas, sus pálidos rayos iluminaron la escena y la siniestra figura del matador se dibujó en la pared de la huerta... Luis, asustado, dió un salto hacia atrás, y su terror creció al ver que la sombra conservaba la misma posición, y sin poder exhalar los gritos de angustia que del corazón le subían de la garganta, echó á correr á través del campo en medio de las tinieblas, acosado por el recuerdo á la muerta...

\*  
\*  
\*

Pasaron muchos años, la justicia cesó en sus pesquisas y el criminal no fué habido; pero la inocente sangre de la víctima siguió pidiendo venganza, porque según una piadosa tradición que conservan los

pastores de aquellos valles, todas las noches la amarillenta luz de la luna, cumpliendo un mandato divino, vuelve á dibujar la trágica figura del matador en la pared de la huerta...

## Santa Rita.

(ABOGADA DE LOS IMPOSIBLES.)

### I

Desde que nuestros padres Adán y Eva cayeron por infernales maquinaciones de la maldita serpiente, en la fatal tentación de comer la fruta prohibida, fueron tantas y tan grandes las calamidades de todo género que empezaron á llover sobre la triste humanidad, que muchos santos caritativos, no pudiendo ver con calma las aficciones que acibaraban la ya efímera existencia de los mortales, decidieron favorecerles en lo posible, y al efecto se constituyeron con noble desinterés en defensores ó *abogados* de la sociedad doliente.

Santa Lucía, desconfiando y con razón de la habilidad de los oculistas, se declaró abogada de las enfermedades de los ojos; San Lázaro se encargó de los padecimientos de la piel; San Roque de las epidemias, y en poco tiempo no hubo dolor ni enfermedad alguna en la tierra que no tuviese un representante y un médico en el cielo.

De este modo se entabló entre las santas y santos del Paraíso y nuestros abuelos una especie de íntima correspondencia, que algunas veces llegó á ser verdadera amistad. Estos, cuándo necesitaban algo, se lo pedían devotamente al cielo; sus oraciones as-

cendian poco á poco por los espacios, repercutiendo de nube en nube, hasta llegar al sitio en que los espíritus angélicos solían estar generalmente, y entonces, aquel á quien le correspondiese, se encargaba de hacerla presente á Dios; el cual, después de consultar el misterioso libro en donde con signos cabalísticos está consignado cuanto está por venir, accedía ó no, según juzgaba conveniente, á la petición del santo abogado.

«Según refiere un teólogo profundo que sabe lo que pasa en las estrellas.»

Tal fué la noble misión que los celestes moradores del empireo aceptaron en pro de la mísera humanidad que sufre, llora, paga y muere.

### II

Una tarde en que la mayor parte de los *santos abogados* charlaban alegremente en el vestibulo del cielo, comentando la salud y bienestar de que disfrutaban los mortales y enalteciendo sus propios esfuerzos quizá más de lo debido, no faltó uno que, más franco ó mejor observador que sus compañeros, dejase escapar esta exclamación:

—¡Pues, señores, yo pienso que la humanidad está muy lejos de ser tan feliz como vosotros creéis!

—¿Cómo?—preguntaron los presentes llenos de curiosidad.—¿Qué le falta al hombre, qué necesita?

—No lo sé á punto fijo—repuso el interpelado, que era el célebre filósofo Tomás de Aquino;—pero ello es que hasta estas alturas llegan gritos y súplicas que bien claramente indican que los mortales sufren mucho; y si os queréis vencer de esto, calleemos un momento y oiréis lo que os digo.

La noticia era tan extraordinaria, que los santos

enmudecieron, movidos por un sentimiento de curiosidad.

En efecto; pasados algunos instantes, empezó á subir de la tierra un vago murmullo de sollozos, palabras entrecortadas, plegarias y suspiros; aquel rumor, producido por el incesante gemir de todos los que lloran, parecía el de la marea; iba aumentando insensiblemente, y repercutiendo de eco en eco, llenaba el espacio; los santos se miraban atónitos; nunca habían oído *Miserere* más conmovedor ni más sublime. Aquellos ruidos, mezclados y confundidos entre sí, que semejaban los causados por la brisa al pasar susurrando por entre las copas de los árboles, ó los de un arroyuelo al deslizarse por su cauce, lamiendo las piedrecillas que encuentra al paso, era el grito unánime, grandioso y universal de la humanidad que sufre, y que en sus momentos de suprema agonía vuelve los ojos á quien la creó, invocando su favor y su amparo.

Poco á poco el vocerío aumentó lo bastante para que se pudiesen distinguir las palabras, y los santos varones oyeron clara y distintamente quejas y peticiones con las cuales nunca habían soñado: había padre que se quejaba de la ingratitude de sus hijos; maridos que se lamentaban de la conducta de sus mujeres, y mujeres honradas que no podían soportar las infidelidades de sus maridos, y todos lloraban su desgracia y pedían al cielo algún remedio para sus males.

Ante aquel grito unánime de dolor, los santos quedaron consternados. ¿Qué hacer, cómo remediar aquello?...

—¿Véis cómo es cierto lo que os decía?—preguntó el de Aquino.—Los pobres mortales sufren, desgraciadamente, de un modo horrible.

—¿Y quién es el encargado de aliviarles esa clase de dolores?—preguntó una santa.

—Nadie.

—¿Y por qué?

—Porque son padecimientos morales que no tienen cura.

—¡La tendrán desde hoy, señores!—exclamó una voz.

Todos se volvieron sorprendidos: era Santa Rita de Casia la que hablaba; una santa que hasta entonces relusó modestamente cuantos cargos la habían ofrecido.

—Sí—agregó Rita con acento seguro,—yo mitigaré los dolores de esas enfermedades morales que juzgais incurables.

—¡Eso es imposible, imposible de todo punto!—exclamaron á una los allí reunidos.—La carne se cura; pero el espíritu...

—Ya lo veremos muy pronto—repuso Santa Rita levántandose de su asiento.—¿Vosotros creéis que sólo hay remedio para el cuerpo? Yo, señores, creo que también lo hay para el alma.

Los santos se miraron y San Tito murmuró con aire zumbón:

—¡Está loca! Lo que quiere es un disparate.

### III

Santa Rita no quiso perder un solo instante en realizar su laudable propósito, y vistiéndose una túnica de finísima tela que tenía la rara propiedad de hacerla invisible, saltó con la rapidez del pensamiento desde el empíreo á la tierra.

Una vez en ella, comenzó á recorrerla en todos sentidos y á entrar en todas partes, lo mismo en las iglesias que en los palacios y en las chozas, deseosa

de ver por sí misma las llagas morales que tanto atormentaban á los infelices humanos. No tardó mucho en conseguir su objeto: la mentira, la ambición, la lujuria, la falsedad, el interés, todas las furias escapadas para tormento nuestro de la funesta caja de Pandora, corrían por el mundo, emponzoñando hasta la misma conciencia de los niños; los amigos comerciaban vilmente con la amistad, los ricos sacrificaban sin compasión al necesitado, el fuerte oprimía al débil sin atender á sus lamentos, los hijos engañaban á sus padres, los hombres á las mujeres y las mujeres á sus maridos, y en medio de esta lucha incesante, los enagajados lloraban, pidiendo socorro al cielo, mientras que los engañadores se reían.

Algunas escenas que presencié la llenaron de horror.

En una alcoba decorada con el refinado lujo del arte moderno, y acostados en magnífica cama de palosanto, había dos personas: un hombre y una mujer que hablaban y reían, prodigándose las más tiernas caricias; de pronto suena un timbre, se sienten pasos en la antesala, el amante salta del lecho y desaparece detrás de los cortinones que cubren una puertecilla de escape, la adúltera da media vuelta y adopta la posición de una persona dormida; el marido, preocupado con sus negocios ó quizás con el recuerdo de la querida que acaba de dejar, se acuesta en el mismo sitio en que estuvo el autor de su deshonra, y ambos, ahitos de caricias impuras y de placeres pagados, se duermen con el sueño intranquilo de los criminales.

En otra casa...

Sentados al rededor de una mesa cubierta con los

despojos de una cena, bromeaban cuatro jóvenes que, á juzgar por las apariencias, debían pertenecer á la mejor sociedad; en sus movimientos y en la estúpida expresión de sus ojos, se comprendía que estaban borrachos. Uno de ellos contaba con gran desenfado el modo que tuvo de perder á una muchacha; cómo la llevó engañada á una bodega á donde, por mucho que gritase, nadie podría ir á socorrerla; cómo la arrojó al suelo cogiéndola por el cuello, y la cara de espanto que puso la infeliz al creer que efectivamente la iba á matar si no le concedía sus favores, y cada nuevo detalle de tan repugnante crimen era celebrado con risas y palmadas por aquellos miserables indignos de tener hijas.

Santa Rita, llena de indignación al ver semejante estado de cosas, comprendió que era preciso tomar una resolución enérgica, y no atreviéndose á hacer nada por sí sola, escribió al Sumo Hacedor las siguientes palabras, que un cefirillo llevó á su destino:

«Señor: El mundo no puede seguir así; en este desgraciado planeta no hay fe, ni amistad, ni amor, ni nada; vuestros hijos sufren, Señor, y en su nombre os pido un remedio para sus desgracias, porque yo, hasta ahora, no he encontrado ninguno.

*Vuestra hija y servidora,*

RITA.»

Al poco tiempo, Santa Rita vió volver al cefirillo mensajero sin contestación alguna.

¡Era extraño!...

Si Dios no atendía su súplica, ¿qué iba á hacer ella, sola y sin apoyo?... Y entre tanto la humanidad

sufria y oraba, y Satanás, con todos sus diablos á coro, se reía descaradamente desde los infiernos de los filantrópicos proyectos de Santa Rita. Esta, entre tanto, firme en su empeño, escribió otra misiva al Todopoderoso, y después otra y otra, hasta siete; pero sin que ninguna de ellas mereciese contestación.

Al fin, aburrida de no encontrar ayuda, se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, y sin esperar más se volvió al cielo.

#### IV

Al verla entrar, los santos la recibieron con silbidos y pullas de las más pesadas.

Santa Rita, con la vista baja y las mejillas teñidas por el carmín de la vergüenza, atravesó el Paraíso y llegó al trono de Dios, ante el cual se postró, doblando entrambas rodillas.

El Santo Padre la hizo levantar, y dijo con acento cariñoso:

—Hija mía, no te extrañe lo ocurrido; para conseguir lo que tú quieres, sería preciso hacer el mundo de nuevo, y yo no tengo ganas de molestarte tanto por un planetilla que vale tan poco; sírvate esto de guía para no meterte más en remediar males que no tienen cura.

Santa Rita no respondió, y después de arrodillarse otra vez, se retiró avergonzada.

Esta aventura todavía no se ha olvidado, y aún sirve de regocijo á las santas y santos desocupados, los cuales, cuando están de broma, se complacen en irritar á Santa Rita, llamándola *abogada de los imposibles*.

## Las malvas.

Los primeros resplandores de la nueva mañana anunciaron á la enamorada pareja que el momento de la separación había llegado.

—Conque ya lo sabes, Carlota—dijo él disponiéndose á marchar,—quedamos en eso.

—Pero, hombre, me pides un imposible.

—Nada, lo dicho; si no haces lo que quiero, te juro que no me vuelvas á ver.

—No lo jures, por Dios.

—Lo juro por mi madre muerta.—Y extendió la mano.

—Sea,—repuse ella bajando los ojos.

—¿De verdad?

—Sí, sí.

—¿A qué hora?

—Esta misma noche, á la primera campanada de las doce; entras por el huerto, yo estaré preparada.

—Entonces hasta luego; piensa en mí y ten mucha resolución; adios, hermosa.

—Adios, Rafael.

Y se separaron después de abrazarse.

Carlota se acercó á una ventana y la abrió: el cielo estaba azul, el día espléndido; el aire embalsamado de la mañana refrescó su ardorosa frente disipando en parte esa pesadez consiguiente á una noche de insomnio: sus miradas se dilataron por



los campos llenos de trigos y de amapolas que se extendían ante ella, y sacando un pañuelo empezó á agitarlo diciendo *adios* á un hombre que caminaba por una veredita en dirección á la sierra y que volvía á cada instante la cabeza....

¡Era Rafael!... La joven le siguió largo rato con la vista, y cuando hubo desaparecido, sintió que una repentina oleada de tristeza la invadía el corazón.

—¿Me querrá?—pensó;—¿no será mentira todo lo que dice? ¿No me abandonará después de perderme?...

Y al sentir los espolazos de la duda, cayó de rodillas, con las manos cruzadas sobre el pecho, los ojos preñados de lágrimas, la vista perdida en el cielo, como si procurase leer su porvenir en las nubes que corrían arrastradas por la brisa.

## II

Momentos después entró en la estancia un hombre alto, moreno, con la cabeza cubierta por un sombrero de anchas alas y una carabina terciada á la espalda; parecía un guarda-bosques.

Era Pablo, el marido de Carlota.

—¿Rezabas?—preguntó secamente.

—Sí...—repuso ésta;—es decir, no... miraba al cielo... ¡está tan hermosa la mañana!...

—¿Ha venido mi primo Rafael?

Aquella pregunta desconcertó por completo á la esposa culpable.

—Sí, vino anoche, á poco de irte tú; pero estuvo muy poco tiempo; me dijo que te iba á buscar... que tenía que hablarte de un asunto... quizá venga esta noche.

—¡Ah!—exclamó Pablo con una expresión de feroz alegría que no pudo disimular,—si viene, no se podrá ir... No se podrá ir porque tendrán que llevarle...

Carlota sintió que toda la sangre se la agolpaba al corazón.

No era posible dudar: Pablo sabía algo de lo que entre su primo y ella había sucedido, ó por lo menos lo sospechaba, y esto era suficiente para que la fuga que ambos tenían proyectada se dificultase un ciento por ciento; quizá les sorprendiese en el momento crítico de realizar su atrevido propósito y la muerte de alguno de los tres fuese el desenlace reservado á tan dramático enredo.

Llegó la noche y con ella la hora de acostarse. Pablo, según todas las apariencias, no pensaba salir, como tenía por costumbre.

—¿Te quedas?—se atrevió á preguntarle ella.

—Sí, hoy tengo mucho que hacer aquí.

Se despidieron hasta el siguiente día y cada cual se encerró en su dormitorio.

Pasado algún tiempo, Carlota salió del suyo y se aproximó sigilosamente al cuarto de su marido; había luz dentro: miró por la cerradura y vió que Pablo escribía á destajo una carta tras otra, hasta tres: después le vió abrir el cajoncillo de la mesa de noche y sacar de él una faca marinera que ocultó en los pliegues de la faja; enseguida apagó la vela y se tendió en el lecho.

Carlota estaba aterrada; su marido lo había descubierto todo; el cómo, el cuando, no importaba, lo esencial era que lo sabía, porque de no ser así; ¿á qué venía el acostarse vestido y armado? La situación de la joven inspiraba compasión, si es posible que las adúlteras la inspiren alguna vez; ya fal-

taban pocos minutos para las doce: Rafael acudiría á la cita, se encontraría á su primo y entonces, ¡qué lucha, qué drama tan horrible!... Era preciso advertirle del peligro á que estaba expuesto y obligarle á renunciar á su empresa por entonces, pero, ¿cómo, de qué medio se valdría para hacerlo oportunamente y sin exponerse á ser vista?...

Después de algunas vacilaciones Carlota salió de su alcoba y bajó á la huerta: media hora después volvía á su cuarto pálida, temblorosa, casi sin aliento.

### III

Dieron las doce.

Rafael, cuya pasión amorosa parecía aumentar conforme la hora de la cita se acercaba, no perdió un instante y se puso inmediatamente en camino. Aquel día lo pasó en un ventorro de la carretera, á donde había hecho llevar un coche tirado por dos caballos de toda su confianza; el posadero, que era la única persona del pueblo enterada del asunto, se comprometió á ayudarle en cuanto se le ofreciese, por pura amistad... y por una buena retribución; todo estaba dispuesto; las pistolas en el cinto, algunos billetes del Banco en la cartera y las maletas en el pescante. Rafael salió de la posada, y después de cruzar el puente, tomó por una veredita que se deslizaba entre los campos de trigo y que iba á parar precisamente á donde estaba el viejo portalón que daba paso á la huerta de Carlota. La noche era serena; no había luna pero en cambio la nitidez del cielo permitía á las estrellas brillar en todo su esplendor; de vez en cuando algunos perros, alarmados al presentir la presencia del

hombre, empezaban á ladrar; los primeros ladridos eran contestados bien pronto por otros muchos, formándose un espantoso concierto perruno que maldito lo que tenía de agradable. Rafael, entre tanto, seguía su camino, con el oído alerta, el corazón inquieto y la vista fija en la sombra blanquecina reflejada por la pared de la huerta; de repente, y cuando sólo le faltarian unos veinte pasos para llegar, sus pies tropezaron con un objeto; se agachó y vió que era un haz de flores de malvas atadas con un cordel; algunos metros más allá vió otro manojito de malvas, y poco después otro. Aquello le impresionó; las malvas debían estar colocadas con alguna intención, y aunque como buen campesino era bastante supersticioso pudo más que su miedo su amor, y sin más vacilaciones, llegó al portón de la huerta; pero allí, ¡ó sorpresa! también, había colgado de un clavo, un haz de malvas mucho mayor que los que hasta entonces había encontrado.

El joven se quedó inmóvil, sin atreverse á empujar la puerta, procurando devorar el misterio que aquellas flores encerraban.

—¿Qué querrán decir estas malvas, estas malvas—se preguntaba;—malvas... malvas...

De pronto esta palabra se descompuso en su cerebro en dos ideas: *mal vas*.

—¡Ah!—exclamó,—ya sé; esto es un aviso; *mal vas*... voy mal... no debo seguir...

Y dando media vuelta echó á andar á buen paso perdiéndose bien pronto entre las sombras de la noche. . . . .

Quien se hubiese fijado en una de las ventanas de aquella casa, hubiera visto á un mujer, que á juzgar por la palidez de su semblante y la fijeza de su mirada parecía loca, y que después de seguir an-

siosamente los movimientos de Rafael, dejó lucir al verle marchar una ronrisa de inexpresable satisfacción.

Rafael debía la vida á Carlota y á las malvas que ésta colocó en su camino.

## Nostalgia.

«Pasamos la primera mitad de la vida soñando con la segunda, y la segunda llorando por la primera.» ALFONSO KARR.

### I

Al entrar en su despacho, los ojos de Antonio se fijaron en una preciosa cajita de palosanto con incrustaciones de nácar y en un papel que estaban sobre la mesa.

El billetito decía:

«Creo que todo debe haber terminado entre nosotros. Ahí te envío cuantos recuerdos tuyos conservaba, y espero que mañana, sin falta, me devolverás los míos. Tu amiga que fué, *Eloisa*.»

Un grito de rabia se escapó de labios del joven al leer aquellos renglones tan breves como fríos y expresivos.

El golpe era terrible; lo esperaba, pero no tan pronto. ¿Cómo? ¡Aquella mujer, que tantas veces le había jurado eterno amor, se despedía de él con tanta facilidad!... ¡Aquella manecita tan pequeña y tan blanca, que tantas veces cogió la pluma para decirle por escrito que le amaba, ahora era capaz

de trazar sobre el papel palabras de indiferencia y de olvido, sin sentirse agitada por un ligero temblor de remordimiento!...

En aquel momento resonaron voces en el corredor, y á poco se abrió la puerta del despacho, dando paso á un joven de barba rubia y azules ojos, que venía envuelto en un larguísimo abrigo de pieles.

—¡Hola, Antonio!—exclamó alegremente.

—¡Hola, Luis!—repuso el interpelado sin levantarse y con visibles muestras de mal humor.

—Anda, vístete; abajo están esos con el coche: ya hemos tomado el palco; Paca y sus amigas nos esperan; anda pronto.

—Yo no salgo; estoy malo.

—¡Pero, hombre!... ¡Y por un simple catarro vas á dejar de ir al baile?...

—¡Qué quieres!

—Eres un tonto, un hombre que no sirve para maldita la cosa.

—Seré todo eso y mucho más, pero te aseguro que no habrá fuerzas humanas ni divinas que me hagan salir de aquí.

—Bueno, chico, adiós; que sudas el constipado.

—Adiós; que te diviertas.

## II

Al quedarse solo otra vez y oír el acelerado rodar del coche en que iban sus amigos ansiosos de emociones y placeres, Antonio sintió en el pecho una opresión que le causaba un malestar indecible.

—¡Casi me pesa no haberles acompañado—murmuró;—soy un necio, un imbécil, que se apura por las cosas que pasaron y que ya no tienen remedio!...

Diciendo esto se levantó y comenzó á pasear por

la habitación, articulando palabras ininteligibles, haciendo gestos y sin saber qué partido tomar; después se sentó delante de su bufete, abrió una de las gabetas y empezó á sacar toda lo que había dentro. ¡Eran recuerdos de antiguos amores!... Cartas que al ser desdobladas esparcían en torno suyo suavísimos aromas; cintas y lazos algo descoloridos por el tiempo; flores marchitas, sin colores y sin perfumes, que traían á la memoria fechas de grata recordación, rizos de sedoso pelo, retratos de todos tamaños y de otras tantas hermosuras de peregrina belleza, guantes rotos en los dedos por los menuditos dientes de su dueña; un cinturón de seda negra que, á juzgar por lo pequeño, debió de ser hecho para ceñir la cintura de una hada; todos estos objetos y otros muchos fuésacando Antonio de la gabeta, hasta dejarla completamente vacía. Al ver delante de sí aquellos mudos testigos de sus pasados amores, que en su misterioso lenguaje parecían hablarle de tiempos que él juzgó felices y que huyeron para nunca más volver; aquellos insignificantes pedazos de materia que él tanto quería, y los rostros de las mujeres á quienes jurara eterno amor en un instante de febril arrebató y que ahora parecían mirarle sin pestañear; al recordar, en fin, las gratas horas que pasó al lado de cada una de ellas, y el tiempo perdido en alardear de cariños que estuvo muy lejos de sentir, experimentó un dolor agudo, terrible, formósele un apretado nudo en la garganta y sus ojos se nublaron de lágrimas. ¡De esas lágrimas tan amargas, tan tristes, que arranca el pasado!...

—¡Oh, recuerdos míos!—exclamó el joven;—todos debéis desaparecer esta noche; bastante me habéis hecho sufrir.

Y sin mas vacilaciones, empezó á arrojarlos al

fuego; primero uno á uno, después en montones, como si temiera arrepentirse de la resolución tomada; y al sentir los gemidos lanzados por aquellos papeles impregnados de amor al ser presa de las llamas, y las azuladas espirales de humo que se desprendían de los pañuelos y cintas quemadas, el pobre amante sintió aumentar su dolor, y tapándose la cara con las manos se dejó caer sobre una silla, llorando hilo á hilo; como él nunca creyó que pudiese llorar un hombre.

### III

La noche que pasó fué horrible.

Todo su pasado, sus antiguas amigas, hasta muchos insignificantes detalles que estaban olvidados, todo volvió á pasar ante sus ojos en interminable procesión. Tan pronto creía estar al lado de una mujer que en otro tiempo formara su mayor encanto, y la veía hermosa, fascinadora, enloqueciéndole con sus caricias y colgándose de su brazo para pasear por las enarenadas vereditas de fantásticos parques, como cambiando de súbito aquella decoración, se veía transportado en medio de un baile de máscaras, y allí, arrastrado en el torbellino, giraba con rapidez vertiginosa, llevando cogida de la cintura á una joven, bella como la imagen del deseo, y oyendo los gritos y risas de los concurrentes y los acordes de la música. Otras veces su fantasía tomaba distinto rumbo, y el horizonte se poblaba de fantasmas siniestros y vestidos de luto; y entonces se acordaba de aquella desgraciada niña que se suicidó para ocultar su deshonor, y después de escribirle una carta en que se despedía de él para siempre y que era capaz de hacer llorar á una

estatua; y al soñar con estas lúgubres escenas, lanzaba ahogados gritos, se movía en la cama agitando los brazos, como si tratase de rechazar alguna invisible agresión, y al fin se despertaba sobresaltado y deshecho en lágrimas.

—¡Esto no es vivir—decía;—siento que las sienes me laten con fuerza inusitada; voy á perder la razón!...

Y después de incorporarse en el lecho y de tener encendida la luz algunos momentos para distraerse, la apagaba y volvía á soñar con aquel pasado preñado de desengaños y de fantásticas mujeres que tanto le atormentaban.

### IV

A la mañana siguiente fué preciso ir á buscar corriendo á un médico; el criado que todos los días le llevaba el desayuno y el agua para lavarse, salió asustado y diciendo que el señorito estaba delirando.

Inmediatamente el pobre joven se vió rodeado de cariñosos compañeros que se apresuraron á prestarle todos los auxilios de la amistad y de la ciencia; y él, al verles tan solícitos, solía pagarles sus cuidados con una sonrisa de inmensa gratitud, pero su lengua permanecía inmóvil, y sus ojos, después de brillar iluminados por lejanos destellos de vida volvían á apagarse, acabando por cerrarse del todo.

Nadie conocía su enfermedad: los médicos que velaban á la cabecera de su cama no daban con ella; en vano se pusieron en juego cuantos remedios se juzgaron oportunos para cortar los progresos del mal; nada se conseguía, y la calentura

umentaba por instantes. Al poco tiempo, el enfermo perdió hasta el movimiento de los ojos; éstos aparecían sepultados en el fondo de sus órbitas y cubiertos por una mancha oscura de malísimo aspecto; los pómulos los tenía salientes y los labios descoloridos; una palidez cadavérica se fué enseñoreando de su rostro, y aquel joven, tan lleno algunos meses antes de pasiones y esperanzas, dejó de vivir tres días después de meterse en cama.

Los amigos del difunto, alarmados al ver una muerte tan inesperada como repentina, hicieron que el cadáver fuese escrupulosamente reconocido; pero por más cuidado que los peritos pusieron en la operación, no lograron descubrir ninguna lesión orgánica interior, ni vestigios que les indujese á creer en la existencia de algún crimen horrible; de suerte que, después de muchos trabajos, los médicos acabaron por decir, que aquel joven había fallecido de *muerte natural*.

¡Ignorantes!...

¿Cómo iban á encontrar ninguna lesión en el cuerpo, si la enfermedad provenía del alma?

Antes de hacer la disección del cuerpo creyendo que la vida se había escapado por la ruptura de alguna de sus arterias, debieron estudiar aquella alma de poeta muerta apenas nacida, y entonces hubiesen visto las heridas mal curadas que manaban sangre al menor contacto de un recuerdo, y hubieran comprendido que murió víctima de sus propios sentimientos, de sus recuerdos y de sus pesares: ¡de la *nostalgia del pasado*!... ¡Gusanillo fatal que mató á Alfredo Musset y que acibara nuestras horas de felicidad haciendo desfilan ante los ojos en interminable procesión los años que huyeron con sus ilusiones y sus esperanzas.

## Recuerdos.

(HOJAS DE UNA CARTERA.)

Vedles, ellos son; los de costumbre, los inseparables, los que parecen no poder vivir el uno sin el otro y siempre se les encuentra, lo mismo en la calle, que en el café, que en los espectáculos gratis, que en el teatro Real, aunque en este último sitio, ¡ay! con bastante menos frecuencia.

Son jóvenes; el uno viste de negro y gasta capa; parece ser el más frío, el más dueño de sus acciones y de su lengua; su carácter alegre, su franqueza habitual y algunas riñas y aventurillas galantes de su vida pasada, le dan entre los que le conocen cierto prestigio de Tenorio callejero que él procura conservar.

Su compañero es algo más bajo y más delgado; usa americana oscura, pantalón claro con sobrias campanas, un sombrero hongo bastante anticuado, siempre echado hacia atrás, y un gabancillo de entretiem po de color indefinible, cuyo cuello se mantiene invariablemente parado; este es el más exaltado, el que más mímica tiene, el *más loco*, si hemos de dar crédito á lo que su amigo le dice.

¿Son estudiantes?—preguntará el lector.

Así parece, dados sus pocos años y la regular posición que deben ocupar; aunque también parecen periodistas, porque nunca se duermen sin antes

haber leído la mayor parte de los periódicos del día, ó actores *de la legua*, si les juzgamos por los descompasados gestos con que suelen acompañar su tempestuosa conversación.

En realidad, lo son todo; lo mismo estudiantes, porque en la Universidad están matriculados, que actores, empleados, músicos ó periodistas: aún no han llegado á la mayor edad, y ya uno de ellos ha escrito varios libros y artículos que piensa publicar muy pronto, pues le han hablado de un editor que padece la extraña locura de estar reñido con sus intereses; y el otro, ha tenido la osadía de trabajar como aficionado en teatrillos de cuarto y quinto orden, y de recibir sin pestañear los gritos y denuestos del público que paga y tiene buen sentido.

Los dos están en la primavera de la vida: se encuentran en esa dichosa edad en la cual sólo interesa el presente y jamás se sueña con el porvenir; en que el mundo, revestido de esa inexplicable alegría que la juventud sabe infundir á cuanto la rodea, parece mil veces más delicioso que el Paraíso, y en que siempre se tiene la sonrisa en los labios porque no hay todavía desengaños que llorar ni desgracias que temer, y porque la copa de la ventura está aún muy llena para que los labios hayan tocado el poso de hiel que siempre se esconde en el fondo.

Los dos, llenos de fe y de esperanza, forjan sueños que piensan ver realizados muy pronto; quieren transportar á la realidad las bellísimas concepciones que los poetas vertieron en libros que ellos se saben de memoria, esperan ver adornadas sus sienas con coronas de laurel y vivir felices junto á un amigo querido, que es *aquel*, y una mujer cariñosa, bella

como una ondina y apasionada como una mora; y como tienen el mismo modo de pensar y sentir, se buscan y se estrechan un día y otro, para comunicar impresiones nuevas y renovar las pasadas.

Para no separarse nunca y poder ir realizando poco á poco sus poéticos ensueños juveniles, se han enamorado de dos hermanas buenas y puras como la conciencia de los niños. Los dos amigos acuden diariamente á verlas, y allí, en su modesta casita, santificada por el continuo trabajo de aquellas dos vírgenes, en aquel delicioso nido de amor, que sin cesar trae á la memoria *La bohemia*, de Víctor Hugo, los cuatro, felices con su amor, sin sentir su corazón presa de deseos imposibles, ni desmedidas ambiciones, sin pensar más que en agradarse los unos á los otros y en formar una sola familia, ven resbalar las horas y sucederse los días á los días, sumidos en un mar de felicidad tranquila, á nada comparable; días y noches que pasan olvidados por completo del mundo, contando alegres cuentos, ó leyendo libros que rebosan amor y con los cuales su pasión parece que se agranda y fortifica; horas de deliciosa quietud que parecen más pequeñas y fugaces que las ordinarias.

Así pasa el tiempo, y cuando en el reloj de la vecina iglesia dan las once y es hora de marcharse, los dos amigos salen felices de casa de sus amadas, y cogidos del brazo se encaminan hacia sus hogares comentando todo lo hecho durante el día, y celebrando con alegres carcajadas alguna frase oportuna de la Cándida, ó algún rasgo ingenioso de la Pepa.

Esta es una eterna pesadilla. ¡Ellas, siempre ellas!

Después, aquellos nuevos Piladés y Orestes, se

detienen largo rato antes de separarse, entreteniéndose mutuamente cuanto pueden, como si temiesen no volverse á ver más; y cuando ya todas las conversaciones están agotadas, y el sueño cierra sus párpados y paraliza el movimiento de sus lenguas, se dan la mano, separándose con la eterna frase de

—¡Hasta mañana, sin falta!

—¡Hasta mañana!

.....  
 .....  
 ¡Ay, Paco!... ¿Te acuerdas?...

Ya todo ha pasado como un sueño; de aquellos tiempos solo queda el recuerdo; tú y yo vivimos separados, *ellas* también se han ido... el idilio está para siempre roto... No vayas nunca por aquella calle en que fuimos tan felices, porque sentirías la misma pena que yo al pasar por ella. Ya nadie nos conoce, los vecinos se han mudado, las porterías han cambiado también; las casas son las mismas, pero parecen más tristes... ¡Ah!... yo miré los balcones á donde tantas veces hemos mirado, y ví que el cuarto se alquilaba... y me alejé pensando en aquellas dos caritas de ángel que al sentirnos venir se asomaban y nos sonreían desde detrás de las ventanas, con esa risa tan inocente y pura de los niños...

## La muerte de Don Juan.

(CUENTO FANTÁSTICO.)

### I

**D**on Juan salió á la calle embózándose hasta los ojos.....

Iba borracho, atontado por los vapores del jerez y el ruido de la fiesta; tenía las mandíbulas convulsivamente apretadas y la boca seca; la sangre le repercutía en las sienes con insoportable martilleo y ante sus ojos medio cerrados se apagaban y encendían girando en fantástica danza esas luces azuladas y rojizas que engendra el alcohol.

Eran las primeras horas de la madrugada: las calles estaban desiertas, las puertas cerradas; solo daban señales de vida las tabernas, á través de cuyos empañados cristales se veían las sombras de los que se hallaban dentro; los faroles, por efecto de la neblina, aparecían envueltos en ese cerco de puntos luminosos que algunas veces rodea á la luna y su melancólica luz resbalaba sobre las mojadas baldosas de la acera dibujando caprichosas perspectivas. Don Juan avanzaba lentamente, con ese andar desigual y perezoso de los borrachos, paladeando aún el vino que había bebido, oyendo el eco que despertaban sus pasos y sumido en un mar de ideas descabelladas: miró casualmente hacia arriba, y al



ver el tapete blanquísimo con que la nevada del día anterior había cubierto los tejados de la ciudad, se acordó de las cacerías de osos descritas en los libros de Mayne-Reid, y de los cuadros de Teniers y de un paisaje de Siberia pintado por Burreaux que había visto en un sitio... que no recordaba bien... y de unos versos en que se comparaba la blancura de la nieve con la pureza de la mujer, y de otras muchas cosas que maldita la conexión que tenían entre sí....

De pronto se detuvo: un alegre murmullo de voces y carcajadas que salían á torrentes del colmado en donde sus amigos prolongaban la orgía interrumpió el ruido de sus pasos, volviéndole al mismo tiempo al mundo de la realidad; la calle pareció animarse; á la distancia se sentían el rasguear de una guitarra y el rítmico batir de palmas; después se oyó una voz de mujer que cantaba con las inflexiones de la malagueña:

Entre Córdoba y Lucena  
hay una laguna clara,  
donde iba á llorar mis penas  
cuando de tí me acordaba...  
¡Válgame la Magdalena!

Al llegar aquí la voz de la cantadora se obscurecía ahogada por los aplausos de los concurrentes y por el ruido que producían los vasos al chocar unos con otros.

—¡Dale, dale, cariño,—gritaban otras voces de mujer,—pobretica ella, que no tiene ni quien la quiera ni quien la ampare!... ¡Señores, qué lástima de hija!.....

Y después se volvió á oír la guitarra y se reanudó el palmoreo y el vigoroso taconear de la bailadora que estaba sobre el tablado.

Al doblar la esquina, todavía oyó una voz de mujer, para él bien conocida, que repetía melancólicamente el último verso del cantar,

¡Válgame la Magdalena!..

Tan preñado para él de sabrosos recuerdos... y sintió un calofrío extraño que le hizo tiritar.

Algunas vendedoras de placer le llamaron desde los quicios de las puertas en que estaban á cubierto del agua; otras, más atrevidas, le cogieron de la capa, agotando para retenerle el vocabulario de los epítetos cariñosos, pero él las rechazó con aspereza y aceleró el paso acosado por la fatiga y por una vaga tristeza, muy parecida al remordimiento, que atribuía obstinadamente al vino y al sueño que cerraba sus párpados...

## II

Llegó á su casa y después de mil trabajos pudo abrir la puerta y entró en el zaguán; la llave se le cayó de las manos y las cerillas también, y sin poder reprimir una maldición que le subió á los labios, se dirigió á tientas hacia la escalera, con los brazos extendidos... Pero al poner el pie en el escalón, sus ojos distinguieron en la obscuridad una forma blanca que se acercaba...

—¡Dónde vas, Juan, de dónde vienes que no me conoces?—preguntó la visión;—¿no te acuerdas de mí?...

—No—repuso Don Juan arrastrando perezosamente la lengua,—no te conozco; pero seas quien fueres, mujer ó demonio, realidad ó visión, te conjuro á que me dejes el paso libre.

—Íngrato libertino—replicó el fantasma aproximándose,—no soy ninguna de las inocentes víctimas

que has sacrificado inhumanamente á tus caprichos y que ahora te viene á llorar mendigando un consuelo á sus dolores; no soy tampoco la sombra de ningún marido, ni de ningún padre burlado que quiere pedirte estrecha cuenta de tus crímenes, ni el espectro de aquel á quien mataste en desafío, no; soy tu compañera de siempre, aquella que cuando niño te felicitaba por tus buenas acciones, la que más tarde te reprendía por tus infames devaneos y cuya voz desoíste por correr tras los placeres á que te arrastraban tus pasiones y tu mala cabeza; ¿cómo, dudas aún?... ¿Tan pervertido estás que no reconoces á tu Conciencia?...

—¡Ca!,—murmuró Don Juan sin poder dar crédito á lo que sus sentidos le decían—¡Já, já, já... estaría bueno eso!... pero, vamos á ver, ¿crees que estoy borracho?... Vaya, déjame dormir que me muero de sueño.....

—Soy tu conciencia—prosiguió la visión—y desde ahora tu fiscal y tu verdugo; yo me he hecho intérprete de todos los dolores que fuiiste sembrando en el mundo, de las maldiciones que han fulminado sobre tu cabeza, de las venganzas que de tí quisieron tomar aquéllos á quienes tanto y tan gravemente ofendistes; soy, en fin, tu pasado, el horrible pasado que surge ante tí lleno de espectros manchados de sangre, y cubiertos de lágrimas; el pasado, que pide justicia por mi boca. Cuando eras niño yo era niña también; en tus sonrisas y en tus ojos, tan hermosos como traidores, se reflejaba con mi pureza la inocencia de tu alma; los mismos cantares de nuestra buena madre nos dormía; el mismo beso nos consolaba; pero al crecer perdiste tu bondad primera; hablaron las pasiones y á su soplo quedaron marchitas tus virtudes de niño y fuiste enamorado y

pendenciero: yo también perdí mi antigua inocencia, te hablaba y no me oías, gritaba reprendiéndote, y mis quejas morían sin encontrar eco... ¿te acuerdas?... después enmudecí, y me torné fría, indiferente... Ya no soy ni la sombra de lo que fui; he perdido mi belleza, soy vieja, deforme, repugnante como tu historia, horrible como la muerte que te espera... no tengo entrañas ni corazón... ¡Mira!

—Prepárate, Juan—agregó la visión acercándose, —vas á morir, la Suprema Justicia así lo quiere; disponte á sufrir con paciencia el tormento reservado á tu perversidad, ven... recorramos juntos el camino que aún te queda por andar...

—Aparta, sombra, aparta—murmuraba Don Juan forcejeando por desasirse de su conciencia que le estrechaba entre sus descarnados brazos,—yo estoy soñando, tú eres un engendro del vino, un disparate que yo mismo he forjado, no lo que aparentas ser... ¡déjame, que me ahogas, suelta!...

Don Juan luchaba... ¿con un fantasma?... ¿Con una simple alucinación de sus sentidos perturbados?... ¿Era una realidad, era un sueño?... Lo cierto fué que sus brazos, tan vigorosos, no pudieron vencer á los que le apretaban la garganta con sus dedos de hierro, quiso hablar y le faltó la voz, el aliento le faltó también, y al querer recular, sus piernas se enredaron con la capa y cayó al suelo boca arriba, indefenso, medio asfixiado.

El espectro, sin soltarle, le puso sus agudas rodillas sobre el pecho.

—¡Tú—decía poseído de un placer satánico—que á tantos hombres has vencido y que por tan valiente pasas entre tus compañeros de disipación, ahora sucumbes como un cobarde á manos de una mujer!...

La lucha continuó más desesperada: Don Juan sintió nublarsele la vista; era el *delirium tremens* que se acercaba: tenía las manos y la cabeza cubiertas de sangre; los oídos le empezaron á zumbar, las entrañas le ardían como si se las descuartizasen con tenazas de hierro candente, sus facciones se contrajeron de un modo horrible, su boca se llenó de espumarajos y de una saliva acre que le daba náuseas; y al fin, tras una agonía espantosa, quedó tendido sobre el suelo con los brazos abiertos, sin movimiento y sin vida.

### III

Y mientras que aquí en la tierra, los periódicos del día siguiente daban la noticia de haber sido encontrado un hombre muerto en el portal de su casa, según el dictamen de los médicos que le reconocieron, de aneurisma al corazón ó de congestión cerebral, y en tanto que sus amigos se afligían un momento para olvidarse después, con esa inconstancia y volubilidad peculiares de los humanos afectos, el alma de don Juan, después de recorrer un camino bastante largo, se detenía ante las puertas del infierno, junto á las cuales, y oficiando de centinelas, había dos diablejos negros, muy mal encarados, que se le acercaron preguntándole familiarmente:

—¿Eh, buen hombre, qué se ofrece?

El recién venido, que conservaba á despecho de la muerte su mundanal altivez, les alargó el pasaporte diciendo por toda contestación:

—¿No lo veis? soy don Juan.

—¿Y con qué permiso venis?

—¡Imbéciles, con permiso del diablo!

Los demonios examinaron el papel y viendo que estaba en regla, le franquearon las puertas del sombrío reino de Satanás, decano del numeroso gremio de monarcas cornudos que en el mundo han sido.

Don Juan avanzaba lentamente para no tropezar, cogido de la mano por un espíritu maligno que parecía muy buena persona, y que se ofreció á llevarle al sitio en donde su suplicio se había de consumar. El pobre condenado, apesar de su valor temerario y del desprecio á la vida de que había dado pruebas inequívocas en más de una ocasión memorable, sintió que sus músculos temblaban al oír los gritos de dolor que lanzaban los infelices sometidos á la tortura: todos los tormentos que describe Dante en su *Divina Comedia*, mas otros muchísimos de que no hizo mención el inmortal poeta florentino, se ofrecieron á sus ojos con la avasalladora fuerza de la realidad: allí vió el círculo de los charlatanes y falsarios, que permanecen cubiertos de lepra, el de los ladrones, agujoneados por horrendas serpientes, el de los maridos colosos, condenados, y esto no lo dice el cantor de Beatriz, á ver cómo los diablos acarician en su presencia á sus propias mujeres; el de los aduladores y palaciegos, sepultados eternamente en el fango, y el de las adúlteras, á quienes se las destrozan las entrañas con tenazas de hierro; vió al infortunado Conde Ugolino, que en su desesperación devora sin descanso los sesos del arzobispo Ruggieri, el asesino que les hizo morir de hambre á él y á sus cinco hijos encerrándoles en la funesta torre de que habla la historia; á los orgullosos que caminan encorvados bajo el peso de una túnica de plomo, á las ensangrentadas sombras de Pablo y de Francisca de Rimini, siempre abrazadas; á Picio, condenado por feo á estarse mirando eter-

namente la cara en un espejo, á Virgilio y á Boccaccio, el autor de los cuentos que llevan su nombre, á Alcibiades, el famoso calavera de Atenas, á Lucrecio, el poeta latino, á los Gracos, los mártires de la libertad romana, á Mirabeau, el coloso de la revolución francesa, y á otros muchos personajes que desempeñaron grandes papeles en el mundo. Además, en medio de las hogueras que alumbraban lúgubrementemente aquellos antros preñados de horrores, distinguió infinito número de personas cuyas caras y nombres les eran desconocidos, y que levantaban con sus gritos un clamoreo ensordecedor: por todas partes se veían moles gigantescas de piedra que debían servir de sólido sostén á bóvedas invisibles, lechuzas que permanecían acurrucadas en las grietas de las peñas y cuyos ojos redondos brillaban en las tinieblas con esa luz triste y amarillenta de los fuegos fatuos que aparecen en los cementerios y en las superficies de los pantanos, diablos que destrozaban á latigazos las carnes de los condenados, químicos infernales que sentados en cuclillas destilaban en sus alambiques venenos incurables, brujas horribles que cruzaban silbando de un lado á otro montadas en cañas de pescar y excitando con sus conjuros las pasiones de los espíritus malignos; demonios disfrazados de lagartijas que corrían por el suelo con rapidez prodigiosa, y otras muchísimas brujerías y encantamientos imposibles de enumerar.

Al fin, y tras una peligrosa caminata, llegaron don Juan y su guía á un sitio que se diferenciaba de todos los demás, por el silencio que en él reinaba: era una laguna, ó por mejor decir, una gran poceta encajonada entre altísimas paredes de piedra, y la superficie del agua, completamente tranquila, pare-

cía tener la consistencia del aceite ó del almibar; en torno de aquel charco y sentadas en la misma orilla, había muchas mujeres que lloraban sin descanso y cuyas lágrimas eran las que, al caer por sus mejillas, renovaban las aguas del pântano; en un extremo, y como presidiendo aquel cuadro tristísimo del dolor, había una figura de pie, vestida de blanco, que don Juan reconoció enseguida: era su Conciencia.

—Aquí es,—exclamó el diablo.

Al oír aquellas palabras todas las mujeres levantaron la cabeza, y al grito de sorpresa que cada una de ellas lanzó, contestó don Juan con otro de terror; á todas las conocía demasiado bien para no recordárselas; eran sus antiguas amadas, sus víctimas de otros tiempos. ¡Ah!... Allí estaban todas, todas las que él había burlado; Cándida, Luisa, Amparo, Emilia, Matilde y otras muchas cuyos nombres no recordaba...

—¡En ese mar de lágrimas que con tu inconstancia has hecho verter—le gritó su Conciencia—la Justicia Suprema manda que seas arrojado para que de ese modo puedan vengarse de tí las inocentes á quienes ofendistes y que pagaron con la vida su deshonra; que así se castiga en el libro de los destinos humanos á los infames que gozan con el dolor ajeno!...

Calló la voz y como obedeciendo á un conjuro aparecieron la Ingratitud y la Lujuria, dos arpías que cogiendo á don Juan por los brazos, le arrastraron al borde del abismo.

—¡Piedad, piedad!—gritaba el infeliz.

Pero su conciencia permaneció impasible; sus amadas, á la vista de aquel espectáculo, sintieron aumentar su dolor y sus lágrimas corrieron más

abundantes; y las furias, poseidas de un placer sá-tánico, lanzaron á la víctima al tormento.

Don Juan se sumergió un instante y después reapareció en la superficie, nadando con dificultad sumo en aquel líquido oleaginoso que paralizaba sus movimientos.

—¡Piedad, piedad,—repetía el desgraciado tendiendo los brazos;—yo que tanto os ofendí os pido perdón!... ¡Matilde, Cándida, Luisa, amadas mías, por lo poco que os amé, por las horas de felicidad que pasásteis á mi lado, por lo mucho que he sufrido después con vuestro recuerdo, tened compasión de mí, no lloréis más... porque vuestras lágrimas aumentan el caudal de este pantano fatal en que me ahogo!...

Peró ellas, cediendo á una voluntad superior que las tenía allí encadenadas, ó quizás á su propio dolor, oyendo aquellas palabras redoblaban sus llantos.

—¡Piedad dices!—exclamó la Conciencia riendo sarcásticamente,—¿la tuviste tú de ellas cuándo las sacrificabas á tus antojos?... ¿Te importaba entonces que llorasen?... ¿Has sabido apreciar nunca lo que vale el dolor de una mujer?... ¡Ah! No hay salvación para tí, tu sentencia está escrita con letras inborrables, súfrela con paciencia.

Y el infeliz, al oír la voz de su historia que le acusaba de sus crímenes, y comprender el espantoso fin que le estaba reservado, nadaba con las fuerzas de la desesperación hacia aquella orilla de la cual siempre permanecía á la misma distancia... Y nadando y sufriendo las agonías de muerte estará por los siglos de los siglos, porque, según los más respetables doctores, el que engaña á una joven inocente solo puede purgar la enormidad de su

culpa con un castigo eterno. . . . .

Así murió don Juan, y así, debían morir también los infames que juegan con el honor de la mujer, y las engañan para después reírse de su debilidad: ¡Ahogados en el mar de lágrimas que con su ingratitude hicieron derramar!

## El juramento.

(HOJAS DE UNA CARTERA.)

### I

Cuando comenzaron los primeros fríos otoñales, varios amigos empezamos á reunirnos en la calle de\*\*\* con objeto de organizar una série de diversiones que nos entretuvieran durante el próximo invierno.

Se habló mucho: unos querían que nos juntásemos todas las noches en Fornos, otros alquilar un cuarto bajo para dar bailes caseros; algunos que nos hiciésemos socios de La Concordia ó del Casino Militar. Al fin nos decidimos por celebrar los bailes en aquella misma casa, con lo cual se conseguían varias ventajas: primera, que aquel centro de reunión estaba cerca de nuestros hogares respectivos; segundo, que podíamos asistir allí diariamente sin necesidad de poner en grave aprieto nuestro escaso peculio con inconsiderados desembolsos; tercera y principal, que el baile nos pondría en relaciones con lo más granadito de los obradores de modistas y sombrereras; carne joven y frágil siempre dispuesta á resbalar y á caer por poco que se la empuje.

La Sociedad quedó constituida inmediatamente: el

dueño de la casa sería Presidente y hasta bastonero, si las circunstancias lo requirieran; los gastos muy exiguos, se reducían á dar entre todos lo que fuese absolutamente preciso para pagar el pianillo, hacer una limonada ú otro cualquier enjuague semejante que sirviera para refrescarles la garganta á las muchachas y comprar las velas, aún cuando este último gasto podía evitarse trayéndose cada cual de su casa un par de ellas en el bolsillo. Los fondos se depositarían en manos del Sr. Presidente en tiempo oportuno, y todos los miembros de la flamante Sociedad quedamos comprometidos á hacer cuanto pudiésemos por dar esplendor á la fiesta: llevar todas las mujeres que quisieran ir, y si eran guapas, mejor, aún cuando la hermosura no fuese un requisito indispensable para ser admitidas; recitar versos, ejecutar juegos de manos y organizar giras campestres: uno dijo que era amigo íntimo de un célebre prestidigitador que no tendría reparo en dar algunas representaciones en honor del *dis-tinguido público*; otro, conocía á un guitarrista que llamaba la atención en La Sanluqueña y El Puerto, y á cuyo lado el famoso Paco de Lucena era un pobrecito ignorante; y enseguida se fueron presentando en el horizonte una falanje aterradora de jóvenes aficionados á tocar la ocarina, el violín, la flauta, la bandolina y hasta creo que la pepitaña, y con los cuales no dudo que un hábil compositor hubiera sido capaz de poner en música el Infierno del Dante con todos sus horrores.

Así quedó formada aquella sociedad de la cual quizá sea yo el único que conserve recuerdos indelebles.

Un domingo por la noche se celebró el primer baile: el sexo femenino estaba en mayoría y noso-

tros muy satisfechos de ver los buenos auspicios con que se presentaba la temporada de invierno. El salón era pequeño; ya no cabía más gente y sin embargo el continuo repiqueteo de la campanilla anunciaba la llegada de nuevos bailarines: las mujeres estaban sentadas en una hilera de sillas puestas á lo largo de los cuatro testers de la sala, y nosotros teníamos que permanecer en el gabinete para no interrumpir la buena marcha de la fiesta.

La atmósfera se hacía insoportable, las parejas pasaban moviéndose cadenciosamente envueltas en una ligera nube de polvo de ladrillo que acabó por colorear de rojo todos los vestidos; porque hay que advertir que el piso de la casa era de ese ladrillo malo que se desmorona y pulveriza con solo el roce de los pies, y aquellas partículas microscópicas de tierra cocida, al ser aventadas por las faldas de las mujeres, volaban por el aire manchando los trajes, adhiriéndose á los semblantes sudorosos de los bailarines y dándoles después de cierto tiempo ese aspecto terroso de las figuritas de barro. Las luces del quinqué y de las velas que lucían en los ángulos de la habitación palidecían por momentos, proyectando formas extrañas sobre los cuadros que tapizaban las paredes, y entre tanto, desde aquel gabinete en que estaban confinados los que no podían bailar, el maldito pianillo de manubrio seguía disparando á través de aquella atmósfera de ladrillo pulverizado, esas notas frías y duras como granizada de invierno, que no tienen pasión ni arrebatos, que martillean el tímpano sin llegar al alma y que solo me inspiran hastío y tristeza.

El calor asfixiaba: fué preciso suspender el baile algunos instantes, y el concurso tuvo el altísimo honor de que el mismo Sr. Presidente en persona

viniera desde la cocina con una regadera á mojar un poco el suelo para aplacar el polvo; y mientras cumplía tan caritativa misión otros se encargaron de servir á las mujeres la limonada.

Bien pronto se notaron los bienhechores efectos de aquellas sabias medidas higiénicas que elevaron un ciento por ciento el favorable juicio que ya teníamos formado de nuestro Presidente, Bastonero y Director.

Mojado el suelo y humedecidos los gaznates y las reseca lenguas, el buen humor renació entre los concurrentes; empezaron las risas, los requiebros y las conversaciones animadas, y entre tanto el pianillo repetía el coro de la zarzuela *Las campanadas*,

«Ya de la noche el manto  
del sol apaga  
los resplandores,  
ya el sol no pica tanto  
como tus ojos  
abrasadores.»

muy en boga por entonces, y hasta las bujías que lloraban lágrimas de esperma parecieron alegrarse desde lo alto de sus palmatorias.

Apostados en la puerta del gabinete estaban varios de los menos aficionados al baile, entretenidos en hablar de las mujeres que habían concurrido: por allí pasaban unas tras otras, cogiéndose la cola del vestido con una mano, en brazos de su pareja, medio adormiladas por el cansancio, los acordes de la música y el calor. Me acuerdo de Lorenza, una muchacha delgadita, de pálida frente y mejillas ligeramente sonrosadas, vestida de negro y adornado el cuello con una gola muy grande de encaje blanco, que parecía una figura arrancada de un

lienzo de Velazquez ó de Greco; de su hermana Paquita, que entonces era una niña; de Carmen, una viuda muy vistosa que traía revuelta á toda la gente moza del baile, y de otras muchas cuyos nombres se han borrado ya de mi memoria. Entre ellas pasó una muy guapa á quien yo no conocía: era de regular estatura, gruesa, de ojos negros muy grandes; pregunté su nombre y no me lo supieron decir; entonces esperé á que aquel baile terminase para sentarme á su lado, y el resto de la noche lo pasamos bailando juntos. Yo la dije algunas vulgaridades relativas á su belleza física, á los hoyitos que se la formaban en la cara al reirse, á lo quequeñas que tenía las manos y acabé por ofrecerle mi amor: ella opuso algunos inconvenientes, yo insistí y al fin quedamos conformes; nos veríamos al día siguiente á las cuatro de la tarde.

Así conocí yo á María.

Nuestras entrevistas siguieron repitiéndose un día y otro sin interrupción, y el amor que por ella sentí subió con la misma rapidez que el mercurio de un termómetro colocado bajo la acción de un horno encendido.

La muchacha, apesar de sus veinte años, era sencilla como una colegiala y se dejaba convencer fácilmente: todas las noches recorríamos el Paseo de Areneros hasta llegar á la calle Ferráz, ella envuelta en su mantón, yo en mi capa, cogidos del brazo, desafiando los fríos y humedades de Noviembre. Algunas veces llovía y entonces sacaba yo mi paraguas de algodón, un paraguas que ya verdeaba por muchos sitios y que, contra de lo que de su endeble armazón se podía esperar, me acompañaba desde hacía tres ó cuatro años en mis aventuras amorosas de invierno.

Aquellas noches yo era completamente feliz, porque no hay nada que agrade tanto como hacerle el amor á una mujer en una calle apartada en la cual tenemos la seguridad de estar completamente solos y debajo de un paraguas, que además de resguardarnos de la lluvia, parece impedir que Dios nos vea desde lo alto del cielo y adivine nuestras malas intenciones; ¡ay!... en aquel paraguas de algodón roto en partes y en partes mal zurcido, radicaba la mitad de mi osadía y de mi buena fortuna.....

La pasión que aquella mujer supo inspirarme amortiguó considerablemente el doloroso recuerdo de *la otra*; yo la quería y además me *esforzaba* en quererla, y entre mi voluntad y mi deseo acabaron por engañar al corazón: la amaba, se lo decía continuamente, me lo decía á mi mismo, y mi ingenio acabó por convencernos á entrambos de que en mi pecho ardía un amor volcánico; y lo que empezó siendo una novelucha callejera vulgar, acabó por convertirse en una historia casi dramática.

Aleccionado por la experiencia de lo que en casos semejantes me habia pasado y comprendiendo que está perdido el hombre que calla y se doblega á los caprichos de una mujer, puse todo mi empeño en mantenerme firme, aún cuando en ocasiones me costase mucho trabajo no ceder á sus deseos: pero aunque yo mandasé como un tirano y ella obedeciera como una esclava, nó por eso dejó de tenerme bien sugeto en las redes de su cariño. Algunas veces me acometían impacencias irresistibles de irle á ver, ó caprichos ridiculos que parecían los de un loco, ó celos espantables que me ponían fuera de mí; por la calle iba inquieto, nervioso, creyendo que todos la miraban y que ella les miraba también; las reuniones domingueras de la Sociedad siguieron ce-



lebrándose, pero yo no volví más, temeroso de que cualquiera de mis amigos so pretexto de bailar la estrechase la cintura.

En aquellos paseos, cada vez más frecuentes y más largos, procuraba yo sondear con toda la habilidad de que era capaz, su corazón y su historia: del primero estaba satisfecho porque me había dado pruebas de cariño de esas que se imponen por sí mismas y llevan la conviccional ánimo del hombre más desconfiado; en la expresión de su mirada, en los gestos que inconscientemente hacía cuando yo hablaba, hasta en las palabras que aprendió de mí y que se complacía en repetir, en todo comprendía que su corazón y sus pensamientos eran míos. Pero, ¿y su historia?... ¿Era tal como ella me la contó en diferentes ocasiones, no la empañaría algún recuerdo, alguna sombra?... ¿Era yo realmente su pasión primera?.....

Aquellas dudas que no podía desechar era lo único que aminoraba mi contento: en vano procuré sorprenderla inventando diabólicos enredos; ni con amenazas ni con ardidés pude arrancarla una frase que la pusiera en contradicción consigo misma. Entonces cambié de táctica y en vez de pasearla por las afueras de Madrid según costumbre, la empecé á llevar á los teatros y paseos en donde mayor era la afluencia del público, con la esperanza de sorprender alguna mirada, algún cambio repentino de color ó alguna repugnancia en pasar por determinados sitios; más ella se prestó gustosa á este nuevo género de vida sin sospechar la malicia que envolvía mi conducta, y tampoco esta vez dieron resultado mis cábalas; ó era muy inocente, ó muy lista; ó su historia era la de una niña que no se había movido nunca del regazo materno, ó la de una cómica maes-

tra consumada en el innoble y difícil arte de fingir sentimientos y desfigurar la verdad.

Firme siempre en mi propósito de descubrir su hipocresía ó su inocencia y viendo que todas las puertas se me cerraban, la atacé por el lado religioso.

Yo, por desgracia mía, hace mucho tiempo que perdí la fé: algunos libros que cayeron en mis inexpertas manos secaron quizás para siempre en mi corazón la fuente del sentimiento religioso que un poder desconocido puso en nuestra alma para consolarnos en la batalla de la vida, pero como era y soy excéptico por necesidad y no por temperamento, comprendía que el número de creyentes es muy grande y que si tenía la fortuna de que ella lo fuese, con muy poco trabajo llegaría á la meta de mis averiguaciones; y ya con este plan reanudé mis trabajos sin acordarme del sabio consejo de Bañirina:

«Si quieres ser feliz, como me dices,  
no analices, muchacho, ¡no analices!»

En estas incertidumbres y tentativas infructuosas pasaron más de dos meses y llegó el día 4 de Febrero, domingo de Carnaval.

La fui á buscar por la mañana muy temprano salimos á dar un paseo subiendo la calle Ancha de San Bernardo en dirección á la Glorieta de Quevedo: íbamos hablando de lo que haríamos por la tarde y del baile de La Zarzuela de aquella noche

Al llegar á la calle de Magallanes me detuve.

—Vámonos por aquí,—dije,—nunca he estado en la Parroquia de Nuestra Señora de los Dolores y quiero verla; me han asegurado que encierra un Cristo milagroso que concede á los buenos todo lo que piden.

María pareció un poco sorprendida de mi capricho, pero no opuso ninguna resistencia y se dejó llevar.

Delante de la pequeña iglesia y casi en medio de la calle de Arapiles, hay una gran cruz de piedra á la cual se sube por tres ó cuatro escalones de piedra que por las tardes suelen servir de asiento á las parejas enamoradas del barrio que á la puesta del sol van allí á comer piñones y á engañarse mutuamente al pie de la cruz santa con falsas promesas.

Para entrar en el templo se pasa primero un zaguani en cuyas paredes se leían algunas piadosas máximas, y después un patio no muy grande de forma cuadrangular cerrado por altos paredones cubiertos, lo mismo que el suelo, de yerbajos y de musgo: en el fondo del patio se ve la puerta abierta de la capilla y detrás de esta, un grupo de cipreses del cementerio que cabecean á impulsos de la brisa.

Estábamos completamente solos; nuestros pasos resonaban en aquel recinto con un eco lleno de misterios, el silencio, el olor á la humedad, la moribunda luz que ardía en el fondo de la capilla y cuyos tristes reflejos llegaban temblando hasta nosotros, la proximidad de un viejo cementerio que había cerrado sus puertas semejantes á fauces enormes, harto ya de devorar cadáveres, todo contribuía á infundir en el alma el sentimiento religioso.

Entonces me detuve y cogiéndola una mano, —María, —exclamé, —¿tu crees en Dios?...

—Sí, ya lo creo... repuso admirada de mi pregunta.

—¿Tu crees que hay un Dios que vela por nosotros, que tiene en cuenta las buenas acciones y las malas, Dios lleno de amor hacia sus hijos y de mi-

sericordia para los pecadores arrepentidos, que recoge en su seno el alma de los moribundos?

Ella me miraba silenciosa, diciéndome que sí con la cabeza.

—¿Y crees también que El oye nuestras súplicas y que las oraciones del hombre creyente suben hasta el cielo?

—¿Por qué no? Yo rezo todas las noches antes de dormirme...

¡Ah! —exclamé entonces cogiéndola por los brazos, —entonces ahora mismo voy á resolver las dudas que me atormentan; María tu puedes haberme engañado á mi, que soy hombre, ocultándome la verdad por no darme un disgusto, pero á Dios, ni le puedes engañar ni te atreverías á intentarlo, ¿verdad?... eso sería un crimen que tú no eres capaz de hacer.

Para eso te he traído aquí, para que jures en nombre de ese Dios á quien rezas, que es cierto cuanto me has contado; di, ¿lo harás, lo quieres hacer, lo puedes hacer... responde?...

La misma exaltación de que estaba poseído me impidió examinarla atentamente, pero ahora que recuerdo aquella escena me parece que vi pasar una sombra de duda por su cara.

—Sí te empeñas lo haré, —contestó, —pero es una tontería; ¿no te he repetido una y cien veces mi historia entera, sin omitir un solo detalle?

—No, si ya sé que has tenido relaciones con otros hombres, pero lo que quiero saber es si les quisistes como á mí me quieres, si fué alguno de ellos tan afortunado contigo como yo, si alguien te ha besado antes que yo: fíjate bien, un beso se dá á cualquiera... ¡es una cosa tan chica... recuerda!...

—No, hombre, no; ¿cuándo dejarás de ser así?

—Pues entonces ven, que lo vas á jurar.

La cogí fuertemente por el brazo, como si temiera que se me fuera á escapar, y la conduje hácia el interior de la capilla.

A un lado del altar mayor hay un Cristo muy grande, imponente por su tamaño y por la expresión de angustia que el escultor supo dar á su semblante; una lucécilla que ardía dentro de un vaso lleno de aceite, daba con sus intermitentes rayos una especie de movilidad á aquel rostro de agonizante que completaba lo que el artifice no supo hacer. Tiene aquella imágen la hermosa cabeza caída sobre el pecho, la boca entreabierta, los labios descolóridos, los grandes ojos que aún parecen mirar á los que se arrodllan á sus pies, velados por sombras de muerte; el cuerpo, ya sin fuerzas, pendiendo de los brazos descarnados, las rodillas salientes y ensangrentadas.

El cuadro era tan novelesco, tan dramático, que yo mismo me sentí inmutado.

Ella, después de tomar el agua bendita se arrodilló delante del Crucifijo y se puso á rezar; y yo entre tanto, recostado sobre una columna, miraba ansiosamente á la imágen, pidiéndola con un ardor y una fé de que nunca me creí capaz, que hiciera algún milagro semejante al del famoso Cristo de la Vega, si acaso aquella mujer era perjura.

Cuando acabó sus oraciones se puso de pié y entonces me acerqué á ella.

—María,—dije en voz baja,—la honra de una mujer es algo tan sagrado, que creo no ofender á Dios al tomarle por único testigo de la tuya; por eso en nombre del que todo lo sabe y del que todo lo ve, di la verdad, que yo siempre estoy dispuesto á perdonarte: tanta fé tengo en Él y en tí, que si después

la huamidad entera te acusase, continuarias siendo para mí la mejor de la mujeres; por última vez, María, en nombre de Dios, por mi amor, por todas las ilusiones que tengo cifradas en tí, ¿vás á decir verdad?...

—¡Sí, sí!—murmuró—anda pronto!

—¡Juras entonces que nadie te ha besado, que á nadie has querido como á mí, que no te ha sucedido nunca nada de que puedas sonrojarte y que harás todo lo que yo te mande, sin discutirlo, sea bueno ó malo?...

Extendió el brazo y poniendo la mano sobre los piés del Crucifijo contestó tranquila:

—¡Sí juro!

—¿No te engañas, María?

—No me engaño, nó.

—Pues bésale los piés y vuelve á rezar.

En aquel instante debió ocurrir algo muy grande: la ví transfigurarse, me pareció más hermosa y más pura, con esa hermosura y esa pureza ideal de las santas, y más digna de mí; ya no era posible dudar, todo lo que me habia dicho era verdad, puesto que el Cristo autorizó con su silencio su juramento; metí la mano en el bolsillo y eché una tras otra en el cepillo del altar todas las monedas que acerté á cojer; después, cuando se levantó, la di un beso en la frente, y salimos de la iglesia.

Ella caminaba preocupada, como si fuese discutiendo consigo misma; yo, ufano de mi victoria y de mi ventura.

Bajamos por la calle de Fuencarral bañándonos en la luz y en la alegría de aquella deliciosa mañana de primavera.

Yo sentía en el fondo de mi alma una felicidad indecible; ¡qué animadas me parecieron las calles

de Madrid, qué espléndido el sol, qué puro el aire!... Muchas máscaras pasaban á nuestro lado dando piruetas y repitiendo la eterna muletilla, *¿me conoces? te conozco*; también pasaron algunas estudiantinas y rondallas de aragoneses tocando la jota; yo di dinero á cuantos me lo pidieron, y cuando ya no tuve más les di el tabaco que llevaba, porque mi propio contento me impelia á complacer á todo el mundo.

—Me parece que vas triste,—dije notando su silencio;—¿estás mala, ó te pesa ya lo que has hecho?... Créeme, desde ahora te quiero mucho más que antes, porque acabas de quitarme del pecho un peso horrible que no me dejaba respirar... ¡Qué quieres, soy tan desconfiado!... Desde que mi corazón empezó á interesarse por tí no he gozado de verdadera tranquilidad; te veía joven, cariñosa, guapa, dócil á mis caprichos, enamorada de mí, y sin embargo, sobrepujando estas buenas cualidades que hubieran satisfecho los deseos de cualquier hombre menos exigente que yo, había una de la cual no estaba seguro y por la que hubiera dado gustoso las demas, y era tu pureza; la pureza absoluta de tu cuerpo y de tu alma: ¡ay, esas dudas me han mortificado mucho, porque no encontraba medio de resolverlas y no me fiaba de tí!... Pero ahora estoy tranquilo y feliz, bien lo sabe ese Dios en cuyo nombre has jurado...

A despecho de mis opiniones, nunca he reconocido mejor que entonces las ventajas del sentimiento religioso: yo, excéptico incorregible que alardeaba de despreocupado en la mesa del café y desde la columna del periódico, que me reía de todo lo que no pudiera someterse á demostración científica, y que creía con Laplace que la hipótesis deísta es

innecesaria para explicar el concierto de los mundos; con Vogt, que el pensamiento es una secreción del cerebro, y con Bichat, que en el corazón no hay más que sangre arterial y sangre venosa, me sentía repentinamente subyugado por los encantos de la fé.

¡Es tan triste y tan absurdo rechazar lo que la razón no comprende, habiendo tantos hechos innegables cuyo *por qué* permaneciera ignorado eternamente, y tan consolador creer en la existencia de un Dios omnipotente que vela por nosotros!...

Y al comprender el infinito bienestar que la mística ceremonia de aquella mañana me había causado y la fé ciega que se puede depositar en el creyente que jura por su ideal religioso, sentía un profundo agradecimiento hácia aquel Sér ante el cual nunca me arrodillé y á quién ya no adoraba porque *no podía*, no porque me faltasen voluntad y deseos vehementísimos de hacerlo.

¡Ah, religión!... Aunque sea mentira cuanto enseñas, eres una mentira hermosa que presta esperanzas y alientos al alma atribulada.

## II

Mi tranquilidad, sin embargo, no fué duradera.

Insensiblemente la escena del juramento se fué borrando de mi memoria y las antiguas dudas renacieron, aunque algo más dulcificadas.

Ella algunas veces se enfadaba, otras se reía, burlándose de mí.

—¿Ves, tonto?... ya sabía yo que tarde ó temprano volveríamos á las andadas, si no se puede hacer carrera de tí...

A pesar de todo yo la amaba: el recuerdo de Ma-

tilde me punzaba aún, pero muy poco, y probablemente me hubiese curado ne mi antigua pasión si el destino no hubiera dispuesto los acontecimientos de otro modo.

Una noche tuve que ir á la Puerta del Sol para ver á un individuo que deseaba comprarme vários libros y ella me acompañó: el tiempo era desapacible y el frío y la humedad nos pusieron de mal humor; contra mi costumbre y por un motivo insignificante, la traté con dureza, ella me respondió también con acritud y empezamos á reñir.

—No creas que eso me preocupa ni me quita el sueño,—decía yo;—estoy convencido de que todo lo que se hace se sabe, de modo que no quiero romperme la cabeza averiguando lo que quizás mañana mismo cualquier amigo oficioso me vendrá á decir.

—Sí,—repuso con un tonillo mortificante que me hizo mucho daño;—más vale que no busques, porque te quedarías con las ganas de encontrar.

—¡O nó!...

—¡O sí!...

—¡Hola, parece que me desafías?

—No, hijo; te contesto y nada más.

—Pues quizá te pese tener la lengua tan larga.

—Tal vez... pero así la tengo desde que nací y no me la puedo cortar.

La miré de hito en hito: estaba respon dona, agresiva; de buena gana la hubiese abofeteado allí mismo para desahogar la ira que rugía dentro de mí.

Caminábamos por la calle Mayor en dirección á la Cuesta de la Vega; al llegar á la Plaza de la Villa a volví á mirar queriendo pulverizarla con los ojos... Iba del lado de la pared, envu e lta en su mantón y muy seria; su silencio me pareció tan inso-

lente y tan provocativo que no pude reprimirme más.

—Si has de seguir así,—grité,—te vuelves; las mujeres altaneras me estomagan; ¿oyes lo que digo?... que no quiero que vengas conmigo, que no puedo soportarte con esa cara.

—No tengo otra.

—¡Pues te vás!

—Pues me iré.

—Sí, es lo mejor que puedes hacer, porque soy *muy señorito* para gustarte.

Ella se detuvo y yo dí algunos pasos...

—¡Anda, chulapa,—murmuré despreciativamente, —si eres como todas!... ¡qué imbecil soy al encapricharme por tí!...

Entonces se echó á llorar.

—No me insultes,—dijo,—ya sabes que te quiero mucho.

—Sí, ya lo sé... pero es una pasión chulesca que me envenena el alma; yo me empeño en dignificarte, en ensalzarte, colocándote en un altar para después adorarte de hinojos, en hacerte, en fin, superior á todas las mujerzuelas que he tratado, y tu desoyes mis consejos y sigues agitándote en ese mundo: vulgar y canallesco en que hasta ahora has vivido; yo no soy como los demás hombres que conoces, pero procuraré imitarles para agradarte más...

En aquel momento mis celos se reanimaron con furia satánica y me sentí capaz de arrancar por mí mismo los secretos de aquella alma que inutilmente había sondeado hasta entonces.

—¿Tú crees, nécia,—proseguí—haberme engañado? Pues te equivocas: nunca he prestado oídos á palabras ni á juramentos de modistillas frágiles;

todo lo que me has contado es una infame sarta de mentiras mal pensadas; lo sé, me consta, pero he fingido ignorarlo porque así me convenia; ¿no ves tú que hubiera sido ridículo empeñarse en hallar *Margaritas* en los obradores ó en los bailes de candelil?...

Aquellos sarcasmos me dañaban á mí tanto como á ella, pero me complacia en hacerla sufrir.

—Mas no te apures,—continuó,—esta será la última vez que hable del asunto: te trataré como á las otras, y el día en que me aburras, cambiaré de ídolo; sí, niña... los hombres son unos idiotas al quejarse de unas mujeres que son como el polvo de las carreteras, que mancha un momento, pero que después de sacudido no deja señal ninguna. Yo se que has procurado engañarme, y que tus juramentos como tus palabras son mentira... ¡lo único que siento, porque te rebaja muchísimo á mis ojos, es que no hayas tenido el valor y la nobleza de confesármelo todo sin ambages la vez primera que te lo pregunté!...

Al fin mis palabras dieron en el blanco y la cuerda sensible de aquella alma vibró dolorosamente: se detuvo y me miró fijamente; estaba llorosa, desencajada, el semblante cubierto de palidez cada- vérica, las manos frías como las de un muerto.

—¡Perdón, perdóname por Dios!—exclamó dando un grito de angustia que no puedo olvidar;—¡Sí, te he engañado, yo te lo contaré todo!... mátame pero perdóname... yo te quiero más que á Dios, más que á mi madre, más que á mi padre muerto!...

No sé lo que pasó por mí al oirla; recuerdo vagamente que me separé algunos pasos de ella, me faltaron el pensamiento y las palabras, las sienes me latieron... Todos los objetos empezaron á girar

en torno mio en fantástica danza: me pareció que el edificio del Consejo de Estado se hundía silenciosamente en el abismo que hay debajo del Viaducto de Segovia; que los árboles del inmediato jardinillo caian al suelo y que la altura de las casas disminuía; sin duda mi aniquilamiento moral lo creía ver reflejado en los objetos exteriores, y experimenté, —como dice Turgueneuf,—una impresión parecida á la que siente el hombre que mira á la tierra desde una torre muy alta. Cesó el viento, los faroles palidieron y sus luces se alejaron disminuyendo hasta convertirse en fuegos látuos; sentí una extenuación interna que me impelia á sentarme en el suelo, las piernas me empezaron á temblar, dejé caer los brazos á lo largo del cuerpo y me apoyé contra la esquina de las calles de Almudena y Bailén...

Pasó un tranvía junto á mí y no me pude mover, el conocimiento no lo había perdido, pero la voluntad me faltaba. Ignoro el tiempo que estuve así, pero debió de ser muy poco, menos de medio minuto: luego abrí los ojos y recobré instantáneamente el dominio de mi mismo; una ira frenética sucedió á aquella debilidad momentánea.

—¡Anda,—exclamé,—me lo tienes que contar todo, sin omitir ningún detalle por terrible que sea, quiero oírte hasta que se acabe tu historia ó se me acabe la vida!...

Atravesamos la Plaza de Oriente: ella iba llorando algunos pasos delante de mí; yo caminaba absorbo, casi idiotizado, recordando las noches de verano en que me había paseado por allí con otras mujeres, y sin que en aquel momento me mortificase lo que acababa de sucederme.

Poco á poco mis ideas fueron readquiriendo su lucidez habitual y entonces experimenté con más

intensidad el dolor del golpe sufrido, pues las impresiones, si son demasiado intensas aturden, y la sensación alegre ó triste solo la podemos percibir cuando la conciencia vuelve á ser dueña de sí misma.

Llegamos á su casa: ella se sentó en una silla sin atreverse á levantar sus húmedos ojos hasta mí, vergonzosa y acobardada; yo, después de dar algunas vueltas por la habitación me senté á su lado: quería apurar hasta lo último la hiel que sus labios iban á destilar en mis oídos. Un quinqué pequeñito con pié de porcelana, colocado sobre una mesa, alumbraba el cuadro esparciendo su luz sobre el papel verdoso pintarrajeado de flores blancas que cubría las paredes.

—Vamos, María,—dije con tranquilidad perfecta,—ha llegado el momento de que te confieses conmigo; lo único que deploro es haber tenido que recurrir á la violencia para obtener tu confianza, porque los secretos que ahora me vas á revelar, más parecen robados que concedidos de buena voluntad; por lo demás, no tengas miedo en abrirme tu corazón y en mostrarte á mí tal cual eres, yo siempre te perdono...

Y viendo que no contestaba y que seguía llorando.

—No te aflijas de ese modo,—proseguí—¿no comprendes que las cosas que fueron ya no tienen remedio?... Además, tú ahora eres buena, sé que me quieres, que no serías capaz de darme el menor disgusto, que lo dejarías todo por seguirme á mí, que te arrepientes de lo que has hecho y que darías sangre de tus venas para borrarlo; eres joven, hermosa y buena, ¿qué más puedo desear?... ¡Tu pasado!... No me importa, porque el presente lo disculpa y además, porque si me pregunta-

ses por el mío estoy seguro de que tendrías más motivos de quejarte que yo... Anda, ten valor ya que has empezado, termina tu historia; sé aproximadamente lo que me vés á contar, pero quiero oírlo de tu misma boca; también sé que esto no se lo has contado á nadie, porque las mujeres como tu, caen pero no se quejan, y eso es lo que precisamente quiero merecer de ti, algo que no haya obtenido ningún otro. Sí, María,—agregué acariciando sus mejillas cubiertas de lágrimas,—date prisa y compláceme de una vez; te aseguro que estoy tranquilo y que por muy graves que sean tus confesiones no me han de sorprender.

Con aquella miel que ponía en mis palabras procuraba disimular la pesadumbre, la ira y los celos que me destrozaban las entrañas; sentía un deseo salvaje é inconcebible de martirizarme á mí mismo, dejando que aquella mujer echara por tierra el castillo de ilusiones que yo había levantado en mi imaginación.

Empezó la confesión: apesar de su juventud, su historia era larga; siendo niña hubo un viejo militar muy rico que quiso engañarla, más no lo consiguió porque ella siempre corría á ponerse al amparo de su madre: pero besos, sí... ¡la dió muchos!... en los pasillos de la casa, en el comedor, en la cocina, en las alcobas, ¡siempre que podía!... Al fin escapó de aquel peligro para caer en brazos de su primer novio... ¡que también la besaba!

Yo la oía temblando de miedo; de miedo, sí, de que hubiese más horrores después de los que llevaba contados; encogido en la silla, con el cuerpo inundado de un sudor frío que me hacía titilar y apretándome las manos una contra otra convulsivamente.

—¿Te hago sufrir mucho, verdad?—dijo ella,—¿quieres que hablemos otro día ó que te deje reposar un rato?...

—No, no, sigue sin omitir nada, sigue hasta el fin...

Luego me contó dos episodios espantables que no quiero recordar porque todavía me asusto de lo que entonces sufrí, y luego me enumeró los nombres de otros novios que tuvo... Pedro, Antoniό, Juan, y todos, Dios mio, todos la habían besado!...

—Ese fué el último,—concluyó diciendo;—después te conocí á ti...

Lo que los psicólogos, desde Aristóteles á Claudio Bernard, han escrito acerca del espíritu humano, es mentira: nadie sabe lo que cada hombre lleva dentro de sí, hasta que en su interior no se desencadena una de esas borrascas formidables que engendra el dolor; ante ellas desaparecen la inteligencia con sus ideas, la razón con sus cálculos, la voluntad con su decantado y mentiroso poder, la imaginación con sus ensueños, la conciencia con su autoridad; todo se aniquila. Se pierden la noción de la vida, se olvidan los afectos, se troncha el carácter, dejamos de parecernos á nosotros mismos: las sienas laten con violencia produciendo en el interior del cráneo un eco que aturde, el corazón deja de palpar, los oídos zumban, una nube de sangre se extiende ante los ojos; caminamos dando traspiés, como los borrachos, y sintiendo en la boca del estómago un peso muy grande, como si nos hubiésemos tragado una piedra y no pudiera pasar de allí. Y es que la médula del mundo psíquico está formada por miriadas de pequeños afectos que dormitan agrupados unos sobre otros, y que semejan-tes al limo que tapiza el fondo de los ríos, solo suben

á la superficie en las grandes tempestades del alma: entonces ese limo, ó ese cieno, como quiera llamarse, se agita conmovido por la voz del dolor; limo formado por las primeras ideas que adquirimos, por los afectos primeros, por las pasiones no domadas de la niñez, todo confundido y espontáneo, tal como lo sentimos, sin dobleces, ni fingimientos, ni sombra de hipocresía; torbellino compuesto de celos salvajes, ideas disparatadas, gritos de aabía, sollozos, lágrimas, dudas, caprichos irrealizables, abatimientos... ¡locura, en fin! Es un desquiciamiento moral en que sucumben las facultades del espíritu y que dá generalmente por resultado, un cambio radical del carácter, que queda más mejorado ó más pervertido que antes, segun las circunstancias.

Y estas reflexiones psicológicas se me han ocurrido, porque al oír las últimas palabras conque María dió por terminadas sus confesiones, sentí que ese principio pensante y consciente que llevamos en el interior se desplomaba dentro de mí; el cuerpo, la materia, menos sensible á las heridas morales, pudo, aunque con trabajo, conservarse en pié; pero mi alma cayó rendida ante la fuerza del dolor.

Me dieron ganas de tajarla la boca y decirla:

—¡Calla, cállate por Dios, dame un instante de tregua, que ya no puedo resistir más!...

Y de cruzar las manos sobre el pecho é hincarme de rodillas ante aquel poder satánico que me martirizaba y pedirle perdón; y ganas de coger á aquella infame por el cuello y ahogarla, de morder, de abofetear las paredes, de pedir socorro á gritos, de revolcarme por el suelo. Aquel formidable volcán de pasiones encontradas que rugía en mi interior reventó: empecé á correr de un lado á otro de la habitación, no podía calcular las distancias y trope-



zaba con los muebles y con las paredes, la boca se me llenó de espuma, no podía respirar: al fin me fijé en ella que seguía llorando como una Magdalena, y las palabras cariñosas, los insultos, las blasfemias, la ira, el amor y el desprecio que en aquellos supremos instantes me inspiraba, salieron á borbotones de mi boca.

—¡Infame!... ¿Qué has hecho de mí? ¿Cómo pudiste representar conmigo una farsa tan infame? ¡Ah! ni siquiera has tenido el valor de confesar francamente tus delitos... Anda, sepulturera de mis ilusiones, tú te llevas las últimas que tenía; ¡no, no puedo, no quiero, no debo perdonarte!... Aunque te pasaras la vida llorando y fueses desde hoy la más honrada y virtuosa de las mujeres, aunque fueras una esclava mía y me besases la mano con que te pegaba, ni tu martirio, ni tus sufrimientos, ni tus lágrimas, volverían á rehabilitarte á mis ojos; ya no eres la muchacha pura que yo quería, no eres la imagen que subí al altar ante el cual me arrodillé después, ni el hada bienhechora que curaba con su cariño los dolores de mi pasión primera... ¡ya todo todo tu sér ha perdido aquel misterio divino de que estaba envuelto!... Cuando pienso que esas mejillas se han coloreado bajo el influjo de otras pasiones, que esos labios se estremecieron de placer bajo la presión de otros labios que no eran los míos, que otras bocas se han posado sobre tu frente, que otras caras se han retratado en el fondo de tus pupilas, que otros brazos estrecharon tu cintura, que tu cuerpo sirvió de regocijo á otros hombres, que yo soy *uno de tantos*, y que para borrar tanta infamia no bastan ni tus lágrimas, ni la sangre de ellos, que no hay remedio para curar mi dolor ni mi vergüenza, y que desde hoy en adelante tengo que despreciar lo que adoré

hasta aquí, quisiera perder el corazón y la memoria para no sentir y para no acordarme... ¡Ay, María, niña de mi alma!... ¿Cómo no te defendiste de los que te perseguían y á quién tú, según dices, no amabas? ¿Cómo no perdistes la vida antes de entregarles tu honor?... ¡Y has tenido cinismo para negar esa historia preñada de horrores en nombre de Dios!... Todo lo eres; frágil, perjura y traidora... merecías figurar al lado de *la otra*...

Ella, presa de mortal congoja, se arrodilló á mis piés, me abrazó las piernas y empezó á besarme las manos pidiéndome perdón.

Yo seguía hablando sin tino, desahogando mi cerebro de las ideas que le agitaban y respondiendo con denuestos á sus lágrimas: paulatinamente aquella crisis nerviosa fué disminuyendo, la ira se apagaba y un dolor inmenso se iba apoderando de mí; empezaron á faltarme los conceptos, bajé los ojos y dejé caer los brazos á lo largo del cuerpo; yo estaba de pié en medio de la habitación, ella arrodillada...

Un abatimiento moral y físico, una extenuación absoluta de energías se enseñoreó de mí: el pecho se me llenó de suspiros y los ojos de lágrimas; la cogí por los brazos y la levanté del suelo, y me fui á sentar en una silla colocándola sobre mis rodillas; entonces di rienda suelta á mi dolor...; ella lloraba con el rostro apoyado contra mi pecho, mientras que mis lágrimas caían sobre su cabeza hilo á hilo; era una angustia suprema que nos aplanaba...

—¡Ay María, niña de mi alma, qué dolor, qué pena tan grande!.....

## III.

Pasada aquella fiebre amorosa, el buen juicio volvió á adquirir su acostumbrado imperio, y el tiempo se encargó de terminar la obra que comenzó la reflexión.

La recuerdo con tristeza: los desengaños que de ella recibí nunca podrán compararse, por lo pequeños, con los que más tarde y bien á pesar mio, la causé: pero yo, después de lo que supe no podía amarla, y cuantos esfuerzos hice por enamorarme otra vez resultaron fallidos; mi corazón había muerto para ella.

Ahora que ha pasado mucho tiempo, recuerdo á través de un torbellino de historietas y de nombres que se han interpuesto entre ella y yo, sus grandes ojos negros velados de incurable tristeza; sus pálidas mejillas, sus labios sin color, el aspecto terroso de su cara, la tos y la fatiga que frecuentemente la mortificaban, su cuerpo que iba perdiendo en esbeltez y gracia: siempre obediente á todos mis caprichos, la pobre niña nunca se atrevió á quejarse de mis desvíos.

—Ya sé que no me quieres,—decía alguna vez;—pero eres bueno y no dejarás de venirme á ver; estate persuadido de que el día en que ese consuelo me falte me moriré sin remedio.

Su amor me infundía mucha tristeza, porque no era capaz de corresponder á él: su cuerpo, minado por la anemia, llegó á infeccionarse de un principio de histerismo; á menudo sufría accidentes nerviosos que la privaban de conocimiento y hasta de sensibilidad; en estos accesos de vértigo cerebral se agitaba bajo la acción de pesadillas terroríficas; siempre creía que entraban en su alcoba, que la besaban, que la querían robar... y luego me pedía perdón des-

hecha en lágrimas. ¡Pobrecita!.. su conciencia la representaba continuamente aquella escena en que me vió llorar, y el remordimiento era lo que perturbaba su salud y su memoria.

Cuando algunas veces la decía,—vistete, que vamos á ir de paseo,—asomaba á su semblante una felicidad infantil: corría á sacar su vestido de la cómoda, se peinaba cuidadosamente, esperando á que se calentasen las tenacillas de rizar el pelo; después me consultaba acerca del color de la cinta que se había de poner al cuello; á cada rato preguntaba.

—¿Estoy bien? ¿Mé encuentras guapa?.. Voy á llevar el pañuelo que me diste; lo guardo como si fuera un talismán que me preservase de todo lo malo.

—Mira,—decía,—este es el abanico de Aranjuez; éstas, las cartas que me escribiste desde Bilbao: con esta moneda de cinco céntimos echaste una tarde á cara ó cruz si te quedabas ó no á cenar conmigo...; aquí está el lapicero que me compraste...

Tenía que recordarla el paseo para hacer que dejase aquellas tonterías. Algunas veces iba alegre y charlatana, otras pensativa; yo siempre distraído, mirando maquinalmente á los que pasaban y cumpliendo más una obra de caridad para con la pobre muchacha, que una exigencia de mi corazón.

La conducta ejemplar que observó á mi lado, el tristísimo poema de amor y remordimientos que siguió á la noche de su confesión, las lágrimas que derramó por mí y la resignación con que sufrió mis desvíos, la hicieron acreedora á mejor suerte. ¡Era más digna de ser amada que *la otra!*..

Pero culpa suya no fué, nimia tampoco; yo, cuando nos conocimos, tenía el corazón muy cansado y la pasión que sentí por ella cayó aniquilada al primer desengaño.

Tengo comparada mi pasión primera á un árbol vigoroso capaz de resistir el huracán más violento de las Antillas, y de cubrirse á cada primavera de nuevas hojas; y á la última, á una planta de invernadero que necesita de todos los cuidados de la horticultura para seguir viviendo, y con todo se cria endeble y raquítica, pronta á sucumbir ante el menor exceso de calor ó de frío.

Sus fragilidades y desaciertos de mujer no fueron obra de la codicia ni del ardor de los sentidos, sino de su falta de carácter; como otras muchas, no tuvo valor para defenderse y entregó su tesoro sin combate y sin placer, sin comprender lo que daba, porque ninguna mujer aprecia lo que vale hasta que un hombre enamorado no se lo dice.

Su caída no la preocupaba y vivía tranquila, persuadida de que nadie lo sabría y de que son muchas las mujeres á quienes les sucede igual desgracia.

Pero fué buena; sus lágrimas y su amor la redimieron, su paciencia y su virtud la dignificaron á mis ojos: ella, al verse sola y olvidada, me perdonó recordando las horas de ventura que pasamos juntos, y yo, que en mis ratos de nostalgia suspiro por ella y por mí... ¡también la he perdonado!...

## “El Libre Examen,”

(HOJAS DE UNA CARTERA.)

¡Oh recuerdos, y encantos y alegrías  
de los pasados días!  
¡Oh gratos sueños de color de rosa!

(NÚÑEZ DE ARCE.)

### I.

Aquella tarde, (10 de Mayo) entré en su casa radiante de alegría.

—¿No sabes,—la dije,—no sabes lo que ocurre?... Creo que al fin mis ilusiones se van á realizar; hace un rato, al salir de casa, encontré en la Travesía de Pozas á un antiguo amigo que acaba de fundar un periódico republicano, y me ha invitado á que forme parte de la redacción. He visto el primer número; está bien hecho y si cumple lo que en su programa promete, irá muy lejos: se titula *El Libre Examen*, es grande, á ocho planas... ¿Qué hermoso nombre, verdad?... Ahora habrá más de cuarenta chicos voceándole en la Puerta del Sol; ¡qué siento no haber escrito algo en él!...

Luisa no parecía participar de mi contento y me miraba sin pestañear.

—¿Y ese amigo tuyo, es rico?—preguntó al fin.

Confieso ingénuamente que aquella interrogación me desconcertó un poco.

—No,—repuse:—es pobre, pero eso no lo hace, la empresa que quiere acometer es buena y lo bueno siempre encuentra eco: además, al hombre que como él quiere sobresalir y brillar, nunca se le debe dejar solo.

—Pues desde ahora te pronostico,—dijo ella con perfecta seguridad,—que ese periódico morirá al cuarto ó quinto número; ¿no ves tú que todas las publicaciones por buenas que sean, pierden forzosamente en los primeros meses de su fundación?... ¿Crees que las ganancias del número de hoy bastarán á sufragar los gastos de la semana próxima?... Vaya, vaya—prosiguió muy alterada;—eres un tonto á quien cualquiera engaña, un iluso: acuérdate de *El Gato Negro*; ¿qué te pasó con él?... Y acuérdate también de las veces que te has arrepentido de no seguir mis consejos. Ese amigo del diablo te robará de mi lado, te sacará artículos para ese papelucho indecente que ya detesto, te quitará el dinero y te meterá en mil atolladeros de los cuales no podrás salir después.

—Pero muchacha,—objeté timidamente comprendiendo que la sobraba razón en cuanto decía,—hay que hacer algo... no me ha de pasar la juventud con los brazos cruzados, y ya que hasta ahora he tenido todas las puertas cerradas, quiero aprovechar la ocasión que se ofrece...

—¿Y tus padres lo saben?

—No.

—Pues no hagas nada sin consultarlo antes con tu madre; mira que nosotras las mujeres, aun cuando nos tachen de caprichosas, tenemos más sentido común y mejor golpe de vista que los hombres, y ninguna se equivoca al dar consejos á su hijo. ¡Quiera Dios,—agregó haciendo pucheritos,—que esto no nos acarree alguna desgracia!

Yo procuré consolarla.

—¡Quita, quita, infame... porque eres un infame, un ingrato que no me quiere!... ¿Quién te manda á meterte en negocios, qué necesidad tienes de andar todos los días de aquí para allá hecho un zascandil sin sueldo, por una cosa que nunca te dará ni gloria ni dinero?... Lo que debes hacer es sacarme de paseo, y no tenerme siempre encerrada; ¡ay Dios mio, Dios mio!... ¿Por qué me habré enamorado de un hombre que tiene la cabeza tan dura?...

Y acabó por llorar amargamente.

—¡Pero Luisa!—exclamé.

—¡Déjame en paz, eso mismo, estoy furiosa!... Mas yo estaba de buen humor, y lo que en un principio pareció escena dramática se convirtió en pasillo cómico.

—Mira, tontina; los trabajos y los quebraderos de cabeza son al principio, después llega lo bueno; ahora se siembra, luego se recoge, ahora todas son zarzas y espinas, el mes que viene todas serán flores; y aunque así no fuera, ¿no es hermoso pelear por nuestra causa noblemente y sin ningún interés?... Pues si la juventud solo rindiera culto al dios *Ochavo*, qué se les iba á dejar á los viejos metalizados y egoistas?... Sí, mujer, esa lucha es grandiosa, tanto más, cuanto que nuestras fuerzas son insignificantes y las del enemigo incalculables.

—Sí, precisamente por eso,—gritó ella con súbito arrebató,—porque sois dos pelagatos que no teneis ni una peseta falsa, no os debiais meter en libros de caballerías; ¡y perdereis la salud y el dinero, y os rompereis la cabeza y todo se lo llevará el demonio!

—Pero, ¡y la satisfacción—proseguí afectando un tonillo oratorio que en aquellas circunstancias sentaba muy bien,—de ser yo uno de los que más eficaz

mente contribuya al triunfo de la república en España? ¡Y la probabilidad, ¡qué digo! la seguridad de que el día de mañana me nombren diputado provincial, ó me ofrezcan una cartera?... ¡Ah, no digas!... Entonces exclamarás riendo de alegría:— ¡Bendito sea *El Libre Examen*; él fué quien abrió á ese muchacho las gateras de la inmortalidad!.. ¿Y cuándo vayas por la calle y oigas decir: esa muchacha que ahí ven ustedes es amiga del distinguido hombre público Fulano, como si dijeran, de Cayo Graco ó de Bruto?... Vamos,—agregué comprendiendo que ya necesitaba muy poco para quitarla el mal humor;—no gruñas más, muchacha, y dame un abrazo; hazte cuenta de que estás estrechando contra tu pecho á un Robespierre metido en su cascarón.

Luisa acabó por reír.

—¡Tonto, más que tonto!—murmuró.

Aquella fué la señal de la reconciliación.

El resto de la tarde lo invertimos en hablar del mismo asunto.

Yo la expuse detalladamente los escasos medios de que disponía para sostener el periódico; quizá no llegasen, y lo confieso sin empacho, á cien pesetas. Pero en cambio tenía un tesoro inagotable de esperanzas: el periódico iría bien escrito y llamaría la atención; Sinesio Delgado, Sánchez Pérez, Zahonero y algunos otros nos prestarían su valiosa ayuda, la publicación cubriría gastos al tercero ó cuarto número y entonces no era difícil conseguir que lo subvencionase alguno de los prohombres del partido; ¡Qué hermoso porvenir!

Ella me hizo juiciosas observaciones y todo lo discutimos minuciosamente y como buenos amigos.

Era preciso buscar un cuarto en que instalar la redacción y procurarse algunos muebles, por el pronto,

los más indispensables; un par de mesas, media docena de sillas, un quinqué y un buzón: la casa se buscaría cerquita de la suya, por las calles de la Princesa, Conde-Duque, Noviciado ó Amanuel.

—Pero con ese mobiliario tan exiguo que dices,—objetaba yo,—no podemos estar; porque, ¿dónde vamos á colocar los libros y los periódicos?...

—En el suelo, allí están perfectamente; yo misma, si quieres, me encargo de quitarles el polvo.

—¿Y dónde se guardan las colecciones que siempre deben tenerse dispuestas por si algún suscriptor curioso pide un número atrasado?

—En los vasares de la cocina: puesto que en ella no vais á guisar, en ningún sitio están mejor. Por el cuarto pagareis, cuando más, treinta pesetas, y debe de tener dos balcones, á fin de que se pueda colocar la muestra del periódico.

Hablando así, la pobrecita parecía estar casi tan interesada en el buen éxito de aquel asunto como yo.

El optimismo es el más contagioso de los sentimientos humanos: Luisa acabó por participar en pocas horas de mi confianza. Pues qué, ¿no triunfaban otros, no podía yo llegar donde cualquiera y aún más allá?... Que no teníamos dinero, ¡bueno, ya se buscaría!.. Además, ella pensaba planchar mucho y podría sisar en los grandes apuros algunas pesetillas para ayuda de la empresa; y en los instantes que tuviera libres también nos ayudaría á escribir fajas y á buscar en los periódicos de provincia las noticias que más nos conviniesen.

—Ya sé que tengo mala letra,—decía,—pero es muy clara y haciéndolas despacio me pueden quedar hasta bonitas. Yo, por mi parte, también ganaría dinero escribiendo por ahí: la Agencia Almodóvar me había prometido tomarme algunos artículos

al mes, y con una casa editorial tenía casi ajustada una novela por entregas, cuyo argumento aún estaba por inventar; pero eso era *lo de menos*, decíamos siempre. ¡Dios mío! ¿Qué sería *lo de más*?...

—¡Qué bonito porvenir se nos prepara!—exclamaba ella;—estaremos todo el día y toda la noche juntos; tú escribiendo, yo sentada á tu lado en una sillita baja... y me llevarás á la imprenta para ver cómo se tiran los periódicos, y me enseñarás á corregir pruebas, ¿verdad?... Haremos la vida de las *grisettas* y de los estudiantes del barrio Latino de París, y los domingos, ¡hále! á pasear por ahí con el señor periodista.

Así entré yo en *El Libre Examen*.

¡Ay!... Siempre debí comprender que lo que al pronto hace llorar á una muchacha, no puede ser bueno.

## II.

Empezó la lucha; esa lucha titánica entre el periodista que quiere hacerse oír y un público diseminado, indiferente y anónimo que se obstina en no escucharle; entre el que carece de recursos y las circunstancias que le obligan á hacer desembolsos incesantes.

Se publicó el segundo número de *El Libre Examen* y recibimos bastantes suscripciones de Huelva y de Vizcaya: estos favorables resultados nos infundieron valor; sin embargo, la realidad no correspondía á las ilusiones: aquella semana no llegaron á cuarenta las pesetas recaudadas, y pasaban de ciento veinticinco las que consumía el periódico semanalmente. Pero no era cosa de desmayar... ¡qué córcholis!... con menos habíamos empezado; siquiera

entonces teníamos unos cuantos entusiastas que nos leían, que se apresuraron á enviarnos el importe de su suscripción y que hacían votos por nuestro engrandecimiento.

Ocurrió en aquellas circunstancias una conjunción tan funesta de causas contrarias, que la batalla estuvo á punto de perderse.

El número cuarto no podía salir: no había dinero, los cajistas que nos lo componían se negaron rotundamente á hacer una línea más si no se les pagaba la mitad, por lo menos, de lo que se les adeudaba; la imprenta nos hizo igual intimación, y para que nada faltase, el dueño de la casa donde establecimos la redacción provisionalmente, nos pidió su dinero, diciendo que de allí no sacaríamos ni un solo papel si antes no cobraba hasta el último maravedí.

La cuestión se puso seria; tan seria, que no sé cómo no quedamos aniquilados ante tantas y tan grandes contrariedades: era preciso buscar otra imprenta, pagar lo que se debía, comprar al contado el papel del número próximo y poner la redacción en cualquier otro sitio.

Para ello consultamos nuestras fuerzas económicas; llegarían á quince las pesetas contenidas en nuestra caja de caudales. ¡Qué angustia tan grande!... Morir cuando acabábamos de nacer, quedar vencidos á los ojos del público que ya nos leía y del cual recibíamos diariamente cartas entusiastas, renunciar de una vez á nuestras ambiciosas ilusiones... ¡Oh, imposible; no así sucumbe la empresa que dos hombres decididos han jurado defender!...

Nos separamos muy tristes: al día siguiente, lunes, todo tenía que quedar resuelto favorable ó desfavorablemente.

En toda la noche pude conciliar el sueño, pen-

sando en la manera de salir airoso de aquella difícil situación. Recordaba á mis amigos; veía sus caras, sus trajes, sus movimientos y lo exhausto de sus bolsillos... ¡oh fatalidad, ninguno me servía!... Un instante pensé en mi madre, pero deseché la idea con horror y hasta sentí lástima de mí mismo. ¿Cómo, tan inútil y tan débil era que no podía hacer nada sin que mi familia me diese la mano?... Volví á recorrer mentalmente el círculo de mis conocidos: obediente al mandato de la voluntad, mi memoria les obligó á desfilar otra vez ante mis ojos: cuanto más les examinaba, y adviertan los que esto lean que después me he arrepentido de ello de todo corazón, les encontraba más ridículos y más inútiles. Y lo que influye en los juicios de la razón humana *el no tener*: me parecieron, ¡hasta más feos!...

De pronto se bosquejó entre aquella multitud de figuras, una en la cual no me había fijado aún; los contornos de la sombra se acentuaron algo más y apareció un retrato, el de D. Pedro; un señor con quien yo tenía poca confianza, pero que siempre me había tratado con singular cariño, y que aunque no era rico, estaba en íntimas relaciones con algunas personas que gozaban de muy buena posición.

El recuerdo de D. Pedro fué para mí, en aquellas circunstancias, un rayo de luz de inestimable valor: aquello era algo, puesto que constituía una esperanza y de esperanzas está repleta la mitad más hermosa de la vida.

Pensando en D. Pedro me quedé dormido, y á la mañana siguiente, muy temprano, corrí á casa de mi compañero.

Al vernos, cada cual procuró leer en el semblante del otro el estado de su ánimo.

—¿No se te ha ocurrido nada?—le pregunté.

—No, nada,—repuso con desaliento;—¿y á ti?...

—A mí, sí.

Le expuse precipitadamente mi plan: se trataba de poner de nuestra parte á un señor amigo mio, de explicarle bien, sin melindres ni pudores ridículos, la situación, los pocos medios de que disponíamos, el noble fin que nos guiaba en la publicación de aquel periódico y finalmente, la necesidad absoluta é ineludible en que el casero y los cajistas nos habían puesto de tener sesenta pesetas para aquella misma tarde, so pena de tener que renunciar para siempre á recoger el fruto de lo mucho que ya habíamos sembrado en el partido republicano.

Todo esto se lo explicaba yo febrilmente caminando hácia la casa del *agredido*.

—¿Y nos recibirá bien, crees tú que nos recibirá bien?—preguntaba Carlos á cada momento.

—Sí, hombre, sí,—exclamé cuando subíamos la escalera, cansado ya de aquella insoportable muletilla:—aquí lo que importa es tener la inteligencia despejada para aprovechar todos los incidentes favorables que en la conversación se presenten y comoverle; y además, tener la lengua muy expedita.

D. Pedro nos recibió con su habitual cortesía: estaba en su despacho escribiendo las últimas cuartillas de su libro *El ateísmo ante el sentido común*, obra en la cual atacaba vigorosamente las teorías de algunos filósofos alemanes y franceses de la última hornada.

Al principio la conversación fué lánguida: se habló en términos generales de cosas que ni á él ni á nosotros interesaban; del último libro de Spéncer, del eco que encontraba en Europa la escuela criminalista de Lombroso y de Ferri, y de la violenta polémica suscitada en Francia con la publicación de la

novela *Lourdes* original de Emilio Zola. Después se habló de lo poco que en España interesan esas cuestiones, de la indiferencia que enerva las energías del pueblo, y de la falta de valor ó de iniciativa de los hombres que figuran á la cabeza de los diferentes partidos políticos: aquí urgía hacer algo nuevo, algo muy grande que aportase á la vida pública nuevos elementos de vida; era preciso formar una juventud valerosa, inteligente, activa, despreocupada, capaz de acometer las empresas más difíciles...

La conversación, por sí sola, se había colocado en el terreno que más nos convenía y aproveché la oportunidad que tan milagrosamente se presentaba: empecé exponiendo el verdadero objeto de nuestra visita, el entusiasmo con que el público había recibido los primeros números de la publicación, los buenos deseos de que estábamos animados, y el sublime desinterés con que renunciábamos á toda idea de lucro con tal que el periódico viviese, acabando por pintarle en frases conmovedoras cuán grande sería nuestro agradecimiento si nos sacaba del terrible compromiso en que estábamos.

Al llegar á este punto, que era el más sensible y el que más lastimaba nuestra delicadeza, miré á mi compañero con el rabillo del ojo: tenía la cara encarnada como una amapola; á mí las orejas me echaban fuego.

—No queremos,—agregué procurando recobrar mi serenidad,—que se nos *dé* nada, si que se nos *preste*, en la seguridad de que devolveremos el dinero enseguida, quizá antes de quince días...

Después recité varios lugares comunes, diciendo que nos dispensase aquel atrevimiento, que sabríamos agradecer el favor, etc., etc., todo lo cual acabó de aturrullarme.

Pero D. Pedro, con un interés y una nobleza que no olvidaré nunca y que hago constar aquí con verdadero placer, se mostró entusiasmado de nuestro proyecto, y no tan solo prometió hacer cuanto pudiese por conseguirnos aquella *miseria* (él la calificó así) que necesitábamos, sino por procurarnos una subvención que nos ayudase á seguir adelante.

—¡Animo, jóvenes,—dijo al despedirnos;—no hay que desmayar, porque en estas luchas es en donde se prueba el temple de las almas; mañana, á las once, les espero en casa de D. Juan; yo tendré el terreno preparado y podrán ustedes hablar con entera libertad.

¡Pobre D. Pedro! Es tan bueno, que creo que aquella noche no durmió pensando en nosotros, como yo no dormí la víspera pensando en él.

Al día siguiente, y á cambio de un pequeño anuncio que solo servía para que aceptásemos, sin rubor la generosa subvención que desde luego se nos concedió, nos fueron entregadas *ciento cincuenta* pesetas, cantidad fabulosa con la cual nos creímos definitivamente salvados.

Inmediatamente nos pusimos en movimiento; se pagó al casero, al impresor y á los cajistas se les dió parte de lo que se les debía y se buscó nueva imprenta; el número se confeccionó á escape y de cualquier modo; se escribieron tres ó cuatro artículos, se recogieron de aquí y de allá algunas noticias, se inventaron otras, se revolviéron todas y el periódico empezó á componerse.

¡¡Al fin!!

\* Pero aún quedaba, como vulgarmente se dice, *el rabo por desollar*.

Era preciso buscar casa enseguida, porque en la cabeza del periódico tenían que ponerse irremisi-



blemente las señas de la redacción, y con este pensamiento nos pusimos á recorrer las calles de San Vicente, Minas, Espíritu Santo, Acuerdo, Portillo y todas las adyacentes. Unos cuartos eran muy altos, otros muy caros, unos chicos, otros demasiado grandes; afortunadamente y cuando ya estábamos rendidos de subir y bajar escaleras, quiso nuestra buena estrella que en la calle de Conde-Duque, núm. 32, encontrásemos un cuartito segundo con todas las comodidades apetecibles; despacho, gabinete, cocina y dos alcobas: el sitio era bueno, las habitaciones claras, la casa nueva; dejamos á la portera dos pesetas de señal y fuimos á hablar con la propietaria.

El cuarto rentaba treinta y dos pesetas cincuenta céntimos; era lo último: aún nos quedaban algunas fuerzas y las empleamos en regatear el precio.

—¡Por ahora no podemos... ya se comprende que para usted es un gran sacrificio, pero más adelante será otra cosa; lo sentimos mucho pero no damos más que treinta pesetas!...

Por fin nos quedamos con el cuarto. Al día siguiente, miércoles, se llevaron al nuevo domicilio las dos mesas y las seis sillas de paja que componían el mobiliario, y cuando llegó con el jueves la publicación de aquel número tan atacado por la suerte y tan tenazmente defendido por nosotros, ya la redacción estaba instalada.

### III.

El número aquel fué denunciado; lo supimos algunos días después cuando nos llevaron la cita en que se nos mandaba comparecer sin pérdida de tiempo en la Casa de Canónigos, Escribanía del señor Rivero.

La denuncia nos hizo temblar de ira y de miedo. ¡Se nos quería sentenciar á muerte sin oírnos, sin dejarnos realizar la quinta parte de los grandiosos proyectos que revoloteaban como mariposas en nuestras cabezas!...

Aquello era un atropello, una infamia, un crimen espantoso que merecía estar castigado en los códigos con la más terrible de las penas...

Bajo la dolorosa impresión de aquel golpe que no esperábamos y cediendo á los satánicos impulsos de esa ira inextinguible y sorda que determina en el hombre la conciencia de su propia incapacidad, redacté para fondo del número inmediato el artículo *¡La primera denuncia!*, repleto de frases grandilocuentes, ripios y lugares comunes del peor gusto posible. Allí hablaba de cadenas y mordazas, de tiranos, de derechos hollados, de que estábamos seguros que nuestros amigos nos ayudarían, y de que la razón siempre se abriría paso, etc., etc.

«Republicanos,—acababa diciendo,—todos somos hermanos; una misma es nuestra causa, nuestra divisa es la misma; y pues la lucha se ha hecho inevitable, *El Libre Examen* os servirá de bandera para combatir al enemigo. Sabemos que se quiere, persiguiéndolo sin descanso, que nuestro periódico desaparezca del estadio de la prensa. Correligionarios, ¿lo consentireis? No lo esperamos. ¡¡Adelante, adelante, hijos de la patria, el día de la gloria ¡¡a llegad!!»

Estas célebres frases de *La Marsellesa* me parecieron de muy buen gusto: después firmamos los dos, sin duda porque ninguno quiso asumir la grave responsabilidad de ser autor único de aquella herejía literaria, y se envió sin más vacilaciones á la imprenta.

Aquella vida febril, las actividades morales y físicas que consumíamos semanalmente, el deseo de no defraudar las halagüeñas esperanzas que habíamos hecho concebir á D. Pedro y á D. Juan, siempre dispuestos á ayudarnos con sus consejos y su dinero, el proceso que se nos instruía con las mismas formalidades que si se tratase de una causa grave por homicidio ó estafa, los peligros y las fatigas, en suma, que nos abrumaban, acabaron por engendrar una pasión, ó por mejor decir, una manía, cifrada solo en *sostener el periódico*.

Entonces ni Carlos ni yo pudimos darnos cuenta exacta del estado de nuestros ánimos, porque nadie, ni aún el psicólogo más hábil, puede conocerse á sí mismo: pero después, cuando aquel estado *patológico* del espíritu pasó, he comprendido que éramos víctimas de una obsesión espantosa. *El Libre Examen* era nuestro hijo, y nosotros, por tanto, como padres, estábamos en la obligación de defenderle hasta morir y de arrollar cuantos obstáculos se opusieran á su desenvolvimiento.

Dicen los alienistas que la locura casi siempre empieza por una idea fija, y por eso creo seriamente que nos faltó muy poco para dar con nuestros huesos en una casa de Orates.

¿Se puede vivir sin luz, sin calor, sin abrigo, sin alimentos, sin aire?... No; pues todo esto y algo más fué para nosotros el periódico: cediendo á un capricho inconcebible habíamos cifrado en aquella hoja de papel el presente, el porvenir, todas las esperanzas, las ilusiones todas; aquello era lo que haría populares y queridos nuestros nombres, la tribuna á que subíamos para hablar con aquel público que aplaudía desde provincias y cuyas calurosas frases de adhesión nos transmitía todas las mañanas

el correo; la aldaba á que nos asíamos para llamar á las puertas del templo de la fama.

Como un loco hace ciento, bien pronto empezó Luisa á participar de mi entusiasmo; también ella quería á *El Libre Examen*, y todas las noches encomendaba el buen éxito de la empresa á una santa muy servicial en quien tenía mucha fé.

Cuando la iba á ver por las tardes, siempre me tenía preparado un vaso de agua con limón ó vino y azucar, para quitarme, según decía, la sed y el mal humor.

El cuarto en que vivía era un entresuelito muy fresco, con una ventana al patio; sobre la mesa siempre estaban el tintero, la pluma y las cuartillas.

—¡Hola, *hirsuto!*—decía yo al entrar.

La llamaba *hirsuto* sin saber por qué, y ella se reía mucho oyendo aquella palabreja cuyo significado no comprendía bien.

—¡Mira, mira quién está aquí; si supieras lo que me ha hecho rabiarse!..

Era Bertita, una niña rubia, muy mona, hija de una modista francesa que vivía en el cuarto tercero de la misma casa: todas las tardes bajaba con beneplácito de su madre á hacerle una visita á Luisa, y muchas veces, á pesar de la diferencia de edad, se sentaban las dos en el suelo y reñían y jugaban como si fuesen chicas.

Algunos días llegaba yo tan fatigado de la calle que me acostaba en la alcoba para dormir la siesta: entonces Luisa cerraba las puertas, corría las persianas y las cortinas del gabinete y se marchaba con Berta á jugar á la cocina; allí las sentía yo reír, golpear los pucheros y hasta pegarse. Otras, bien porque tuviera ganas de escribir, ó porque la pronta confección del número así lo exigiese, me ponía á

trabajar, y Luisa, para no enfadarme, se sentaba á coser junto á mí sin desplegar los lábios,

«Más grave que un alumno en diplomacia»

que dijo Campoamor; y Berta, después de dar algunas vueltas de un lado á otro, viendo que nadie la hacía caso, acababa por quedarse dormida debajo de una silla.

Por las noches casi nunca salíamos: pasábamos las veladas charlando de asuntos indiferentes, asomados á la ventana, mirando distraídos aquel patio rectangular por el cual cruzaban los vecinos que habitaban los cuartos interiores y oyendo el monótono ruido de la fuente ó las voces de las mujeres que espantaban su sueño ó su fastidio con cantares.

Los domingos por la noche la casa ofrecía un aspecto más animado: ella y yo nos asomábamos á la ventana para ver sin ser vistos las escenas íntimas que se desarrollaban en los cuartos inmediatos; veíamos regresar á los artesanos con sus mujeres; ellos vestidos con la ropa del domingo; el pantalón entallado color café, la chaqueta corta de pana negra, la camisa de color con cuello á la marinera, la corbata encarnada, las botas con puntas de charol, la cabeza algo mareada por los vapores del vino bebido en Amanuel, Vallecas ó Bombilla. ¡Ellas, con vestido de percal, el mantón de flecos puesto á guisa de chal sobre los hombros, el pelo muy bien peinado, sudorosas, mal humoradas, renegando de los zapatos estrechos y del corse apretado.

Cruzaban el patio, él delante, ella detrás, y oíamos el ruido de sus pasos al subir la estrecha escalerilla de madera: las puertas se abrían con estrépito unas tras otras y todas las ventanas se iban iluminando. Poco después empezaban las disputas; la sopa es-

taba fría, los garbanzos duros, las patatas por mondar, no había carbón... Los hombres reñían en un tono mientras se paseaban á lo largo de la habitación dando furiosos puntapiés á los muebles que les estorbaban; ellas respondían en otro más alto, los chicos lloraban, el patio parecía un infierno.

Otros inquilinos, los que habitaban el entresuelo fronterizo al nuestro, se llevaban mejor: ella era planchadora, él albañil; como dejaban las ventanas abiertas por el calor y no tenían la precaución ó el pudor de apagar el quinqué, les veíamos desnudarse; la mujer traginaba en la cocina, avivando el fuego, limpiando los platos y los cuchillos y preparando la mesa; él, entre tanto, se paseaba de un lado á otro en calzoncillos, canturreando malagueñas y con un chico en brazos.

Estudiando aquel pequeño mundo por dentro nos estábamos hasta las doce ó la una de la madrugada, muy entretenidos en sorprender las conversaciones y movimientos de los que se muestran en sus casas tales como son, en la seguridad de que nadie les vé. Poco á poco los ruidos se extinguían, las luces se apagaban... solo interrumpía el silencio del patio el incesante rumor de la fuente y la monótona sinfonía entonada por dos grillos prisioneros; ya era hora de separarnos.

*Aquella era la más negra; siempre se quedaba triste.*

—¡Quiero que vengas por la mañana, por la tarde y por la noche!—decía.—¡ay, ese maldito periódico me quitará la vida á disgustos!...

Al salir, la fresca brisa de la noche, ahuyentándome el sueño de los párpados, me despejaba el cerebro. Cruzaba la calle de Luisa Fernanda, que era en donde ella vivía, y la de la Princesa, completa-

mente desiertas á aquellas horas. La soledad del sitio, la lejana luz de los faroles y los perfumes desprendidos de las flores que tapizaban gran parte del delicioso Palacio de Liria, me infundían inexplicable bienestar: después entraba en la calle de Las Negras, quebrada en forma de codo y que se extiende entre el cuartel de Conde-Duqué y una pared bajita que limita el jardín perteneciente á una *Fábrica de Camas*: en aquel solitario callejón alumbrado solamente por un farol que la previsión del Ayuntamiento mandó colocar en la misma esquina que forma el codo, mis pasos levantaban un eco misterioso que más de una vez me hizo volver la cabeza creyendo que alguien venía detrás de mí, y rendido de fatiga y de sueño seguía por la calle del Noviciado en busca de mi casa.

Pasó el mes de Junio, los de Julio y Agosto pasaron también y el de Septiembre estaba bastante adelantado. La lucha seguía y nosotros cada vez nos hallábamos con nuevos alientos para continuarla: sin embargo el público, á pesar del subido color político del periódico, se mostraba frío y reservado; las suscripciones venían lentamente, los corresponsales no pagaban bien, los recursos económicos escaseaban...

En vano pusimos todo nuestro empeño en conocer, por las cartas que diariamente recibíamos, las inclinaciones del público, con objeto de escribir á gusto de la mayoría: imposible; los resultados eran tan escasos como grandes los esfuerzos; pero aunque lentamente, íbamos subiendo la cuesta, y era indudable que el triunfo sería nuestro si teníamos la suerte de no caer antes de llegar al término de la jornada.

Un golpe terrible, capaz por sí solo de abatir las

fuerzas del hombre más entusiasta, vino á herirnos cuando, extenuados por otros muchos contratiempos cuya sola enumeración sería enojosa, necesitábamos de toda nuestra energía para no sucumbir.

D. Juan, el hombre generoso que hasta entonces nos había ayudado y que desde hacia algún tiempo experimentaba graves perturbaciones en el orden de sus asuntos, me dijo un mañana terminantemente lo que ya en otras ocasiones me diera á entender; esto es, que se veía obligado por las circunstancias á retirarnos la subvención. Miré á D. Pedro que estaba presente y en su semblante compungido leí la confirmación de la fatal sentencia.

Corri desalado á la redacción y puse á Carlos al corriente de lo que pasaba: nos quedábamos solos, completamente solos, atendidos á nuestras propias fuerzas; hasta entonces la lucha fué difícil, y desde allí en adelante sería desesperada; pero, ¡qué diablo! trabajaríamos más, multiplicándonos hasta lo infinito, si preciso fuese.

Empezaron las economías: se redujo un poco el número de la tirada que hasta entonces había fluctuado entre 2.500 y 3.000 ejemplares, se timbró menos papel, se despidió el ordenanza y se comenzaron á aprovechar hasta los sellos usados que aún servían: se redujeron el sueldo del capataz que hacía el cierre y el de los repartidores y hasta se proscribió por las noches el uso del petróleo; con un par de velas teníamos bastante.

Luisa, al saber la situación extrema en que estábamos colocados, me rogó que la dejase ayudarnos: estaba dispuesta á hacer, sin enredar, todo lo que se la mandase; escribir fajas, buscar señas en la *Guía*, doblar periódicos, pegar sellos y atar los pa-

quetes: sería, en suma, un ordenanza con faldas, muy guapo y muy juicioso.

Pero aquella nueva vida exigía que estuviésemos siempre juntos, y para eso era necesario que se mudara: la casualidad hizo que en aquellos días se desalquilase el cuarto inmediato al que teníamos de redacción, lo tomé sin pérdida de tiempo y con gran alegría de todos transportaron sus muebles al nuevo domicilio.

Los primeros frios de la segunda quincena de Septiembre anunciaron la proximidad del invierno. ¡Qué días, y sobre todo, qué noches tan tristes nos esperaban!...

#### IV.

El cuarto que yo había escogido para Luisa era pequeño, con dos ventanas á la calle del Limón, y constaba de un gabinete bastante grande, cocina y dos alcobas.

En el gabinete, que tenía una ventana al patio, estaba debajo de ésta y enfrente á la puerta de entrada, la mesita en que yo escribía, cubierta con un tapete obscuro: á la derecha un armario de pino sin pintar en que se guardaba la vajilla, y á la izquierda una cómoda enchapada de caoba sobre la cual había dos retratos, una caja conteniendo hilos y cintas y otras dos ó tres cajitas adornadas con caracólitos, conchas y piedrecillas de mar; todo ello puesto con mucho cuidado, á línea y muy limpio; encima de la cómoda, y sujeto con alcayatas que solo yo sabe el trabajo que costó clavarlas, había un espejo en uno de cuyos ángulos faltaba un pedazo de luna, defecto que Luisa procuró disimular poniendo sobre el roto y como adorno, uno de esos pitos que venden en

la romería de San Isidro, llenos de hojas y de flores de papel; además del espejo grande, decoraban las paredes otros espejitos más pequeños, varios cuadros de bordado, un reloj muy antiguo que á pesar de su vejez se adelantaba al sol y á todos los relojes conocidos, un estantito lleno de libros maltratados y una vista panorámica de Barcelona sujeta á la pared con alfileres.

Pero lo que más me llamaba la atención eran los libros: no había ninguno que mereciese leerse; unos estaban en francés, otros en latín, algunos en italiano; había una *Aritmética*, de Cirode, el tomo segundo de una *Gramática francesa*, escrita según rezaba la portada por un profesor auxiliar del Instituto de Mahón, un tratadito relativo á la cria de la raza caballar en España, un libro del P. Claret, una *Biblia* protestante y otros varios libracos que se parecían á Dios en no tener como El ni principio ni fin, pues les faltaban las últimas páginas y las primeras también.

Muchas veces pregunté á Luisa con verdadera curiosidad por el origen de tan extraña biblioteca: más ella en este punto estaba tan ignorante como yo: aquellos libros los conocía desde que tuvo uso de razón y eran muy anteriores á su nacimiento.

—Quizás será,—decía,—la herencia que me dejó algún tatarabuelo que se dedicaba juntamente á las matemáticas, á la linguística, á la cria de caballos y al estudio del Antiguo Testamento.

En una de las alcobas estaba su cama; una camita estrecha y muy alta, como las tarimas de los hospitales, cubierta con una colcha encarnada; á su cabecera, una mesilla de noche con piedra de mármol, en cuya gabeta guardaba la caja de polvos, las horquillas, el peine y las tenacillas para rizarse el

pelo, y á los piés y debajo de la ventana, la silla en que habitualmente se sentaba á coser.

Todos los muebles de aquella pobre vivienda estaban sacudidos y bien puestos; el suelo fregado, los cristales limpios, los vasares de la cocina adornados con papeles de colores, las prendas de vestir colgadas de los percheros: en los detalles más insignificantes se adivinaba enseguida la mano infatigable de la mujer hacendosa.

\*  
\*  
\*

El tiempo corría para mí con más rapidez que de costumbre, entregado como estaba á la confección del periódico: *El Libre Examen* era un hijo calavera que ya les había devorado á sus padres un riñón y que aún seguía pidiendo. Consumía dinero, actividades, artículos, todo; se pagaba el número de hoy y ya estábamos debiendo el de la semana siguiente; se habían llenado con mil apuros sus ocho páginas de lectura, y teníamos que prepararnos nuevamente á disponer el original del número próximo: y además de esto, extendíamos recibos, llevábamos el libro de los corresponsales y el *Diario*, apuntábamos las suscripciones nuevas, abriéndole á cada abonado una cuenta detallada en la *matrix* correspondiente, leíamos diariamente quince ó veinte cartas escritas con signos cuya misteriosa clave solo poseen los que no saben escribir y contestábamos á cuantas personas nos preguntaban algo.

También, y con objeto de dar á conocer el periódico lo más posible, uno de nosotros empezaba á escribir fajas, tomando al azar señas de la *Guía*, y el otro hacia lo que entre los del oficio se llama *cerrar*; esto es, doblar los números, ponerles su faja y atarlos por cajas en paquetes: y este trabajo in-

menso que nos absorbía todo el día y gran parte de la noche, continuaba incesante, abrumador, hora tras hora, semana tras semana, y sin embargo, nosotros que éramos las únicas víctimas de aquel correr continuo, nos horrorizábamos de que el espantoso tragin pudiera cesar.

—¡Esto es hermoso!—decíamos algunas veces en el *colmillo* de la locura y del entusiasmo;—nuestra voluntad es el mágico resorte que pone todo esto en movimiento: diariamente hay tres ó cuatro cajistas trabajando en la confección del periódico que hace algunos meses salió de la nada y que, según parece, no tardará en llegar á las nubes; las máquinas de la imprenta ruedan para dar á conocer al mundo las ideas que concibió nuestro cerebro, los chicos esperan con impaciencia la salida del número para vocearle casi al mismo tiempo en la mayor parte de las capitales y pueblecitos de España, hay millares de individuos que nos leen y nos aplauden, y los oídos de la muchedumbre se va acostumbrando poco á poco al eco de nuestros nombres: ya constituimos una empresa seria, un organismo vigoroso, puesto que vivimos sin ayuda de nadie y damos de comer á tanta gente...

Una tarde, pasando por la Puerta del Sol me encontré con un amigo á quien no saludaba desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué es de tu vida,—preguntó:—en qué escondrijo te metes ahora que no se te encuentra por ninguna parte?

—Estoy de redactor en *El Libre Examen*,—repu-se con una confusión cuya causa no acierto á explicar.

—¡*El Libre Examen*... psch!... ¿Y eso, qué es?...

—Toma, ¿qué ha de ser?... ¡Un periódico mejor

que otro cualquiera!—contesté algo irritado por el tono despreciativo de la pregunta.

—¿Es republicano?

—Sí.

—¿Y ganas dinero con eso?

—No, porque la publicación es muy joven aún, pero pienso ganar bastante dentro de muy poco tiempo.

Mi amigo me miró de hito en hito y con un aire tal de petulancia que acabó por ponerme de mal humor.

Entramos en *La Deliciosa* y allí empezó á referirme su vida. El estaba bien, perfectamente bien; acababa de tomar posesión de un destino que le permitía vivir con bastante desahogo; trabajaba muy poco y ganaba, por lo menos, tres ó cuatro duros diarios,... algunas veces, ¡diez y doce!... Y para que yo no dudase de la veracidad de sus palabras sacó la cartera y me enseñó un macito de billetes del Banco.

—Ahora marchó perfectamente,—concluyó diciéndome;—gano lo que quiero y casi sin moverme, y como en mi casa no tengo atenciones que llenar lo gasto todo en mi persona; visto bien, como en donde quiero y fumo buen tabaco; por las tardes me voy al frontón, por las noches al teatro, los domingos á los toros; en fin, querido, una vida de príncipe.

—Pues me alegro de tus venturas como si fuesen mías,—dije;—yo trabajo mucho y no gano nada, pero tengo esperanzas de salir adelante en mi empresa.

—Esas esperanzas no se realizarán nunca, porque por más esfuerzos que hagais tú y los que luchan contigo, no conseguiréis traer la república á España: ese periódico morirá como otros muchos que empezaron con más elementos, y sólo te queda-

rán como recuerdos de tu calaverada periodística, muchas canas, muchos desengaños y muchísimas deudas. *El Libre Exámen* no lo lee nadie, ni puede abrirse paso, pues la inmensa mayoría del público es refractaria á las ideas que en él se defienden; entre los aldeanos quizá logres hallar algunos correccionarios entusiastas, pero la clase media, que es la parte más numerosa, más inteligente y más sensata de la nación, no te responderá. ¿A tí qué te importa, mentecato, que reine Juan ó Pedro, y que España sea monárquica ó republicana, católica, atea ó mahometana?... Acuérdate de los garrotazos que le daban á D. Quijote siempre que se metía á defensor de oprimidos, y renuncia á ceñir la corona del martirio; las figuras de Riego ó de Torrijos serán muy simpáticas, pero, francamente, están pasadas de moda; déjate de niñerías y haz lo que yo, que como, bebo y me divierto todo lo que puedo, seguro de que los únicos goces positivos son los que á mí mismo me proporciono.

Aquella conversación me impresionó dolorosamente y volví á casa muy abatido; y como Luisa y Carlos quisieran saber la causa de mi decaimiento, les referí lo sucedido sin omitir un detalle.

—¡Bah! ¿y por eso te pones así?—exclamaron mis compañeros;—¿y eres tu el hombre que no se abate por nada?... ¡Ta, ta!.. Tu amigo es un presumido que no sabe lo que hacer del dinero que gana, pero el día de mañana le dejan cesante y se acabó la mina; mientras que nosotros, si seguimos trabajando con fé como hasta aquí, lograremos salir triunfantes de la pelea; á él le han dado ese destino, y el que se lo dió se lo puede quitar; tiene, por tanto, que depender del capricho de otro y doblegarse á la voluntad de su padrino si quiere conservar su

canongía, y en cambio nosotros nos vamos labrando un porvenir solitos, sin auxilio de nadie, á fuerza de paciencia y de valor.

Estas esperanzas, á pesar de su difícil realización, me reanimaron. ¡Dudar del triunfo del periódico, qué atrocidad!

—Sí, tenéis razón,—exclamé entusiasmado;—mi amigo es un pobre ciego que no sabe lo que vé; *El Libre Examen* se va desenvolviendo á pasos de gigante, y cada día su esfera de acción será más grande, y se abrirá paso á despecho de cuantos obstáculos se conjuren para su ruina, y triunfará y será inmortal y nuestros nombres inmortales también. Ea, se acabaron las vacilaciones, y prometo solemnemente no volver á dudar de nuestra fé. ¡Viva *El Libre Examen*!

Y nos quedamos tan contentos.

Esta época de mi vida la recuerdo con indecible tristeza.

Las mañanas las pasábamos Carlos y yo en la redacción, despachando la correspondencia del día anterior y esperando llenos de impaciencia la llegada del cartero: cuando este entraba nos arrojábamos sobre las cartas; si venían *letras*, ¡qué alegría tan inmensa!... si no traían dinero, ¡qué decepción tan grande!...

Satisfecha esta primera impaciencia las leíamos una por una, para poderlas contestar después, y el resto del tiempo se invertía en leer la prensa de la mañana y en redactar algunas noticias; luego nos íbamos á almorzar.

Por las tardes Carlos salía á sus asuntos particulares, y yo me iba á casa de Luisa.

¡Oh, me acuerdo perfectamente de aquellas tardes frías y lluviosas de invierno!...

Subía deprisa las escaleras, aspirando el fuerte olor á tierra y á madera mojadas; ella me conocía por el modo de andar y abría antes de que yo llamase.

—¡Ten juicio, muchacha—exclamaba yo;—deja que me quite todo esto; ¿no ves que estoy chorreando?...

Entonces cogía la capa y el paraguas y se los llevaba por allá dentro, y me traía unas zapatillas para que me descalzase las botas húmedas.

—¿Han venido cartas?—preguntaba yo.

—Sí, dos; no he querido abrirlas ni dárselas á Carlos por no quitarte ese gusto; mira, creo que en esta viene dinero, ¿y tú?... espera, no rompas el sobre todavía.

—A mí, que nó.

—Pues yo, que sí; ¿qué apostamos? .

—Lo que quieras.

Siempre apostábamos alguna tontería: un azote ó un beso.

Si yo ganaba, nos poníamos tristes un momento, pero ella me pagaba con creces lo convenido, y con sus mimos me devolvía el buen humor.

—¿Qué vamos á hacer esta tarde?—preguntaba.

—Mucho y muy serio: hoy tengo que escribir el artículo de fondo, mañana es jueves y, ya ves... ¿no hay más remedio!...

—¿Tienes algo pensado?

—No, pero ya se me ocurrirá.

La concepción de mis artículos revestía en aquellas circunstancias todos los caracteres de un parto difícil y laborioso; tenía el cerebro tan cansado, el espíritu tan rendido que, á pesar de mis esfuerzos, las ideas no acudían.

Luisa se sentaba á coser junto á la ventana de su



alcoba, y yo me ponía á pasear de un lado á otro, porque me parecía que el ruido de mis pasos sobre el piso de madera me ayudaba á pensar.

—¡No se me ocurre nada—gritaba algunas veces furioso;—soy un burro con una cabeza de corcho; ¡no sé cómo te has enamorado de mí...

Apoyaba la frente sobre los cristales de la ventana, y así permanecía algún tiempo, viendo llover y creyendo que aquella impresión fría me era muy conveniente; después me tendía en la cama boca abajo, persiguiendo siempre la maldita idea que se obstinaba en escapar...

Nada, no se me ocurría; me levantaba y, ¡vuelta á los paseos!

Luisa seguía con la vista todos mis movimientos, muy seria, como si comprendiese las torturas que sufría en aquellos momentos.

La tarde á que me refiero, no estuve tan torpe en la concepción como otras; una idea cruzó por mi cerebro iluminándolo momentáneamente; me detuve; la imaginación empezó á trabajar bajo el mandato de la voluntad, y los conceptos se precisaron.

—¡Ya, ya está aquí, ya te tengo!—exclamé lleno de alegría golpeándome la frente.

—¿Y qué es?—preguntó Luisa levantándose.

—Un artículo hermosísimo, colosal.

—¿Titánico?

—¡Epico!

—¿Que hará nuestra felicidad?

—Creo que sí, pero ¡no te muevas, no sea que se me escape!... A ver... sí, se llama ¡¡Prostituta!... Será un escrito digno, como el *Don Quijote*, de grabarse en mármoles y esculpirse en bronces. Sí, esto es: Iglesia, tú vendes el matrimonio, tú vendes las

indulgencias, tú vendes la gloria eterna, á todos tus favores les pones precio ¡eres una prostituta!

Todo esto decía yo en voz alta, sin dejar de pasarme del gabinete á la alcoba y viceversa y con los ojos medio cerrados.

—¡Pero hijo mío, eso es una atrocidad!

—Convengo en ello; pero es una atrocidad que dará dinero.

—Y disgustos.

—¿Tú, qué sabes?

—Te van á meter en la cárcel.

—No importa—proseguí—y fíjate en el modo de empezar: *Siempre he nos tenido una frase de perdón para la pobre joven que se entrega indefensa á los caprichos de su amante...* Sí, perfectamente; déjame sólo, porque voy á ponerme á escribir enseguida.

Así pasaba las tardes: emborrataba unas cuantas cuartillas y, si estaba satisfecho de mi obra, se las leía antes de continuar; algunas veces tomábamos café, y entonces ella dejaba la costura y yo la pluma, y esperábamos la hora de la cena contando cuentos ó dormitando sobre la mesa, arrullados por el monótono ruido de la lluvia al chocar contra las losetas del patio; otras, nos asomábamos á las ventanas que caían sobre la calle del Limón; desde allí se veía una larga serie de tejados pertenecientes casi todos á la fábrica de cervezas de *Mahou*, cuya enorme chimenea, ennegrecida por el humo, parecía un dedo embetunado y gigantesco que quisiese oradar el cielo.

En aquellas monótonas tardes, el edificio siempre estaba silencioso; nunca se oían voces en su interior, ni brillaban luces en sus ventanas; solo el incesante y pavoroso resoplar de la máquina revelaba que el coloso seguía viviendo bajo su capa de nieve.

Junto á la fábrica había una casita de ladrillo, que acaso era una dependencia suya, cuya única puerta de entrada solo se abría los domingos por la tarde para dar paso á dos mujeres con color de anemia, que después de permanecer algunos minutos sentadas en el quicio, se volvían á entrar; en la casa inmediata estaba un comercio, en cuya muestra se leía: *J. Carpio. Vidriero y plomero. Platinista de coches; se hacen faroles para coches*; y después una taberna con sus puertas y sus cortinillas pintadas de rojo.

¡Nunca podré olvidar aquellas tardes de invierno en que la muda contemplación á que me entregaba, llenaba mi espíritu de inexplicable nostalgia!

Luisa y yo, con las cabezas juntas y las frentes apoyadas en los cristales, mirábamos siempre... Del ceniciento cielo caían en silenciosa cascada grandes copos de nieve; á la distancia los tejados se confundían unos con otros y entonces parecía que todos ellos estaban cubiertos por una sábana blanca, llena de arrugas; por la calle de Limón pasaban algunas muchachas que iban por agua á la Travesía de los Guardias, y el ruido de sus chanclos de madera subía hasta nosotros; las luces de los faroles, movidas por el viento, parecían por lo amarillentas y temblorosas, tiritar dentro de sus fanales: las de la taberna, al atravesar las cortinillas del escaparate, trazaban sobre el desigual empedrado de la calle, dibujos rojizos que se encogían y alargaban como lenguas de fuego: todo era soledad y abandono: las casas cerradas, la calle desierta: sólo se oía el continuo alentar de la Fábrica, los plañideros ecos de las campanas que regulan los piadosos ejercicios de las monjas *Comendadoras de Santiago*, y las cornetas del cuartel de Conde-Duque.

A las siete me marchaba á cenar, después de recomendarla mucho que no tocara las cuartillas escritas, que no abriese la puerta á nadie y que corrigiera bien las pruebas, ocupación que la divertía extraordinariamente.

Dos horas más tarde regresaba á su casa; subía por el callejón del Cristo, tan triste y tan estrecho, y me aventuraba por la Travesía de los Guardias, plazuela irregular cerrada por casuchas de mal aspecto, y que el abandono de los vecinos y del Ayuntamiento han convertido en vertedero de toda clase de inmundicias: el suelo, por lo resbaladizo, desigual y pendiente, me obligaba á caminar despacio, porque lo más fácil era caer y romperse la cabeza contra las piedras; la nieve y el viento me azotaban la cara, la humedad del piso me hacía tiritar; casi siempre, al atravesar aquella plaza que yo llamaría *del peligro y del desamparo*, un clarín hacía resonar en todo el cuartel el *toque de silencio*; un toque extraño, compuesto de dos notas, una de las cuales parece un acento circunflejo de la otra, que se sostiene y alarga todo el tiempo que lo consienten los vigorosos pulmones del músico.

Entraba en el zaguán de mi casa, abría el buzón que por regla general sólo contenía periódicos, daba las buenas noches á la portera y trepaba escaleras arriba, sintiendo el mismo olor á tierra mojada que por la tarde.

Siempre la encontraba escribiendo ú hojeando uno por uno cuantos libros de literatura tenía yo guardados en las gabetas de la cómoda, para copiar lo que la parecía más bonito y más apropiado á la índole del periódico, tales como epigramas del conde Rebolledo y de Jacinto Polo de Medina, y sonetos de Villarroel y de Fray Diego González.

—¿Qué haces ahí, *hirsuto*?—le preguntaba al entrar; de seguro que no será nada bueno; ¡á que me has perdido las cuartillas del artículo?

—No me riñas, hijo; no me riñas, que no he hecho nada malo: ahora te enseñaré lo que he escrito.

Y riendo como una niña me leyó el gracioso soneto atribuido á D. Diego de Mendoza, que acababa así:

.....«Ella, volviendo,  
el salvó honor le muestra, y le decía:  
«Besad aquí, señor, que todo es tierra.»

—Y para que veas si soy juiciosa,—agregó,—no he estropeado más que tres cuartillas; ¡verdad que no es mucho?

—No, pero á callar, que tengo que seguir escribiendo.

—Eso es, vienes y no eres para decirme *cosas*, ni siquiera para dejar que yo te las diga á tí; eres malo, hijo, antes me querías más.

—¡Pero muchacha!—exclamaba yo entonces poniendo la cara más compungida posible para persuadirla,—¿no ves que son las nueve y media y que el artículo no está más que empezado?... Entretanto en recoger las pruebas.

—No me dá la gana, eso mismo; yo haré lo que quiera, coseré ó me iré á dormir, tú no tienes nada que ver...

Yo me ponía á escribir y ella, cuando se cansaba de lloriquear, se quedaba dormida sobre la mesa.

Entonces era cuando yo trabajaba con más fé: las ideas acudían á mi mente con facilidad, la pluma trazaba series inacabables de renglones apretados, y el poco tiempo de que disponía me obligaba á correr sin tino, sin medir bien el alcance de las pala-

bras, algunas muy atrevidas, que la precipitación, el entusiasmo y la falta de experiencia, me daban.

Al dar la media noche suspendía la tarea para obligar á Luisa á acostarse: no quería... en la alcoba hacía mucho frío y además la daba miedo estar sola... ¿Jesús, por qué era yo tan malo?...

La tenía que llevar á puñados y á fuerza de reñir conseguía que renunciase al pueril empeño de acompañarme hasta que acabara el artículo.

—¿Me lo vendrás á leer?—decía.

—Sí.

—¿Aunque esté dormida?

—¡Chist, sí!

Me ponía á escribir con nuevo ardor; la casa estaba silenciosa; solo en el patio se sentía el continuo golpear de la lluvia. El invariable tic-tac del reloj acompañaba el rápido rasguear de mi pluma y la mortecina luz de aceite de la capuchina que me alumbraba esparcía por los ángulos de la habitación misteriosos reflejos. Algunas veces ruidos extraños me obligaban á volver la cabeza; eran producidos por ratoncitos que corrían sobre el entarimado seguros de que por allí no había gato cazador ni amo vigilante que les agrediese: paseaban en todas direcciones sus inteligentes ojuelos, negros como cuentas de azabache, frunciendo el hociquillo y arrastrando magestuosamente el rabo con la misma presunción y coquetería que si fuese la cola de un vestido de seda: eran pardos, con el pechito y las extremidades blancas: yo cuando me causaba de verlos, daba una voz ó un puñetazo sobre la mesa y los animales desaparecían instantáneamente como sombras de una visión dantesca.

Seguía trabajando hasta las dos ó las tres de la

madrugada, hora en que con un párrafo que siempre procuraba que fuese lo más rimbombante posible, daba por terminado el artículo y ponía la firma. ¡Ah, qué satisfacción!...

Enseguida cogía la capuchina y las cuartillas y entraba en la alcoba para confiar á Luisa mi flamante producción literaria; me sentaba al borde de la cama y empezaba á leer dando á mi voz las inflexiones, los *erescendos* y *diminuendos*, *achelerandos* y *ritardandos*, que á mi juicio, contribuían á dar belleza á la prosa. Luisa, con la cabeza medio escondida debajo del embozo, me miraba sonriente y con los ojos muy abiertos, pensando... ¡en ella sabe qué tonterías!

—Ahora,—decía yo cuando acababa,—me voy con Carlos á trabajar; tú te duermes tranquila, porque yo no he de volver por aquí hasta las diez de la mañana: mira; sobre la mesilla te dejo el artículo, cuando venga el chico de la imprenta se lo das y recoges las pruebas que traiga; vaya, hasta luego,

Apagaba la luz, cerraba la puerta y me dirigía á tientas por el pasillo de la escalera hácia la redacción: allí me esperaba mi compañero desde hacía más de cuatro horas.

## V.

Nadie, que no haya pasado por ello, puede comprender la fuerza de voluntad que se necesita para ponerse á escribir en una madrugada de invierno sin café y sin fuego, como nosotros lo hacíamos; con el sombrero puesto, embozados en nuestras capas, juntando las piernas por debajo de la mesa para ofrecernos mutuamente algún calor y alentándonos á cada momento los dedos agarrotados por el frío, para poder seguir sosteniendo la pluma.

El viento silbaba furioso en la ancha calle de Conde-Duque, levantando frente á la puerta del cuartel remolinos de nieve que giraban alrededor de las garitas en que velaban los ateridos centinelas, y amenazando arrancar de los hierros del balcón la muestra del periódico: el aire helado de la calle penetraba por las rendijas de la ventana desprovista de burletes haciendo oscilar la vela que nos alumbraba enclavada en una palmatoria de lata; la habitación en que estábamos carecía de muebles, de una mala alfombra que neutralizase el insoportable frío de los baldosines y de cuadros que interrumpiesen la monótona uniformidad de las paredes: aquel cuarto parecía un nicho y nosotros dos muertos que se movían galvanizados por una idea.

Pero contra los rigores de la temperatura, contra la pereza, el sueño y las fátigas moral y física, luchaba y vencía aquel funesto amor que profesábamos á *El Libre Examen*: era preciso salvarle aunque nosotros pereciésemos.

La noche en que podíamos comprar café nos considerábamos felices, porque la mágica bebida tenía la doble virtud de quitar el frío y ahuyentar el sueño; más aquellas orgías eran muy raras: el periódico lo necesitaba todo, un céntimo que se gastase podía hacer falta al día siguiente, y ¡quién sabe!... quizás se malograra la empresa por un duro, por una peseta, tal vez por dos reales..

Renunciamos heroicamente al café para acoger nos al Cariñena; pero este vino resultaba caro porque se bebía sin querer, y ya puestos en la pendiente de las concesiones humillantes, nos acogimos al aguardiente. ¡Malol! lo mismo el Monóvar que el Chinchón nos mareaban la cabeza poniéndonos en el lamentable estado de no saber lo que hacíamos,

y tuvimos también que prescindir de aquel último consuelo.

Una noche empezamos la tarea bajo malos auspicios: la primera carta que se ofreció era la de un corresponsal que deseaba se le rebajasen diez ejemplares á su paquete. ¿Por qué era aquello, por qué pidió antes más y ahora menos?... ¿No estaba bien escrito el periódico, no podía figurar entre los más valientes del partido?...

La segunda era de un suscriptor que dejaba de serlo por no haber recibido los dos últimos números, la tercera, de un amigo que nos enviaba una letra por valor de cincuenta pesetas... para que le comprásemos un décimo de la Lotería Nacional.

Yo las iba leyendo una por una y haciendo graves esfuerzos para disimular el despecho que aquellas contrariedades me causaban, cuando Carlos, que repasaba los últimos periódicos en busca de noticias, lanzó una exclamación y se puso pálido.

—¡Oye lo que dice aquí!—murmuró:—«Anoche, en las primeras horas de la madrugada, el señor fiscal formuló una gravísima denuncia contra nuestro querido colega *El Libre Examen*. Lo sentimos mucho.»

Los términos en que la noticia estaba redactada aumentó nuestra ansiedad, pues no nos preocupaban solamente los peligros que desde aquel instante amenazaban al autor del artículo denunciado, sino las gravísimas perturbaciones que aquello causaría en la buena marcha administrativa del periódico. ¿Y si nos querían meter en la cárcel, ó nos pedían una fianza en metálico, cosa que no podíamos prestar?...

Largo rato estuvimos discutiendo la línea de conducta que en tan difíciles circunstancias debíamos

seguir, y sin ánimos para reanudar la interrumpida tarea.

Al fin convinimos en que solo el valor y la audacia nos podían salvar; era preciso continuar escribiendo fuerte y disparando *bala rasa* sobre el orgulloso enemigo, llamar la atención del público y de la prensa con nuestra campaña, para que aquel nos ayudase y ésta nos defendiese y sorprender á parciales y contrarios por la energía del ataque y nuestra calma estóica en la defensa.

Para aquello eran indispensables dos cosas: dinero, con que hacer frente á los reveses de la fortuna y un *director ó testa-ferro*, que se hiciera responsable de los escritos denunciados y que fuese á la cárcel si era preciso: nada de esto teníamos, pero, en fin, se lucharía hasta donde humanamente se pudiese, y cuando el último cartucho se hubiera quemado... ¡ya se continuaría de cualquier modo la pelea!...

A la mañana siguiente se presentó el Juzgado en la redacción á recoger los ejemplares del número denunciado, y á informarse del nombre y señas del autor del escrito.

El artículo objeto de las iras del fiscal era el mío, *¡Prostituta!* estaba tachado todo él con lapiz rojo: presté declaración, firmé y el juez así que hubo cumplido los requisitos acostumbrados, se despidió de nosotros diciendo que si no moderábamos un poco los ímpetus tendría el honor de visitarnos todas las semanas.

Luisa, que lo había oído todo desde su cuarto, salió corriendo al pasillo de la escalera con el pelo suelto y á medio vestir: ¿qué pasaba, quién era aquella gentuza?... ¡Ah! era una denuncia, es decir, una cosa muy grave... ¡Bien decía ella que aquel artículo

no podía pasar; pero yo tenía la cabeza como un marmolillo y era inútil hacerme reflexiones!... Me sentenciarían á ocho ó diez años de presidio, allí me moriría de pena y ella también se moriría... ¡y todo por un papelucho indecente!...

—No te apures, locuela, que aún no ha sucedido nada; ya buscaré abogados que me defiendan.

—¿Quiénes?

—Sánchez-Covisa, Muñoz Rivero, cualquiera.

—¡Pamplinas... porque esos defensores no te servirán de nada...

Tuve que enfadarme mucho para hacerla entrar en razón y en su cuarto, pues no quería de ninguna manera dejarme solo, temerosa sin duda de que me llevasen.

En los días sucesivos el correo trajo incalculable número de reclamaciones: los corresponsales pedían sus paquetes, los suscriptores su número, y algunos que ya tenían conocimiento por la prensa diaria de la denuncia, nos suplicaban que se lo enviásemos á toda costa y á cualquier precio. Todos los números de los puestos fueron secuestrados por la policía, y en el café del Vapor los guardias de seguridad abofetearon bárbaramente al chico que los vendía.

Aquella persecución y varias cartas de felicitación que recibí redoblaron mi entusiasmo: es cierto que la mayor parte de aquellos esfuerzos se perdían, porque los corresponsales se negaban á pagar después el importe de paquetes que no habían recibido y que las pérdidas metálicas que esto acarreaba eran muy grandes, pero teníamos la esperanza de que la suscripción aumentaría, codicioso el público, como siempre sucede, de conocer todo aquello que le prohíben.

El siguiente número también fué denunciado: la orden del fiscal se transmitió instantáneamente por los hilos telegráficos á todas las estaciones, y los paquetes fueron detenidos; en Madrid sucedió lo propio. Así no era posible continuar, nos ahogaban sin que nadie oyese nuestros gritos; ni siquiera teníamos el gusto de sucumbir escuchando los aplausos de un pueblo entusiasta. Estábamos con los brazos atados: no podíamos ceder, temerosos de que los intransigentes tachasen de cobardía nuestra debilidad, y tampoco desaffiar las iras de un contrario implacable que nos abrumaba con su fuerza y con el Código.

En tan desesperada situación acudimos otra vez á D. Pedro en demanda de algún socorro, pero nuestro excelente amigo nos hizo comprender que un cúmulo de fatales circunstancias obligaron á D. Juan á echar los cordones á su bolsa y que por aquel lado toda tentativa era inútil.

—Apesar de eso—dijimos—es absolutamente preciso que usted no nos desampare, porque sería un dolor perder el trabajo de tantos meses y no recolectar los frutos de las semillas por nuestra mano sembradas; doscientas ó trescientas pesetas nos bastaban para triunfar de una vez.

Don Pedro nos oía silencioso, mordiéndose el bigote y mirándonos fijamente á través de los empañados cristales de sus gafas.

—¡Dios misericordioso!... ¿Estará pensando en algún párrafo de Spencer que no puede traducir con la corrección que desea? ¿Será algún capítulo de la *Civitas Dei* de San Agustín ó de las *Confesiones* de Rousseau lo que en estos momentos le preocupa?—decía yo mientras hablaba y sentía que mis pala-

bras se aniquilaban sorbidas por el silencio de la habitación y sin encontrar eco.

Al fin D. Pedro salió de su mutismo para preguntarme si yo sabía francés, y como la respuesta fuese afirmativa,

—Entonces todo se ha arreglado,—dijo—porque D. Juan quiere traducir una obra y nadie mejor que usted puede hacerlo; espérenme mañana en la redacción que lo demás es cuenta mía.

En efecto; al día siguiente fué á vernos nuestro incansable protector llevando el libro *La Conciencia*, original del conde Agénor de Gasparin y las doscientas sesenta pesetas que el bondadoso D. Juan me daba por la traducción.

Aquel refuerzo pecuniario que tan impensadamente llegó en nuestro socorro, nos permitió pagar á los acreedores más exigentes y comprar tinta, plumas, papel en cuartillas y sellos de correo, artículos todos de primera necesidad, y la batalla siguió más ruda, más empeñada que nunca: era una pelea grandiosa contra el público indiferente, contra el fiscal que nos agobiaba á denuncias y contra la miseria que se esforzaba en hacernos sucumbir.

Carlos confeccionaba casi todo el periódico, yo escribía un artículo, recortaba algunas noticias y traducía sin descanso, tanto por entregar á D. Juan aquel trabajo que ya me había pagado, como por obtener otros que me prometieron y que me importaba cobrar antes de que el dinero recibido se acabase.

El libro de Gasparin era grande, pesado, soporífero, como un tratado de cocina alemana, monótono como un rosario rezado por viejas; se traducía mal, la prosa era pobre, las palabras se repetían á cada instante, el modo de exponer los conceptos, difuso y

premoso. Se adivinaba enseguida que el autor hubo de convenir consigo mismo, en que no dejaría de llamar la atención un libro en el cual se demostrase todo lo que hay de demostrable y discutible, *aquende y allende* los cielos, mediante la conciencia; y una vez resuelto á ello, empezó á escribir, exponiendo los problemas y resolviéndolos á su antojo, acertando por rara casualidad en algunos y equivocándose en los más.

Hay en el libro de que hablo unos retruécanos y unas marañas de argumentos, semejantes á aquellos que le volvieron el juicio al famoso *Manchego* de Cervantes. Allí se habla de los derechos de la conciencia, de creer y de negar en conciencia, de los conflictos entre la conciencia y el falso cristianismo, de la conciencia en la fé, de que la conciencia resuelve todos los problemas sociales, de la influencia que ejerce en la literatura y en las artes, ¡de la *vitalidad de la conciencia!*...

Tiene afirmaciones estupendas, como «los hombres que comprenden el valor de su conciencia saben respetar la agena, y no serían capaces de forzar á nadie ni aún para hacerle aceptar el Evangelio, porque eso sería renegar del Evangelio mismo, renegar de la conciencia, renegar de todo.» Y también: «hay libertad de conciencia porque hay conciencias; la conciencia es el asiento de la libertad; el Evangelio, al mostrar á las conciencias tal como son, fundó la libertad y la igualdad: mientras que haya conciencias, es decir, almas que se gobiernen á sí mismas en presencia de Dios, el despotismo es imposible», etc., y un sin fin de majaderías semejantes á las transcritas que no consigno por amor á mis lectores, y de las cuales se estará riendo el conde Gasparin desde el otro mundo, si es cierta

la consoladora doctrina que nos finge una nueva vida después de la terrena.

El siguiente número de *El Libre Exámen*, sufrió cuatro denuncias y Carlos y yo nos vimos envueltos en nuevas causas: á pesar del cuidado que teníamos de no enviar al Gobierno Civil los ejemplares firmados hasta las altas horas de la noche, la edición era secuestrada, y á esto se acogían los corresponsales morosos para no pagar regularmente, alegando las razones acostumbradas; muchos suscriptores se dieron de baja y volvimos á encontrarnos sin dinero y sin medios con que hacer frente á la mala fortuna.

Pasamos una Nochebuena tristísima, á solas con nuestra desesperación y nuestra miseria, contemplando cómo se hundía poco á poco el edificio que levantamos á costa de tantos sacrificios, y que soñamos fuese eterno; la indiferencia con que el público veía la ruina de nuestra empresa y el olvido de los pocos amigos que entonces nos alentaban á seguir: y como la suerte tiene sarcasmos cruelísimos, recibimos la tarjeta de felicitación del cartero, y del chico que llevaba los telegramas, y de los barrenderos de la Villa, y de los repartidores de todos los periódicos de Madrid, que pasaban de veinte.

Me acuerdo que una de aquellas mañanas, al salir de la redacción, me encontré en la escalera á los operarios de la imprenta en donde se tiraba el periódico; eran más de doce y subían de uno en fondo, sonrientes, recién afeitados, con las caras y las manos lavadas y la blusa del domingo: al verme se descubrieron, saludándome alegremente y el muchacho que iba á la cabeza de todos me alargó una tarjeta que decía: *El personal de la Imprenta de A. Alonso, felicita á usted las Pascuas.*

Aquella imprevista acometida me dejó perplejo, y

mientras contestaba al saludo, metí con mucha lentitud la mano en el bolsillo del chaleco, procurando entre tanto hallar un pretexto cualquiera para eludir el compromiso sin quedar en ridículo.

—Señores,—dije al fin, apelando á una mentira que ahora confieso sin rubor,—aquí no tengo dinero y mi amigo Carlos que es el que guarda la llave de la caja, no ha venido aún; vuelvan ustedes más tarde, dentro de una hora...

Pero parece que algún espíritu maléfico estuvo esperando á que yo acabase de soltar el embuste para ponerme en ridículo, porque en aquel mismo instante Carlos, que ignoraba la comedia que en la escalera se estaba representando, abrió de golpe la puerta de la redacción y salió corriendo á decirme no sé qué, que se le había olvidado...

Fué para mí un momento de dolorosa expectación; vi las caras de los pedigüeños iluminarse con una sonrisita burlona de lo más agravante y á mi compañero estupefacto, con los pelos en desorden, los piés metidos en unas alpargatas rotas, y las manos en los bolsillos de un viejo gabán lleno de manchas de engrudo y de tinta.

No he pasado en mi vida mayor vergüenza.

A Carlos también le presentaron la tarjeta, él me miró y yo cerré los ojos y me encogí de hombros como diciendo:—Sea, quememos el postrimer cartucho y cúmplase la voluntad del destino;—y les dimos *las cinco últimas pesetas!* que quedaban en la gabela.

Y como si esto no fuese ya demasiado, también pasaron á saludarnos el sereno y la portera y los hombres que nos hacían el cierre del periódico, y por no quedar en ridículo ante aquél ejército de parásitos que nos rodeaba, se agotaron los recursos y



acabó aquel año y empezó el siguiente, y la lucha continuó implacable.

*El Libre Exámen* se sostenía milagrosamente; nunca sabíamos si se publicaría el siguiente número, pero al llegar el miércoles que era el día más aciago para nosotros, porque en su mañana comprábamos el papel y pagábamos el timbre, siempre ocurría cualquier feliz casualidad que nos sacaba á flote; tal como un préstamo, una letra ó algún ahorro que Luisa reservaba para las ocasiones solemnes, en que me veía muy desesperado. Con aquella ayuda se pagaba la tercera ó la cuarta parte de las deudas, se conjuraban las dificultades del momento, ¡y vuelta á empezar!

Zozobrando entre la vida y la muerte y realizando verdaderos prodigios para no caer, pasamos el mes de Enero, á mediados del cual acaecieron grandes novedades.

El casero se negó á esperarnos más, el impresor nos exigía lo suyo, varios individuos que en otras ocasiones nos habían prestado dinero, acudieron en masa, como obedeciendo á un conjuro, á la puerta de la redacción: ¿qué más?... Hasta el cartero, es decir, la única persona por cuyo conducto recibíamos algún dinero, no quiso seguir entregándonos las cartas si no cobraba las muchas que se le debían.

Ante estos peligros Carlos y yo nos juntamos para deliberar: era imposible sostenerse allí por más tiempo; no había más remedio que abandonar aquel campo de operaciones y escoger otro; entre tanto el periódico se levantaría un poco, la Casa de Giro nos adelantaría algunas cantidades á cuenta de los recibos de suscripción que le habíamos entregado y podríamos defendernos algunos meses más.

Una vez resueltos á ello, hice que Luisa se mudase á otra casa, nos despedimos de la imprenta y buscamos otra en la cual, y con objeto de ahorrarnos el alquiler, pusimos la redacción.

Pero en vano procuramos resistir á la derrota; sin recursos, sin crédito, sin amigos que nos dieran la mano, ni socorros de ninguna clase, impotentes para romper la helada actitud del público, sin relaciones con las personas influyentes y acomodadas del partido y abatidos por tantos y tan incesantes golpes, llegamos á comprender que el término fatal de nuestra empresa se acercaba.

Pasaron los meses de Febrero y de Marzo; íbamos á morir cuando todo renace: el penúltimo número se publicó con un día de retraso; el último con dos ó tres, después... ¡no se publicó más!...

\* \* \*

—¿Y el periódico?—me preguntó Luisa una tarde en que la fui á ver muy abatido.

—No se ha publicado todavía porque hay un caballero que quiere quedarse con él; veremos... eso es lo que estamos esperando.

Me gustaba decir aquella mentira porque me servía de inmenso consuelo.

Pero cuando se convenció de que *El Libre Exámen* había muerto y de que aquel batallar continuó que nos entretuvo durante un año entero, no continuaba, se abrazó á mí llorando con una pena inconsolable que la llenaba la garganta de suspiros. ¡Pobrecita: ella también consideraba al periódico como cosa suya, porque yo la había enseñado á quererle!

—¡Qué lástima, qué pena tan grande,—sollozaba; si yo tuviese dinero te lo daría, pero ya ves!...

Y sus lágrimas cayeron sobre el último número,

como un año antes habían rodado sobre el primero.

¡Eran su oración fúnebre!

## VI

Este triste idilio lo tengo grabado en mi memoria con caracteres indelebles; en aquella empresa derroché sin tasa las energías de mi mente, los entusiasmos y la fe de mi corazón, todas las actividades del espíritu y del cuerpo; por sostenerla fui juicioso, trabajador y económico y jamás me sorprendí un síntoma de debilidad, de apocamiento ó de pereza.

*El Libre Exámen* sembró mi cabeza de canas y mi frente de arrugas: era un desengaño más que sumar á los que en otras ocasiones y por conceptos bien distintos, había recibido: aquellos puedo decir que agotaron mi fe amorosa, y éste mi fe política, y que entre todos me hicieron dudar de la verdad del amor y del poder de las ideas.

Creo que es imposible determinar en España una revolución social que agite el fondo de esta sociedad abatida por tantas causas; más fácil sería provocar una tempestad en un mar de aceite. La reforma avanza, pero muy poco á poco; se necesitan muchos años para poder apreciar sus frutos y el que se obstina en precipitarla, corre gravísimo riesgo de estrellarse.

De *El Libre Exámen*, habrá ya muy pocas personas que se acuerden: mi compañero, perseguido más tarde por delitos de imprenta huyó á Francia, á sufrir el largo calvario de penalidades y miserias que la política reserva á los que por ella se sacrifican, yo pude salir de mi casa disfrazado de obrero la misma noche en que la policía me fué á prender y

aquella unión que creímos eterna, quedó para siempre rota.

Pero ¡ay! que por muchos años que pasen, por mucho que nos encumbre la fortuna ó nos abata el destino, ninguno de los tres podrá olvidar las tardes de lluvia y neblina pasadas al amor del braserillo, las torturas sufridas para escribir al correr de la pluma los artículos que debían ser inmediatamente compuestos, la Nochebuena que pasamos trabajando con el desaliento del que está persuadido de que sus afanes no tendrán la debida recompensa; tristes, silenciosos, mientras que en la calle y en los demás cuartos de la casa, chicos y grandes voceaban y se aturdían con el impertinente golpear de panderas, tambores y almireces; de las muchas mañanas en que nos sorprendieron sentados en la mesa del trabajo las ténues claridades de un nuevo día, y de aquellas noches de frío y de sueño, en que se nos quitaban hasta las ganas de hablar; de las visitas hechas á D. Pedro y á la Casa de Giro en busca de dinero, de las denuncias, de los apuros para pagar el timbre, de todo, en fin, lo que nos dió tormento y goce en aquel año.

¡Ay... un año perdido!... Y en este tiempo, cuantos entusiasmos, cuántas energías, cuántas ilusiones inútilmente derrochadas...

Pero de aquel naufragio me ha quedado la experiencia, gran maestra de verdades, que enseña, que nó en las luchas y azarosas contiendas de la vida, si no en la calma y el sosiego, es donde se encuentran la salud del cuerpo y la felicidad del espíritu.

## Las dos estrellas

### I

Llegó con la puesta del sol la hora de marcharse. —Vámonos ya,—dijo ella—que es muy tarde.

El quiso protestar.

—Anda, anda, perezoso; ¡como á tí no te riñen!... si supieras la respondina que me espera ya te apurarías ..

Al fin, y después de muchos ruegos le obligó á levantarse del duro lecho de hierbas y hojas en que se había acomodado, y ambos se pusieron á guardar en una cesta los menguados restos de la merienda, consistentes en algunas patatas cocidas, huevos duros, manzanas, tres ó cuatro lonjas de jamón y un papelito con sal, únicas municiones de boca que los jóvenes no gastaron en acallar las exigencias de su insaciable apetito.

Cogidos del brazo y en íntimo coloquio se dirigieron al pueblo: las primeras sombras de la noche envolvían los bosques de El Pardo en sus oscuras gasas; las cigarras y los grillos, animados por el fresco, reanudaban con más brío el monótono canto que entonaban á la hora de la siesta bajo los abrasadores rayos del sol; algunas luces se encendían aquí y allá y las carretas mal aceitadas se arrastraban quejándose á lo largo de los caminos, confundiendo

su áspero chirrido con el mujir de las vacas y el lejano ahullar de los perros.

El cielo estaba sereno: las estrellas aparecían poco á poco unas tras otras conforme se acercaba la noche, y una brisa saturada de perfumes campestres mecía las hojas de los encinares que rodean el Real Sitio... Elisa y su compañero caminaban silenciosos, como si cada cual fuese dialogando consigo mismo: iban completamente felices, saturados de sol, de ese sol alegre de Mayo que tan fúnesto es, según opinión de Byrón, á la virtud de las mujeres; pletóricos de amor, de ilusiones, de deseos satisfechos, del vino que en gran cantidad bebieron y del deleite que cada cual libó en los labios y en los ojos del otro.

Habían saboreado juntos el largo catálogo de tonterías que hacen y dicen los enamorados cuando se encuentran solos; tales como comer del mismo pastel, besarse á hurtadillas de los guardas que rondan por el campo, reirse de las personas á que habitualmente están sugetos y fraguar planes disparatados para el porvenir.

—¿Ves tú,—decía él,—cómo los estudios no sirven para nada bueno?... He leído casi todos los libros de la biblioteca de mi padre; á Aristóteles me lo sé de memoria y Descartes y yo nos llevamos perfectamente; á Bacón, á pesar de su venerable figura, no le tuteo por una casualidad y los filósofos alemanes están conmigo en muy buenas relaciones; ¿y sabes lo que he sacado en limpio de tan enrevesados autores?... Pues, ó que yo soy un burro que se contenta con muy poco, ó ellos unos babiecas que se pasaron la vida suñando despiertos: los pobres dicen que en el mundo no hay felicidad posible, que hemos nacido para llorar y que cuando nos duela, por ejemplo, un

diente, debemos darle gracias al Altísimo porque no nos duele toda la boca; y yo, á pesar de no ser Padre de la Iglesia y de no haber escrito nada que me acredite de pensador indescifrable y tenebroso, ni sostener luchas olímpicas para acallar los gritos de la carne, como deben hacer, según aconsejan piadosamente Fenelón y Bossuet, los que quieren gozar de la tranquilidad del espíritu, hoy he sido el hombre más venturoso de la tierra: y creo que cualquiera que no tenga el gusto estragado por la lectura de esos libros fúnebres escritos para castigo de la humanidad, puede serlo también con una mujer guapa y discreta como tú, unos fiambres de Tournié y una botella de manzanilla, todo ello bebido y gustado en medio del campo, al pié de un árbol que le preste su sombra bienhechora y á espaldas de un guarda-bosques viejo y corto de vista que se duerma; ¿no es verdad?...

Ella le miraba sonriente y sin responderle, y su imaginación debía estar preocupada con otras ideas, porque de pronto extendió el brazo y señalando un punto del Oriente,

—¿Ves, Enrique, aquellas dos estrellitas tan brillantes y tan juntas?...

—Sí.

—¿Cómo se llaman?

—No sé,—repuso el joven avergonzado al ver puesta tan de relieve su falta de conocimientos astronómicos.

—Pues mira, desde hoy se han de llamar como nosotros; la más grande eres tú, la más pequeña, yo; fíjate y verás que parecen amarse y que la una gira y revolotea en torno de la otra como si fuesen maripositas: la noche en que estemos separados su luz servirá para comunicarnos y estoy segura de que

nuestras vidas durarán lo que esas dos estrellas. Mientras tú hablabas yo se lo he pedido á Dios con toda mi alma, y, ¡claro, Él no puede negarme un favor tan chico!...

Enrique la abrazó conmovido y la besó en la frente.

El coche que les había de volver á Madrid les esperaba; los jóvenes subieron á él y los caballos partieron al trote largo.

Al pasar por delante del convento de monjas que eleva su negruzca mole de piedras á la entrada del pueblo, la esquila de la torre doblaba tristemente, como si quisiera revelár al mundo con sus vibraciones las amarguras de las infelices profesas.

Enrique levantó la cabeza movido por un sentimiento de piedad hácia aquellas vírgenes perdidas para el mundo y el placer, y vió los dos puntos luminosos que según la sencilla fe de su amada, veían por su vida y su amor desde el fondo del espacio.

## II

El amor de los dos jóvenes duró muchos años: ninguno de ellos fué ciertamente muy fiel á su compañero, porque él tuvo otras queridas y ella también se permitió y *sólo por vengarse*, criminales distracciones; pero se querían tanto, estaban ya sus existencias tan íntimamente unidas, que todo se lo perdonaron.

Algunas veces Enrique maldecía su falta de carácter.

—No seas tonto, respondía ella riendo,—no te empeñes en dejarme, porque el cielo nos juntó para siempre y Dios puede más que tú; ¿no te acuerdas

del día en que yo recé para que este amor durase lo que las dos estrellas que todas las noches vemos por la ventana de nuestro cuarto?... Pues aquel rezo fué un sortilegio, un lazo invisible que te he echado al cuello para que no me abandones nunca.

Como el hábito constituye en los pobres mortales una segunda naturaleza, Enrique llegó á creer que el cielo intervenía en la duración de aquel capricho amoroso cuyo yugo no podía sacudir, y se sometió sin protestar á la voz del destino.

—¡Bendito sea *el día de El Pardo*,—exclamaba en sus horas de optimismo y buen humor,—porque el tener la vida y la felicidad aseguradas es un consuelo concedido á muy pocos hombres! ¡Oh, si todos pudieran leer en el espacio lo que les ha de ocurrir, ó mejor dicho, si el cielo se interesara tanto por los otros como por mí, qué bien andaría la humanidad!...

Sus ilusiones no duraron mucho.

Al poco tiempo su pobre Elisa murió aniquilada por un cáncer que la devoró las entrañas: aún tuvo fuerzas la infeliz en sus últimos instantes para inspirarle valor; le echó los brazos al cuello y besándole repetidas veces,

—Ten fé,—dijo,—mi estrella debe haberse apagado, pero yo velaré por tí desde la tuya; adiós, adiós, rézame todas las tardes, yo te estaré mirando desde arriba...

\* \* \*

Enrique, á pesar de lo que sus amigos le aconsejaron, quiso acompañar á la muerta hasta la última mansión.

El coche fúnebre avanzaba lentamente por el camino que se extiende en zig-zag hasta el cemente-

rio por entre alfombras de verdura, y el joven lo seguía á pie, bastante separado del cortejo, con el sombrero en la mano, sudoroso, sin una idea en la mente, con los ojos sin brillo, agobiado bajo el peso de aquel dolor inmenso que apenas le dejaba respirar.

En el Campo-Santo se escondió detrás de un mausoleo para presenciar sin ser visto la triste escena, y aún cuando varias veces cerró los ojos porque su voluntad era más débil que aquel deseo insano que le arrastraba á buscar su propio martirio, no perdió un solo detalle: vió bajar el ataud, las caras indiferentes de los sepultureros que iban de un lado á otro, el dolor oficial de algunos vecinos curiosos y la tranquilidad perfecta con que el cochero del vehículo mortuorio encendía un cigarrillo de papel y arrojaba la cerilla sobre la fosa con las primeras paletadas de tierra...

Cuando emprendió el regreso á Madrid tenía un volcán debajo del cráneo.

—¡Estoy solo!—murmuraba,—solo, sin ella, que era mi consuelo y el resumen de los primeros años de mi vida... Elisa, pobrecita, tú te quedas ahí, en el campo y yo me vuelvo á casa... ¿para qué?... Soy un imbécil, un idiota que no se muere por nada...

Levantó la cabeza: la tarde era espléndida y en el fondo de aquel cielo que ya empezaba á llenarse de estrellas, percibió las *suyas*, tan brillantes y retozanas como si nada las importase el drama que en aquellos instantes se desarrollaba en la tierra.

Ante aquel sosiego que parecía un sarcasmo celeste, Enrique sintió aumentar su dolor. ¡Luego era mentira lo que hasta entonces había creído!... ¡Dios no se preocupa de las tristezas de sus hijos: un hombre que muere es para el Creador lo que para nos-

otros la hormiga que aplastamos con el pie; la vida que se pierde, la mente que se perturba, el corazón que la pena destroza; no componen nada en el concierto universal de las cosas!...

Una mujer que se retiraba á su casa con un haz de leña sobre la cabeza pasó cantando:

«Al lucero de la tarde  
mis *penyas* le conté,  
y me respondió el lucero:  
A mí qué me cuenta usted.»

Las frases de aquella copla que respondía á sus propios pensamientos, le golpearon la cabeza con mazas de hierro; quiso gritar, y la idea de su pequeñez ahogó en su garganta aquel grito, que á responder á la inmensidad de su pena, hubiera desencajado el firmamento; quiso llorar, y le faltaron las lágrimas y la voz; entonces se vió tan chico, tan debil, tan insignificante, tan *poquita cosa*, tan solo, que el alma se le anonadó dentro de su propio ser: sintió esa agonía suprema del que muere por asfixia y cayó al suelo con los brazos abiertos...

Cuando algunas horas después un labriego notificó á la pareja de la Guardia civil que había visto el cadáver de un hombre en las inmediaciones del cementerio, uno de los que le escuchaban exclamó:

—¡Sí, sería algún borracho que se ha roto la cabeza por mirar al cielo!.....

!Ah, lector! Las dos estrellitas que sirvieron á aquellos amantes para tejer su idilio, brillan aun y han servido de objeto á muchas conversaciones amorosas. Aparecen inmediatamente después de ocultarse el sol, á esa hora llena de encantos y de misterios, que el ruiseñor escoje para sus trinos y el

amor para sus confianzas; pero esas luces siderales que tantas veces se han reflejado en el fondo de las pupilas enamoradas y que siempre van juntas, luciendo en el firmamento como las almas de Francisca y de Pablo en el infierno del Dante, no se extinguen nunca.

Porque hasta el cielo, ¡oh pobre humanidad que sufres y que buscas en tu fé bienhechor lenitivo á tus dolores! no llega el eco de tus plegarias.

## Tic-tac, tic-tac

Aquel misterioso círculo,  
de una eternidad emblema,  
que está como un anatema,  
colgado en una pared...

(ZORRILLA).

Faltan algunos minutos para las doce. Desde el sillón en que estoy sentado veo el reloj que hay en uno de los testers de mi despacho y oigo el incesante tic-tac de la péndola.

Cada golpecito indica la desaparición de un nuevo minuto, de un nuevo instante de vida; mis ojos no pueden seguir á las manecillas fatales en su imperceptible movimiento de avance, y sin embargo, ellas caminan hacia el porvenir con una impasibilidad que da frío.

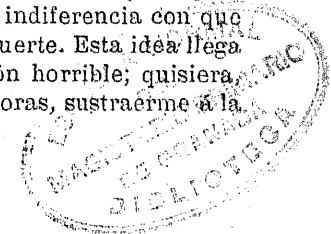
El corazón palpita con su regularidad habitual, la sangre late en las sienas, el cerebro piensa y el hígado segrega bilis, las plantas descomponen el carbono del aire, los peces depositan miríadas de huevecillos en el fondo del mar, el sol arde, el éter trasmite á través de los espacios infinitos la luz y la misteriosa atracción de los mundos, las estrellas prosiguen su marcha; todo el mundo camina, todo envejece, todo está sometido al ayer, al hoy y al mañana; es imposible detenerse, y hay que seguir ese camino fatal que acaba en el cementerio.

¿Sabéis el horrible misterio encerrado en esas tres palabras, *ayer, hoy y mañana?*...

Ayer... es haber sido y no ser ya; lo que fué, lo pasado, lo que no tiene remedio, lo que no podrá volver á ser nunca. Hoy... es un instante, una ilusión, un presente que no lo es, porque siempre está pasando; es una realidad mentirosa que se desliza con la facilidad de una sombra, es una serie de segundos, de fracciones ¡inapreciables de tiempo que marchan unas tras otras en vertiginosa carrera, un *no ser* que á la vez se va con lo que fué y llega con lo que está por venir. Y mañana... es un problema, una incógnita que siempre aparece vestida de esperanzas, un signo de interrogación que se reproduce á cada nuevo día; una promesa, una ilusión que se acerca, llega y pasa dejando su puesto á otras ciento que pasan también.

Desde que los primitivos habitantes del mundo enderezaron al cielo, las primeras plegarias que les inspiró su sencilla fé, hasta los magníficos *Te-Deums* que ahora se cantan en nuestras catedrales; desde las locas orgías de Semíramis y Cleopatra en que se apuraban los manjares, las bebidas y los perfumes del mundo antiguo, hasta las fiestas que ahora celebra nuestra sociedad elegante, desde Aníbal y Julio César, hasta Napoleón, ¡cuántos días han pasado, cuántas generaciones se han sucedido, cuántas veces se ha levantado el sol, cuántos idilios amorosos se han tejido, cuántos pueblos se han devorado unos á otros!...

No puedo resignarme á la idea de envejecer y de morir, y me desespera ver la indiferencia con que la humanidad se acerca á la muerte. Esta idea llega á constituir en mí una obsesión horrible; quisiera, aunque sólo fuese por pocas horas, sustraerme á la



ley del tiempo y vivir un presente que no pasara; pero mi espíritu y mi voluntad son impotentes para contrarrestar la marcha invariable de las cosas; el corazón late, el cerebro discurre, la sangre continúa circulando por las arterias, el reloj sigue andando, andando... tic tac, tic tac.

Así pasará este año y pasará también el año tres mil, si es que para entonces no se han roto ya los resortes del mundo; tic tac, tic tac...

¡Martilleo maldito!...

Nacemos... La partera nos recibe en sus brazos, nuestros padres nos colman de caricias, se nos agasaja, se nos mima, se apunta la hora de nuestro nacimiento. ¡Qué instante tan feliz, qué día tan dichoso! Entonces no se acordaron los que nos engendraron de que con la vida nos daban también la muerte, ni nosotros pudimos meternos tampoco en tales filosofías.

Creecemos, y el lúgubre tic tac del reloj nos acompaña á través de la vida; pasa la niñez, se pierde la afición á los juegos infantiles, llega y pasa la juventud, se estropea el corazón, se apagan las pasiones y entramos en la vejez; y cuando por las noches nos acostamos á descansar de las fatigas de la jornada, quizás oíganos el tic tac, tic tac, del mismo reloj que marcó la hora de nuestro nacimiento, cuarenta, cincuenta, sesenta años antes.

Por eso cuando en el silencio de mis largas veladas oigo sonar la campana de algún reloj lejano que marca la desaparición de una hora, me estremezo como si tocasen á muerto; y este horror invencible que me inspira el tiempo es el que me impide cumplir con la costumbre que todos tienen de felicitarse mutuamente por sus cumpleaños ó por la entrada de año nuevo.

Yo no puedo hacer eso; y si transijo con la moda, es por no llamar la atención; y cuando llegan esos días de Pascua que los hombres convierten neciamente en días de fiesta, enviaría á todos mis amigos y conocidos una tarjeta de luto, que dijese:

«Tenemos un año más; acompaño á usted en el sentimiento.»



## Los derechos del corazón

Es verdad que sobre los hombros llevamos sentada una cabeza, obscuro laberinto de fibras y células nerviosas de donde proceden, por un mecanismo hasta ahora desconocido, todos los pensamientos de la mente humana; es cierto también que de ese cerebro dimanan, como de una fuente, las concepciones más atrevidas y las empresas más grandes que honran la historia de la humanidad, y que en él reside la razón, la primera y más excelente de nuestras facultades.

Pero la vida del pensamiento no constituye por sí sola toda la vida del hombre.

Hay en nosotros algo más que un encéfalo que discurre; hay fibras que el raciocinio no puede mover, elementos que parecen formar parte integrante de un mundo distinto, estados afectivos que no nacen de la cabeza; algo, en fin, que está como separado del resto de nuestro sér y que constituye precisamente la parte más noble de nuestra personalidad.

¿No sabéis de lo que quiero hablaros? ¿No conocéis ese mundo lleno de misteriosos encantos eternamente vírgenes, en el cual vamos á entrar? ¿No os acordáis del corazón, manantial inagotable de las pasiones y afectos humanos, de esa víscera que late encerrada entre las paredes del pecho, distribu-

yendo la vida por todo el cuerpo con sus acompañadas contracciones?

El mundo moral es el agregado resultante de dos vidas diferentes; la del sentimiento y la del raciocinio, la del corazón y la de la cabeza; la primera es espontánea, la segunda no; ésta está sujeta á reglas y puede perfeccionarse con el estudio; aquélla es ciega y fatal, como las leyes que rigen los movimientos del globo; los pensamientos se adquieren, los sentimientos nacen; la cabeza transforma las ideas que recibe, el corazón engendra por sí solo las pasiones; los hombres sensibles lo son desde la cuna; los sabios se forman en las universidades; la vida afectiva, por tanto, es espontánea, brota naturalmente desde lo íntimo de nuestro sér, sin media preparación alguna, y si es verdad que hay algo divino en nuestro organismo, es el sentimiento.

Muy dignos de alabanza son esos gigantesos esfuerzos de la razón humana que se conservan grabados en las páginas de los libros, ó que la tradición ha transmitido de unos pueblos á otros; pero tan grandes como Aristóteles, el coloso de la filosofía griega, como Cicerón, el atleta de la tribuna romana, como Lucrecio, el célebre cantor del materialismo antiguo, como Cuvier, el verdadero fundador de la paleontología, como Bichat, el médico que más secretos le ha sorprendido al cuerpo humano, ó como Leverrier, que arrancó para la ciencia un mundo de los abismos del infinito, son Sapho cantando sus amores, Virgilio llorando con Dido la partida de Enéas, Leopardi y Petrarca, los dulcísimos poetas italianos, Mistral, el cantor de Mireya, Byron y Espronceda con sus romanticismos, Musset con sus pesares y sus dudas: muy admirables son esas tempestades del cerebro en que se fraguan las gran-

des invenciones, y en donde, al rudo chocar de unos pensamientos con otros, brotan las ideas que á modo de faros luminosos guían á la humanidad por nuevos y desconocidos senderos; pero no menos sublimes son esas borrascas del corazón, cuya historia vemos fielmente retratada en las mejores obras de los pasados siglos: grande es el hombre cuando piensa y discurre, pero más grande aún aparece, cuando sufre y llora; los libros de los sabios que ya pasaron, se imponen á la multitud en el primer momento, subyugándola, ó con el atrevimiento de las doctrinas en ellos defendidas ó por el apretado razonamiento que nutre sus páginas; pero estas obras, hijas del pensamiento y del estudio, pasada la impresión primera, palidecen con los años y disminuyen con la distancia; otras, que vienen después, las desvirtúan, los primeros sabios encuentran en las generaciones posteriores, quien les refute y aplaste bajo el peso de nuevos argumentos; las antiguas escuelas son suplantadas por otras, que si no mejores, tienen sobre las primitivas la enorme ventaja de la novedad, y en ese torbellino continuo de ideas son muy pocas las que logran mantenerse en pie.

¿Qué queda de las teorías cosmogónicas de los aborígenes de Europa?... Nada. ¿Qué se conserva del sistema astronómico de Ptolomeo, de las hipótesis de los antiguos alquimistas, de lo que Mallebranche y Descartes dijeron acerca del sitio en que estaba el alma, de todo lo que han escrito las generaciones de sabios que han desfilado por el mundo en interminable procesión?... Muy poca cosa, apenas el recuerdo; los hombres de ahora no tienen piedad de los que ya pasaron y se recrean en desacreditar la labor que aquellos hicieron á costa de tantos y tantos sacrificios.

Pero si las obras de la mente llegan y se desvanecen á través de la historia como sombras fantásticas, si las generaciones que aún dormitan sumidas en el abismo de lo que será, han de destruir los pensamientos que ahora nos esforzamos en perpetuar grabándolos en la piedra ó en el bronce, en cambio, las dictadas por el sentimiento y el corazón, son tan inmutables como el mundo mismo; siempre los padres y los hijos se han querido de idéntica manera, siempre los enamorados han sentido los mismos arrebatos y los mismos vértigos, siempre la muerte ha hecho derramar lágrimas; y las naciones tuvieron héroes que se sacrificaron voluntariamente por su independencia y las religiones creyentes, que murieron por su Dios, y la gloria, servidores devotísimos que la adoraron de rodillas. La fe religiosa que sostiene el espíritu en los momentos más críticos, el amor, sentimiento divino que funde las almas y hace que el género humano se perpetúe á través de los siglos; el amor patrio, que convierte en hermanos á los que nacieron en el mismo suelo, el afán de gloria y de renombre, que espolea el ingenio humano, incitándole á conquistar riquezas y laureles, esos sentimientos son comunes á todos los hombres y á todos los pueblos, sea cual fuere la época que consideremos, y por lo mismo nunca mueren.

Los sentimientos, como el corazón, se mantienen firmes é inmutables ante el infatigable correr del tiempo: el nombre del matemático que resuelve ecuaciones y halla la solución de un complicado problema de mecánica; el del químico, que descubre un nuevo cuerpo; el del filósofo, que vaga perdido en abstracciones maravillosas, crecen en popularidad y prestigio, llegan á su apogeo, y después se debili-

tan y mueren confundidos con otros muchos que vinieron detrás; porque, por más que el gran Fray Luis de León dijese lo contrario, ha existido tanto sabio, que hay un *vulgo de ellos*, sobre el cual solo descuellan algunas cuantas figuras de primer orden. Pero el del poeta, que canta las pasiones del alma, ese nunca muere; porque mientras haya un corazón que ame, un pecho que palpite de entusiasmo, una fantasía que sueñe con estatuas y coronas, sus cantos encontrarán público que los comprenda y los aplauda.

El sentimiento, por tanto, tiene una inmensa ventaja sobre el raciocinio; y á pesar de esto, nadie reconoce su importancia, ni se acuerda de poner al corazón en el verdadero sitio que debe ocupar, ni de ampararle contra las injustas tiranías de que es objeto.

La cabeza, más afortunada, si ha tenido defensores; desde hace tiempo se habla de la razón oprimida: unos, los tradicionalistas, la quieren anular, convirtiendo al hombre en instrumento inerte de una fe ciega; otros, arrastrados por la corriente del siglo, defienden su libertad soberana y protestan indignados contra todo género de imposiciones, llevando su entusiasmo hasta el punto de personificarla en una estatua y pasearla por las calles, como sucedió en París cuando la revolución francesa; y del corazón, de esa noble entraña que alienta las más altas pasiones, nadie se acuerda.

Y, sin embargo, en estas luchas religiosas que agitan las sociedades europeas de nuestros días, la vida del sentimiento padece tanto, por lo menos, como la misma razón: el fanatismo religioso que se opone al libre desenvolvimiento de las inteligencias, daña con sus inquisitoriales imposiciones la

tranquilidad de nuestros afectos: el entendimiento posee sus derechos, pero el corazón también tiene los suyos, y así como aquel aspira á conocer y á comprobarlo todo, éste también necesita sentir libremente, sin sujeciones de ninguna clase.

Vosotros, los que os jactáis de ser guardadores fieles de las tradiciones patrias, los que decís que si nuestros ideales triunfasen, la vida del sentimiento quedaría para siempre muerta, vosotros no habéis sentido nunca. Es muy bonita, á no dudar, la idea que el pueblo tiene formada de las iglesias; como poético se encontrará también el cadencioso tañer de la campana que dobla tristemente á la caída del sol, y que resuena de uno en otro valle anunciando á los trabajadores que la hora del descanso ha llegado, ó la silueta de la pobre ermita que desde lo alto de un monte infunde alientos á los pescadores que salen al mar en busca del sustento; pero esos dulces afectos que parecemos haber heredado de nuestros mayores, han de nacer espontáneamente, nó porque se nos obligue á sentirlos; y vosotros, los que queréis imponernos un culto so pretexto de salvar al corazón de los aires de impiedad que ahora corren, sois precisamente los que le matais, porque esa religión contrahecha que apadrina el Estado, repugna á la libertad soberana con que debemos sentir.

¡Cómo! ¡Encontrais ridiculo que se prescriba el modo que deben tener los hijos de querer y respetar á sus padres? ¡Encontrais descabellada la idea de decir á los novios cómo han de amarse, y no hallais absurdo y hasta irrespetuoso enseñar el modo de adorar á Dios? ¡Y sois vosotros los que os constituís en defensores del corazón, empezando por pisotear su sagrada libertad y sus inviolables derechos?...

¡Ah! un corazón que siente por rutina, que es religioso porque lo han obligado á serlo, que se convierte en eco de los sentimientos de otros corazones; el hombre que es creyente de este modo, es tan miserable como el que ama á una mujer por interés ó porque se la impusieron, ó como el hijo que respeta á su padre porque le mantiene: la fé para producir algún resultado provechoso y cumplir los fines morales á que está llamada, ha de brotar del alma, porque sí, como nace el amor.

Una iglesia unida al Estado, una religión oficial, que se enseña en las escuelas, que se predica en todas partes con grave detrimento de las que no gozan de idénticos derechos, que se impone más por la *razón de la fuerza* que por la *fuerza de la razón*, y ante la cual tenemos que humillar servilmente la cabeza, es un absurdo moral que atropella la inviolabilidad de nuestros sentimientos.

¿No veis que los creyentes, como los poetas, nacen, pero no se forman, y que así como no se puede enseñar á amar tampoco se puede enseñar á creer?

El mundo del sentimiento, en lo que á esta cuestión atañe, es demasiado *personal*, para que pueda recibir influencias ajenas, y con esas imposiciones se podrán hacer fanáticos, hipócritas ó timoratos, pero no verdaderos creyentes.

Les sucede en este caso á esos moralistas intransigentes que quieren imponerse á toda costa, algo parecido á lo que, según el inimitable Cervantes, le acaeció á Sancho Panza cierta noche que salió á rondar las calles de su famosa insula; y fué, que habiendo prendido á un mancebo que trataba de huir con su amada, dijo á los corchetes:—«Asíde, hola, y llevadle, que *yo haré que duerma allí* sin aire esta noche.—Por Dios, dijo el mozo, así me liaga vuesa

merced dormir en la cárcel, como hacerme rey.» Enfadóse mucho Sancho con aquella especie de reto que le hacian con grave detrimento de su autoridad de flamante gobernador, hasta que el preso se expresó en estos términos:—«Prosuponga vuesa merced que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir y que él lo cumple como se le manda: con todo esto *si yo no quiero dormir* y estarme despierto toda la noche sin pegar pestaña, ¿será vuesa merced bastante con todo su poder para hacerme dormir si yo no quiero?...

En este caso, el pueblo, con su leal corazón y buen sentido, es el mancebo que *no quiere dormir* en la cárcel, esto es, que se resiste á creer lo que no comprende: y sus maestros, gobernadores de la insula Barataria, empeñados inútilmente en realizar imposibles.

¡Católicos, basta ya de imposiciones ridículas y contrarias á todo derecho!

Harto sujetos estamos á mil pequeños poderes, sin necesidad de que ahora vengais á aumentar nuestra esclavitud con cadenas nuevas; y ya que en la vida física nos vemos sometidos á necesidades orgánicas de las cuales no podemos prescindir, ya que la costumbre y el código determinan la mayor parte de nuestros actos, y que hasta el corte y color de los vestidos están regidos por la moda, ya que en la vida pública somos á modo de muñecos que se mueven mecánicamente obedeciendo á las tracciones del hilo que pone en juego sus articulaciones, no trateis de perseguirnos en el fondo de la alcoba y de prescribirnos también lo que hemos de pensar y lo que hemos de sentir; respetad los de-

rechos de la inteligencia y los del corazón, y no traiteis de condenar al espíritu al mismo suplicio á que desgraciadamente el cuerpo está sometido; dejad, siquiera, que dentro de esta raquítica armazón de huesos y pellejo, esclava de sus hábitos y de las leyes, palpite un corazón libre y discurra una razón sana; un corazón que sea inviolable como el recinto de vuestros templos ó las personas de vuestros reyes; altar sagrado que cada uno pueda adornar con sus recuerdos y sus amores y en el que no haya otra imagen que la que la conciencia individual quiera tener.

Solo entonces disfrutaremos de una felicidad hasta ahora desconocida; la de poder encerrarnos dentro de nosotros mismos, la de tener ideas propias, la de poder rezar, si de ello tenemos gana, con las palabras que arranque á la imaginación el sentimiento, y sin emplear esa rutina estúpida que ahora mal de nuestro grado, nos enseñan en las escuelas. Pero hasta que el catolicismo no caiga del elevado pedestal en que hoy se asienta y el Estado le retire la injusta protección que le concede, la libertad de conciencia no traerá la libertad de cultos, y no podrás ¡oh corazón! recobrar tus derechos y tu libertad perdida.

## Las cucañas

En medio de la plaza, hay una cucaña: el sitio, con ser tan grande, está completamente ocupado por una multitud alegre que se mueve y grita sin cesar; basta mirarlos para comprender que son hijos del Mediodía; morenos, impresionables, entusiastas y algo volubles, hablan de mil cosas, y revelan tener muy poca fijeza de ideas; entre ellos habrá algunos pensadores dignos de respeto, pero también muchísimos charlañanes.

Aquella multitud está bien trajecada; fácilmente se adivina que es un pueblo rico: sin embargo, en la constitución física de aquellos organismos, en algunos rasgos de sus semblantes, en sus conversaciones, hasta en su manera de vestir, fácilmente se conoce que aquel pueblo camina hacia su ocaso.

El ruido y la confusión que reinan alrededor de la cucaña, son indecibles; todos quieren subir y se insultan, estrujan y golpean por conseguir su propósito; al fin, uno de los espectadores empieza á trepar por el palo; es un hombrecillo chiquitín, delgadillo, enfermo, incapaz de llegar hasta la bandera tricolor que ondea en la meta. Un murmullo de aprobación, un aplauso general estalla por todas partes, saludando al valiente que se ha decidido á intentar la suerte.

—¡Bien, bravo... bravísimo!—exclaman muchas voces.

Los que están al pie de la cucaña le ayudan á subir, empujándole, primero con las manos, y cuando ya no alcanzan, con palos: y aquel hombrecillo insignificante que, abandonado á sus propias fuerzas, no hubiera podido levantarse á tres metros del suelo, animado por la cooperación material y moral de tantos miles de espectadores, siente que sus fuerzas se centuplican, y logra, con relativa facilidad, llegar hasta la meta. Pero, débil como es, no puede mantenerse arriba, y desciende rápidamente, confundiendo bien pronto entre los que están abajo; y, ¡cosa rara! hasta en su caída, que en ocasiones es bastante desairada, le acompañan el aplauso y los vivas de la concurrencia.

Después sube otro, y el que le precedió le ayuda con sus gritos y con su esfuerzo, como para devolverle el auxilio que antes, y en idéntico caso, le prestara. Esto se repite una y otra vez, lo cual indica que entre ellos han formado una especie de sociedad de seguros mútuos, mediante la cual son muy pocos los que no pueden subir hasta el extremo del palo.

Ahora bien: la cucaña simboliza la opinión pública, ó si os parece mejor, el camino de la popularidad y de la gloria; y los que gatean por ella son los ambiciosos ó los entusiastas que quieren distinguirse y sobresalir. El pueblo, que presencia la ascensión, es compatriota del que sube: según hemos visto, ese público, lleno de un amor nacional exagerado, anima y aplaude al que camina tras de la gloria, convirtiendo de este modo en fácil camino la que debía ser casi inaccesible pendiente: así forma reputaciones que sólo duran un momento, laureles

que apenas tardan veinticuatro horas en marchitarse, nombres que nunca se verán inscriptos en el libro de la historia. Ese pueblo que tiene por inmejorable todo lo que es nacional; que, á pesar de su riqueza, se ofrece un poco degenerado, y que lleva su vanidad hasta el punto de engendrar celebridades de relumbrón, ante las cuales se arrodilla después, ese pueblo artificial que prodiga vítores y coronas á hombres vulgares que lograron descollar, merced á la ayuda de sus amigos y no á su propio valer, ya lo han conocido enseguida nuestros lectores...

¡Es, el pueblo francés!

\* \* \*

En otra plaza ocurre una escena semejante.

Bajo un cielo triste, de color plumizo, que parece ennegrecido por el humo que vomitan las chimeneas de las fábricas, se levanta una cucaña, por la cual trata de subir un individuo: el público permanece impasible; lo forman hombres altos, fuertes y rubios; parecen hijos del Norte. Los esfuerzos del que gatea por el palo no llaman la atención de los concurrentes que permanecen fríos y con los brazos cruzados: no le ayudan, pero tampoco le impiden llegar á donde se propone; es un pueblo varonil, que quiere que, lo que cada cual es, lo deba á su propio esfuerzo. Algunas veces al que sube le faltan las energías antes de llegar al término de su ascensión, y entonces mira á su alrededor con ojos suplicantes, como implorando su auxilio; pero el público sigue callado, y le ve caer sin conmoverse: si por el contrario, logra subir hasta la cima, los concurrentes le saludan silenciosamente agitando sus pañuelos.

Este pueblo, serio y reflexivo, que solo al verdadero mérito tributa sus aplausos: el que cuenta entre sus hijos á los hombres más ilustres del mundo, lo mismo en literatura que en ciencias; el pueblo que deja llegar á cada uno hasta donde sus fuerzas se lo permitan, todo el mundo le conoce...

¡Es, el pueblo inglés!

\* \* \*

La decoración varía: la plaza y la cucaña son las mismas, pero el público que asiste al espectáculo no se parece en nada á los anteriores, ó por mejor decir, no se parece á ninguno de los pueblos conocidos.

Los trajes, las costumbres, el modo de hablar y las canciones de los concurrentes forma un conjunto abigarrado y pintoresco. Aquí hay un grupo formado por hombres y mujeres: ellas visten saya corta de vivos colores; ellos calzón ajustado, medias azules y alpargatas, y su traje lo completan una faja encarnada, una chaqueta y un pañuelo atado á la cabeza; uno toca la guitarra, el otro la bandurria, el otro cantá; la música es alegre, retozona, enérgica y valiente como los hijos de Aragón. Allí, hay otro grupo de espectadores que se divierten también: tocan la guitarra, pero en su manos este precioso instrumento está más triste; una mujer canta malagueñas, otras rien, palmorean y beben manzanilla. El aspecto de la plaza es indescriptible: unos bailan, otros gritan, todos están contentos y hasta borrachos de alegría; aquello parece una feria; no hay clases, todos se tratan de igual á igual, por todas partes se impone la democracia más encantadora, el entusiasmo más delirante. Y, sin embargo, aquel pueblo es muy pobre, y sufre extraor-

dinariamente, porque no tiene quien le dirija por buen camino, ni quien se interese por él. ¡Qué lástima: tantas fuerzas, tanta existencia perdida!...

Entre tanto, no hay quien se acuerde de subir á la cucaña, en lo alto de la cual se mueve, á impulsos del aire, un trapo teñido de amarillo y rojo: todos se están divirtiendo y nadie piensa que el camino de la gloria, representado por aquel palo, está á disposición del primero que lo quiera seguir. Al fin, un hombre vigoroso y ágil como una pantera, se decide y empieza á trepar; es un atleta que tiene energías sobradas para subir á una cucaña doble más alta que aquélla. En dos vigorosos empujes llega á la mitad del camino; pero, ¡oh desgracia! en cuanto el público allí reunido le ve, se levanta por todas partes un clamoreo espantoso.

—¡Fuera, fuera, que se baje... si no puede subir... es un loco y un presumido; á tierra con él!...

Y, en efecto, los concurrentes se arremolinan alrededor de la cucaña y logran coger al atrevido por los piés; éste procura defenderse y seguir subiendo, pero no puede.

—¡Dejarle tranquilo!—grita alguna voz;—pero este grito muere sin encontrar eco, y tras algunos momentos de desesperada lucha, el pobre iluso, que tuvo la justa ambición de ceñir su frente con los laureles de la fama, cae para siempre en el inmenso océano de la vulgaridad.

Ese pueblo feliz en medio de sus tristezas y rico en medio de su miseria; este pueblo, que pareciendo un niño ó un viejo achacoso, guarda en su seno energías de gigante; que se pasa la vida cantando por olvidar sus penas, que deja correr la vida sin salir de la suprema pereza en que está sumergido; y se olvida de que tiene una cucaña á su disposición,

y tira de los piés al que intenta subir por ella, es el formado por nuestros padres, por nuestros amigos, por nosotros mismos... ¡Es el pueblo español!... ¡Es España, la nación de las grandes virtudes, de los entusiasmos sublimes; la patria del Cid y de Gonzalo de Córdoba, de Churrúca y de Prim!...

\* \* \*

¿Habéis comprendido la moraleja del cuento?...

En Francia, basta que un individuo sea francés y que escriba un libro pasable, ó pronuncie un discurso medianejo, para que sus compatriotas le ayuden á subir á la cucaña, y se empeñen en hacer de su insignificante persona una notabilidad. En Inglaterra le dejan sólo, sin favorecerle ni molestarle en su ascensión; pero en España, basta que el que intente subir á la cucaña sea español, para que los espectadores, sus queridos compatriotas, le tiren de los piés. Aquí, el que quiere escribir un libro serio y bien razonado, el que funda un periódico con objeto de ilustrar al pueblo, de combatir ciertos principios, de abrir horizontes nuevos y de luchar contra el actual estado de cosas; el que se atreve á desafiar y combatir el fanatismo de los unos, la glacial indiferencia de los otros y el repugnante egoísmo de todos ellos; el que dejándose llevar del más generoso altruísmo sacrifica sus propias comodidades al bienestar general y se revela contra esta vieja monarquía que nos domina y este clero fanático que nos envilece; el que está dispuesto á defender sus ideales, lo mismo desde lo alto de una barricada que desde la redacción de un periódico, ¿ese es un iluso, un presumido, un loco, que se empeña en subir á la cucaña!...

El que quiere implantar la República en nuestra

patria y pide la separación de la Iglesia y del Estado; el que lucha en favor de la pluralidad de cultos, para que de este modo ninguno de ellos se imponga con notorio perjuicio de los demás; el que defiende los intereses de la desgraciada clase obrera, el que se afana en remediar la extremada miseria de los más y disminuir la riqueza y fausto de los menos; el que combate por estos hermosos ideales y llevaría su entusiasmo hasta dar por ellos su tranquilidad y hasta su vida, es, ¡oh vergüenza! un pobre tonto que se empeña en subir á la cucaña...

No, esto tiene que cambiar: no nos hemos de pasar la vida jugando como niños ó bostezando como viejos; es preciso luchar contra las plagas que más de cerca nos mortifican: el fanatismo de los ignorantes, la estudiada hipocresía de los cobardes con talento, que son los peores, y el desesperante pesimismo de esos estúpidos que quieren convencernos de que España está muerta y de que es imposible volverla á sus antiguos días de esplendor.

En esto último no andan descaminados si creen que vamos á seguir como hasta aquí; pero se engañan, porque la felicidad de España la queremos cimentar, no sobre el funesto trípode del trono, la Iglesia y la espada, sino sobre la república y la libertad de pensar, y á esa cucaña es á la que subiremos, aun cuando la humanidad entera nos tire de los piés.



## La gran batalla.

Vos ya sabéis, Dios mío, que aunque su paz alteran,  
nadie á los pobres muertos á visitar vendrá;  
que en vano una corona y una oración esperan,  
coronas y oraciones que nadie les traerá.

(HENRI MÜRQUER.)

**E**s forzoso luchar, no hay más remedio.  
¡Ay del que se rinde, del que se cruza de brazos, renunciando á defenderse!... Ese sucumbe y desaparece, porque Dios, la fatalidad ó el destino, dadle el nombre que mejor os parezca, así lo quiso.

Allá, hace muchos millares de siglos, perdida en las tinieblas de lo pasado, empezó la creación á moverse; el espacio en que se agita no tiene límites, la eternidad tampoco los tiene; el tiempo nos empuja, los años, ó por mejor decir, nosotros, huimos rápidamente como visiones fantásticas, y los individuos, como las familias y las sociedades, llegan y pasan y desaparecen, absorbidos por el insaciable porvenir. Cada ser tiene un infinito detrás y otro delante; el cerebro más poderoso, la fantasía más arrebatada, la voluntad más indomable, llegan á un punto del cual no pueden pasar y que es igualmente obscuro y falso que cualquier otro.

¡Ay!... Si los hombres supieran cuando niños lo que les ha de suceder; si un mago pudiera ofrecer á

los ojos de cada mortal la enumeración detallada de cuanto fatalmente le ha de ocurrir, si conociéramos de antemano cuán fugaces y pasajeras han de ser nuestras alegrías y qué crueles son las heridas que abre el dolor; si adivinásemos las veces que seremos engañados por aquellas personas que hicimos objeto de nuestra confianza y de nuestro cariño, el amargor que encierra cada placer, los desengaños que siguen á las ilusiones y el mortal cansancio que por todo legado nos queda de nuestros primeros ardores; si supiéramos, en fin, cuán vanos son los laureles con que sueña la juventud, y cuán hueca es esa *gloria* á la que tantos hombres que pudieron ser relativamente felices, sacrificaron su existencia, nadie tendría el valor y la resignación suficientes para llegar á viejo, y la humanidad buscaría en el suicidio el medio de librarse de las fatigas y penalidades de la vida.

¡Naturaleza, qué cruel eres!

Nos creas para después aniquilarnos, tienes el abominable capricho de darnos el ser para matarnos algunas horas más tarde; nos das un corazón que te presiente y que jamás te conoce, una inteligencia que te adivina sin descifrarte, una fantasía que sueña con tus bellezas y que nunca podrá expresar, por mucho que el lenguaje se perfeccione, lo que llegó á concebir en sus febriles momentos de delirio; engendraste en el fondo del alma una curiosidad insaciable y un amor hacia el progreso que jamás llegarán á verse satisfechos; y después de poner tantos incentivos á nuestra ambición y de mostrarnos la difícil senda que debemos seguir, te ries de nuestros esfuerzos, apareciendo rodeada de misterios eternos.

El universo es un campo de batalla inmenso, es-

patoso, en donde los combatientes luchan sin tener esperanzas de salvación; la tierra toma de la atmósfera gran parte de los elementos que la enriquecen y fecundizan, los ríos se alimentan de las nubes, y éstas á su vez se forman de los vapores desprendidos de la superficie de los lagos; las plantas viven á expensas del reino mineral, los árboles más poderosos matan á los tiernos arbustos que crecen á su alrededor y los animales sostienen entre sí una guerra interminable, sucumbiendo siempre, como es natural, los más débiles; la gota de agua engendrada en las alturas del cielo, cae en cualquiera de los arroyos que corren por las laderas de las montañas y va á parar á los ríos, y llevada por éstos hasta el seno del mar, en donde los rayos del sol la convierten en vapor y asciende de nuevo al cielo, cerrando así el círculo de su evolución; ó bien es tragada por cualquier ser viviente, y después de formar parte de su sangre y de sufrir transformaciones químicas sin cuento, sale al exterior, y allí el suelo ú otros organismos inferiores la toman para devolverla después, y así sucesivamente.

Esos astros que en las serenas noches del estío vemos titilar desde el fondo del espacio, pueden compararse á inmensas retortas en las que el gran químico del universo compone y descompone eternamente los elementos del cosmos, ó á anfiteatros vastísimos en cada una de los cuales un espíritu maligno se recrea contemplando los escenas de muerte que en su interior se desarrollan, ó á inmensas capillas repletas de millares de seres condenados al último tormento.

¡Festín abominable.  
Los seres á los seres devorando,

con furor insaciable  
van el suplicio eterno renovando.  
Así, en lucha jamás interrumpida,  
la muerte se alimenta de la vida,  
la vida se alimenta de la muerte,  
y—¡oh pavoroso arcano!—  
el ser humano en polvo se convierte,  
y el polvo se convierte en ser humano.

Como dice en su libro *Dolores*, el eminente crítico D. Federico Balart.

Esta lúgubre tragedia parece que la llevamos en el alma. ¿Os habéis fijado bien en las circunstancias que acompañan al nacimiento del hombre? ¿No os han llamado la atención los gritos y las lágrimas que vierte el recién nacido en el momento mismo de salir del claustro materno?... Quizás esas evidentes muestras de dolor las arranque, según afirman los médicos, la desagradable impresión de frío que el niño experimenta al quedar su tierno cuerpecito al contacto de la atmósfera; pero dejando á un lado esas razones puramente fisiológicas que la ciencia nos da, ¿no hay algo extraño y misterioso en el hecho de nacer todos llorando; no induce esto á creer que el hombre, al abrir los ojos á la vida y recibir sobre su frente la primera sonrisa del sol, presiente vagamente bajo el influjo de una voz desconocida, las desgracias y sinsabores que le esperan?... ¿Quién asegura, estando como está el mundo del espíritu preñado de misterios, que en el momento de iniciarse una vida, una conciencia nueva, el ser recién formado llora comprendiendo que en su nacimiento va envuelta su muerte, y que al pie de la cuna hay un sepulcro abierto?...

Y comienza la vida y con ella una lucha continua, sin cuartel; el niño empieza luchando con las enfermedades y epidemias propias de su edad, que por todas partes le acechan; y sufre al verse recluido

en una alcoba, privado de libertad y sugeto al plan curativo que el médico le impuso, y tener que estudiar y que asistir puntualmente á las clases bajo la inmediata y severa vigilancia de sus padres y maestros, y verse coactado en sus aficiones y en sus inocentes caprichos; y aquellas contrariedades, que para un hombre ya formado son insignificantes, le mortifican de un modo horrible, porque todo es proporcionado á sus fuerzas y á su edad.

El hombre prefiere un billete de banco á una muñeca, y el niño, desconociendo el valor del dinero, preferiría seguramente una pelota ó un aro, á un guardapelo de brillantes; pero la proporción es la misma; porque, ¿qué diferencia hay entre el niño que se divierte con sus juguetes y el banquero que se recrea con sus doblones?... ¿Acaso estima éste más su capital que aquél los monigotes que constituyen su alegría y su único tesoro?.. Y pasa la niñez y al llegar la juventud la decoración cambia en apariencias, aún cuando en el fondo y por desgracia nuestra, continúe siendo la misma; las primeras afecciones, aquellos deseos llenos de ternura y de santa inocencia desaparecen bruscamente en el mundo de lo pasado al llegar la edad de la pubertad; el cerebro adquiere nuevo vigor, la inteligencia y la voluntad se fortifican también, la imaginación se exalta al contacto de la fogosa sangre de los veinte años, el corazón despierta á la vida del amor, y los placeres que este nuevo sentimiento proporciona, nos acarrea una larga serie de sufrimientos de los cuales apenas podemos consolarnos en el resto de nuestros días; y entre amores volcánicos que duran un instante y luego se apagan dejando en el alma malestar indecible, y dé pasiones desordenadas que nos arrastraron á cometer mil locuras; después

de derrochar las energías del cuerpo y del espíritu en vergonzosos placeres que nos enlodaron, ó en necias empresas que sembraron de canas nuestras frentes, huye la juventud con sus ensueños y sus alegres ilusiones, y llegan la edad viril y la vejez con sus graves preocupaciones, con los desalientos y desmayos del que ya se encuentra cansado, con sus dudas y sus celos del porvenir, sus temores y sus tristezas: hasta allí hemos luchado por nosotros mismos, por labrarnos una posición, por conquistar honores ó riquezas, por ser felices; desde entonces trabajamos por la felicidad ajena, por nuestros padres que ya están viejos y que ven en nosotros su único sostén; por aquellos pobres viejos que nos mecieron cuando niños y que acallaban nuestros lloros con sus besos y á quienes debemos todo lo que somos; por la mujer á quien nos unimos para formar una familia, por nuestros hijos que aún son pequeñitos y no pueden ganar el sustento con su trabajo, y pensando en los seres amados y desvalidos que nos dieron su sangre y que también llevan en sus venas partículas de la nuestra, y de que la vida de todos ellos depende de nosotros, luchamos con nuevos ardores, pero llevando en el alma esa melancólica resignación del que sabe que sus días están contados y no espera nada de la vida: y al acostarnos en el lecho del cual ya no nos hemos de levantar jamás, al quedar para siempre vencidos por el tiempo, caemos en la tumba como años antes caímos en la cuna: sufriendo y llorando.

¡Qué espantoso es el destino reservado á los humanos.

Comparad la eterna batalla de la vida, ese combate homérico que desde hace tantos siglos sostienen unos seres con otros y con la naturaleza misma

que los engendró, con los que suelen entablar las naciones entre sí; examinad uno por uno á los soldados que marchan alegremente al combate y veréis que todos abrigan grandes esperanzas de volver sanos y salvos de la lucha; éste con dos ó tres ascensos, el otro con una cruz; y esa fe, esa esperanza que tienen de regresar llenos de honores al pueblo en donde su familia les espera impaciente, es lo que les anima y fortifica en la pelea. Pero en la gran batalla de la vida no hay esperanzas de salvación; y los infortunados combatientes que en ella toman parte, saben perfectamente que van á morir; y sin embargo luchan, luchan con angustia, sólo por retardar la llegada del fatal momento, por gozar un poco más de las bellezas del mundo, por ese horror innato que todos tenemos al *no ser*; lucha horrible en que el espíritu se empeña en disputarle á la muerte los esqueletos que ya son suyos y que recuerda la que sostiene el desgraciado náufrago en medio de las olas, nadando con las fuerzas de la desesperación hacia una orilla que sus ojos no alcanzan á distinguir.

¡Ah!... Cuando el amor junta por vez primera dos cuerpos y dos almas, y en el tálamo nupcial bendito por la ley, la religión y el cariño, tejen los hombres y las mujeres con deliciosa cadena de abrazos y de besos el hilo de nuestra existencia, en aquel mismo instante en que Dios permite que nazca la vida del deleite, la muerte parece velar escondida, oculta en los cortinones del lecho, saboreando en silencio el infame placer de segar aquella nueva existencia que va á salir al mundo. La muerte naciendo y alimentándose de la vida, el dolor junto al placer, los seres reproduciéndose para aumentar el número de las víctimas que han de ser sacrificadas,

el amor castigado por la tumba, los padres autores únicos de la desgracia y muerte de sus hijos... ¡Qué contrastes tan incóncibibles!...

Pero así está hecho el mundo y hay que aceptarlo con todos sus defectos; soldados somos de esa pobre humanidad que el tiempo empuja hacia el suplicio, é irremisiblemente tendremos que rendir á la naturaleza implacable el tributo de sangre que nos exigió al nacer y que tácitamente aceptamos; luchemos, sí, puesto que ese es nuestro destino, por mejorar, ya que no por salvar, á los que vengan detrás de nosotros y procuremos dejar siquiera un buen recuerdo de lo que fuimos. La ingrata humanidad se olvida fácilmente de sus hijos muertos; les llora un momento y les abandona después para siempre: allí, en el campo, bastante lejos de la alegre ciudad en donde los vivos procuran aturdirse ahogando sus zozobras y sus penas con bailes y fiestas, se levanta silenciosa y triste la ciudad de los muertos; allí, bajo ricos mausoleos ó modestas piedras de mármol, al pie de fúnebres cipreses que la brisa soñolienta de la tarde agita lentamente, descansan los millares de mártires que sucumbieron en la batalla de la vida; el mundo que vive y que espanta sus pesares con sus risas, ya no se acuerda de sus nombres, de su antigua historia, de sus amores, de todo lo que fueron: sólo queda un renglón, una inscripción pequeña, que el aire, ayudado por los años, va borrando poco á poco.

¿Y para luchar así hemos nacido?... ¿Se acaba esta lucha funesta en este mundo, ó continúa á través de esos planetas que pueblan el espacio?

Pero si la humana existencia no tiene un puerto de refugio á donde acogerse para descansar, si sobre nosotros pesa una maldición que nos condena á

pelear sin descanso en busca de un ideal inasequible, si hemos de morir sin satisfacer ninguna de las aspiraciones que ahora guían nuestros pasos, si la naturaleza nos crea para tomarse el placer de matarnos más tarde, gozándose entre tanto con nuestro martirio, digámos con Bartrina;

«¡Maldita sea mi suerte  
y el día sea maldito  
en que me enviaron al mundo  
sin consultarlo conmigo!...»

## Crepúsculo.

(HOJAS DE UNA CARTERA.)

No sé si las hojas de mi cartera están bien ó mal escritas, pero son sinceras y eso me basta.

Repasándolas he sorprendido en ellas muchas inconsecuencias; algunas veces tengo arrebatos de visionario y otras de excéptico, tan pronto creo en la inmortalidad del espíritu y me complazco pensando en el progreso indefinido de las almas, como me río de cuanto los filósofos han dicho acerca de ese mundo misterioso que empieza después de la muerte.

Esta duplicidad de criterio la atribuyo á mi temperamento, siempre dispuesto á adoptar cualquiera idea fuerte que le impresione, á la influencia que ejerce en mí la lectura de esos libros que bien pudieran llamarse *pasionales* y al *don de imitación*, que es uno de mis rasgos más característicos.

Tengo la facultad de asimilarme todo lo que veo en otros, aun cuando sean individuos vulgares á quienes yo pueda fácilmente dominar.

Me presentan una persona, la trato, hablo con ella, discutimos, paseamos juntos; enseguida empieza á ejercer presión en mí y, sin procurarlo, aprendo su modo de hablar, de moverse, sus frases más usuales, sus interjecciones favoritas, el tono de su voz, su manera de andar; todas estas particularida-

des las recuerdo con tal fuerza, que luego las imito con asombrosa perfección y, al poco tiempo acabo por adoptarlas.

Esta flexibilidad de carácter creo que constituye uno de mis mayores defectos morales: en vano he procurado corregirme y ser en todas ocasiones el que soy y no parecerme á nadie más que á mí mismo, imposible; mis propósitos han resultado ineficaces en cuanto he estado en el círculo de mis amigos; de este tomaba el modo de reír, de aquel un gesto, del otro un ademán, siendo lo extraño que lo hago sin querer, sin pensarlo, maquinalmente y muchas veces hasta en contra de mi voluntad; por eso pienso que mi *yo* moral no existe y que mi carácter es un agregado de caractéres postizos mal zurcidos.

Y tan convencido estoy de esto, que cuando me han dicho: «*El carácter* de usted no se presta para tal ó cual cosa;» ó bien: «las personas que como usted tienen *un carácter*,» etc., me he quedado confuso y hasta he sentido gratitud hacia aquel que me creía adornado de carácter, esto es, de personalidad psíquica.

Por lo que dejo apuntado, se comprenderá la influencia que tienen sobre mí la lectura de mis libros predilectos.

Yo leo muy despacio, porque todo me preocupa; el color del papel, el número de líneas que entran en cada plana, las manchitas, las erratas, la foliación, la forma de la llama del quinqué que me alumbraba; conforme voy leyendo apunto en un papel las ideas que más me gustan y hasta me extendiendo en largas consideraciones que llenan muchas cuartillas; subrayo los pensamientos mejores y hago señales en el márgen á fin de encontrarlos siempre que quiera con facilidad. Así continúo párrafo, por

párrafo, capítulo tras capítulo, sin omitir nada, y al terminar el libro casi me lo sé de memoria; con esa paciencia impropia de un niño leí, cuando apenas contaba trece años, *El Cosmos*, de Humboldt y la *Filosofía fundamental* de Balmes.

Pero las obras en verso son las que despiertan en mí, verdaderos delirios; las leo una vez, cinco, veinte, renglón por renglón, quintilla por quintilla, paladeando, si así puede decirse, las bellezas encerradas en cada estrofa, recitándolas en voz alta para deleitarme el oído con las armonías del verso y hasta declamándolas delante del espejo. Cuando estoy sólo y seguro de que nadie me oye, me entretengo recitando poesías; esto me sirve de inmenso consuelo, porque oyendo llorar á otros desahogo mis pesares; la poesía es el láudano de mi espíritu.

Excuso encomiar la presión que ejercerán sobre mí esos autores que tanto me gustan y que tantísimas veces me consolaron haciéndome reír ó llorar.

Los amigos y los amores me han hecho mucho daño, pero la lectura me ha sido más perjudicial aún. Cuando leí por primera vez *Don Juan Tenorio*, quise ser otro D. Juan, noble, valiente, enamorado y que, como el famoso calavera sevillano, se retractase de todos sus errores en el momento de la muerte: luego conocí la endiablada creación que Espronceda tituló *El estudiante de Salamanca*, y la figura de Montemar tuvo para mí irresistibles encantos; ya me parecía Tenorio al enamorarse de doña Inés un romántico de mal gusto, y un pusilánime al arrepentirse en el cementerio del mal que había hecho. Montemar no era así; Montemar riñe, bebe, juega con fortuna, abandona á Elvira después de perderla, mata á su hermano en desafío y cuando vuelve de la lucha se encuentra al día

blo y se le acerca y le sigue sólo porque le halla disfrazado de mujer, pues como él dice,

..... «el traje en que va  
en esta ocasión, le abona.»

Y cuando se encuentra en el infierno rodeado de espíritus maléficos y de esqueletos horripilantes que emprenden una danza fantástica en torno suyo, no cae de rodillas implorando perdón, si no que reniega de Dios y de Satanás y les desafía á que se presenten para conocerles.

El D. Félix de Espronceda fué para mí un nuevo modelo y renuncié á encontrar la doña Inés destinada á abrirme las puertas del paraíso.

Pasado algún tiempo leí el *Fausto*, y el genio de Göethe describió ante mis ojos nuevos horizontes: Fausto me subyugó con su hermosura, con su ingenio, con su elegancia, con su riqueza oriental; ser como él, aunque el serlo me costase la vida, fué mi única aspiración.

Para que se comprenda hasta qué punto me traían trastornado mis libros y mis poetas, referiré una anécdota íntima de esas que no se cuentan á nadie porque nos parecen ridículas, y que revela bien claramente el estado de mi ánimo en aquella época.

Una noche volvía yo á mi casa rendido y hastiado... de no sé qué; de alguna majadería, probablemente, porque á los diecinueve años nunca hay motivos para aburrirse seriamente: caminaba pensando en los placeres apurados, en mis amigos, en mis autores, en los libros que pensaba escribir y en que aquella vida de disipaciones á que estaba entregado no era la más apropiada para conquistar la popularidad del hombre de talento; en mis compromisos, en mis proyectos para el porvenir...

Cuando me metía en la cama daban las cuatro de la madrugada, la hora en que, según las tradiciones antiguas, acostumbraban á celebrar las brujas su misteriosa *misa negra*. Acostado, seguí pensando en los mismos temas: era preciso divertirse, pero también estudiar; había sentado plaza de calavera, pero deseaba ser como Byron ó Musset, un calavera con talento; y convertir los colmados en gabinetes de estudio, y hallar encadaverada una fuente de inspiración, y en cada botella de Jerez las bases de un nuevo sistema filosófico. ¡Pero era tan difícil ajustar los actos de la vida al movimiento de las manecillas de un reloj!...

Quise hacer exámen de conciencia y al echar una mirada á mi interior sentí una angustia y un terror supremos. ¡Ya era casi un viejo, un anciano que si no llevaba en la cabeza *el polvo del camino de la vida*, como dijo no recuerdo quién, le faltaba muy poco, que dentro de algunos meses cumpliría veinte años y que aún no había hecho nada!... Me pareció tan horrible mi suerte y mi desgracia tan irreparable, que lloré de rabia lamentándome... ¡del tiempo perdido!...

Entonces tuve una inspiración extraña: me acordé de Fausto y de los cuentos maravillosos en que el diablo tiene la amabilidad de presentarse á los que le llaman, y dije:—Quiero conocer al diablo, verle, hablar con él, explicarle mis deseos y comprarle todos los placeres imaginables de este mundo, aunque en el otro me coja por su cuenta para tostarme vivo por toda una eternidad.

Aunque ya tenía por aquella época mis pujos de filósofo materialista y negaba á Dios y al alma, y decía que no hay de verdadero en el mundo más que la muerte, lo cual, dicho sea entre comillas, me

sigue pareciendo verdad, no dejaba de estar bastante sugestionado por mis novelas y mis poetas, así fué que con la esperanza de acertar me senté en la cama y recordando lo que había leído en un libro que trataba de brujas y sortilegios, formulé mi conjuro haciendo tres veces con la mano izquierda la señal de la cruz é invocando al mismo tiempo á Belcebú, Astarot y Belial, los tres caballeros cornudos que componen la espantosa trinidad de los infernos. Hice la invocación con tanta fé, que á pesar de mi despreocupación sistemática sentí que los pelos de mi cabeza se erizaban, pues creí llegado el momento de encontrarme cara á cara con el mismísimo Satanás. Pero pasaron algunos minutos y no se presentó; volví á repetir el conjuro, y nada: ó el diablo estaba muy entretenido haciendo alguna diablura, ó era un desatento que no quería acudir adonde le llamaban, ó el brujo que me enseñó aquel sortilegio se quiso burlar de mí. Entonces le llamé como pude, con las palabras que se me ocurrieron; pero le llamé con toda la vehemencia de mi alma, con todas las fuerzas de que fuí capaz...

—¡Ven, quiero verte,—decía,—quiero que hablemos y darte mi vida por unos cuantos años de placer!...

Mas tampoco esta vez mis ojos consiguieron distinguir nada, ni percibí ese olor á azufre que tiene Lucifer según afirman los que están en correspondencia con el otro mundo. Extendí la mano con la esperanza de que Satanás me la estrechase, pues bien podía suceder que no quisiera mostrarse, avergonzado de ser tan feo... ¡y también mis tentativas resultaron fallidas!

Entonces me dejé caer en la cama desesperado, seguro de que ya no había diablos y de que la feli-

cidad había desaparecido de la tierra con el último de ellos.

Por estas distintas fases fué pasando mi espíritu en muy poco tiempo: cada autor era para mí un modelo: lo estudiaba, me lo aprendía y hacia con sus ideas un zurrón dentro del cual me refugiaba después: y así fuí en menos de dos años aventurero impenitente con D. Félix de Montemar, calavera de corazón con Tenorio, afortunado y espléndido con Fausto, abatido y desengañado con D. Alvaro. Como para el protagonista de *Margarita la Tornera*, «el placer era mi Dios» y como él creía,

...«Que al que ni un aura de placer no aliente,  
le debe de bastar lo que ha vivido.»

Y como nunca podía ser en mis empresas tan feliz como D. Juan, ni tan rico como Fausto, ni encontraba por el mundo alegre en que me movía Elviras, ni Margaritas, ni mujeres que se pareciesen á estas creaciones, sentí grandes desmayos, me acordé de Werther y nacieron en mi cabeza unas melenas románticas que metían miedo,

De estas rarezas mías he hablado ya en el artículo *Reflejos*, y no quiero insistir; pero no puedo menos de consignarlas porque aquellos sueños los sentía con tal fuerza, que tenían para mí todo el poder de la realidad.

Pero aparte de estas tonterías de niño, he tenido decepciones amargas que desgraciadamente han completado el poema de dolor que con fingidos pesares empecé á componer en los albores de mi adolescencia y que me han fatigado bien á pesar mio. Estas pesadumbres son las que no pasan, las que no se olvidan, las que se renuevan cada día, las que vuelven con cada año y están pesando siempre so-



bre el corazón hasta transformarlo; las que han hecho que yo no sea ahora el de antes.

De algunas de ellas he hablado en este libro, pero las más grandes, las más tristes, me las he callado, porque como dice el cantar,

«Las tristezas que se lloran  
con las lágrimas se van;  
la pena grande es la pena  
que no se puede llorar.»

Y esa me lastima tanto, que no he tenido fuerzas para recordarla, ni valor para confiársela al papel.

\*  
\*\*

Esta influencia que la sociedad y los libros tienen sobre mí, la ejerzo á mi vez sobre todo lo que escribo.

Siempre que cojo la pluma es para decir algo mío, ó referir alguna escena que tenga semejanza con cualquier episodio de mi vida, ó intercalar algún pensamiento de esos que me asedian en mis horas de soledad. Por eso en HUMORADAS EN PROSA hay capítulos que riñen de verse juntos; unos llenos de entusiasmos y de arrogancias, otros, de abatimientos y desmayos; aquí sostengo que la vida es la lucha y que debemos pelear hasta morir por lo que estimamos justo y bueno, y algunas páginas después, que el descanso es la suprema felicidad del hombre. Varios de los artículos de este libro se publicaron por primera vez en *El Libre Examen* y tienen ese tono exagerado que tan bien sienta en las columnas de los periódicos avanzados; otros no se han publicado en ninguna parte y solo los escribí para descargar á mi corazón y á mi memoria de sus recuerdos. En *La muerte de D. Juan*, *Las dos estre-*

*llas*, *La sombra*, *La caja de música*, en todos ellos hay partículas de mi alma y de mi historia; mis escritos, por tanto, forman una larga autobiografía que empezó con el primer libro y continuará con las obras que tengo en cartera.

Cuando pienso en los años que huyeron, en los placeres y emociones pasadas, en lo que entonces preocupaba y absorbía toda mi atención, en aquellas mujeres que ya no veo, en aquellos amigos que ya no me conocen, en aquel Madrid tan distinto del Madrid de ahora, en aquella época de Universidad tan pletórica en esperanzas halagüeñas como desprovista de cuidados, me admiro de la longitud del camino recorrido.

Aquel era un mundo diferente del que ahora habito; mundo lleno de luz, de colores, de perfumes, de armonías celestiales, de mujeres hermosas y frágiles, de pasiones de fuego, de besos ardientes, de placeres paradisiacos, de estatuas y de gloria, de orgías sin fin; mundo esplendoroso poblado de Elviras y Lauras, Julietas y Beatrices, de Faustos, don Juanes y Fortunios.

Ese mundo fantástico es el mar en que naufraga la juventud; el que no sienta esas tentaciones de la edad primera ni la necesidad de luchar con ellas, puede retirarse y renunciar al camino de la gloria, porque no es de los elegidos: en ese mar poblado de sirenas encantadoras hemos nadado todos; unos han perecido, otros, más fuertes ó más afortunados, llegaron á la orilla y continuaron su camino sin dudas ni desmayos, y la mayor parte quedó tendida en la playa, sin alientos para seguir peleando.

Yo, que he luchado mucho y que estoy muy cansado porque en mis empresas puse toda mi alma,

creo haber pasado esa peligrosa edad y vivir tranquilo. Como el autor de *Ecos nacionales*:

Me salí á probar fortuna  
por esos mares afuera;  
naufagué, y lo perdí todo...  
sólo he salvado mis penas.

Y la convicción inquebrantable de que la mejor, la más pacífica y la más deliciosa de las ocupaciones de la vida es... ¡la de no hacer nada!...

Por eso creo que la pereza es una virtud.

No concibo que haya hombres que se complazcan en vivir en perpétuo estado de actividad, y las personas muy activas tienen para mí un mérito dudoso.

La fuerza de la concepción cerebral está en razón inversa de su fecundidad, como lo están también en el hombre los desarrollos moral y físico. El que se mueve mucho, el que trabaja *con los pies* y entra en muchas partes, habla con distintas personas y se ocupa de asuntos diversos, no puede ahondar en ninguno, porque al pensamiento le falta el indispensable reposo; la inteligencia necesita recibir las impresiones poco á poco para asimilárselas bien, cuando estas son muy seguidas, se marea y el juicio se desequilibra.

De aquí, el que los escritores sean hombres *pasívos*, en la esfera del mundo físico, porque es imposible luchar á un mismo tiempo con el cuerpo y con el espíritu; un trabajo excluye al otro.

¡Qué bien se está en verano tendido en una cama durmiendo la siesta con las ventanas medio cerradas, sin camisas que molesten el cuello, ni chalecos que opriman el cuerpo, libres del sol que abrasa la calle!...

¡Qué bien se pasan las tardes de invierno encerrados en el café ó en un gabinetito alfombrado, junto al brasero, tomando café, con las piernas envueltas en una manta y leyendo á Zorrilla ó á Galdós!...

No hay para mí placer comparable al que experimento cuando no hago nada; no tener obligaciones, ni amigos importunos que vengan á molestar, ni preocupaciones que me obliguen á hacer esto ó aquello, ni citas, ni compromisos de ningún género que me hagan estar á una hora fija en tal ó cual parte; no saber en qué año, ni en qué día de la semana, ni en qué hora vivo, no tener reloj, esa sería mi mayor felicidad.

Quiero vivir sosegado, ageno á esas tempestades del alma en que los hombres se juegan el corazón para perderlo, porque si es cierto que las pasiones tienen sus grandezas, también es muy buena, muy respetable y muy cómoda la tranquilidad del espíritu.

«¡Viva la juventud!... ¡Pero con tal que no dure toda la vida!...» Exclama Lamartine hablando de Alfredo de Musset, y á fé que no iba del todo descaminado el autor de *Rafael*, puesto que siempre les sirve á los viejos de inmenso consuelo el contemplar el tiempo pasado y saber que las luchas acabaron para ellos y que pronto podrán descansar en ese misterioso puerto en que se calman todas las ansiedades de la vida .....

Prestemos atención, porque un mendigo pasa por la calle cantando seguidillas manchegas al son de su guitarra...

«El otoño desnuda  
prados y bosques,

pero Mayo los viste  
de hojas y flores.  
¡Ay, dicha breve!  
¡Primavera del alma  
tú ya no vuelves!

La copla del pobre ciego, tan sencilla y tan triste, envuelve todo un poema de filosofía.

La muerte de la primavera, la caída de las hojas con los primeros fríos otoñales, la llegada del invierno, las ilusiones perdidas, la muerte que arrebató los seres que amamos, el porvenir incierto y amenazador, eso es lo que la humanidad siempre ha contado en todos los siglos y en todos los países, y lo que el trovador callejero repite inconscientemente al son de su guitarrillo.

¡Ya lo sabemos; *la primavera del alma no vuelve nunca*; gocemos por tanto de ella!...

No quiero empresas graves que me preocupen, ni pasiones de fuego que me abrasen, ni luchas que me fatiguen, no; porque cada una de ellas produce tormentos sin fin: quiero trabajar á capricho, con la mayor libertad posible, sin tener ningún vedor que fiscalice mis actos; quiero amar tranquilamente, disfrutando los deleites de la pasión, y esquivando al mismo tiempo sus torturas: quiero, en fin, conservar el equilibrio de mis afectos, gozando del mundo y sin sacrificarme al placer. Quizá esta teoría sea un poco egoísta, pero la experiencia me ha enseñado que es la mejor y la acepto: es mi credo y no retrocedo ante ninguna de sus consecuencias.

No puedo preveer el destino que me está reservado, solo veo algunos puntos negros, augures infalibles de tempestades que no tardarán mucho en estallar sobre mi cabeza; pero sea como fuere, siempre procuraré apasionarme y conmoverme lo me-

nos posible; tengo el corazón demasiado grande y necesito esquivar las impresiones fuertes.

Quiero disfrutar de la vida, de las hermosuras, de la creación, de las comodidades del progreso; y si después de este mundo hay otro, trataré de seguir gozando allí también de las voluptuosidades de la percha.

¡Solo hay de positivo una cosa, el placer: porque la muerte es un placer, el supremo placer de descansar eternamente!...

FIN

# INDICE

	<u>Páginas</u>
Introducción.....	7
I.—La caja de música.....	11
II.—Un bohemio.....	19
III.—La oportunidad.....	27
IV.—Humo.....	35
V.—Reflejos.....	73
VI.—El ciprés.....	102
VII.—Una venganza.....	115
VIII.—La panacea.....	125
IX.—Degeneración.....	132
X.—Los titanes.....	143
XI.—Nochebuena.....	154
XII.—La sombra.....	164
XIII.—Santa Rita.....	168
XIV.—Las malvas.....	175
XV.—Nostalgia.....	181
XVI.—Recuerdos.....	187
XVII.—La muerte de D. Juan.....	191
XVIII.—El juramento.....	202
XIX.—«El Libre Examen».....	229
XX.—Las dos estrellas.....	276
XXI.—Tic-tac, tic-tac.....	284
XXII.—Los derechos del corazón.....	288
XXIII.—Las cucañas.....	297
XXIV.—La gran batalla.....	304
XXV.—Crepúsculo.....	312

## ERRATAS NOTABLES

---

Se han escapado cuatro.

1.<sup>o</sup> En la página 36, línea 28, dice: *...tranquilo y que se dejaba*. Debe decir: *tranquilo y paciente que se dejaba, etc.*

2.<sup>o</sup> En la página 48, línea 3, dice: *...nunca supimos y que se*. Debe decir: *nunca supimos, que se, etc.*

3.<sup>o</sup> En la misma página, línea 33, dice: *un ruido dos mil*. Debe decir: *un ruido de dos mil*.

4.<sup>o</sup> En la página 85, línea 6, dice: *bajo aquella fuente*. Debe decir: *bajo aquella frente*.

## OBRAS PUBLICADAS DE EDUARDO ZAMACOIS.

---

*Tipos de café.*—Un tomo: edición ilustrada.

*Amar á oscuras.*—(Juguete novelesco).—Un tomo.

*El Misticismo y las perturbaciones del sistema nervioso.*—Un tomo.

*Clasificación de las ciencias,* por Spencer. (Traducción).—Un tomo.

### EN PRENSA:

*Amar á oscuras.*—(Tercera edición).

### EN PREPARACIÓN:

*La histérica.*—(Novela).

*La prensa española.*

Estos libros se hallan de venta en las principales librerías de Madrid y provincias.